



Políticas de la Memoria

Anuario de Investigación e Información del **CeDInCI**
(Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas)



BIOGRAFÍA:

un recorrido para abordar Políticas de la Memoria.

Por: Sandra Jaramillo Restrepo, CeDInCI.

Un hilo fino y resistente recorre **Políticas de la Memoria** tejiendo casi la totalidad de sus números: la pregunta biográfica. Para comenzar, la revista cuenta con dos dossiers que abordan el tema de forma directa: En el año 2013 Agustina Prieto, Laura Fernández Cordero y Pascual Muñoz, ofrecen significativos avances en la empresa de producir una biografía de la anarquista Virginia Bolten, ya presente en el recorrido de lecturas sobre mujeres anarquistas, solo lo señalaremos aquí. Con gran riqueza documental este dossier evidencia que ir tras los pasos de una vida exige un doble juego: reconocer la potencia del mito y ser fiel a las precisiones historiográficas que lo matizan. Años después Sergio Miceli y Jorge Myers presentan una nutrida selección de textos (2016) que propone un ir y venir entre lo que ellos nombran “periautografía”, evidenciada en la escritura de diarios íntimos cuando el yo se expresa de forma desprevenida, y la autobiografía en la que el propio individuo ofrece un sentido para presentar su vida. De este último dossier resalto el texto de Judith Podlubne, **La autobiografía como aventura espiritual**, puesto que puede leerse en diálogo con un artículo temprano del año 2003. Me refiero al artículo en el que Perry Anderson, analiza la autobiografía del historiador marxista Eric Hobsbawm.

Múltiples artículos de **PM** se posicionan en un individuo para abordar costados de su biografía que enriquezcan o especifiquen una pregunta investigativa: Ricardo Piglia nos brinda **Ernesto Guevara, el último lector** (también presentado ya en el recorrido sobre el legado guevarista) para mostrar el lugar que la lectura tuvo en la vida y acción política del revolucionario. Mientras que Horacio Tarcus no deja de advertirnos que abordar los costados biográficos de quien fuese uno de los renovadores de la lectura marxista en Argentina, Germán Avé-Lallemant (orígenes, praxis editorial), es un camino productivo para especificar el proceso de recepción (2004). Tiempo después David Schidlowsky, nos presenta **Extractos de un racconto biográfico. El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966** (2014) que se vincula con una biografía social: “los intelectuales comunistas en Latinoamérica”.

Asimismo, Bruno Groppo publicó **Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico** (2012) y nos ayudó a entender cómo la pregunta por el bios puede considerarse un lugar de la memoria cuando se asume el desafío prosopográfico. Y más recientemente Michael Heinrich divulga en **PM** aspectos de la experiencia metodológica que le dejó su reciente biografía de Marx, a partir de una pregunta actual e inquietante: **¿De qué forma es posible la escritura biográfica hoy?** (2018).

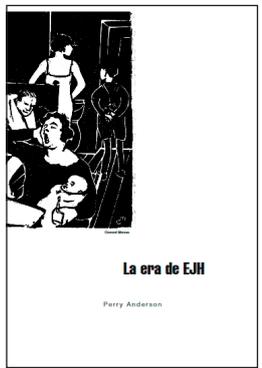
No puedo dejar de mencionar que las y los colaboradores de **PM** también se han atrevido a husmear en pliegues íntimos muy propios de la biografía como la sexualidad, el amor, la experiencia matrimonial. Aunque mucho me temo que esto quedará para un segundo recorrido.



Sergio Miceli y Jorge Myers, "Introducción", **Dossier Memorística en Políticas de la Memoria**, n° 17, Buenos Aires, 2017, pp. 10-31. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



Judith Podlubne, "Victoria Ocampo. La autobiografía como aventura espiritual", en **Políticas de la Memoria**, n° 17, Buenos Aires, 2017, pp. 86-95. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



Perry Anderson, "La era de EJIH", en **Políticas de la Memoria**, n° 4, Buenos Aires, 2004, pp. 33-44. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



Horacio Tarcus, "¿Un marxismo sin sujeto?. El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890", en **Políticas de la Memoria**, n° 4, Buenos Aires, 2004, pp. 71-90. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



David Schildowsky, "Extractos de un *racconto* biográfico. El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966", en **Políticas de la Memoria**, n° 15, Buenos Aires, 2015, pp. 205-213. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



Bruno Groppo, "Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico", en **Políticas de la Memoria**, n° 13, Buenos Aires, 2013, pp. 13-21. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234



Michael Heinrich, "¿De qué forma es posible la escritura biográfica hoy?. Para una metodología de una biografía de Marx", en **Políticas de la Memoria**, n° 18, Buenos Aires, 2018, pp. 27-41. ISSN 1668-4885 ISSNe 2683-7234

Sergio Miceli y Jorge Myers, "Introducción",
Dossier Memorialística en **Políticas de la Memoria**, n°17,
Buenos Aires, 2017, pp. 10-31.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234



Introducción¹

Sergio Miceli y Jorge Myers

Moeris: Omnia fert aetas, animum quoque; saepe ego longos
Cantando puerum memini me condere soles:
Nunc oblita mihi tot carmina (...)

Virgilio, **Bucólica IX**

Joxer: For mem'ry's the only friend that grief can call its own, that grief ... can ... call ... its own!

Sean O'Casey, **Juno and the Paycock**

Il parlare, e molto piú lo scrivere di sé stesso, nasce senza alcun dubbio dal molto amore di se stesso. Io dunque non voglio a questa mia Vita far precederé né deboli scuse, né false o illusorie ragioni, le quali non mi verrebbero a ogni modo punto credute da altri; e della mia futura veracità in questo mio scritto assai mal saggio darebbero. Io perciò ingenuamente confesso, che allo stendere la mia propria vita inducevami, misto forse ad alcune altre ragioni, ma vie piú gagliarda d'ogni altra, l'amore di mé medesimo (...).

Vittorio Alfieri, **Vita** (1790/1803)

Según la física cuántica se puede abolir el pasado o, peor todavía, cambiarlo. No me interesa eliminar y mucho menos cambiar mi pasado. Lo que necesito es una máquina del tiempo para vivirlo de nuevo.

Esa máquina es la memoria. Gracias a ella puedo volver a vivir ese tiempo infeliz, feliz a veces.

Pero, para suerte o desgracia, sólo puedo vivirlo en una sola dimensión, la del recuerdo. (...)

Los fotones pueden negar el pasado, pero siempre se proyectan sobre una pantalla —en este caso este libro.

La única virtud que tiene mi historia es que de veras ocurrió.

Guillermo Cabrera Infante, **La ninfa inconstante** (2012)

La memorialística como práctica social global: “Puis-je défendre ma mémoire contre l'oubli?”²

La memoria es una facultad humana esencial. “Ego sum, qui memini, ego animus”³ antes del “cogito” cartesiano, San Agustín había postulado “recuerdo, luego soy”. La posibilidad de fijar la identidad (o, lo cual es casi lo mismo, de trazar la historia) de cualquier individuo o grupo humano depende en última instancia de la información almacenada en el cerebro y procesada por aquello que, a falta de un término más exacto, tradicionalmente se

1 Este texto, que hace las veces de presentación del dossier que aquí se publica, ofrece una versión del estudio preliminar del libro **Retratos Latinoamericanos** (cuya publicación en portugués está prevista para fin de año por la Editorial de la Universidad de San Pablo, y cuya edición castellana se encuentra en proceso de preparación). Por razones de espacio, en esta oportunidad se ha suprimido la sección sobre la memorialística en el Brasil, a cargo de Sergio Miceli. El proyecto surgió como una prolongación de la **Historia de los Intelectuales en América Latina** (publicada en dos tomos en 2008 y 2010), que tuvo entre sus efectos la consolidación de un espacio binacional de trabajo entre el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y el grupo que Miceli coordina en Brasil. Como la memorialística (para usar la terminología brasileña) o periautografía (para emplear la precisa noción acuñada por Giambattista Vico) consiste en un tipo de escritura que se define por su propósito explícito de producir una objetivación de la subjetividad —en este caso de aquella de los intelectuales—, ella pareció constituir un objeto ideal para seguir profundizando nuestra exploración en la rica cantera de materiales que cinco siglos de historia cultural e intelectual latinoamericana ha formado. Dado que en ese largo período la producción de libros de memorias, diarios íntimos, autobiografías, y otros registros pasibles de ser interrogados en tanto literaturas del yo, ha sido verdaderamente abundante, hemos decidido circunscribir las fronteras de nuestro objeto de indagación al siglo XX. El proyecto tuvo una primera instancia de concreción a través del Simposio Internacional “El Recuerdo Letrado: escritura memorialística de artistas e intelectuales latinoamericanos del siglo XX”, que tuvo lugar en 2011. Agradezco a Horacio Tarcus, Martín Bergel y todo el colectivo editor de **Políticas de la Memoria** la posibilidad de publicar en este dossier un adelanto del futuro libro [nota de Jorge Myers].

2 Robert, Desnos, “Le cimetière”, **Contrée** [1944], en Robert Desnos, **Oeuvres**, París, Quarto/Gallimard, 1999, p.1162.

3 Augustine, **Confessions**, Vol. 2, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1912, p. 118.

denominaba “la facultad de memoria”. Es, se podría decir, el hecho supremo de la subjetividad de todo individuo: razón por la cual “perder la memoria” implica perder la propia identidad. Referida exclusivamente al individuo y enunciada en forma oral o preliteraria, la memoria pertenece al ámbito de la ciencia psicológica —de la psiquiatría o del psicoanálisis—. Bajo este avatar es un hecho universal, elemento esencial de la condición humana. Cuando, por el contrario, se *registra* utilizando algún medio, algún soporte, material; cuando se *inscribe*, la memoria pasa de su estado puramente subjetivo a ser un elemento objetivo de la realidad social específica de un grupo humano, y se vincula por ende a un lugar y a un tiempo también específicos. El propio hecho de la inscripción, que permite simultáneamente la divulgación colectiva de la información contenida en la memoria de un individuo y su perduración en el tiempo —incluso más allá, quizás, de la vida del propio sujeto portador de esa memoria—, lo torna un hecho eminentemente social e histórico.

Es cierto que las formas específicas de ese registro han sido sumamente variadas a lo largo de la existencia de la humanidad, a tal punto que algunas de ellas nos resultan hoy enteramente ininteligibles, habiendo perdido nosotros la clave para interpretar los signos utilizados en su inscripción. Si bien no sería demasiado exagerado decir que el registro eminente de la memoria individual ha sido la escritura, es cierto que han existido abundantes muestras de formas no literarias de conmemoración pública, inscritas en pinturas, dibujos, esculturas, monumentos arquitectónicos, desde las primeras pinturas rupestres hasta cenotafios como los de Lutyens para evocar a los muertos en la Primera Guerra Mundial, o las formas arquitectónicas de un edificio como el Museo Judío de Berlín, en cuya propia forma aparece cifrada una parte del significado del recuerdo que se busca evocar y transmitir. La forma icónica existe por sí sola, transmite un sentido que le es específico, pero una parte importante de su capacidad para vehicular un significado deriva de la escritura que la rodea. En ausencia total de la escritura, en cambio, es casi imposible descifrar el sentido de la conmemoración contenida en pinturas, dibujos, esculturas, monumentos. A veces ni siquiera se puede saber si la intención de quien articuló en piedra o en pintura un enunciado pretérito haya sido, en efecto, la de conmemorar/rememorar (memorializar, si se permite el neologismo) aquello que aparece allí representado. La maestría de aquellas pinturas de una fauna hoy desaparecida de los bosques y praderas de Europa descubiertas en la caverna de Chauvet arranca del espectador emociones estéticas de violenta empatía y deleitoso maravillar. Pero sin otro dato que aquel del lugar de su pintura y la fecha aproximada de las mismas, todo intento por aprehender el “mensaje” de las mismas no puede sino ser apenas una especulación —muy controlada por la erudición científica en el caso de un arqueólogo profesional, libre y reacia a cualquier disciplina científica en el caso de los promotores turísticos o del esteta librado al vuelo de su fantasía—. ¿Buscaban preservar para las generaciones venideras de la tribu hechos asombrosos vividos en una expedición de caza, operando como elementos mnemotécnicos para los vates de la misma, que al recorrer con sus ojos esas pinturas recitaban las estrofas de una epopeya primitiva? ¿Estaban cargadas de una significación sobrenatural, mágica o divina, que sólo podía ser interpretada y vuelta eficaz por la taumaturgia de un chamán? ¿O eran simplemente los estallidos impetuosos de un genio, de un Miguel Ángel del paleolítico, que buscaba en las toscas paredes de una cueva su Capilla Sixtina? No lo podremos saber nunca a ciencia cierta, en ausencia de una inscripción portadora de un sentido descifrable, es decir, de una escritura.⁴

Si bien es cierto que una parte sustancial de la antropología clásica ha reposado, para el estudio de las llamadas sociedades “primitivas” o “salvajes”, sobre las fuentes contenidas en una tradición oral —de relatos históricos y míticos conservados por profesionales del recuerdo en tales pueblos—, la forma por excelencia del registro de la memoria ha sido en las principales sociedades no prehistóricas, la escritura. Y en ellas la práctica de consignar por escrito a los hechos grabados en la memoria ha dado origen a una escritura especializada, que ha buscado diferenciarse de otros tipos de escritura que se ocupan del pasado, al presentarse como aquella que está constituida por textos que pretenden consignar y divulgar la memoria individual, subjetiva, de sus autores. Con el tiempo, la proliferación de este tipo de texto ha dado nacimiento a aquello que podríamos denominar una práctica literaria —en un sentido más laxo— o un género literario —en un sentido más formalizado—. En cualquiera de los dos ha implicado la existencia de una *costumbre* —aquella de volcar en páginas escritas los hechos personales e incluso íntimos en la vida de un individuo, o sus sensaciones y reacciones personales ante los acontecimientos

4 Esto no quiere decir que no se hayan utilizado las imágenes como herramientas mnemónicas: simplemente que, como en el caso de los quipús de los Incas, hemos perdido la clave para descifrarlas. Todavía en la Edad Media europea, en una zona tan bárbara y remota como Gales, un cronista pudo constatar lo siguiente acerca de los griegos antiguos: “Inclitorum gesta virorum quondam Grai veteres primo per imagines deinde per scripta tenacius et expressius memoriae commendabant; quatinus exacti temporis virtutum extantium aemula posteritas posset imitatione laudabili ad similia provocari”. En “Prologus”, “Giraldi Cambrensis De Rebus a se Gestis”, **Giraldi Cambrensis Opera Omnia**, Vol. I, Longman, London, 1861, p. 19 (los aparentes errores de ortografía reflejan la práctica de escritura medieval, en contraste con la del latín clásico).



que han desfilado ante su mirada en el curso de su vida— y de un conjunto de *arquetipos* —es decir, de obras que han sido convertidas por los escritores y comentaristas posteriores en modelos específicos para este tipo de práctica— que integrados a una serie han podido —a veces, y siempre de modo artificial— constituir un *canon*.

En el último medio siglo se ha consolidado, dentro del espacio disciplinar de la crítica literaria, una subdisciplina dedicada a analizar los rasgos estilísticos, los orígenes y los objetivos de la autobiografía como *género literario*. La literatura especializada en analizar las obras de carácter autobiográfico desde esta perspectiva no ha cesado de crecer, expandiéndose casi al mismo ritmo exponencial que la propia literatura. Existe ya un campo (o sub-campo) disciplinar organizado en torno al estudio de la literatura de memorias que cuenta con un conjunto de estudios devenidos clásicos: entre otros, aquellos de María Zambrano, André Maurois, Georges Gusdorf, Philippe Lejeune, James Olney, Nora Catelli, o Jean Starobinski. En los años ochenta y noventa se produjo, por otro lado, un interface intenso entre preocupaciones originadas en la reflexión disciplinar filosófica y este sub-campo de la crítica literaria, una de cuyas vertientes resultó ser el apogeo de la influencia de Paul de Man y sus escritos teórico-críticos. Este empeño ha dado nacimiento a estudios sumamente valiosos, tanto por su contribución al establecimiento de definiciones más precisas acerca de los distintos géneros de escritura del yo, cuanto por su elaboración de una cartografía precisa y minuciosa acerca de un posible canon que las contuviera y organizara. Sin embargo, más allá de su indudable aporte a una mejor comprensión de la producción autobiográfica moderna y de su creciente visibilidad en la sociedad contemporánea —organizada cada vez más en torno a una muy banalizada publicidad de la intimidad, propia de una sociedad del espectáculo— este enfoque nacido en el seno de la crítica literaria se ha limitado a analizar la autobiografía desde una perspectiva casi exclusivamente *ex post facto*, es decir, a partir de un texto preexistente que se presenta al crítico como un objeto ya disponible para su análisis a través del prisma de la teoría de los géneros literarios.

La perspectiva que guía a este proyecto —**Retratos Latinoamericanos**—, y que ha orientado a gran parte de los estudios en él incluidos, es, al menos en parte, distinta. El punto de partida es que la escritura memorialística es una *práctica social* —con sus reglas, con sus materiales, y con sus condiciones de posibilidad particulares— que se inscribe dentro del campo general de prácticas sociales que articulan y definen la vida cultural e intelectual contemporánea; y que es relevante para su comprensión, por ende, una atención a los procesos que marcaron su génesis y desarrollo, insertos estos dentro de sistemas de codificación lingüísticos y literarios directamente vinculados al estado social, al momento histórico, en que tuvo lugar. La inscripción de la memoria en un texto es, sin duda, un *acto individual* —un acto que, en el caso de contextos políticos o socioculturales represivos, puede ser una forma, y quizás la única, de rebeldía individual, de protesta secreta contra las convenciones coercitivamente impuestas desde fuera al individuo—, pero es también siempre un *acto social* ya que la específica modalidad adoptada por esa inscripción —las convenciones de género o de lenguaje, la incorporación, inconsciente o no, en la propia escritura de las fronteras entre lo decible y lo indecible, la construcción de la propia intencionalidad del texto— deriva directamente del contexto social en cuyo interior se produce.

Variedades de la periautografía

Una variedad específica de escritura del yo —*periautografía* en la formulación sintética y expresiva de Giambattista Vico—, la memorialística se ha expresado a través de varias modalidades claramente diferenciadas entre sí: siendo el diario personal y la autobiografía las más inmediatamente reconocibles como tales y por ende las más estudiadas. El diario se define a priori por recoger un registro inmediato o casi inmediato de la memoria de los acontecimientos vividos por su autora o autor, por estar ordenado según una cronología de fechas del calendario, y por no estar destinado, necesariamente, a otro lector que el propio autor o la propia autora del mismo. Está caracterizado —casi siempre— por la espontaneidad que las anotaciones al vuelo del acontecer imprimen a la escritura: menos preocupado por proteger al propio narciso de las heridas a las que lo pudiera exponer un exceso de sinceridad, una intimidad más auténtica parece habitar sus páginas. Incluso cuando se sabe que el registro original ha sido reescrito extensamente por el autor —y a veces mucho tiempo después de los acontecimientos narrados— con la intención de confeccionar un texto literariamente digno, la *forma* misma del diario trasluce el carácter informe y espontáneo de la vida en su cotidiano vivir. La ilusión de la transparencia absoluta irradia de sus páginas.

La autobiografía, en cambio, es por definición el relato de una vida *interpretada*: concebida como obra dotada de una estructura general, la intención que la rige es analítica tanto cuanto testimonial. No necesariamente sigue un

orden cronológico, ya que aquello que organiza los materiales del relato es la búsqueda de un sentido para la propia vida —le es lícito emplear, por ejemplo, con desmesura la técnica del *flashback*, construir su relato sobre la base de un montaje de episodios de muy discordante naturaleza, o elaborar un collage de fotos, dibujos y texto (como lo ha hecho en su reciente autobiografía el escritor escocés Alasdair Gray) en aras de elaborar una interpretación coherente de la misma—. El texto autobiográfico es uno que, implícitamente al menos, ha estado siempre destinado a la publicación. La vida analizada lo es para otros y no solo para uno mismo (como puede ocurrir en cambio en el caso de la escritura de un diario personal). Estas dos formas de registro de la propia vida constituyen polos extremos que demarcan el territorio posible de la escritura memorialística.

Entre uno y otro se encuentran otras modalidades socialmente consagradas de relatar la propia vida, como el alegato —de tipo judicial— en defensa propia, el memorial público de los actos realizados (o perpetrados) en cumplimiento de una magistratura o de un cargo público, la oración pública (género tan íntimamente asociado a la tradición sofística o retórica de la antigüedad, siendo un ejemplo paradigmático el **Antídosis** de Isócrates), el auto-análisis en clave psicoanalítica, o —caso excepcional por su importancia para la historia del género en la tradición occidental— la confesión. A diferencia del diario, todas estas formas de escritura memorialística implican necesariamente un interlocutor distinto del propio autor, pero a diferencia de la autobiografía, están cercenadas en cuanto a su libertad interpretativa por el propósito específico que persiguen. El alegato judicial, el memorial público, el currículum en prosa, la oración de tradición retórica, son todas formas de una escritura registradora de recuerdos que también presuponen un interlocutor distinto del autor, y como la confesión están también regidas por un objetivo a cuya consecución están subordinados de forma ineluctable los materiales que integran el relato y las retóricas que le dan forma. Puede ser que en ellas se alegue la sinceridad, pero es poco probable que en estas modalidades de escritura sea ella perseguida con demasiada asiduidad: en la medida en que se busque persuadir a un oyente cuyo escepticismo probable se ha dado por descontado, acerca de la legitimidad o bondad o legalidad de las propias acciones, la verdad a medias, la elipsis y la mentira lisa y llana tenderán a inficionar necesariamente el discurso. No así en el auto-análisis, ya que, a semejanza de la confesión, aquello que se persigue es un mejor conocimiento del yo profundo, de aquel yo que se hunde en las brumas del inconsciente: una voluntaria insinceridad desarticularía el propio proyecto.

La confesión —de tradición claramente religiosa— está siempre dirigida a otro que la escucha, y que para los creyentes se supone un interlocutor desdoblado: el confesor más la divinidad cuya representación se supone atribución del primero. Es soliloquio, pero lo es en presencia de un auditorio en cuyo poder yace la posibilidad no solo del diálogo, sino de la absolución. Tanto en el medioevo cuanto en la temprana modernidad fue ésta una forma de exteriorización del yo interior cultivada con suma frecuencia. En periautografías de santas y santos católicos, narraciones del despertar religioso de laicos protestantes, la vida entendida como peregrinaje desde el pecado hacia la salvación se volvió un arquetipo harto trillado de la autoexpresión del yo en una era marcada por la omnipresencia de la fe. Esta modalidad autobiográfica se presenta al lector regida por una búsqueda ostensible de la máxima sinceridad en el relato de las propias acciones y sus motivos. La confesión, por definición, es, o debería ser, siempre un inventario de pecados: condición que establecería una demarcación muy estricta al contenido narrado. Agustín de Hipona le habla directamente a Dios, indirectamente a sus lectores; Jean-Jacques se confiesa ante sus semejantes, busca un diálogo que sospecha imposible con ellos, y finalmente se refugia en un diálogo consigo mismo, entre Rousseau y J.J., en busca de un conocimiento objetivo de su propia subjetividad; Bujarin en el interior de la iglesia estalinista confiesa sus pecados a la encarnación viva de la revolución socialista, mientras aguarda anhelante el momento de su expiación. En el análisis de este específico subgénero, es importante no perder de vista que la búsqueda de sinceridad no es lo mismo que la sinceridad, y que la promesa de un relato verídico de los hechos no es lo mismo que los hechos tal cual verdaderamente fueron —*wie sie eigentlich waren*. El “síndrome Rousseau”, podría decirse, siendo que ha sido en su proyecto periautográfico donde la promesa de la sinceridad absoluta ha convivido del modo más ineludible con una evidencia contundente ofrecida por el propio relato acerca de la imposibilidad de alcanzarla, denota esta necesaria, ineluctable, distancia entre la verosimilitud del relato periautográfico y la realidad existencial de la vida narrada, siendo esa distancia la que ha dado origen a la intensa discusión en el marco de la crítica literaria acerca de las condiciones de posibilidad de una demarcación entre ficción y realidad en la escritura autobiográfica. Es una ironía de la historia intelectual occidental que esta forma específica de narración periautográfica, cuyo objetivo aparece tan ostensiblemente limitado, haya adquirido el estatuto de paradigma de lo que hoy se entiende por “autobiografía” en su sentido más complejo y profundo. Son dos libros que portan el título de “confesiones” los que han delineado de forma paradigmática la forma, los alcances, y también las limitaciones de la empresa autobiográfica, a tal punto que para muchos lectores la forma específica de ese título es elidida de modo aporético y transparente con el vocablo “autobiografía”.



Entre el diario personal y la autobiografía/confesión, la producción literaria más frondosa en la historia cultural moderna ha sido aquella de memorias o recuerdos. Eximidas de cualquier objetivo apriorístico externo a las propias remembranzas, las memorias o recuerdos se distinguen del diario por estar dirigidas —implícitamente, a partir de su propia forma— a un lector que no sea el propio autor, y por no estar obligadas a seguir un orden calendárico. Un libro de memorias o de recuerdos puede, como la autobiografía, mezclar la baraja de los episodios rememorados, invertir sin necesidad de explicación el orden cronológico de los hechos, dejarse llevar por una suerte de asociación libre. Sin embargo, si es cierto que en el habla coloquial los términos *autobiografía* y *memorias/recuerdos* suelen confundirse hasta tornarse virtualmente sinónimos, existe una diferencia importante entre el libro de memorias, por un lado, y la autobiografía, por el otro: mientras que la segunda no está regida por ningún objetivo que no sea la mera evocación de episodios pretéritos que recoge la memoria activa del escritor mientras corre su pluma, la primera lleva implícita la idea de algún tipo de *explicación* de los hechos que configuraron la trayectoria de vida narrada. La asociación libre puede ser el único principio organizativo de los materiales incorporados al texto en el caso de los escritos de memorias; en el caso de la autobiografía, aunque ella pueda por momentos operar —como estrategia discursiva o retórica— para una parte de esos materiales, no puede ser el principio rector de la obra en su conjunto. La autobiografía lleva inscrita en su propio nombre la idea de una historia razonada, y la idea paralela de una vida que es posible aprehender como si constituyera una totalidad orgánica; las memorias no.

Hay otros tipos de escritura cuya relación con los géneros periautográficos es lo suficientemente estrecha como para que puedan ser leídos en clave de texto de memorias, aun cuando, *sensu stricto*, no lo sean. Es en la correspondencia personal donde mejor se puede percibir este parecido de familia con la literatura de memorias, pero también su tajante distancia de ella. En una serie de cartas la narración, aunque asuma explícitamente la forma del soliloquio, expresa implícitamente un diálogo entre dos. Si la periautografía en su versión paradigmática ha sido la confesión expresada en forma de soliloquio ante un público indefinido o mítico, la correspondencia publicada expresa la conversación dialogada entre dos, aun cuando cada carta pueda ser leída como un fragmento microscópico de la autobiografía de su respectivo autor. Presencia/ausencia, el corresponsal al que está dirigido el texto implica siempre la posibilidad de un intercambio, de una conversación, de un diálogo a dos voces (aún en el caso de que no sea, finalmente, correspondida). Diario y correspondencia, por otra parte, son formas de escritura del yo que —cuando ésta aparece ordenada en una serie cronológica— se solapan y se entremezclan: guardan un intenso parecido de familia, y desde el punto de vista de una historia intelectual atenta a los procesos sociales de construcción de la subjetividad moderna, ofrecen igual interés.

Mención aparte merece, finalmente, un tipo muy particular de escritura memorialística, que no por ser menos frecuente que la modalidad centrada exclusivamente en la exploración del propio yo resulta menos significativa: aquella destinada a evocar e interpretar los recuerdos que el autor conserva acerca de *otra persona*. El paradigma de este tipo de escritura es, sin duda, la **Vida de Samuel Johnson** publicada por el escritor escocés, James Boswell, en 1791. Considerada por una tradición crítica que goza de gran consenso como origen y paradigma de la *biografía* moderna, no por ello dejó de ser también un texto de memorias —obra memorialística, pero no, estrictamente, periautográfica—. Las memorias que este tipo de obra presentan son, no de uno mismo, sino de otro; captan, sin embargo, como si fuera en un reflejo, la personalidad rememorada del propio narrador. Si la **Vida de Samuel Johnson** de Boswell marca el origen de la biografía moderna, conviene entonces reconocer que ella se ha desarrollado en dos direcciones distintas: una, la más frecuente, ha sido la biografía académica apoyada en un aparato erudito complejo, cuyo objeto de estudio, aun cuando haya sido contemporáneo del biógrafo, es analizado como si perteneciera enteramente a un pasado pretérito ante el cual la personalidad del biógrafo debería desvanecerse; otra, basada en el recuerdo, en la experiencia directa, que ha tenido el “biógrafo” de su objeto (aun cuando también acompañe a su relato con un aparato científico importante) y que está por ende más próxima al universo de la periautografía. Esta segunda variante de la biografía moderna —que consiste en la escritura de memorias dedicadas a evocar la vida de otro ha sido lo suficientemente cultivada a partir de la época de Boswell como para justificar que se la considere un subgénero dentro de la literatura memorialística: no escritura periautográfica, sino peripoliautográfica o peridiautográfica. La característica decisiva de la peridiautografía es que el registro de la memoria del yo del narrador se centra más en sus recuerdos de otro que en aquellos de sí mismo: la evocación pública de la propia subjetividad pretérita se legitima en función del vínculo que se establece con una personalidad más conocida, y cuya celebridad aparece, entonces, de algún modo “vampirizada” por el autor. Los ejemplos, sin ser tan abundantes como otras escrituras del yo más convencionales, distan de ser escasos.⁵

⁵ En el espacio cultural europeo (y confinando el universo de referencia a los textos de intelectuales y artistas), por ejemplo: **La vie et les ouvrages de Jean-Jacques Rousseau** (1ª ed. completa 1907) de Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre; las **Conversaciones**

En tanto *práctica social*, la memorialística es portadora de una historia específica que puede ser reconstruida y analizada a la luz de las ciencias sociales, siguiendo distintas líneas de abordaje. Si una de las paradojas de la escritura memorialística consiste en el desdoblamiento del yo (característica compartida, por otra parte, con toda escritura del yo), otra consiste en el necesario establecimiento de un puente entre el presente desde el cual se evoca el recuerdo y el pasado al cual ese recuerdo pudo corresponder. Como observó Maurice Halbwachs, el hecho de que la memoria que aparece ante la conciencia como un fragmento de un yo del lejano pasado, y que además de contener una información acerca del mismo —verdadera o falsa, no importa—, condensa también en su interior un estado del ser —estado de ánimo y estado de condición-de-posibilidad etaria— que ya no es —ni puede serlo— el de la persona que evoca ahora ese recuerdo, determina la imposibilidad de un perfecto, completo, reconocimiento del “yo” del presente en ese “yo” del pasado. En otras palabras, el “yo” pretérito no puede ser *recuperado* en su totalidad por el “yo” actual: siempre pertenecerá a un mundo otro, ajeno, que por pertenecer al pasado deberá —por definición— contener siempre una porción de realidad indescifrable desde el mirador del momento actual. Hay un plus de sentido que siempre se escapará al esfuerzo de resurrección practicado por el periautógrafo. Esto deriva, según Halbwachs, del hecho de que el ser humano es siempre parte de un colectivo más amplio —de una sociedad— y nunca un individuo absoluto que pueda relacionarse “monádicamente” con su propio pasado. Si en el hecho mismo de recordar —y más aún en el de registrar ese recuerdo, de colocarlo por escrito— lo ausente se hace presente, y se opera una suerte de elipsis entre el tiempo del pasado y el tiempo del presente —el síndrome de la madeleine en clave bergson-proustiana—, y si ese colapsamiento de un tiempo en otro es *experimentado* como un hecho eminentemente individual, es también y de un modo ineluctable, nos recuerda Halbwachs, un *hecho social* (siendo esta dimensión la más inmediatamente pertinente para una mirada desde la historia intelectual o desde la sociología de la cultura). Ese yo pretérito —el niño lector postulado por Halbwachs— no solo era distinto del yo actual por su menor desarrollo fisiológico y mental, sino también por el hecho de que el mundo social en el cual estaba inmerso era ineluctablemente distinto de éste en el cual el yo memorioso se encuentra ahora contenido. La imposibilidad de hacer coincidir de un modo perfectamente congruente el universo social y cultural del presente con aquel del pasado, por la diferencia en sus valores, sus modos de ver, sus expectativas, por su distinta posición, finalmente, en un espacio temporal, implica que siempre la evocación del pasado será más una reconstrucción deliberada del mismo que una recuperación lisa y llana: “*le passé retrouvé*” no podrá sino ser, siempre, “*un passé reelaboré*”. La disimetría radical entre el mundo del presente que el narrador/intérprete de su propia vida habita y aquel que alguna vez habitó es una marca ineludible en todo texto periautográfico, y exige ser tomada en consideración por cualquier análisis histórico de la producción cultural de textos memorialísticos.⁶

Si el recuerdo es lejano, esa diferencia entre los mundos sociales se amplía; si es reciente, ella se achica, hasta quizás dejar de ser mayormente relevante a la hora de realizar el análisis del texto que la ha registrado. En cualquier caso, el análisis del escrito memorialístico está obligado a tomar en cuenta ese doble contexto al momento de buscar fijar una interpretación del mismo, no para establecer una diferencia (o no necesariamente para hacerlo) entre apreciaciones verdaderas y apreciaciones falsas en relación al pasado recordado, sino para indagar acerca de las formas que esa relación compleja entre pasado y presente pudo haber asumido en la propia escritura. En otras palabras, al tomar el libro o escrito de memorias como un objeto en sí mismo (y, más aún, como un objeto que condensa en su propia confección un sistema complejo de fuerzas culturales y sociales actuantes sobre el escritor a la hora misma de realizar esa tarea de escritura), resulta pertinente y productivo indagar acerca de: 1) las razones por las cuáles se ha seleccionado privilegiar en la arquitectura del relato ciertas memorias del pasado distante y no otras; 2) las razones por las cuáles ciertos hechos han sido totalmente obliterados por el olvido (o relegadas a un lugar de extrema marginalidad) dentro de la narración; y 3) las formas en las que actitudes y valores del presente pudieron haber estado operando sobre la interpretación, que desde el presente se le asignaba a aquellos hechos de un pasado otro (y toda inscripción es portadora implícita de una interpretación). La exploración de esta última cuestión —es decir, de la relación formal entablada dentro del propio texto entre el presente del yo narrador y el yo del pasado y su contexto que aparecen evocados— evoca necesariamente otra que reviste igual importancia a la luz de la historia intelectual y de la historia social de la cultura: aquella de los motivos

con Goethe (1836-48) de Johann Peter Eckermann; el **Diario de 1816** del Dr. John William Polidori, referido a Lord Byron, Percy Bysshe Shelley y su círculo; **Recollections of Shelley, Byron and the Author** (1858/1878) de Edward John Trelawny (sobre el mismo tema); o en épocas más recientes, las peridiautografías dedicadas por su marido y alguno de sus amantes a evocar el recuerdo de los momentos compartidos con la novelista y filósofa angloirlandesa, Iris Murdoch. En América Latina, esta variante de la producción memorialística tampoco ha estado del todo ausente: por ejemplo el libro (póstumo) de Adolfo Bioy Casares, **Borges** (2006), o **Adiós, Poeta... Pablo Neruda y su Tiempo** (1990) de Jorge Edwards. En Brasil, el libro clásico de Joaquim Nabuco pertenece al mismo género.

6 Maurice Halbwachs, **Les cadres sociaux de la mémoire** [1925], Albin Michel, París, 1994, pp. 83-92.



puntuales que pudieron haber estado en el origen del propio hecho de haber tomado la decisión de registrar el pasado propio, y/o de darlo a conocer por vía de la publicación. La pregunta fundamental que confronta a todo investigador en el momento de llevar a cabo el análisis histórico-intelectual de un texto periautográfico es, pues, la siguiente: ¿qué pretendía hacer el autor de este texto al producirlo? Y esa pregunta se desdobra en esta otra: ¿cuál o cuáles era(n) su(s) intenciones?

Si la escritura de diarios y cartas parece responder en primera instancia a motivaciones relativamente simples y transparentes, la decisión de darlos a publicidad responde, en cambio, a una gama de intenciones discursivas amplia y de marcada complejidad. Es por ello que, ante la decisión tomada por un autor periautógrafo de publicar en vida todo su diario o una parte del mismo, toda la correspondencia o parte, debe el investigador asumir la exigencia de examinar, en detalle y profundidad, la relación de ese autor con sus pares, con su público, con un contexto cultural e intelectual específico, formado por disputas de campo, polémicas, competencias entre rivales, alianzas y animosidades personales, horizontes de expectativa y formas posibles de imaginación colectiva. Más aun, los escritos periautográficos concebidos y redactados *para la publicación* recibieron en su propio proceso de redacción presiones e interpelaciones externas al yo narrador, más intensas que en el caso del escrito madurado en la soledad del gabinete bajo la ilusión de su total privacidad. La interpretación histórica y sociológica de la intervención explícita en el universo discursivo de la sociedad a la que su autor pertenecía, mediante la publicación de escritos *a priori* privados, exige por parte del investigador el empleo de todos los recursos metodológicos y teóricos que coloca a su disposición la historia intelectual y cultural.

En la compilación de ensayos académicos reunidos en el presente proyecto, la perspectiva de interpretación que se ha escogido privilegiar ha sido aquella de la historia intelectual —una modalidad específicamente acotada dentro de la historia social de la cultura—, aunque junto a ella se han incorporado, en aras de una pluralidad de enfoques, trabajos elaborados utilizando el instrumental teórico y metodológico de otros campos afines. Objetivo central de esta iniciativa ha sido el de tornar más clara la especificidad de la experiencia memorialística latinoamericana, tal y como esta se ha manifestado entre las élites culturales de la región durante el siglo veinte. Una exploración histórica de la escritura memorialística cuyo imperativo metodológico sea relacionar de un modo preciso el contenido del texto con las condiciones de posibilidad expresivas ofrecidas por el contexto discursivo (y más ampliamente sociocultural) del momento en que fuera elaborado, ofrece la posibilidad de una mejor apreciación de la escritura periautográfica como *acción* histórico-cultural, como intervención concreta en un universo específico temporal y geográfico de significación social que por su propia naturaleza no puede sino constituirse en un *hecho* *significante*. Ofrece también, por ello mismo, una posibilidad de mejor aprehender el carácter “enraizado” de esa escritura, anclado, arraigado, como lo está en una comunidad de significación específica (cuyas marcas lleva indeleblemente impresas).

Una hipótesis fuerte del proyecto es que el desarrollo de una literatura memorialística producido en América Latina ha tenido una especificidad propia que no puede reducirse —sin hacerle violencia a la textura misma de ese proceso y de su producto— únicamente a la condición de proyección epigonal de las formas previamente desarrolladas en Europa o en los Estados Unidos. La forma básica del género fue elaborada en el interior de otras culturas, en geografías distantes; pero la experiencia cultural y social latinoamericana vehiculizada por la percepción que autores individuales han podido tener de su propia vida destila un matiz diferencial, un sesgo propio, frente al modelo normativo acuñado otrora y allende. Un siglo y medio más tarde que en Italia —cuyos letrados revivían y renovaban formas muy antiguas de la literatura periautográfica— se produjo en el resto del orbe europeo —incluyendo las nuevas tierras que estaban entonces en vías de ser conquistadas por los armados letrados de España y Portugal— una consolidación de la escritura del yo y de la literatura de la memoria. Desde el inicio, la escritura de tipo autobiográfico en América Latina sintió el impacto de la nueva geografía y de la inédita situación social que engendró la interacción —tamizada por formas nuevas de dominación— entre habitantes del Viejo Mundo y aquellos de un mundo de culturas enteramente ajenas a la experiencia histórica europea. Nuevo mundo: nueva posición ante el mundo. Dotada de fueros de legitimidad propios, esa escritura memorialística se iría inscribiendo con creciente independencia sobre el mapa más amplio de las literaturas periautográficas del orbe universal: desde una posición desplazada y con el ambiguo beneficio que otorga la sensación de marginalidad, los escritores latinoamericanos han podido mirar hacia las tradiciones de escritura memorialística de la antigüedad o de los países asiáticos con la misma sensación de distancia y/o proximidad como lo han hecho frente a aquellas de Europa y Norteamérica. Han podido cultivar su propia tradición periautográfica, sus propias inflexiones a la escritura del yo, bajo el signo de un furioso eclecticismo. Han podido escoger inspiraciones, motivos y modelos de todo el planeta y de toda la historia, eclécticamente, para luego imprimirles una marca propia. ¿Cuál ha sido ese acervo de posibles motivos y modelos? El esbozo incompleto que sigue busca ofrecer una respuesta tentativa a

esta pregunta, a la vez que permitir una colocación más precisa de la producción periautográfica latinoamericana en el mapa cultural mundial.

La literatura autobiográfica: cartografía general

Cuando se examina la literatura memorialística desde una perspectiva global, aparecen ciertos consensos básicos acerca de su desarrollo en el tiempo y de su alcance geográfico. Una porción abrumadoramente mayoritaria de los estudios dedicados a la autobiografía ha coincidido en señalar su condición eminentemente moderna, aun cuando se le puedan reconocer antecedentes decisivos que se remontan a la historia más antigua. Una parcela igualmente extensa de esa literatura ha coincidido en reconocerle el carácter de un fenómeno primordialmente europeo —y ello a pesar de reconocer la existencia innegable de importantes excepciones a tal regla, sobre todo en Extremo Oriente—. Ambas excepciones ostentan una irrecusable importancia. La proposición acerca de la modernidad consustancial de la literatura autobiográfica, incluso si es referida tan sólo al caso del espacio cultural europeo, debe lidiar no solo con el hecho de que uno de sus arquetipos originales, sin duda de los más importantes, fue producto de la Antigüedad Tardía —las **Confesiones** de San Agustín— sino con aquel de que muchos de los elementos propios de la modalidad autobiográfica moderna (la escritura en primera persona; la expresión literaria de los pensamientos íntimos, de la experiencia interior; el relato cronológico de los hechos públicos de la propia vida) también aparecieron por primera vez en los albores de la historia griega y romana. Arnaldo Momigliano, por ejemplo, ha señalado que, si se acepta que cualquier noticia en verso o en prosa donde un individuo nos cuenta algo acerca de sí mismo es un elemento antecesor de la autobiografía, el conjunto entero de la poesía lírica y épica griega que ha sobrevivido podría considerarse precursora de la autobiografía. Y aún si se mirara con cierto escepticismo una delimitación tan amplia del universo de textos antecesores —posición escéptica a la cual el propio Momigliano adhiere—, no por ello dejaría de existir, en calidad de “los antecedentes más verdaderos de la biografía o de la autobiografía”, un acervo importante de “anécdotas, colecciones de dichos, cartas individuales o colectivas, y discursos apologéticos”.⁷

Es cierto que en la Antigüedad Clásica (es decir, grecorromana) del Mediterráneo no aparecen demasiados ejemplos de texto periautográfico. Los **Comentarios** de Julio César a las guerras gálicas y a las guerras civiles fueron precisamente aquello que su título indica: a pesar del uso de la primera persona, no conforman un libro de memorias. Partes de batalla, más bien; anotaciones ligeras hechas luego del fragor de la batalla y más tarde reelaboradas a través de una sofisticada retórica para que sirvieran de apología cívica de sus acciones ante un público de ciudadanos cuyo voto o cuyo apoyo militar se solicitaba. Del mismo modo, el texto autobiográfico de su hijo adoptivo Octaviano —la inscripción epigráfica que comunicaba a los ciudadanos/súbditos del *Imperium* las *Res Gestae Divi Augusti*—, aunque narraba los principales hechos de la vida adulta del emperador en primera persona, es un *memorial* político, una rendición de cuentas ante la opinión pública acerca del desempeño del máximo magistrado de la República, el *princeps*. Hundiendo sus raíces tanto en la tradición de los epígrafes funerarios de los ciudadanos ilustres de Roma cuanto en aquella de las estelas memoriales de los reyes helenísticos, la narración de vida que allí aparecía —inventario de beneficios prodigados a su pueblo por el benefactor máximo— se presentaba casi por completo despojada de consideraciones personales o íntimas referidas a la vida de su autor. No es que los habitantes de las antiguas *póleis* griegas o del Imperio Romano hayan carecido de la concepción misma de un relato de vida basado en la memoria de un individuo y con capacidad de comunicar, además de los hechos vividos, los sentimientos que dichos hechos supieron evocar: las antiguas epopeyas desmienten tal presunción. Ese asombroso segundo libro de la **Eneida** (en el cual Eneas, respondiendo al pedido de la reina Dido, narra, ante el repleto silencio de los cartagineses y troyanos que asisten al banquete dado en su honor, la muerte de una civilización, con una precisión tal para la evocación de cada detalle que los sonidos de la carnicería, el olor de la muerte, y hasta los múltiples tonos de la noche negra —“*atra nox*”— regida por esa tan enemiga “*amica silentia lunae*”, parecen cobrar vida ante los ojos del lector) es prueba suficiente de la existencia de condiciones de posibilidad para la creación de obras autobiográficas en el mundo antiguo. Es cierto que el relato de Eneas se legitimaba en su condición de hijo de una diosa y de padre de una patria —más aún, la precisión de su relato, que podría, por su carácter tan sobrehumanamente detallado, ser acusado de inverosímil por un lector desprevenido, se debía al hecho de que no era un ser humano (Eneas) el que ejercía el acto de recordar, sino un dios (¡ni más ni menos!), Cupido, a quien Venus le había pedido que asumiera la forma de su otro hijo para mejor conquistar el corazón de la reina cartaginesa—: este carácter excepcional del sujeto de memoria en la epopeya antigua puede

7 Arnaldo Momigliano, **The Development of Greek Biography**, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1971/1993, p. 23.



ofrecer quizás una pista para explicar mejor la ausencia casi completa de autobiografías en el mundo antiguo europeo. El acto de recordar los propios hechos —*res gestae*— no era un don común, democrático, sino un privilegio de los varones ilustres, de los ciudadanos excelsos, de los héroes y de los dioses, y la memoria por ende devenía un acto cívico o un acto sagrado (dimensiones que guardaban una relación estrecha en la antigüedad clásica) que tendía a borrar su vínculo con la interioridad de un individuo. Otra explicación, más canónica, tiene que ver con la construcción relativamente débil de la noción de “individuo” en la Antigüedad Clásica, donde aquello que se privilegiaba al concebir la biografía de las personas era su relación con los otros —con los otros ciudadanos, con los dioses, con los esclavos—: el ser humano era concebido antes como un nodo dentro de un sistema relacional complejo que como una mónada dotada de autonomía y por ende de interioridad. (Entre la crematística y la política económica de una sociedad capitalista media un abismo). Esta explicación de las características peculiares de la literatura antigua goza de cierto consenso, como también lo hace el señalamiento de ciertas excepciones altamente significativas en el período pre-cristiano, como la construcción de la interioridad individual en el pensamiento estoico.

A pesar de antecedentes importantes, como las **Meditaciones** del emperador Marco Aurelio —texto estoico—, es el texto periautográfico contenido en las **Confesiones** de San Agustín el que marca, para la mayoría de las miradas, el nacimiento de la autobiografía en Occidente. Aparecen narrados allí no solo hechos externos —los estudios del futuro obispo, su experiencia como docente de retórica, el estado lamentable de la disciplina escolar en la África de su época, la corrupción de los funcionarios imperiales, anécdotas sobre la astrología y las confusiones de identidad— sino la progresión, el desenvolvimiento, de una conciencia interior. Relato de conversión, el libro de las **Confesiones** es también el relato de una personalidad con vida interior y desenvolvimiento, complejo e incierto, a través del tiempo de una vida. Cuando Rousseau quiso refundar de un modo radical, a finales del siglo XVIII, la escritura autobiográfica, debió aludir desde el título mismo de su obra a ese texto fundacional legado por el primer gran filósofo del cristianismo latino. Su estatuto, sin embargo, ha permanecido siempre un poco ambiguo: conversación memorialística dirigida en primer término a Dios y no a sus lectores; sermón organizado en torno a una intención polémica y proselitista; obra en la cual despunta el individuo dotado de una vida interior autónoma tan solo para abismarse inmediatamente en la conciencia de la eternidad; las **Confesiones** agustinianas son y no son —en sentido estricto— una autobiografía.⁸ Quizás de allí su enorme capacidad de interpelación y su indudable productividad para la tradición memorialística.

Por otra parte, un rasgo distintivo de las **Confesiones** de San Agustín es que abrevaba su libro no solo en la tradición greco-latina, sino también en la hebrea por vía de las escrituras bíblicas. En aquella otra tradición cultural de la Antigüedad europea y mediterránea, los recursos expresivos para dar cuenta de la vida interior del yo habían recibido un desarrollo alternativo al de la tradición helénica y romana. Como observó Erich Auerbach en **Mimesis** al contrastar las estrategias narrativas de la épica homérica con aquellas empleadas por los anónimos escritores del Pentateuco, en la escritura sagrada de los hebreos la interioridad del individuo, el drama psicológico interior que la oposición entre el sentimiento visceral, el afecto íntimo, y la rígida obediencia al mandato divino exigida por un Dios celoso e inflexible provocaba, habrían recibido un desarrollo más evidente que en la producción literaria griega y latina. El “Cantar de los cantares”, las diatribas en primera persona de Job en el libro que lleva su nombre, algunos de los libros de los profetas —como el de Nehemías—, entre otros, presentan al lector la figura de un narrador que habla en primera persona, que hace referencia a aspectos de su vida privada o de su historia de vida, y que, en algunas ocasiones, comunica de un modo directo o por la vía indirecta de la retórica empleada, información acerca de su propio estado anímico. ¿Será que la creencia en un único dios invisible, escondido, haya sido el primer paso necesario hacia la construcción de una noción de “yo” interior, significativo en su individualidad particular más que en su representatividad del todo social o su inmersión en el mismo? Como sea, la tradición hebrea dio origen, dentro de una cultura helénica, a otro texto autobiográfico importante de la era previa a la cristianización del Imperio Romano: la vida de Flavio Josefo (37-100) escrita por él mismo. Allí nos enteramos de la posición social del autor —de su condición aristocrática—; encontramos información acerca de su primera educación y de sus diversas derivas religiosas antes de convertirse en sacerdote fariseo y en comandante militar; nos cruzamos con Aliturius, el actor de teatro judío que deleitaba a Nerón, y con este mismo, junto a su esposa Poppea, en la corte del Domus Aurea; y, más importante aún desde la perspectiva de las definiciones más corrientes acerca de lo que constituye la autobiografía moderna, descubrimos los cambiantes estados de ánimo del comandante de Galilea ante las intrigas y conspiraciones urdidas en su contra por sus enemigos dentro del propio campo de los rebeldes judíos al que pertenecía. Escrito breve, redactado —origen tan común de los textos autobiográficos—

8 Aunque el propio Agustín aclaraba: “cui narro haec? neque enim tibi, deus meus, sed apud te narro haec generi meo, generi humano, quantulacumque ex particula incidere potest in istas meas litteras”. Cfr. Augustine, **Confessions**, Vol. 1, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1912, p. 70.

para defenderse de las acusaciones de sus enemigos (romanos y judíos), el libro de Josefo ofrece otra excepción a la regla en cuanto al origen moderno de la escritura memorialística.⁹

Como ha argumentado recientemente Marziano Guglielminetti, es recién a partir de los grandes escritores de vísperas y comienzos del Renacimiento en Italia —Dante, Petrarca, Boccaccio— cuando empiezan a aparecer otra vez en la literatura europea aquellos recursos literarios disponibles en tiempos del Imperio Romano para autores como Josefo, Marco Aurelio, Libanio o Aurelio Agustín, y que desde Boecio y el Maximianus de las **Senectae**, es decir desde el siglo VI, habían desaparecido de la cultura de la Europa latina. En efecto, más allá de la profunda distancia que separa la **Vita Nova** y el **Convivio** de una auténtica escritura autobiográfica por la indefinición de las alusiones a tiempos y lugares, por la referencia a arquetipos en clave platonizante más que a figuras concretas (la Beatrice del Dante dista mucho, sin duda, del efecto de realidad que generan las mujeres relatadas por Brantôme o por Rousseau, siendo, por otra parte, precisamente ese carácter arquetípico la fuente de su poder literario), y por la ausencia de un hilo conductor narrativo y/o cronológico, esas obras en lengua vulgar presentan ya ciertos recursos (como la apología de sí mismo, la explicación de las vivencias alegorizadas en ciertas poesías, o la construcción de ciertos *alter-egos* —Boecio, Catón— que reafirman la autonomía, la libertad, de la conciencia humana) que servirían para desbrozar el camino hacia la construcción de una literatura memorialística más plenamente desarrollada.

Es a partir del siglo XIV (y de un modo más contundente aún, a partir del Quattrocento) cuando empiezan otra vez a proliferar los relatos autobiográficos, los textos de memorias, los diarios personales. En Italia, para mencionar solo una región, desde el Medioevo otoñal hasta la edad Barroca se publicó una larga serie de textos autobiográficos o cuasi-autobiográficos: un ciclo densamente poblado que va desde Petrarca hasta la **Vita** de Benvenuto Cellini, pasando por obras importantes como las de León Battista Alberti, Girolamo Cardano, o Enea Silvio Piccolomini (Pío II) —la única autobiografía de un Papa—. Desde entonces, y pasando por rupturas e hitos decisivos —como la **Vida del Dr. Johnson** de James Boswell (y los **Journals** de éste), la **Histoire de ma vie** de Casanova, o algunas décadas antes, las **Mémoires** del Duque de Saint-Simon— la producción de textos memorialísticos se incrementó sin pausa, y se diversificó, hasta desembocar en ese nuevo texto fundacional o refundacional, las **Confessions** de Jean-Jacques Rousseau.

Fuera de Europa —salvedad hecha de las literaturas de Asia Oriental—, la escritura autobiográfica estuvo casi completamente ausente hasta el momento en el que la propia expansión europea difundió por el globo los géneros que en su seno había desarrollado. En toda la historia islámica previa al intenso contacto con los europeos a fines del siglo XVI, solo se habría escrito una autobiografía merecedora del nombre, aquella del rey timúrida que conquistó un imperio en Afganistán y la India a principios del siglo XVI, Babur. Su obra, el **Babur-Nameh**, ocupa un lugar anómalo en la tradición literaria de las tres lenguas clásicas del Islam —el persa, el árabe y el turco—, ya que no hubo otro esfuerzo de tan gran aliento por consignar en las páginas de un libro no solo las peripecias de la propia vida, sino una reflexión sobre ellas. En el subcontinente de la India, las culturas locales, aunque dueñas de complejas y ricas literaturas, nunca desarrollaron ni una tradición historiográfica ni una tradición autobiográfica local. Si bien arqueólogos e historiadores poscoloniales se han esmerado en su búsqueda de antecedentes pre-Islámicos y pre-Europeos de esas prácticas de escritura, la cosecha, hasta el momento, ha sido más bien magra. Al igual que en el caso de la Persia pre-Islámica (inscripciones sasánidas talladas en las laderas de ciertas montañas en Irán), los monumentos epigráficos han arrojado cada tanto ejemplos locales de *rerum gestarum* semejantes al documento del dios César Augusto —columnas, estelas, rocas talladas con narraciones de los hechos más destacados de dinastas chalukyas o cholas de la India medieval—; mientras que en la rica literatura poética hindú, redactada en sánscrito, o en la igualmente rica tradición budista transmitida en lengua pali, aparecen esporádicos esbozos de biografía, ocasionales referencias a individuos que podrían ser, quizás —y siempre y cuando el uso del condicional predominase en su análisis—, de carácter autobiográfico: pero antes del contacto con los europeos, tales documentos se manifiestan extremadamente escasos. En la África subsahariana, en Oceanía, en Australasia, la situación es más yerma aún. Allí la ausencia de una tradición letrada, consecuencia de la ausencia de formas autóctonas de escritura, ha implicado por definición la inexistencia de una tradición de memorialística local, situación que se repite por los mismos motivos en casi toda la América precolombina.

9 Si bien mucho menos importante desde la perspectiva de su impacto sobre la cultura literaria occidental, existió en la Antigüedad tardía otra autobiografía más o menos orgánicamente concebida, aquella del filósofo griego Libanio (314-394). Amigo y colaborador del emperador "apóstata" Juliano (gobernó 361-363), fue uno de los intelectuales más importantes en la reacción "pagana" contra el ascenso al poder del cristianismo. Junto con las de Josefo y San Agustín, esta habría sido la otra autobiografía —*sensu stricto*— completa que nos ha llegado desde la Antigüedad. Si no es tan conocida como aquellas otras, quizás sea porque la religión que triunfó no fue la defendida con tanto ahínco por Libanio.



Es únicamente en Asia Oriental —el “Lejano” o “Extremo Oriente”— donde ha sido posible encontrar una *tradicón* memorialística autóctona: menos desarrollada que la occidental y mucho más esporádica en el tiempo, no por ello ha sido menos concreta. En China, hay ejemplos desde al menos la dinastía T’ang (618-907) —y algunos muy anteriores—, si bien fue tan solo a partir del gran renacer cultural de la era Ming (1368-1644/61) cuando ese tipo de escritura comenzó a volverse más común. El énfasis colocado por el pensamiento confuciano sobre el cultivo esmerado del carácter de los individuos pertenecientes a los sectores altos de la sociedad, derivó en una concepción del individuo como sujeto dotado de autonomía ética o moral. Una representación semejante de la individualidad humana emergió de los textos biográficos incluidos por Sima Qian (Ssu-ma Ch’ien) (139-86 A.E.C.) en su célebre historia **Shiji** o **Anales** de las dinastías Qin y Han —uno de los cuales fue su propio esbozo autobiográfico dentro de esa obra—. Tan profunda fue la impronta de la tradición biográfica china sintetizada por vez primera en los **Shiji** del Gran Historiador que, como ha observado Pei-Yi Wu en su estudio sobre la autobiografía en China, la periautografía tendió a limitarse al espacio público —colectivamente verificable— de la propia vida, dejando toda referencia al mundo interior, al espacio de la intimidad y del sentimiento, fuera de su foco de interés. La periautografía china se limitó hasta la dinastía Ming a relatar hechos y acontecimientos, en vez de la experiencia íntima que se pudo haber tenido de ellos. Una sola excepción sirvió para confirmar la regla: el registro —abundantísimo— en la literatura clásica china de los sueños de los individuos. Lo onírico era considerado más objetivable que el pensamiento interior o el sentimiento meramente personal. Real, aunque extraño, mereció la atención del letrado clásico. Las condiciones de posibilidad para una escritura periautográfica aparecieron en China bajo la dinastía Song (o Sung) (960-1279), a partir de la codificación y creciente hegemonía del neo-confucianismo en la obra de Zhu Xi (1130-1200) y sus seguidores, pero esa posibilidad solo se tornaría realidad en épocas de la siguiente dinastía, la Ming. Momento de florecimiento de la prosa de ficción —ejemplificada por novelas largas, como **Los bandidos del pantano** (también traducido bajo el título de **Margen de agua**, ca.1390) de Shi Naian o **El loto dorado (Jin Ping Mei)**, también traducido como **El ciruelo en el vaso de oro**, 1610) de Lanling Xiaoxiao Sheng, y también por narraciones breves, como aquellas contenidas en las colecciones de Feng Menglong (1574-1645) y de Ling Mengchu (1580-1644)—, comenzó entonces una producción sostenida de obras periautográficas. Entre los ejemplos más tempranos está el **Diario** de Wu Yubi (1391-1469), texto breve que narra de un modo difuminado los esfuerzos de autocultivo neoconfuciano de su autor: en traducción inglesa la escritura se asemeja por momentos a los **Pensées** de Pascal.

Si en un primer momento, los escritores del yo supieron pertenecer de modo casi exclusivo al estamento de los letrados confucianos ligado a los centros de poder político y simbólico del Imperio del Cielo, en vísperas de la penetración más intensa de la cultura europea un autor como Shen Fu (1763-pos 1809) pudo redactar un texto autobiográfico complejo —**Seis capítulos de una vida flotante**— cuyo universo de referencia traspasaba notablemente el círculo restringido de los letrados con su cultura centrada en los exámenes imperiales y las ambiciones de poder: las alegrías y los sinsabores de la vida matrimonial, el romanticismo de los buques-burdel en un lago próximo a Cantón, las penurias y preocupaciones del trabajo mal remunerado, la tiranía del orden patriarcal que imperaba en las familias de la China confuciana, todo ello y más aparece relatado con simple elegancia en esa periautografía. Estructurado según aspectos del vivir más que según etapas cronológicas, permeado por una concepción confucianista/tradicionista de la relación del ser humano con el cosmos —y puntuado aún por cierto toque budista, a pesar del desprecio explícito que destila el texto acerca de la institución monacal de esa religión—, el libro de Shen Fu parece romper con la tradición no solo por prestarle una atención minuciosa al detalle empírico de su propia experiencia, sino porque el eje que estructura el relato es aquel de un sentimiento tan íntimo como el amor pasional que un hombre supo sentir por una mujer: aquel volcado sobre su esposa Yün, su compañera amante y su socia en las peripecias de la vida. Apogeo de la memorialística autóctona, su modo de narrar se vería desplazado progresivamente por modelos extranjeros, que ingresaron al país en las valijas de los comerciantes y los ejércitos europeos abalanzados a partir del siglo XIX sobre el imperio en disolución, bajo los últimos Qing. Los textos autobiográficos de fines del siglo XIX y principios del XX ya se acomodan a un molde más evidentemente europeo, tratarse de las memorias políticas de Sun Yat-Sen (1866-1925), educado como cristiano protestante y autor de **Memorias de un revolucionario chino** (1918); de Mao Zedong (1893-1976), cuya “autobiografía” es en realidad un texto de Edgar Snow (1905-1972), periodista sinófilo y filo-comunista norteamericano, redactado sobre la base de una entrevista a Mao llevada a cabo por éste y publicado como parte de **Estrella Roja sobre China** (1937); o de los escritos en clave memorialística de literatos como Lu Xun (1881-1936), Xiao Hong (1911-1942), Qian Zhonggshu (1910-1998, autor de la novela parcialmente autobiográfica, **Fortaleza asediada**, uno de los clásicos de la literatura satírica mundial del siglo XX) o Yang Jiang (1911-), esposa del anterior y autora de una autobiografía acerca de su persecución durante la Revolución Cultural, cuyo título alude a la periautografía de Shen Fu: **Seis capítulos de una vida flotante hacia abajo** (1982).

En Japón, país con una densa y compleja tradición literaria, hubo en una época tan temprana como el período que va de los siglos IX a XII de la era cristiana un desarrollo no solo de una literatura memorialística autóctona, sino de una literatura memorialística *femenina*. El **Libro de la Almohada** de Sei Shonagon (redactado alrededor del año 1000), las **Reminiscencias** de Murasaki Shikibu (ca. 1000), el **Diario** de la Dama Isé (ca. 960), el **Diario** de la Dama Sarashina (1059), o las **Confesiones (Towazugatari)**, o **Relato que nadie solicitó** de la Dama de Nijō (1258-1307), constituyen —junto con muchos otros— un acervo único de escritos memorialísticos femeninos que llama la atención por su fecha tan temprana, así como por la calidad literaria de sus exponentes. Existió también, por supuesto, un importante acervo de literatura autobiográfica masculina: textos autobiográficos de funcionarios, mercaderes, monjes, samuráis, y aún de actores de teatro *kabuki*. La periautografía japonesa tendió a confluír, a partir de la apertura del país al mundo en la segunda mitad del siglo XIX, con los modelos dominantes hallados en la tradición europea. Obras célebres, como aquellas del Sarmiento japonés, Yukichi Fukuzawa (1835-1901), del anarquista y organizador sindical Osugi Sakae (1885-1923), o de la pionera del feminismo en Japón (y en una época pareja de Osugi) Hiratsuka Raicho (1886-1971), fueron concebidas siguiendo ya los patrones más evidentes de la literatura autobiográfica en Occidente.

Dentro de la tradición memorialística occidental es la obra de Jean-Jacques Rousseau la que horada el proceso de transmisión de los modelos previos, hasta constituirse en un hito radicalmente nuevo, de indisputable importancia. Sus **Confessions** dieron inicio a la modalidad autobiográfica moderna —potenciada luego por el romanticismo decimonónico y más adelante por los cambios en la autopercepción de la subjetividad derivados del psicoanálisis freudiano y del malestar general en la cultura europea en vísperas del siglo XX—, que privilegia la sinceridad de la expresión y la promesa de autenticidad de la experiencia interior. Si periautografía había sido, durante toda la temprana modernidad europea, la narración de las peripecias externas vividas por el sujeto/narrador, la autobiografía a partir de Rousseau adquiriría una profundidad psicológica nueva, en la cual el relato de las contradicciones internas y de los sentimientos de abyección que ello producía pasaría a desplazar el relato pudoroso y pulcro de una vida cuyo valor radicaba en su fortaleza de ánimo, virtudes intelectuales y cívicas o éxitos mundanos. La larga maduración de la concepción moderna del individuo como mónada autoabastecida y también desgarrada parecía culminar en la empresa memorialística del célebre ginebrino, desde sus primeras páginas donde la frase "*Moi seul*" irrumpía como un blasón de impertinente ruptura con las retóricas del yo heredadas del pasado, empezando por la obra contra la cual se erigía ésta, las piadosas confesiones del obispo de Hipona. En ese tríptico extraño y conmovedor formado por las **Confessions**, los **Dialogues**, y **Rêveries d'un promeneur solitaire**, Rousseau se propuso mostrar a un hombre "*dans toute la vérité de la nature*" y esta intención implicaba no solo concederle primacía al mundo del sentimiento —"*mon coeur*"— por sobre los mundos de la razón o de la acción, sino en llevar el afán de expresión *transparente* de la interioridad de un alma única y *sui generis* —como creía que era la suya— hasta un paroxismo de desdoblamientos paradójicos y aporéticos de su "yo" histórico-literario. Como gesto filosófico-estético, la autobiografía de Rousseau marcaba en efecto el comienzo de una nueva modalidad en la escritura del yo: ha existido un consenso en torno a esta centralidad rupturista de la obra rousseauiana durante casi un siglo en la historia literaria y en la crítica, y algunos (es el caso del influyente estudioso de la literatura autobiográfica, Philippe Lejeune) han querido ver en él, además, el punto de origen de un género literario nuevo y de contornos precisos: la autobiografía literaria moderna. Sin entrar a examinar esta tan ardua cuestión de la existencia (o inexistencia) de ese género, parecería estar fuera de duda el hecho de que la autobiografía de intención estética, es decir la autobiografía que se presenta al público reclamando una legitimidad propia sobre la base de la calidad de la escritura en vez de hacerlo únicamente sobre la base de la importancia de los hechos narrados o de la importancia histórica del testigo que los narra, ha sabido reconocerse en el espejo del clásico de Rousseau durante los últimos dos siglos y medio. Más aún, no solo la literatura autobiográfica ha abrevado en la fuente rousseauiana: también lo ha hecho una parte importante de la literatura de ficción, sobre todo aquella más volcada hacia la narración en primera persona de las volutas y arabescos fluctuantes de la incierta identidad psíquica del sujeto moderno. A partir de entonces, las escrituras del yo y de la memoria no han dejado de multiplicarse, hasta llenar hoy día anaqueles enteros de las principales bibliotecas del mundo. El proceso de profundización de la conciencia de la propia subjetividad que se desencadenó en la cultura europea a partir de las corrientes románticas —y que se vio potenciado por escuelas como la psicoanalítica a principios del siglo XX o por algunas de las vanguardias literarias que hicieron eclosión algunos años más tarde— ha continuado impactando con su onda expansiva sobre la cultura letrada, no ya tan solo europea, sino mundial. Desde autores como Benjamin Constant (1767-1830) con su tan influyente **Adolphe**, François-René de Chateaubriand (1768-1848) y sus **Mémoires d'Outre-Tombe**, Thomas de Quincey (1785-1859) con su ficción translúcidamente autobiográfica, **Confessions of an English Opium Eater**, o Edward J. Trelawney (1792-1881), cuyas memorias abarcaron al círculo de Lord Byron y la experiencia del Imperio Británico en las costas



de China y Malaya, la producción de literatura periautográfica —aun si solo se tomara en cuenta aquella elaborada en la estela de esa autobiografía modélica que fue la de Rousseau— ha seguido un proceso acumulativo que abrumba al investigador por su extensión y tamaño. Al azar se pueden citar, limitando el universo de referencia a las obras más conocidas publicadas en los últimos 150 años por individuos que pertenecieron al mundo europeo y norteamericano de las letras y de la cultura, nombres como los de Alexander Púshkin, Harriet Martineau, Antonio Alcalá-Galiano, Anthony Trollope, John Stuart Mill, Mark Twain, Maxim Gorky, el conde León Tolstoy, Romain Rolland, Michel Leiris, André Gide, Jean-Paul Sartre, Carlo Emilio Gadda, Henry Adams, Henry James, August Strindberg, Karl Löwith, Lou-Andreas Salomé, George Santayana, Robert Graves, Cesare Zavattini, Cesare Pavese, Pier Paolo Pasolini, H.G. Wells, Roland Barthes, Louis MacNeice, Anaïs Nin, Virginia Woolf, Julien Green, Rafael Alberti, Salvador de Madariaga, Noel Coward, Vittorio de Sica, Louise Brooks, Iris Murdoch, Elizabeth Bowen, Charles Chaplin, Michael Powell, Lindsay Anderson, Edmund Wilson, Sylvia Plath, Alfred Kazin, Stefan Zweig, Joseph Roth, Vassily Grossman, Stanislaus Joyce (el hermano de James), Evelyn Waugh, Kornei Chukovsky y su hija Lydia Chukóvskaya, David Lodge, Elías Canetti, Richard Hoggart, Marina Tsvetáyeva, Beatrice Webb, W. E. B. Du Bois (cuyos textos autobiográficos se insertaban en una larga tradición periautográfica afro-angloamericana que se remonta a Olaudah Equiano e Ignatius Sancho en el siglo XVIII), Benedict Anderson, Román Jakobson, León Trotsky, y una larguísima lista de otros autores —tan larga que parecería exigir la masacre de bosques enteros para poder consignar sus nombres en páginas impresas.

Memorialística latinoamericana: una tradición propia

América Latina evidentemente no ha estado ajena a esta progresiva consolidación de una tradición de escritura memorialística en Europa (más aún, en el siglo veinte ha estado también crecientemente consciente de la existencia de las tradiciones no europeas de escritura autobiográfica y en especial de la japonesa y la china). Cuando se produjo la llegada a las Américas de los primeros adelantados españoles y portugueses, ya existían dentro de su propia cultura literaria las condiciones de posibilidad para elaborar una escritura en primera persona que narrara sus hazañas. Y en efecto, una parte importante de la llamada “literatura de la Conquista” estuvo constituida por obras de esa naturaleza. Hubo a lo largo de los años de la dominación colonial una producción constante de textos periautográficos de variada calidad e índole. Es en el momento de la Independencia cuando la tradición latinoamericana de escritura memorialística florece y adquiere su estatuto preciso. El derrumbe de los imperios ibéricos y la revolución en el orden social fueron hechos de tal magnitud que evocaron un verdadero aluvión de textos autobiográficos. La mayoría de estos siguió estando regida por cierta intencionalidad utilitaria: es decir, su escritura no respondió tanto al mero placer de exhibición del yo cuanto a la necesidad de justificar, retrospectivamente y ante un público tildado de “imparcial”, conductas asumidas en el fragor de la lucha. El caleidoscopio ideológico en que se había fragmentado el universo mental de la Ilustración católica de fines del siglo XVIII, sumado a la necesidad para la propia supervivencia en un mundo en guerra y en revolución de cambiar de bando con cierta asiduidad, fueron hechos que determinaron que casi ninguno de los actores en los procesos políticos, culturales y militares de la Independencia pudiera ofrecer un pasado intachable desde la perspectiva de la nueva ideología revolucionaria. El “desviacionismo” estuvo a la orden del día, aun en el caso de los próceres más prestigiosos de las revoluciones de Independencia.

Las revoluciones de Independencia no solo dieron origen a un cuerpo extremadamente frondoso de escritos memorialísticos, sino que hicieron de ese género un instrumento político de uso frecuente en las polémicas partidistas del día. Desde entonces, una de las modalidades más frecuentes de la autobiografía hispanoamericana ha consistido en su uso como panfleto político-ideológico, en cuyo interior los hechos rememorados aparecen siempre sometidos a la voluntad de presentarlos como expresión de una línea deliberada de conducta, y de una adhesión inflexible a una causa ideológica. Clásicos del género fueron la **Vida** de Fray Servando Teresa de Mier, las **Memorias** del General José María Paz, las **Memorias** del General Tomás de Iriarte, o la nutrida producción memorialística de líderes del movimiento revolucionario en la Gran Colombia, como José Antonio Páez, Daniel O’Leary o Francisco de Paula Santander.

Los años de la lucha por establecer nuevas soberanías sobre las ruinas del Imperio Español permitieron ver las nuevas condiciones de posibilidad para la elaboración de relatos autobiográficos hispanoamericanos. Pero fue el torbellino intelectual del romanticismo el que permitió que este género se consolidara en Hispanoamérica. En el continente hay un autor, Domingo Faustino Sarmiento, que se destaca sobre sus contemporáneos como autobiógrafo romántico. Sus obras, como **Recuerdos de Provincia** (1850), han pasado a constituir el paradigma del

género. Su vocación periautográfica no fue, sin embargo, un hecho aislado en los años de apogeo del romanticismo. Sus contemporáneos publicaron también un número importante de autobiografías y memorias, incorporadas al canon de los clásicos literarios y del pensamiento hispanoamericano: por ejemplo, las **Memorias de mis tiempos** (1906) del poeta y político romántico mexicano, Guillermo Prieto; los **Recuerdos Literarios** (1868) del escritor y jurista chileno José Victorino Lastarria; la **Autobiografía** de la poeta y novelista española-cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda; los **Recuerdos del pasado (1814-1860)** del chileno Vicente Pérez Rosales (1882); o la **Historia de una alma. Memorias íntimas y de historia contemporánea** (1881) del colombiano José María Samper. Fue en los años de hegemonía romántica cuando se publicaron por primera vez numerosas autobiografías hispanoamericanas redactadas por mujeres (los antecedentes coloniales, a pesar del prestigio de Sor Juana Inés de la Cruz, fueron escasos) y de autores pertenecientes a grupos étnicos subalternos (como la célebre **Autobiografía de un esclavo** del cubano Juan Francisco Manzano).

Sarmiento aplicó su pluma dos veces, en escritos menores, a la redacción explícita de su propia vida, antes de producir el libro que se ha convertido en uno de los más importantes dentro de su propia bibliografía, los **Recuerdos de provincia**. Cabe señalar que en muchos otros libros suyos —algunos dirían que en gran parte de ellos— aparece también un sesgo autobiográfico. Como Mariano Picón Salas o José Vasconcelos en el siglo veinte, Sarmiento era un enamorado de su propia vida, y, alma generosa que era, deseaba compartirla con los demás: los **Viajes** —que relatan ese periplo “toquevilleano” invertido que lo llevó a Europa, África y América del Norte—, o su **Campaña en el Ejército Grande**, son obras atravesadas por el impulso autobiográfico. Es más: hasta su obra maestra, el **Facundo**, no es del todo ajena a la preocupación periautográfica de su autor. **Recuerdos de provincia** es un libro que se proyectó más allá de la intención original que había impelido al sanjuanino a redactarlo. Además de ser un escrito dedicado por entero a la explicación del “yo” autoral cuya vida narra, es el primer libro hispanoamericano en otorgar un lugar central a los fueros de la infancia y la adolescencia: habría que esperar hasta el siglo veinte para encontrar otras obras tan preocupadas por reconstruir el recuerdo infantil. Por otro lado, efectuó la operación compleja de vincular a su sujeto a un lugar y a un tiempo nitidamente específicos —San Juan en la primera mitad del siglo XIX—, cuya textura geográfico-temporal aparece esbozada con maestría. Ese San Juan era el sitio de la decadencia del orden colonial, mientras que Sarmiento, a través de su propia persona, auguraba su renacer, un renacer republicano: el conjuro de la escritura sarmientina operaba un maridaje entre contrarios, colocando al “yo” de su autor en el lugar del nexo decisivo entre ambos.

Obra devenida rápidamente icónica para sus lectores argentinos (y un poco más tarde para lectores en toda Hispanoamérica, y aún en Brasil), **Recuerdos de provincia** proyectó una larga sombra sobre la escritura autobiográfica hispanoamericana del siglo XIX. Indicó una de las vías posibles para emancipar al relato de la propia vida de las amarras de la polémica pública, aun cuando no era la intención de su autor hacerlo del todo. Para ganar en autonomía, le era necesario a la autobiografía profundizar su capacidad de representar la subjetividad de su autor, y para que esto último fuera posible, hacía falta antes desenquistarla de la esfera pública republicana que se venía consolidando en los principales países de la región. Era necesario hallar las condiciones lingüísticas e ideológicas suficientes como para que el relato del “yo” pudiera presentarse como un fin en sí mismo. Sarmiento dio el primer paso en esa dirección; serían los escritores vinculados al “modernismo” hispanoamericano —entendido en un sentido amplio, es decir desde los precursores hasta los epígonos más degradados— los que terminarían por construir un arsenal retórico, una lengua cultural, si se quiere, capaz de apuntalar ese propósito mayor.

La producción memorialística hispanoamericana amplió sus horizontes durante los años en los cuales el naturalismo en la novela, el positivismo en la filosofía y en las ciencias sociales, y el modernismo en la poesía (y en menor medida también en la prosa de ficción) ejercieron sus respectivas hegemonías. La cantidad de autobiografías que se publicaron durante este período —que corresponde a los años transcurridos entre 1880 y 1920 aproximadamente— creció notablemente: los textos autobiográficos se multiplicaron al compás de los cambios profundos que entonces tuvieron lugar en las distintas sociedades latinoamericanas. Una primera intuición de “vida moderna” comenzó a afianzarse en las principales ciudades del continente, y ello se vio reflejado en la aparición local de un nuevo género (o quizás no tan nuevo, ya que pueden encontrarse algunos precursores del mismo en las épocas anteriores), aquel de la autobiografía vinculada a la ciudad, que buscaba no solo narrar la historia de vida de su autor, sino, además —y a veces de un modo más significativo— narrar los cambios en la ciudad y, por extensión, en el país al que pertenecía. Por supuesto que las autobiografías de políticos y militares —y ahora cada vez más también de diplomáticos y clérigos— siguieron llenando los anaqueles de las librerías. La intensa vida republicana que se había arraigado en gran parte de los países de la región parecía haber creado una curiosidad inagotable en el público lector por aprehender algo de los secretos del poder. En el México del Porfiriato (1876-1910), las autobiografías de próceres de las guerras civiles o de la guerra contra el invasor francés

en épocas de Juárez y Maximiliano, de protagonistas de las incontables asonadas y pronunciamientos que llenaron las páginas de la historia de ese país durante la Reforma, el Imperio y la República Restaurada, proliferaron. Algunas manifestaron una calidad literaria o historiográfica excepcional, todas surgieron en el interior del proceso de una disputa política en la cual imponer el propio relato de la historia reciente como el único verdadero constituía un hecho fundamental para la victoria en las luchas partidistas del presente. En Argentina, en Chile, en Uruguay, en Perú y en las repúblicas de la antigua Gran Colombia, se repitió este mismo fenómeno, con pocas variantes.

Al lado de esa producción industrial de textos memorialísticos, un fenómeno nuevo fue el del diario personal redactado con cierto esmero literario y concebido con vistas a su publicación. Dentro de la corriente literaria “modernista”, que se consolidó en la última década y media del siglo diecinueve, ocuparon un lugar importante aquellos, tan elocuentes, de José Martí (1858-1895) y de Julio Herrera y Reissig (1875-1910), mientras que el propio fundador de ese movimiento estético-literario, Rubén Darío (1867-1916), además de textos memorialísticos dispersos, llegó a redactar una breve autobiografía. Dos de los diarios de escritores compuestos en aquellos años que rodearon al cambio de siglo tuvieron una importancia particular, ambos relacionados a las corrientes más recientes dentro del mundo literario (al naturalismo en un caso, al modernismo tardío en el otro): el **Diario** —publicado póstumamente en 1939— del mexicano Federico Gamboa (1864-1939), y los distintos libros que formaron el **Diario** del venezolano Rufino Blanco Fombona. Gamboa fue el autor de la novela naturalista más exitosa en la historia literaria de su país, modelo para incontables epígonos y, en épocas más recientes, de igualmente innumerables parodias: **Santa** (1903). Su diario en seis tomos ofrece un panorama amplio y detallado de la vida política y literaria de México en los años crepusculares del positivismo: por sus páginas desfilan figuras claves del modernismo poético, de la prosa naturalista, del movimiento asociado con “los Científicos”, pero también aparecen allí referencias a su vida cotidiana (y aún doméstica) en México y en el exterior.

Blanco Fombona (1874-1944) se destacó como novelista y cuentista (su obra estuvo permeada por referencias exóticas del tipo de aquellas tan caras al modernismo mientras que su temática mostraba claramente su importante deuda con el decadentismo francés) y como historiador (polemista infatigable, con un estilo desafiante que muestra ciertos parecidos de familia con aquel de los primeros “revisionistas” históricos argentinos, fue uno de los fundadores, en el siglo veinte, del culto a Bolívar). Su vida pudo parecer a sus contemporáneos más novelesca que sus propias novelas, y es ella la que constituyó el material de su importante **Diario**. Comenzada en París en 1904, finalizada en España en la década de 1930, y publicada —en forma incompleta ya que Blanco Fombona acusaba al régimen de Juan Vicente Gómez de haberle robado un número importante de cuadernos del mismo— en tres tomos entre 1929 y 1942 (**Diario de mi vida. La novela de dos años**, de 1929, **Camino de imperfección**, de 1932, y **Dos años y medio de inquietud**, de 1942), esta obra de la memoria ostenta una singularidad que, según Ángel Rama, hace de ella un hito en la historia de la memorialística latinoamericana: su total falta de “pudibundez”.¹⁰ En efecto, Blanco Fombona consignó en las páginas de su diario narraciones de sus diversas aventuras amorosas, desarrolladas utilizando un lenguaje preciso y desprovisto de eufemismos. A diferencia de ciertos diarios referidos a la vida erótica de su autor —el caso de Casanova sería quizás el más pertinente en este sentido—, Blanco Fombona no ocultaba sus numerosos fracasos como seductor, ni tampoco omitía mencionar sus sentimientos encontrados al respecto. Entre los diversos episodios de seducción y coqueteo allí relatados, el de la “monjita” napolitana, Clementina (Sor Dorotea), que tuvo lugar en 1908 durante una travesía desde Europa a América, acapara la atención del lector a pesar de lo trillado del asunto en la literatura erótica de la época. Joven, con “las más blancas manos y los más negros y lindos ojos de Italia”, ésta, que viajaba en compañía de una monja mayor, provocó inmediatamente el deseo de Blanco Fombona: “De noche nos acomodamos a la borda del buque, mientras el barco avanza (...). He tratado de convencerla, como puedo, de que Dios —que todo lo dispone— nos ha acercado, uno a otro, ha puesto en mi corazón el amor que ella me inspira, y en ella la bondad para oírme y la capacidad, tal vez, para dejarse amar”. La estrategia le rinde frutos, ya que en pocos días pasa de un beso en la mano a otros más apasionados. El 12 de julio, dice Blanco Fombona, “cogí a mi linda monjita en los brazos y le di cien besos. Ella, sorprendida al principio, terminó por dejarse besar, como quien no quiere la cosa, batallando”. El 13 de julio, “ya es una maestra en besar y dar la lengüita Sor Dorotea. Como nos pasamos todo el día juntos, los progresos son rápidos”.¹¹ Para sorpresa y disgusto de Blanco Fombona, su éxito resultó ser demasiado completo: antes de que terminara el viaje Clementina ya le imploraba que la llevara con él, adonde fuera, amenazando que, si la abandonaba, ella se moriría.

10 Ángel Rama, “Prólogo”, **Rufino Blanco Fombona íntimo**, Monte Ávila Editores, Caracas, 1975, pp. 15-17.

11 *Ibidem*, pp. 150-152.

Un pasaje que expresa de un modo paradigmático el modo de narrar su intimidad sexual adoptado por Blanco Fombona, aparece en la entrada de su diario del día 26 de septiembre de 1907, cuando residía en Holanda: “¿En qué va a pensar un hombre joven sino en el amor? Si esta actividad no ocupa la vida en la mocedad ¿cuándo va a ocuparla? He tenido amoríos al mismo tiempo con dos mujeres, muy diferentes entre sí, física y socialmente. La una, rubia, traviesa, alocada, es hija del frutero que vive enfrente de nuestra casa. Tuvo amoríos con cien personas y ha sido todo, hasta figurante en el Circo Schumann, de Scheveningue; la otra, castaña, casi morena, rica, seria, muy señorita, va acompañada siempre de un esperpento de tía: es de cara triste, inocente, y su educación muy esmerada. Ambas han caído en mis brazos y contra la idea que al principio me formé de cada una, la morena, la rica de cara inocente, de educación esmerada, no era virgen; mientras que la otra, la traviesa, la loca, la enamorada, la figurante, estaba intacta de cuerpo. Con esta chica me pasó la cosa más curiosa. No habla sino holandés; es decir, apenas puedo entenderme con ella. La enamoriscaba en su frutería y desde mi ventana le enviaba sonrisas, miradas y besos. (...) Una de las últimas noches me llamó. Entré, me la comí a besos; y sacándole del corpiño un lindo seno, gordo y blanco, se lo acaricié y se lo besé. Era la primera vez que me permitía esa caricia. No quiso acceder a más. A la noche siguiente le di cita en la playa. Fue, pero no quiso pasar de los besos. (...) A la sexta noche... Nos sentamos en la arena. Hacía frío, soplaban un viento casi glacial. Pero el amor desafía a los elementos. La besé, la estreché, y después de una dulce brega, cedió. Mala labor; pero ya perdió el miedo y fue adonde quise llevarla. Fresca holandesa, ¡qué dulce eres; y cómo vas a vivir en mis recuerdos, en la noche inicial, en la noche de septiembre, sobre la playa fría, mientras soplaban el viento del norte y se calentaban nuestras bocas a besos!”¹²

Esta forma directa, explícita, de referirse a su vida sexual, fue el principal rasgo señalado por Rama y la crítica posterior para asignar al diario de Blanco Fombona un rol rupturista dentro de la tradición periautográfica hispanoamericana. En efecto, fue un rasgo claro de modernidad no solo la ausencia de cualquier pacatería en la narración de su vida íntima, sino la decisión de publicar, de dar a luz pública, el diario en que ella aparecía, sin censura. En sintonía con esa falta de falso pudor, el diario de Blanco Fombona ostentaba otro rasgo llamativo, también subrayado por Rama: su predilección por un lenguaje grosero, chocarrero, que se condensaba en la diatriba un tanto soez. Por ejemplo, al referirse a la política venezolana en 1907, exclamaba acerca de un grupo de oficiales conspiradores (inicialmente apoyados por él) que no habían logrado derrocar la tiranía de Cipriano Castro: “Generalitos panzudos y femíneos, tristes eunuocos destesticulados, genizaros, hermafroditas (...)”. Si bien es cierto que Rama reconocía que ese no era un rasgo estilístico a priori elogiado, su importancia radicaba en que aquello que parecía estar indicando era una mayor transparencia entre lo público y lo privado, o al menos la búsqueda de una mayor coincidencia entre el lenguaje de lo privado y aquel de lo público. Es decir, de un modo sutil y complejo, la escritura memorialística de Blanco Fombona parecía estar captando una modificación profunda en la sensibilidad propia del universo literario y cultural hispanoamericano.

La memorialística hispanoamericana del siglo XX: modalidades, tradiciones y rupturas, paradojas

En el curso del siglo veinte, la memorialística hispanoamericana no cesaría de profundizar la tendencia hacia una puesta en escena de la totalidad de los aspectos de la vida del autor/protagonista, sobre todo en el caso de la escritura memorialística de artistas, poetas, escritores de ficción. Los principales tipos de escritura autobiográfica practicados en el siglo XIX —condensadas ya en algo que casi podría llamarse “tradiciones genéricas”— continuaron siendo cultivados en el siglo XX. El relato autobiográfico de militares, políticos y diplomáticos (es decir, la autobiografía cívica) no cesó en su expansión cuantitativa, llegando a llenar muchísimos anaqueles enteros de las bibliotecas públicas en el curso del siglo. Las revoluciones como la mexicana y la cubana, los golpes militares, las luchas por la democratización de los sistemas políticos o por la expansión de los derechos ciudadanos, la militancia en nuevas fuerzas políticas que convocaban o aspiraban a convocar a las masas a su causa, generaron una prolífica máquina de escritura memorialística, cuya finalidad fue casi siempre la de defender la causa por la cual su protagonista había bregado, y/o explicar y justificar las acciones que había desarrollado en aras de ese fin. Salvo notables excepciones, la calidad literaria de esa frondosa literatura tendió a distar de los niveles estéticos alcanzados en el siglo diecinueve: es probable que ese hecho se haya debido a la creciente diferenciación entre el campo de la producción literaria y aquel de la política práctica o militante. A diferencia del siglo anterior, en el siglo XX los políticos y militares raras veces supieron ser también avezados practicantes del oficio de la escritura, cuya práctica, por otra parte, se había profesionalizado al ritmo de la expansión del público lector. Más importante

12 *Ibidem*, p. 139.

aún, el propósito de gran parte de las autobiografías cívicas estuvo subordinado a metas concretas que excedían al espacio del texto: es decir, la autobiografía cívica, como regla general, apuntó a finalidades explícitamente instrumentales; se concebía a sí misma como un arma más en un combate por definir los límites y los contenidos de lo político. Son, por ende, raras las autobiografías del siglo veinte de líderes políticos, de oficiales militares, de sindicalistas, que no estén plagadas de reticencias, de silencios ominosos, de repeticiones didácticas. Una escritura descuidada no solo no importaba demasiado, sino que podía ser ella misma una marca (positiva) de la urgencia que animaba al proyecto político del periautógrafo. El propio propósito que presidía a la tradición genérica implicaba cierto tradicionalismo de la misma: describir las relaciones eróticas vividas, confesar gustos no convencionales en materia sexual, exponer con sinceridad —en el sentido rousseauiano de este término— los pensamientos más íntimos —tejido de vacilaciones, dudas, inseguridades, complejos irresueltos—, hablar de los miedos y de los fracasos: nada de esto serviría al propósito más bien instrumental que se asignaba a sí misma la escritura de una autobiografía cívica. El yo cívico es por naturaleza un yo de la superficie exterior, el yo de una interacción pública en la cual los fueros de la subjetividad se ven necesariamente diluidos en el plano de la acción. El dilema de Hamlet, invertido, se aplica clarísimamente a esta tradición genérica: a mayor introspección, menor eficacia.

Estrechamente emparentada con esta tradición genérica, experimentaron un gran desarrollo en el curso del siglo veinte otros tipos de escritura memorialística: la autobiografía profesional o de experiencia de clase, y la literatura testimonial (que como regla general buscó intervenir en el proceso de evaluación retrospectiva sobre las muchas dictaduras y guerras civiles que jalonaron la historia de la región). En el caso de la primera, el motivo y el propósito de los textos autobiográficos consistió en difundir entre un público lector amplio cierta información acerca de las condiciones de desarrollo de la vida profesional a la cual el autobiógrafo había estado vinculado. Memorias de ingenieros, de librerías, de carreros, de vendedores ambulantes, de comisarios de policía, de dueños de estancias y haciendas, de comerciantes, de dibujantes de cómics (la lista es larguísima y podría seguir) buscaron, todas ellas, acercar al gran público información fehaciente acerca de un tipo de actividad profesional que los autores, como regla general, suponían mal conocida y/o poco admirada por el ciudadano lego. En este sentido, aunque sin la misma carga política, esa narrativa memorialística tuvo su origen en el impulso por dar testimonio: el autor buscaba constituirse en vocero de su profesión o de su clase social, con la intención de persuadir a sus lectores acerca de la dignidad de la misma o —lo que es casi lo mismo— de su valor social. Desde por lo menos las **Memorias de un pobre diablo** (redactadas a comienzos del siglo veinte, aunque recién publicadas en 1983) de Electo Urquiza —“self-made man” argentino de la era roquista, que pasó en pocas décadas de tropero en las caravanas de larga distancia a fundador de una ciudad—, las memorias referidas principalmente a la actividad profesional, laboral, de su autor, han representado un rubro creciente dentro de la frondosa literatura del yo: hasta han llegado a publicarse las memorias de delincuentes de guante blanco, y, en épocas más recientes, de “capos” de las mafias volcadas al tráfico de estupefacientes. Como en el caso de las autobiografías cívicas, el centro de este tipo de relato remite casi siempre en la actuación pública —dirigida a la esfera privada y no cívica en este caso— de su objeto/sujeto: la acción socialmente constatable toma precedencia en la narración sobre las experiencias íntimas del autor. Ni su vida erótico-afectiva ni sus experiencias psíquicas más internas suelen figurar en este tipo de narración.

La literatura testimonial, o de denuncia testimonial, que participa del universo de la autobiografía por su necesaria colocación de la primera persona del autor en el centro del relato, está también orientada —como la autobiografía cívica o la memorialística de profesión o de clase— a la consecución de un propósito claramente delimitado no por la experiencia total del “yo” autobiográfico, sino por la experiencia traumática, de sufrimiento, que su autor ha sentido el mandato imperativo de narrar. En casi todos los casos, esta literatura ha sido motivada no solo por la necesidad terapéutica de lidiar, a través de su puesta en relato, con el sufrimiento físico y psíquico que ha sentido y que sigue sintiendo el autor, sino por el deseo de establecer un testimonio, de dejar sentada ante el público una verdad que por su propia naturaleza visceral estaría más allá de las reglas que normalmente operan en la recepción y evaluación de un texto: el relato del propio martirio debería evocar en la sociedad un sentimiento de horror y un deseo de justicia, ante el régimen, ante los verdugos, que lo infligieron. En el caso de este tipo de literatura, también hubo un crecimiento constante en el volumen de su producción (constatación lúgubre del componente trágico de la historia de las luchas políticas y sociales en América Latina durante el siglo XX): hechos como las dictaduras de los años 1930 hasta los años 1990, las guerras civiles centroamericanas o colombiana, masacres como la de Tlatelolco en México, o la triste nómina de los desaparecidos por las dictaduras de Argentina, Chile y Uruguay durante los años setenta y ochenta, han dejado en su estela una abundante literatura de denuncia testimonial, cuya importancia cívica no puede ser sobreestimada. Sin ella, es poco probable que la reacción contra los regímenes dictatoriales en los países del llamado Cono Sur hubiera tenido la fuerza y profundidad que ha tenido. Sin embargo, desde la perspectiva de la literatura del yo —de la literatura memorialística tout court—

este subgénero, al igual que la autobiografía cívica, la memorialística profesional o de clase, o —también podría decirse de ella— la autobiografía con propósito evangélico, está previamente limitado en cuanto a su contenido por el propósito que le ha dado origen. Consideraciones externas a la lógica del relato memorialista del yo definen a priori su organización de los materiales autobiográficos contenidos, y por ende desdibujan la presencia del “yo” en estado puro —salvo en ciertos casos excepcionales— en el desarrollo de la narración.

Sin duda, el “yo” en estado puro nunca existe en ninguna autobiografía, ni siquiera en la modélica de Rousseau: todo relato autobiográfico está constreñido por una serie de factores que cercenan su alcance, de limitaciones —psicológicas, lingüísticas, de convención literaria— que implican que la búsqueda del yo, del auténtico, del sincero, nunca alcanzará su meta final. De lo que se trata, sin embargo, es de una cuestión de grados, de matices, que —como serían según William James las diferencias que separan a los seres humanos entre sí— resultan casi microscópicas sin por ello dejar de ser absolutamente decisivas. Fue la literatura periautográfica producida por escritores, artistas plásticos, músicos, cineastas, ensayistas, historiadores, antropólogos, sociólogos, en fin, por intelectuales y artistas, aquella que en el siglo veinte más estrechamente se mantuvo ceñida a ese objetivo. Este territorio concentra, por ende, dentro del amplísimo continente de la literatura del yo en la América Latina del siglo veinte, el foco del proyecto Retratos Latinoamericanos.

En Hispanoamérica en ese lapso, la literatura memorialística producida por intelectuales y artistas se desarrolló siguiendo caminos muy variados, que solo en parte estuvieron determinados por la idiosincrasia personal de los distintos autores. Si bien la forma última que debió adoptar el relato autobiográfico, el libro de memorias o el diario, en términos de su estilo y de su contenido, dependió directamente de una decisión autoral —individual—, las formas literarias disponibles, las convenciones acerca de lo que era lícito o ilícito decir, o las expectativas del público letrado, al momento de escribir (aun cuando el autor del diario o de las memorias supusiera que su texto era en primer término privado) no podían sino presionar sobre los contornos precisos de lo narrado. El hecho individual de la escritura estuvo siempre, en parte, condicionado por los valores y las normas generales de la sociedad en cuyo interior se producía, y de ese modo, los cambios en la sociedad hispanoamericana del siglo veinte implicaron un abanico nuevo de posibilidades para la literatura memorialística, a la vez que generaban un conjunto nuevo de énfasis temáticos y de interdicciones lingüísticas y estéticas. Esa literatura del yo rememorado puede agruparse en dos grandes categorías. Por un lado, la narración autobiográfica buscó a veces relatar de un modo primordial la historia externa de una formación intelectual o artística, es decir, los hitos que habían plasmado una carrera. En este tipo de narración, la historia de vida tendía a confundirse insensiblemente con una historia de las ideas o del arte, y a dejar en un segundo plano las vivencias personales del protagonista/autor. El recuerdo de lo que se había vivido se agotaba, en tales tipos de texto, en una enumeración de las obras leídas y de las obras escritas, en el recuerdo de los años de aprendizaje —en la universidad o en el taller—, en la evocación de las figuras que ejercieron una influencia decisiva en la vocación seguida, en el relato de los conflictos generados por las posiciones ideológicas o estéticas asumidas en el curso de la elaboración de la propia obra, en la celebración de triunfos y la explicación de derrotas. Otras veces, en cambio, el intelectual o el artista, puesto a narrar su propio pasado, buscó recuperar, siguiéndola en su tortuoso y evanescente curso, la formación de su propia alma, la génesis de su psicología individual, el fluir interior de su experiencia del yo: en estos casos los hitos externos de la vida —la obra elaborada, la relación con un mundo social formado por corrientes y movimientos artísticos o intelectuales, por aliados y rivales—, aun cuando no desaparecieran del todo, resultaban relegados a un discreto segundo plano del texto.

El primero de esos dos tipos de texto autobiográfico se caracterizó por estar casi siempre relacionado —tanto en su origen cuanto en su contenido— a las grandes convulsiones culturales de la época, como el surgimiento y expansión combativa de nuevas corrientes literarias, ideológicas, estéticas o disciplinares, por un lado, o los procesos de crisis y transformación política y social —las revoluciones y los movimientos de masas— que interpelaron o buscaron interpelar a los artistas e intelectuales, por otro lado. Era el hecho de haber estado vinculado a tales experiencias, de haber contribuido a ellas o de haber padecido (o gozado) sus consecuencias, aquello que justificaba la publicidad dada a la propia vida. A veces la autobiografía, el escrito memorialístico, surgía de la participación en corrientes literarias, artísticas o intelectuales: el Muralismo, el Estridentismo, el Ateísmo, el surrealismo, o el “Contemporaneísmo” mexicanos; los Orígenes y los Avances de Cuba, las corrientes modernistas en Centroamérica, Argentina, Uruguay, o Venezuela, o las múltiples y diversas vanguardias literarias de esos mismos países. Una lista extremadamente incompleta de escritores de memorias surgidas de su relación con tales movimientos no puede dejar de incluir los nombres de los mexicanos Alfonso Reyes (1886-1959), Diego Rivera (1886-1957), David Alfaro Siqueiros (1896-1974), José Clemente Orozco (1883-1949), Manuel Maples Arce (1898-1981), José Juan Tablada (1871-1945), Rosario Castellanos (1925-1974); de los cubanos Cintio

Vitier (1921-2009), José Lezama Lima (1910-1976), Alejo Carpentier (1904-1980); del guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (1901-1992); de la chilena Gabriela Mistral (1889-1957); de los nicaragüenses Rubén Darío (1867-1910), José Coronel Urtecho (1906-1994); de los colombianos Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Germán Arciniegas (1900-1999); de los peruanos Abraham Valdelomar (1888-1919), José Santos Chocano (1875-1934); de los uruguayos Julio Herrera y Reissig (1875-1910), Juana de Ibarbourou (1892-1979), Blanca Luz Brum (1905-1985), Idea Vilariño (1920-2009); o de los argentinos Emilio Petorutti (1892-1971), Adolfo Bioy Casares (1914-1999), Alejandra Pizarnik (1936-1972), Victoria Ocampo (1890-1979), José Juan Sebreli (1930-), Carlos Correas (1931-2000), o —en referencia a la renovación historiográfica del siglo veinte— Tulio Halperin Donghi (1926-2014). Igual de amplia sería una lista —también incompleta— de los memorialistas cuyos textos estuvieron motivados por el deseo de explicarle a otros (y también muchas veces a sí mismos) la intersección entre su vida y un movimiento revolucionario (o de profunda crisis política o social): se relacionan con la Revolución Mexicana y sus secuelas los nombres de intelectuales y artistas como Mariano Azuela (1873-1952), José Vasconcelos (1882-1959), Martín Luis Guzmán (1887-1976), Daniel Cosío Villegas (1898-1976), Jaime Torres Bodet (1902-1974), Alberto Pani (1878-1955), los muralistas antes mencionados, Alfonso Reyes (en otros escritos de memorias), o Andrés Iduarte (1907-1984); con la Cubana, Reynaldo Arenas (1943-1990), Guillermo Cabrera Infante (1929-2005), o algunos de los autores cubanos mencionados en la lista anterior; con la Nicaragüense, Gioconda Belli (1948-), Ernesto Cardenal (1925-); con el APRA y su proyecto indoamericano desde el Perú, Luis Alberto Sánchez (1900-1994); con las izquierdas de la franja socialista o socialdemócrata los argentinos Roberto Giusti (1887-1978), Carlos Sánchez Viamonte (1892-1972), el guatemalteco Juan José Arévalo (1904-1990), los uruguayos Emilio Frugoni (1880-1969), o (de un modo más complejo y distante) Ángel Rama (1926-1983), el chileno Clodomiro Almeyda (1923-1997); y con las izquierdas que siguieron la estela soviética, los chilenos Pablo Neruda (1904-1973), Volodia Teitelboim (1916-2008), la argentina María Rosa Oliver (1898-1977), el guatemalteco (durante un tiempo y con ciertas reticencias) Miguel Ángel Asturias (1899-1974), o con la democracia cristiana como movimiento intelectual además de político, el chileno Eduardo Frei Montalva (1911-1982). Una de las muchas autobiografías de Mariano Picón Salas (1901-1965), **Regreso de tres mundos**, pertenece también a esta categoría de autobiografías.

El otro tipo de texto autobiográfico de artistas e intelectuales que conoció un desarrollo importante a lo largo del siglo XX fue aquel de tipo más intimista, volcado hacia una introspección psicológica, o concentrado en relatar la experiencia emotiva más visceral de su protagonista. Si bien entre la autobiografía dedicada a narrar los hechos “exteriores” de una vida y aquella más interesada en la experiencia interior de su personaje no se puede trazar una línea divisoria absoluta —casi todos los textos autobiográficos que caen dentro de los límites de este estudio participaron de ambas modalidades—, hubo algunas en las cuales los hechos históricos, los hitos públicos si se quiere, quedaron relegados a un segundo plano. Por su propia naturaleza, los diarios, más que las autobiografías o libros de memorias escritos desde un inicio con la intención de que fueran publicados, expresaron de forma más explícita esta tendencia a una reclusión sobre sí mismo por parte del narrador/biógrafo de sí mismo. Los diarios ofrecían mayor libertad de expresión ya que estaban amparados por la ilusión de su carácter secreto o privado. El **Diario íntimo** del chileno Luis Oyarzún (1920-1972), por ejemplo, anunciaba ya desde su título el centro de su preocupación. Producto de una escritura constante entre 1939 y 1972, su autor —poeta, filósofo católico, profesor de estética— volcó en sus páginas, además de referencias a los viajes, a los estudios, a los amigos (famosos o desconocidos), una constante reflexión psicológica sobre sí mismo, reflexión atravesada por cuestiones filosóficas y estéticas. En una entrada del 17 de septiembre de 1951, comenzaba anotando, en clave teológica-intimista: “No creo que en el sexo se busque tanto el placer como un cierto tipo de actividad dionisiaca. Vale más la excitación que el acto mismo. En el acto sexual se viene a sentir con máximo esplendor, como en un rabioso *allegro*, la ruina del pecado. Hasta donde la conciencia cristiana ha intensificado este sentimiento, no podría decirlo, pero en todo caso no ha sido por ella creado. El deseo de inocencia me parece primario en el alma humana. (...)”. Luego de continuar la reflexión de un modo un poco reiterativo, pasaba a relatar en el siguiente párrafo: “Acabo de bañarme en el mar. Estoy solo, sentado en una piedra, al sol. Otra vida, la que más amo, una vida solar, diurna. La salud me viene por la luz, por el acto físico de ver. Me he pasmado recién de la debilidad del ser humano desnudo en la naturaleza. ¿Qué es mi cuerpo al lado del mar? Veo cordilleras a la distancia. Más allá de las serranías de la costa. Soy tan microscópico como una bacteria, como un espermatozoide. Soy tal vez el espermatozoide de otro yo. Pero soy, bajo este sol. Soy un cuerpo presente”.¹³ El tono de las demás entradas es de parecido tenor: una cena con amigos en París, un encuentro fortuito con una grabadora chilena en Sabará, o una visita a Ouro Preto, evocaban reflexiones triviales o muy agudas sobre su estado espiritual, sobre su ser-en-el-mundo. Los diarios de Alfonso Reyes —con su permanente reflexión angustiada acerca de su incierto destino, con sus veladas

13 Luis Oyarzún, **Diario íntimo**, Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, S/F (pos-1992), pp. 106-107.

referencias a aventuras amorosas, con su constantemente expresado deseo de trascender la tragedia familiar cuya conciencia lo acompañaba siempre— de Idea Vilariño —donde en un lenguaje relucientemente poético relataba su primera relación sexual, sobre una playa de Montevideo en una noche estrellada, y donde alternaba esa narración de su sexualidad intensamente vivida, con aquella de su vida artística e intelectual tanto o más intensamente experimentada, cuyos comienzos y posterior desarrollo detallaba con una minuciosidad inusitadamente precisa—; de Pedro Henríquez Ureña —donde aparecían narrados sus padecimientos cuando quedó sin dinero y sin amigos en Nueva York, siendo muy joven y de tez demasiado oscura para una sociedad demasiado racista—, y de tantos otros novelistas, poetas, o intelectuales del período, transmiten por su propia estructura y origen esa sensación de intimidad, de introspección y auto-examen. Aunque es poco probable que un intelectual o un productor artístico haya albergado la certeza de que su diario personal jamás sería leído por otra persona, la mera posibilidad de que no llegara a ver la luz pública implicaba para su redactor una mayor libertad al momento de contar episodios de su propia intimidad o de la intimidad de otros.

Un cambio importante en las condiciones de posibilidad de la escritura memorialística en América Latina durante el siglo veinte fue una progresiva transformación en las convenciones que regían el pudor en cuanto a la vida privada: las llamadas cuestiones de alcoba, de las cuales en el siglo XIX estaba vedado tan solo hablar —cuando un autor lo hacía, sabía que cometía una transgresión muy seria para su propia reputación de “persona de bien”— se tornaron, como observaba Ángel Rama en referencia a Blanco Fombona, objeto posible de ser dado a publicidad. La vida amorosa del autor/personaje de los textos autobiográficos se halló ahora, cada vez más, habilitada para salir de las sombras, al menos en el caso de una orientación sexual considerada “legítima”. Es cierto que la posibilidad de ofender o herir a las otras personas involucradas en una relación erótica siguió exigiendo ciertos elementos de discreción, sobre todo cuando esas personas estaban aún vivas. Un ejemplo es el de la relación, por cierto tempestuosa, del artista plástico y narrador mexicano Gerardo Murillo (el Dr. Atl, 1875-1964), con Nahui Olin (Carmen Mondragón, hija de un general mexicano). Instalado en compañía de esa ya célebre modelo del fotógrafo Edward Weston, en el ex-convento de La Merced, en el centro de la Ciudad de México, el Dr. Atl anotaba en su diario privado hacia finales de 1925: “La vida se ha vuelto imposible. Los celos nos torturan. Yo, más dueño de mí mismo, me contengo, pero ella es un vendaval. Esta mañana dos pobres muchachas (...) provocaron una furia terrible en Nahui, que ahí estaba. Apenas las vio, se les echó encima. Trató de empujarlas hacia el borde de la cornisa, con la intención de arrojarlas al patio. Me interpose. Hubo escenas violentas, injurias de Carmen, lloriqueos de las muchachas, que bajaron las escaleras asustadas”. Y algunos días más tarde anotaba: “Ella ha vuelto a vivir en mi casa. Por las noches en el silencio de la vasta estancia dormíamos en nuestro antiguo lecho, testigo y víctima de nuestros amores. Una de esas noches, después de una breve discusión, yo me dormí profundamente, pero en medio de mi sueño empecé a sentirme inquieto como si fuese víctima de una pesadilla y abrí los ojos. Estaba sobre mí, desnuda, con su cabellera revuelta sobre mi cuerpo, empuñando un revólver cuyo cañón apoyaba en mi pecho. Tuve miedo de moverme, el revólver estaba amartillado y el más leve movimiento mío hubiera provocado una conmoción nerviosa en ella, y el gatillo hubiera funcionado. Poco a poco fui retirando el revólver: y cuando mi cuerpo estuvo fuera de su alcance, rápidamente le cogí la mano y le doblé el brazo fuera de la cama. Cinco tiros que perforaron el piso pusieron fin a la escena”.¹⁴ Pero cuando estos mismos pasajes fueron incluidos dentro de su libro, **Gentes profanas en el convento** (1950) —que mezclaba elementos autobiográficos con otros de ficción— el nombre de la mujer aparecía ahora como “Eugenia” mientras que el verdadero de su amante se trocaba por el de “Pierre” y todo el episodio aparecía como parte de un conjunto de cartas de amor y otros documentos referidos a una relación amorosa que habría tenido lugar en el convento... en otro siglo. La necesidad de confesar la propia vivencia más íntima impelía a la publicación —dentro del cuerpo de un libro claramente autobiográfico— pero el peso de las convenciones acerca de la intimidad de las personas y sus pudores obligaron a un elaborado disfraz ficcional. La eficacia de la presión social para mantener vigente una clara separación entre la honestidad del texto de memorias, inédito, y aquel que se daba a publicidad varió mucho según los distintos países de América Latina y según la cambiante situación político-cultural de los mismos a lo largo del siglo: si bien la tendencia general fue hacia un creciente “destape” de la intimidad rememorada, la presencia reiterada de dictaduras, conservadoras en lo social y cultural, o de reacciones en la opinión pública (sin necesidad de dictadura alguna) contra los vientos de renovación que soplaban cada vez más fuerte, pautaron con su reinstauración de cierta mojigatería ambiente el ritmo del mismo.

Las referencias abiertas, sin reticencias ni disfraces, a la homosexualidad —femenina o masculina— o, en el caso específico de las mujeres memorialistas, a su propio deseo sexual y/o a su “promiscuidad” —ambos rasgos que en la escritura autobiográfica de hombres no solo eran aceptados sino que, por lo común, celebrados (siempre

14 Gerardo Murillo (Dr. Atl), **Diario**, citado en Adriana Malvido, **Nahui Olin**, Barcelona, Circe, 2003, pp. 100-101.

y cuando se tratara de relaciones heterosexuales)— tardaron más tiempo en ser reconocidas como elementos lícitos para una puesta en circulación en la esfera pública: a veces los regímenes legales que organizaban el sistema literario en los distintos países de la región, otras veces la presión social informal, extra-legal, del propio medio al que pertenecía el autobiógrafo, fueron aquello que impidió la inclusión de tales referencias en diarios o memorias publicadas. El caso de la autobiografía de Salvador Novo (1904-1974), **La estatua de sal**, ofrece indicios acerca del ritmo de esos cambios en el régimen sociocultural de la publicidad legítima para el caso de México: redactada al menos en parte hacia 1953/1955 y comunicada entonces a un potencial editor, no se pudo publicar hasta 1998, después de la muerte en 1995 del sobrino y heredero de Novo. Más allá del factor personal que pudo suponer la oposición del heredero a su publicación —un elemento muy común en la historia de las escrituras del yo, tratarse de memorias, de diarios o de epistolarios— la fecha tardía en que apareció es un indicio de la mayor lentitud que siguió el proceso de legitimación de la objetivación de la subjetividad cuando de comportamientos “tabúes” o “transgresores” se trataba. En la Argentina, para dar otro ejemplo, aunque la referencia abierta a la homosexualidad se había ido abriendo camino (de un modo tortuoso y difícil) desde al menos los años 1930, todavía podían ser convertidos en objeto de procesos judiciales, por ofensa a la moral pública, textos de ficción sobre el tema en una época tan reciente como los comienzos de la década de 1960. Fue solo en el curso de esa década, cuando comenzó a ser posible, a pesar del tabú vigente, la publicación de textos autobiográficos que hacían de la condición homosexual de su autor uno de sus temas tratados: periautografías como las diversas escritas por Juan José Sebrelí (1930-) o la operación de vindicta autobiográfica de Carlos Correas (1931-2000) —**La operación Masotta** (1991)— , entre otras, pasaron a integrar el elenco de la literatura de memorias de la Argentina a partir de los años 1990, sin el tufillo a “escándalo” que algunas décadas antes las hubiera acompañado. La intimidad —corporal, espiritual, sexual, onírica— habitó y dio forma, entonces, en el transcurso del siglo veinte y sobre todo en su segunda mitad, a una porción cada vez más extensa de la escritura autobiográfica producida por pintores, poetas, ensayistas, historiadores, o novelistas hispanoamericanos. Además de las ya mencionadas, son representativas de esta zona de la escritura autobiográfica ciertas obras de Mariano Picón Salas, de Alfonso Reyes, de la poeta uruguaya Idea Vilariño (1920-2009), del poeta vanguardista peruano Alberto Hidalgo (1887-1967), de Victoria Ocampo, de Alejandra Pizarnik, la **Autobiografía precoz** del mexicano Salvador Elizondo (1932-2006), o **Una autobiografía soterrada** de otro compatriota suyo, Sergio Pitol (1933-): una vez más la lista podría ampliarse bastante antes de agotar la enumeración de obras y autores mayores.

Cabe señalar que en América Latina, como en el resto del mundo (salvo quizás el caso tan precoz de Japón), el mero hecho de que las mujeres publicaran periautografías constituía una inflexión en las condiciones discursivas de ese género, a la vez que indicio de una transformación sociocultural decisiva, y revolucionaria, del siglo veinte, impulsada por una creciente conciencia feminista (aun entre aquellas mujeres letradas que por diversos motivos rechazaban identificarse con ese vocablo): la conquista por las mujeres escritoras de una voz propia dentro del universo letrado hegemonizado patriarcalmente por hombres. Incompleta, como también lo ha estado la irrupción de un discurso periautográfico que diera voz a otros grupos sociales tradicionalmente excluidos de la república de las letras —minorías raciales y étnicas, integrantes de las clases trabajadoras urbanas y rurales—, esa transformación en las condiciones de posibilidad de elaboración de un discurso periautográfico no por ello ha dejado de ejercer un fundamental impacto en las condiciones socioculturales generales dentro de las sociedades hispanoamericanas.

Referencias Bibliográficas

- Battistini, Andrea, **Lo specchio di Dedalo. Autobiografia e biografia**, Bologna, Il Mulino, 1990.
- Bergson, Henri, **L'évolution créatrice**, París, PUF, 1941 [1907].
- , **Matière et mémoire**, París, PUF, 1939 [1896].
- Bourdieu, Pierre, **Esquisse pour une auto-analyse**, Éditions Raisons d'agir, París, 2004.
- Catelli, Nora, **En la era de la intimidad** (seguido de: **El espacio autobiográfico**), Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2007.
- D'Intino, Franco, **L'autobiografia moderna. Storia, forme, problema**, Roma, Bulzoni Editore, 1998.
- Guglielminetti, Marziano, **Memoria e scrittura. L'autobiografia da Dante a Cellini**, Torino, Piccola Biblioteca Einaudi, 1977.
- Gusdorf, Georges, **Lignes de vie 1. Les écritures du moi**, París, Odile Jacob, 1991.
- , **Lignes de vie 2. Auto-bio-graphie**, París, Odile Jacob, 1991.
- , **Le crépuscule des illusions. Mémoires intempestifs**, París, Éditions de la Table Ronde, 2002.
- Halbwachs, Maurice, **Les cadres sociaux de la mémoire**, París, Albin Michel, 1994 [1925].
- , **La mémoire collective**, París, Albin Michel, París, 1997 [1950].
- Heehs, Peter, **Writing the Self. Diaries, Memoirs and the History of the Self**, Londres/Nueva York, Bloomsbury, 2013.
- Lejeune, Philippe, **Le pacte autobiographique** (*Nouvelle édition augmentée*), París, Éditions du Seuil, 1975/1996.
- , **Signes de vie. Le pacte autobiographique 2**, París, Éditions du Seuil, 2005.
- Maurois, André, **Aspects de la biographie**, París, Grasset et Fasquelle, 2005 [1928].
- Molloy, Sylvia, **Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica**, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 1996.
- Olney, James, **Memory and Narrative. The Weave of Life-Writing**, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1998.
- Prieto, Adolfo, **La literatura autobiográfica argentina**, Eudeba, Buenos Aires, 2003 [1962].
- Ramos, Raymundo, **Memorias y autobiografías de escritores mexicanos**, UNAM, México, 1967.
- Starobinski, Jean, **Jean-Jacques Rousseau: La transparence et l'obstacle (suivi de Sept essais sur Rousseau)**, París, Éditions Gallimard (Tel), 1971.
- Starobinski, Jean, **La relation critique**, París, Éditions Gallimard (Tel), 1970/2001.
- Starobinski, Jean, **Accuser et séduire. Essais sur Jean-Jacques Rousseau**, París, Éditions Gallimard, 2012.
- Seigel, Jerrold, **The Idea of the Self. Thought and Experience in Western Europe since the Seventeenth Century**, Cambridge (UK), Cambridge University Press, 2005.
- Tassi, Ivan, **Storie dell'io**, Bari, Editori Laterza, 2007.
- Wu, Pei-yi, **The Confucian's Progress. Autobiographical Writings in Traditional China**, Princeton (N.J.), Princeton University Press, 1990.
- Yates, Frances, **The Art of Memory**, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2001 [1966].
- Zambrano, María, **La confesión: género literario**, Madrid, Ediciones Siruela, Madrid, 1995.

Judith Podlubne, "Victoria Ocampo. La autobiografía como aventura espiritual", en **Políticas de la Memoria**, n° 17, Buenos Aires, 2017, pp. 86-95.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234

Victoria Ocampo

La autobiografía como aventura espiritual

Judith Podlubne*

La importancia del final

Aunque es quizás la escritora argentina más retratada del siglo XX, no hay fotos de Victoria Ocampo durante el último tramo de su vida. Celosa de las inigualables imágenes de juventud y madurez que le procuraron los pintores de moda del *smart set* europeo y los más destacados fotógrafos contemporáneos, Ocampo se resistió sistemáticamente a ser retratada en el final. Cuenta Sara Facio que a comienzos de los años setenta le pidió en varias oportunidades que le permitiera tomarle algunas fotos, a lo que Ocampo se negó de un modo categórico e implacable hasta el último día. Admiradora de su obra literaria, la fotógrafa lamentó especialmente que no aceptara participar de **Retratos y autorretratos**, el primer libro de escritores que publicó, junto a Alicia D' Amico, en 1973. Aun cuando el proyecto del libro debió resultarle atractivo —las fotos se publicarían precedidas por la reproducción de la firma y de un texto autobiográfico de cada uno de los escritores invitados— Ocampo, que para ese momento superaba ya los ochenta años, se mantuvo inflexible en su resolución de no integrar la antología. “[...] no creo ser [mal educada] al decirle que por nada de este mundo me dejaría fotografiar.” “Persiste mi repugnancia a dejarme fotografiar”, le escribía a Sara Facio, mientras con humor le sugería que, en lugar de su imagen, utilizaran la de un busto que le había hecho un escultor alemán, especialista en animales.¹ Para excusarse de esa negativa y sobre todo para que Facio no creyera que se trataba de una decisión arbitraria y circunstancial, tomada simplemente en su contra, solía mencionarle los nombres de muchos otros fotógrafos muy conocidos a los que se había negado antes. “Hoy detesto que me fotografíen. Veo una cámara apuntándome y me dan ganas de pegar. [...] Te juro que me reventaría que quieran fotografiarme. Mirá mis fotos anteriores y ¡abstenete!”² La situación la irritaba sobremanera. Su cólera era la respuesta espontánea a un requerimiento que amenazaba resentir las intenciones y propósitos que habían impulsado su carrera literaria desde el comienzo. Como Florentina Ituarte, la hermana de su bisabuela que al envejecer mandó a descolgar todos los espejos de su casa, Ocampo quería preservar la imagen que había tenido hasta determinada edad. Sabía desde la desaparición de Steerforth, el amigo de David Cooperfield, que lo que la muerte tiene de “más devastador es que comienza antes de llegar, en plena vida”.³ Fiel a la creencia de los autobiógrafos tradicionales, confiaba en las posibilidades retóricas y gráficas de conjurar sus efectos, dejando establecido cómo se la debería recordar en adelante. Las últimas fotos que le habían tomado conspiraban de un modo despiadado contra esos fines al hacerla aparecer, según decía, como a “esas ‘Doña Petrona’ o Doña cualquier cosa que escriben recetas para platos criollos...”⁴

“Mirá mis fotos anteriores y ¡abstenete!”. Varias décadas después, en **Victoria Ocampo en fotografías**, el libro que le dedicó en el 2006, Sara Facio responde a ese mandato con una selección impecable y una composición convencional de las mejores fotos de la escritora a lo largo de su vida. El recorrido que organiza los materiales gráficos está acompañado por algunos textos breves de Ocampo, escogidos por la fotógrafa, y por el recuerdo estilizado de diálogos mantenidos entre ambas. La articulación general del libro es consecuente con el sentido cronológico que organiza el relato autobiográfico de la escritora; a menudo, cuenta Facio, apeló a ese relato para situar datos precisos, fechas de viaje, acontecimientos sociales y culturales. Como sucede con la mayoría de

* Universidad Nacional de Rosario-CONICET.

1 En Sara Facio, **Victoria Ocampo en fotografías**, Buenos Aires, La Azotea, 2006, p. 72.

2 Sara Facio, *op. cit.*, p. 82.

3 Victoria Ocampo, Autobiografía I. **El archipiélago**, Buenos Aires, Revista Sur, 1979, p. 179.

4 *Ídem*, p. 74.

Los retratos que componen las portadas de los seis tomos de su **Autobiografía**, un anhelo de correspondencia entre en el momento narrado por la autora y el de la escena o los rostros que muestran las fotografías, reúne las imágenes y los textos del volumen. Aunque este anhelo resulta desde luego defraudado —las fotos exceden el valor documental y sobredeterminan o perturban el sentido de lo narrado—, el respeto hacia el mandato ocampiano que inspira el proyecto de Facio realiza, en la serie de imágenes con que se cierra el volumen, el deseo contenido en el episodio más significativo de la autobiografía de Ocampo: el final. No sólo no hay en este libro ninguna foto suya en la vejez, sino que además, las últimas imágenes de su vida que se incluyen, aquellas, tan características, en las que ya luce su melena blanca y brillante, con destellos azulados, y sus emblemáticos lentes oscuros, la muestran siempre en ámbitos o situaciones que la identifican directamente con **Sur**. Sentada en su escritorio de la editorial con una enorme biblioteca de fondo; al costado de una larga estantería en la que se observan los números de la revista encuadernados, algunos ejemplares de libros publicados por **Sur** y una importante cantidad de fotos de escritores; Victoria y el grupo; Victoria, en distintas gestiones culturales. Victoria a una distancia máxima de cualquier imagen privada, doméstica, que amenace con asimilarla a Doña Petrona; pero a menudo con un rostro serio, adusto, como enojado, con una mirada tensa y protocolar, que sobreactúa las incomodidades y dolores de cabeza que le causó ese lugar y acusa la ansiedades que le provocan las exigencias de su imagen pública.

A diferencia de los diez tomos de sus **Testimonios**, que se publicaron íntegramente a lo largo de su vida, entre 1935 y 1977, y recogieron muchos de los episodios y las anécdotas públicas y personales que protagonizó hasta entonces, los volúmenes de la **Autobiografía**, escritos entre 1952 y 1953, y revisados durante años, fueron pensados para lectores póstumos. El relato que componen culmina en el momento preciso en el que nace **Sur**, cuando Victoria Ocampo cuenta con cuarenta años de edad y está recién en la mitad de su vida. Un final prematuro e inmejorable, en el que la autobiógrafa se figura a la vez en el cierre de un largo aprendizaje iniciado en la infancia y a las puertas de la empresa que dirigirá hasta su muerte. Punto de llegada y recomienzo, este final, que se representa como un doble nacimiento, el de la revista y su directora, ejecuta con una eficacia prolongada la condición retrospectiva del género. Si bien la narración dramatiza un cierre abrupto y precipitado, que intenta verosimilizar sin éxito los motivos que llevaron a la autora a detener su relato en ese momento,⁵ la lógica que desde el comienzo organiza la escritura encuentra en el sentido del final su punto de partida. "**Sur** y Cía" es el tomo que la imaginación autobiográfica de Ocampo debió componer en primera instancia, no desde luego el que escribió primero, sino el que tuvo que imaginar antes de concebir ningún otro, para poder escribirlos a todos. Aunque se empeñe en citarla al revés, es la divisa de María Estuardo en su formulación literal: "En mi fin está mi comienzo" la que atraviesa e hilvana esos fragmentos dispersos de sus memorias que muchos de sus testimonios habían anticipado.

El nacimiento de **Sur**, cuyos avatares Ocampo ya había narrado en distintas oportunidades, opera en el desarrollo del plan general de la **Autobiografía** como la culminación del prolongado esfuerzo de *rétablissement* espiritual en torno al que se articula todo el relato de su vida. Consecuencia impensada de su encuentro fortuito con Waldo Frank en 1929, la propuesta de crear una revista transforma ese año en uno de los más importantes "*tournant de [su] vida*."⁶ A partir de ese giro, su historia ya no será la misma. En la idea de Frank, pero sobre todo en su propia determinación y perseverancia para realizarla, Ocampo encuentra el punto en el que situarse para dotar a los acontecimientos de su vida de un orden total y retroactivo, de una perspectiva de conjunto y un tipo de visibilidad desconocida hasta ese momento.⁷ En adelante podrá legítimamente ajustar la imagen de aquella que fue a la de quien hubiera querido ser. Lectora perspicaz de las convenciones del género, sabe antes de empezar a escribir que "...si la que fu[e] no está acompañada continuamente por la sombra resplandeciente de la que hubiera querido ser, el todo resultante está como falseado."⁸ Más de lo que ella misma está dispuesta a admitir, su escritura reconoce que la tarea autobiográfica compromete ante todo una labor de edificación personal promovida por la imagen de sí que el sujeto anhela proyectar desde el presente. Si bien el propósito de componer sus memorias aparece varias décadas antes de su elaboración efectiva, el impulso que la decide a escribirlas se resuelve, como es habitual entre los autobiógrafos, en circunstancias particulares de su vida. En su caso, esas circunstancias son las que le depara el peronismo, no me refiero estrictamente a las condiciones históricas que confirieron a ese período un perfil

5 El último tomo se inicia con la siguiente declaración: "Después de una interrupción de dos meses, retomo estas Memorias (enero 1953). Será necesario *llegar de un tirón hasta el fin*, porque empiezo a encontrar mil buenas (o malas) razones para no continuarlas después de haber dejado que se enfriaran. Estas razones no son únicamente mi pereza. Siempre he pensado que una empresa de este género comportaba serios inconvenientes." (Victoria Ocampo, **Autobiografía V. Figuras simbólicas. Medida de Francia**, Buenos Aires, Revista Sur, 1983, p. 9. El destacado es mío).

6 Victoria Ocampo, **Autobiografía III. La rama de Salzburgo**, Buenos Aires, Revista Sur, 1981, p. 144.

7 Victoria Ocampo, **Autobiografía II. Autobiografía II. El imperio insular**, Buenos Aires, Revista Sur, 1980, p. 9.

8 Victoria Ocampo, **Autobiografía VI. Sur y Cía**, Buenos Aires, Revista Sur, 1984, p. 11.

determinado, sino a la lectura interesada y descomedida que sus testimonios propusieron de ese momento. Junto a los ensayos de Borges y a los cuentos de Borges con Bioy Casares, los testimonios de Ocampo escribieron, para los lectores de **Sur**, los capítulos principales de esa saga del peronismo satánico que los intelectuales opositores difundieron durante años. Urdida de analogías imperfectas y anacronismos deliberados, esta saga, que presentaba al peronismo como un régimen totalitario, pesadillesco, ilegítimo e inverosímil, encuentra en los escritos de Ocampo la expresión vehemente de su complemento redentorista.

Caracterizar el peronismo como un sistema generalizado de intimidación solapada, una suerte de estado de sitio omnímodo y despiadado,⁹ es para ella, además de una respuesta espontánea al recuerdo inmediato de esos años, la posibilidad extraordinaria de redoblar el gesto de autopromoción contenido en su perspectiva intelectual. A partir de esa caracterización, no sólo se confiere a sí misma el lugar de víctima ilustre de un enemigo todopoderoso sino que justifica la necesidad de la tarea que su revista predicó durante décadas. Su visión del régimen, que sentirá oportunamente ratificada por los días de arresto injustificado que sufre en la cárcel de mujeres del Buen Pastor a mediados de 1953, reconfirma para Ocampo la importancia de la misión redentora y testimonial que los miembros de la élite intelectual se arrojan frente al avance de los poderes totalitarios. Tiene razón Cristina Iglesia cuando señala que la cárcel se convierte para Victoria en un nuevo privilegio,¹⁰ no sólo porque la breve experiencia de esos días la autoriza a participar (aunque más no sea de un modo imaginario) del tipo de purificación espiritual que admira en Gandhi, sino también y fundamentalmente, porque le permite revalidar su lugar como directora de una revista que ha sostenido el magisterio moral de las élites como un principio programático. Aunque no se trata del único motivo, la decisión de escribir su autobiografía responde en cierto sentido al refortalecimiento de sus convicciones, especialmente a la idea de que es apremiante preservar los valores que estarían siendo avasallados y de que nadie más indicada que ella para emprender esa tarea. Establecer la verdad sobre sí misma, salvaguardarla de las calumnias y los ataques que le dirigen sus adversarios políticos e intelectuales, implica desde su punto de vista asumir una responsabilidad histórica, proteger una versión del pasado personal y nacional que el peronismo amenaza con hacer desaparecer.¹¹ Resulta elocuente en este sentido que, en un gesto algo teatral, que remeda sin reservas la actitud de los intelectuales europeos perseguidos durante el nazismo, en esos años Ocampo envíe sus cartas y papeles a casa de familiares y amigos íntimos para evitar que el régimen los confisque o destruya. El interés que pone en contar una y otra vez la indignación que le produjo que la policía revisara sus escritos personales (entre los que se encontraba ya lista una parte de sus manuscritos autobiográficos) subraya la necesidad y la urgencia de la misión que ha asumido a su cargo. “Ahora sé que estoy obligada a dar el buen ejemplo”, le escribe a Gabriela Mistral a poco de haber salido de la cárcel, mientras se resiste a iniciar gestiones personales para que le otorguen el pasaporte que el gobierno le niega.¹² El deseo de ejemplaridad, la aspiración de ese reconocimiento moral que ella misma ha prodigado a los escritores que admira y que es un principio sustantivo de su credo intelectual, constituye el impulso principal que orienta su escritura autobiográfica; “...la historia de los sufrimientos y las luchas de una vida, en tanto que al contarla se sea capaz de ofrecer un reflejo fiel [...] es siempre una enseñanza [...]”.¹³

9 En “La hora de la verdad”, el artículo que inaugura el célebre número 237 de **Sur** (noviembre- diciembre 1955) dedicado a la Revolución Libertadora, Ocampo describe el peronismo de este modo: “Un mal sueño en que no podíamos echar una carta al correo, por inocente que fuese, sin temer que fuera leída. Ni decir una palabra por teléfono sin sospechar que la escucharan y que quizá la registraran. Es que nosotros, los escritores no teníamos el derecho de decir nuestro pensamiento íntimo, ni en los diarios, ni en las revistas, ni en los libros, ni en las conferencias —que por otra parte se nos impedía pronunciar— pues todo era censura y zonas prohibidas. Y en que la policía —ella sí tenía todos los derechos— podía disponer de nuestros papeles y leer si le daba la gana cartas escritas veinte años antes [...] Puede decirse sin exagerar que vivíamos en un estado de perpetua violación. Todo era violado, la correspondencia, la ley, la libertad de pensamiento, la persona humana. La violación de la persona humana era la tortura...” (p. 5).

10 Cristina Iglesia, **Islas de la Memoria. (Sobre la Autobiografía de Victoria Ocampo)**, Buenos Aires, Cuenca del Plata, 1996, p. 15.

11 A este propósito defensivo obedece fundamentalmente el armado del linaje familiar con que se inicia su **Autobiografía**. Ocampo se presenta, en primera instancia, como hija de “las familias de origen colonial, que lucharon y se enardecieron por la emancipación de la Argentina, [y que] tenían la sartén por el mango, justificadamente” (**Autobiografía I, op. cit.**, p. 10). La genealogía —sostiene Sylvia Molloy (**Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica**. México, FCE, 1996 p. 215)— sirve como poderoso agente de discriminación especialmente en épocas en que estas autonombradas “primeras familias” se sienten amenazadas. Insistir, a mediados de los años cincuenta, en la idea de que la historia nacional se confunde con su historia familiar (“Iba yo a oír hablar de los ochenta años que precedieron a mi nacimiento, y en que los argentinos adoptaron ese nombre, como asuntos de familia” (**Autobiografía I, op. cit.**, p. 10) es, además de una modo de afianzar su lugar frente a los temores e inquietudes del presente, un índice claro del grado de miopía y ofuscación con que Ocampo percibe y evalúa las transformaciones que se están produciendo en esos años. La crítica se ha ocupado de analizar cómo la preocupación nacional se trama con su historia personal y condiciona el diseño de su genealogía. Sobre este punto, ver: Sylvia Molloy, *op. cit.*; Cristina Iglesia, *op. cit.*; y Francine Masiello, **Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna**, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997, pp. 205-217.

12 Victoria Ocampo, **Esta América nuestra. Correspondencia Gabriela Mistral/Victoria Ocampo**, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007, p. 228.

13 Victoria Ocampo, **Autobiografía VI, op. cit.**, p. 13

La leyenda de la directora de Sur

Más que la vida de Victoria Ocampo, su autobiografía cuenta la leyenda de la directora de **Sur**: la historia de una mujer, nacida bajo un régimen de costumbres injusto para su género, que padece y desafía las limitaciones morales y culturales de su clase, y que, sin sentirse “ni preparada ni dotada para semejante empresa”¹⁴, decide invertir su fortuna personal en fundar y dirigir un proyecto cultural ambicioso, destinado a comunicar varios continentes. La posdata de Waldo Frank con que se cierra el último tomo: “Aquí, cruzando los Andes, eres una especie de figura mítica”,¹⁵ confirma la voluntad de la escritora. Como en todas las leyendas, el personaje principal atraviesa una serie de experiencias, obstáculos, y padecimientos de los que sale invariablemente enriquecido. El relato toma la forma de un arduo camino de perfeccionamiento espiritual, inspirado por el deseo de autoconocimiento y autorrealización de la protagonista. Definido como “una búsqueda de lo absoluto”, el recorrido se figura como una suerte de aventura interior orientada a recuperar el equilibrio anímico y moral comprometido durante los años de adolescencia y juventud. Luego del intenso “estado de rebelión” que le provocaron las restricciones y prohibiciones que sus padres impusieron a su desarrollo, en un momento en que esa rebeldía se acrecienta (se profundiza la hostilidad hacia Mónaco Estrada, el marido con el que fue inducida a casarse, y entra en crisis su pasión por Julián Martínez, el gran amor de su vida), Ocampo experimenta una urgente e intempestiva (es decir, no siempre bien motivada) necesidad de “ordenar”, de “canalizar”, las fuerzas exorbitantes que han liberado en ella esos estados. “Esas fuerzas desencadenadas en mí, y por mí, amenazaban dislocarme si no daba con un exorcismo; si no las transformaba en fuerzas constructivas (*secourables*). Tenía que descubrir el camino”.¹⁶ El riesgo de la dislocación se enuncia sólo para conjurarlo. La consistencia y la homogeneidad de las autofiguras ocampianas son elocuentes en este sentido. Sobre el final de “La rama de Salzburgo”, el tomo dedicado a su relación amorosa con Martínez, una mezcla indefinida de arte y espiritualidad delimita el camino que tomará la narración. El espíritu de “las grandes religiones” (no sus dogmas, a los que Ocampo, se sabe, renunció muy joven), junto a Bergson, Proust, Dante y Tagore conforman, para ella, una “fuente de sabiduría” inestimable, “la única terapéutica eficaz” para sobrellevar los dramas de la condición humana.¹⁷

El sentido de esta transformación, sobre las que Ocampo insiste en muchas ocasiones y cuyas consecuencias son centrales para el diseño general del relato autobiográfico, se resuelve mediante un abigarrado encadenamiento de citas en el que se perciben los esfuerzos de la escritora para justificar este pasaje. “La autobiografía —escribe Sylvia Molloy—¹⁸ no depende de los sucesos sino de la *articulación* de los sucesos.” En el agudísimo ensayo sobre las memorias de Ocampo, Molloy advierte que **La rama de Salzburgo** es justamente el tomo en que las referencias literarias se tornan más densas debido a que el exceso de voces que entrecruzan el volumen iguala el exceso de sentimientos que se describen en el texto.¹⁹ La explicación, impecable en lo relativo al tenor de las emociones que moviliza la transmutación del amor pasión en amor espiritual, no puntualiza sin embargo la función específica que cumplen las citas bibliográficas en la caracterización del modo en que el relato figura esa conversión. Las citas se vuelven en este caso un recurso imprescindible para articular dos estados subjetivos en principio sin vinculación aparente e incluso hasta contradictorios, como son la pasión sexual y el fervor espiritual. Preocupada por describir ese pasaje como una continuidad sin claudicaciones, como el tránsito directo aunque doloroso de un estado a otro,²⁰ Ocampo, que en varias ocasiones se muestra inquieta por aclarar que el nacimiento de su actitud espiritual coincide con el zenit de su apetito sexual, encuentra en la lectura interesada de Bergson la dirección y el sentido que orientan el “viraje” (tal el nombre del cuarto volumen de su **Autobiografía**) que imprime a su historia.

Había llegado a un punto en que percibía que la alegría, ‘la creación de sí mismo por sí mismo, el engrandecimiento de la personalidad mediante un esfuerzo que extrae mucho de nada, algo de nada’, [...] la alegría que nace siempre de la creación, estaban en otro nivel que el amor pasión, y era necesario empinarse hasta esas alturas o vegetar y perecer. Que ese esfuerzo podía llamarse, utilizando el vocabulario de los trapecistas y de sus pruebas en el aire, un *rétablissement* [erguir el cuerpo apoyándose sobre las manos].²¹

14 *Ídem*, p. 51.

15 *Ídem*, p. 122.

16 Victoria Ocampo, **Autobiografía III**, *op. cit.*, p. 97.

17 *Ídem*, 94.

18 Sylvia Molloy, *op. cit.*, p. 16.

19 *Ídem*, p. 95.

20 “Entre la pasión y el amor [ecuménico] —afirma— hay un puente que atravesar y un peaje que pagar: no existe otra moneda fuera del dolor. Y no sólo el dolor, sino también la necesidad de un cambio de actitud frente al amor. Una manera de sublimarlo.” (Victoria Ocampo, **Autobiografía III**, *op. cit.*, p. 43).

21 Victoria Ocampo, **Autobiografía III**, *op. cit.*, p.104.



La descripción que propone la autobiógrafa sublima los componentes desestabilizadores propios de la pulsión sexual hasta transformarla en la potencia edificante que la guía en su camino de ascensión moral: empujarse, erguirse, hasta reestablecer el equilibrio perdido, e incluso ir más allá, traspasar ese equilibrio, engrandeciendo su personalidad, creándose a sí misma a través de sus obras. Un camino signado por el doble impulso de “*rétablissement*” y “*dépassement*”,²² que sintetiza el ideal de autodomínio y superación que inspira la rememoración ocampiana, y de cuyos primeros resultados favorables daría cuenta la escritura del libro sobre Dante. Como toda la literatura de Ocampo, aunque con un propósito preciso que al imaginario autobiográfico le interesa destacar en este caso, **De Francesca a Beatrice**²³ es también un libro autorreferencial: el libro que la escritora recupera como aquél en el que cuenta, a través de las imágenes dantescas, su propio “*pas[ó] a otro plano*”,²⁴ su tránsito al amor universal. “Mi necesidad de comentar **La Divina Comedia** nacía de un intento de aproximarme a la puerta de salida de *mi drama personal*...”.²⁵ Mucho más que eso, más que un “sucedáneo de la confesión o la confidencia”,²⁶ un modo de encauzar los tumultuosos efectos de la pasión sensual, este libro es también, como señala Molloy, el primer paso importante en su trayectoria literaria: la prueba de que la escritura de Ocampo ha alcanzado finalmente una forma y se ha vuelto un gesto público.

Enunciada sobre el final del tercer volumen, la transmutación del amor carnal en potencia espiritual divide la **Autobiografía** en dos momentos diferenciados y complementarios: mientras los primeros tres tomos componen el autorretrato personal de Ocampo, los tres últimos, ordenados según sus encuentros con distintas personalidades de la cultura occidental, presentan los rasgos determinantes de su imagen pública e intelectual. Cada uno de estos momentos se organiza en torno a la repetición de algunas escenas fundantes del acto autobiográfico: la escena de la indignación y la denuncia, del ahogo y el desahogo, en el primer caso, y las del mutismo, la timidez, y el malentendido, en el segundo. La insistencia de estas escenas, que ya habían aparecido en sus testimonios y libros sobre escritores, superpone el camino de perfeccionamiento moral de la protagonista con el desarrollo progresivo de las capacidades autoexpresivas de la escritora. Los recuerdos del aljibe y el caballo que abren la sección “El archipiélago” del primer tomo, recuerdos de los que se sustrae por completo el miedo que la protagonista debió experimentar al sentirse ante el peligro de caer en el agujero o al ver el espectáculo de la tortura desenfundada sobre el animal indefenso, remiten menos a situaciones traumáticas vividas en la infancia que a las ficciones de origen que la autobiógrafa postula en la relectura de su pasado.²⁷ Ambos recuerdos no sólo dramatizan la temprana indignación que las injusticias provocan en la protagonista, sino que además traducen ese sentimiento de indignación (que es siempre manifestación de “un malestar profundo y moral”, según queda claro en el recuerdo de su primera menstruación) como una dificultad o debilidad expresiva, un ahogo, que se alivia a través de la denuncia o el testimonio: en los dos casos la nena corre a contar lo sucedido. Los motivos que traman estos recuerdos se retoman en la pequeña fábula de iniciación literaria que Ocampo narra pocas páginas después, cuando presenta el recuerdo de Miss Ellis, la institutriz inglesa que la acusa “injustamente” de distraer a su hermana durante las clases. “Llena de indignación y de rabia [...], no sabiendo como desquitarme, me puse a escribir. Escribí una protesta acusando a Miss Ellis de ser cobarde por ‘contarles’ cosas a mis padres. [...] Descubrí que escribir era un alivio”.²⁸ De la indignación al alivio, en una secuencia que el relato repite en muchas oportunidades, la escritura, figurada como un desquite, un desahogo, un modo de responder y sobrellevar las injusticias, la soledad o el sufrimiento, resulta un medio ajustado a las exigencias del proyecto autobiográfico. Derivada de un impulso vital recóndito e incontenible, de una “necesidad del alma”²⁹ que rebasa los límites de lo puramente personal, la escritura se define como una “transustanciación de las emociones”.³⁰ Un proceso que encamina la superabundancia vital de las pasiones hacia la verdad y la claridad de las ideas, en un sentido congruente con el del rumbo de depuración espiritual elegido por la protagonista. Que la **Autobiografía** asuma la forma de la confesión se explica

22 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 21.

23 Victoria Ocampo, **De Francesca a Beatrice**, Buenos Aires, Fundación Sur, 1983. [Primera edición: Madrid, **Revista de Occidente**, 1924].

24 Victoria Ocampo, **Autobiografía III**, *op. cit.*, p. 33.

25 *Ídem*, p. 98.

26 *Ídem*, p. 108.

27 Ocampo retoma estos recuerdos en varias oportunidades. La primera reescritura aparece en la sección “Antecedentes” del primer tomo de la **Autobiografía**, cuando presenta su genealogía familiar en el desarrollo de la historia nacional. Para una lectura de esta reelaboración, ver: Sylvia Molloy, *op. cit.* y Sylvia Molloy, “Dos proyectos de vida: Norah Lange y Victoria Ocampo” en **Filología**, año XX, 2, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas. UBA, 1985, pp. 279-293. Otra reescritura encabeza su testimonio “El hombre del látigo” (**Sur** n° 237, 1955), en el que cuenta su experiencia en la cárcel del Buen Pastor.

28 Victoria Ocampo, **Autobiografía I**, *op. cit.*, p. 113.

29 Victoria Ocampo, **Autobiografía III**, *op. cit.*, p. 98.

30 Victoria Ocampo, **Autobiografía VI**, *op. cit.*, p. 11.

en primera instancia por las capacidades transustanciadoras que se le atribuye a la escritura. "... la sinceridad sólo llega al lector por el trujamán del talento. Para que la sinceridad se exprese, es obligatorio que la socorra, que la traduzca el talento".³¹ El alivio, la liberación, que espera obtener de la escritura de su vida proviene menos de la proximidad de lo relatado con la verdad de lo sucedido que de la eficacia de la confesión en tanto método destinado a que la vida se libre de sus confusiones y paradojas y llegue a coincidir consigo misma.³²

Quizás por la marcada ansiedad que manifiestan sus autofiguras públicas, la eficacia del verosímil confesional se debilita de modo considerable en el segundo momento de la **Autobiografía**. Las reglas de la confesión se repliegan ante los gestos y expresiones de una teatralidad exacerbada. Los encuentros con Rabindranath Tagore y con el conde de Keyserling, a los que Ocampo había dedicado ya, además de algunas conferencias y testimonios, libros completos, ocupan zonas importantes de los tres últimos volúmenes. En el vínculo con ellos, el relato escenifica las distintas alternativas de aprendizaje y autoafirmación que le depara a la protagonista el inveterado "culto a los autores" que practica desde la adolescencia. Su admiración funciona en el interior del espacio autobiográfico como el relevo inmediato de la confianza perdida en la divinidad religiosa. Un desplazamiento que reescribe en términos personales el entusiasmo hacia los escritores que Virginia Woolf le atribuía no sin ironía al personaje Orlando. "Orlando no creía en las divinidades comunes, nos explica Virginia Woolf; quizás [...] había transferido a los grandes hombres su parte de credulidad. 'El solo pensamiento de un gran escritor suscitaba en su alma tal arranque de fe, que lo convertía en un dios invisible'".³³ Antes de conocer a Tagore, Ocampo ya había experimentado ese impulso piadoso que lo transformaría para siempre en su maestro o "guía" espiritual: un llanto incontenible y liberador la había arrebatado durante la lectura de **Gitanjali**, sumiéndola en una suerte de profundo estado de trance. Compuesto con un efectismo evidente, este episodio no sólo exhibe la devoción al maestro apelando a plegarias y exclamaciones ampulosas sino que además introduce de modo grandilocuente la escena del mutismo y la timidez con que la autobiógrafa presenta su encuentro con el poeta. "La presencia súbita y real de ese hombre distante, tan familiar en mis sueños, tan íntima a mi corazón, cuando no conocía de él más que sus poemas, me paralizó. Reacción habitual ante un escritor. Hubiera querido huir enseguida. Caí en el mayor mutismo..."³⁴ Próxima y a la vez lejana, dotada del desdén soberano de las llamas, la imagen de Tagore se describe como la aparición repentina y excepcional de una visión mística, cuyas proyecciones conmueven y fascinan a sus fieles. La inmovilidad, la falta de articulación, las dificultades expresivas de la protagonista son, además de pruebas inmediatas de su reconocimiento y veneración incondicional hacia la grandeza ajena, manifestaciones que le permiten figurarse con eficacia en las condiciones de inferioridad, de minoridad cultural y espiritual, que requiere la composición de su autorretrato público. Es frecuente que en esos momentos se caracterice como una "niña" o una "adolescente". La insistencia con que Ocampo repite la escena del enmudecimiento y la inhibición, el interés que pone en acentuar la asimetría, la unilateralidad, de sus relaciones intelectuales —no sólo será la discípula, la secretaria, la ama de llaves, la enfermera, el chofer, la intérprete, de Tagore, sino que además llegará a imaginarse como un perrito faldero, capaz de dormir en el piso de baldosas, detrás de la puerta del poeta—³⁵ afirma algo más que su idolatría hacia los autores o la voluntad de construirse un perfil de intelectual periférica, como suele advertir la crítica. La recurrencia de estas imágenes, el modo evidente en que Ocampo sobreactúa su inferioridad, responde fundamentalmente a la intención de enfatizar los logros alcanzados *a pesar de* las desventajas padecidas, de dotar a la realización de esos logros de un empeño y una intensidad particulares.

El ideal de progreso moral que orienta la escritura de su vida encuentra en la esforzada superación de sus faltas, en su capacidad para revertirlas o transformarlas, el principal punto de referencia.

Junto a las escenas de devoción hacia los autores, estrechamente relacionadas con ellas, se presentan también las escenas del malentendido. Como le ocurre al personaje de Orlando cuando invita a Alexandre Pope a su casa, la autobiógrafa descubre que ese estado de exaltación puede rápidamente mudar en desencanto. Si bien "es halagador frecuentar los grandes genios, no siempre es cómodo vivir a su lado".³⁶ En un ensayo indispensable Beatriz Sarlo propone lecturas inteligentes sobre las razones que motivan y las formas que asumen esas faltas de

31 Victoria Ocampo, **Autobiografía I**, *op. cit.*, p. 60.

32 María Zambrano, **La Confesión: Género Literario**, Madrid, Siruela, 1995.

33 Victoria Ocampo, "Anna de Noailles y su poesía" en **Testimonios**. Primera serie (1920-1934). Buenos Aires, Fundación Sur, 1981, p. 225. [Primera edición: Madrid, **Revista de Occidente**, 1935].

34 Victoria Ocampo, **Autobiografía IV. Viraje**, Buenos Aires, Revista Sur, 1982, p.25.

35 Victoria Ocampo, **Autobiografía IV**, *op. cit.*, 76.

36 Victoria Ocampo, "Virginia Woolf, Orlando y Cía." en **Testimonios**. Segunda serie (1937-1940), p.33. [Primera edición: Buenos Aires, Ediciones Sur, 1941].



entendimiento.³⁷ Los desacuerdos con Tagore responden a diferencias lingüísticas y culturales, los desencuentros con Keyserling se sustentan en diferencias de género. En el primer caso, es la condición occidental y cosmopolita de la protagonista la que se muestra cuestionada, en el segundo, su condición femenina. Tagore desconfiaba de la capacidad de los occidentales para entender el pensamiento oriental y por esa razón, sostiene la autobiografía, mutila su poema bengalí en la traducción al inglés que ella le solicita. La situación enoja a Ocampo de un modo particular. El malentendido de las lenguas, explica Sarlo, es relativamente tolerable; la incomunicabilidad de las culturas no lo es, porque queda la sospecha de que el problema reside en una deficiencia de la cultura hacia la que no se puede completar el pasaje.³⁸ Sin embargo, con el propósito de atemperar las aristas conflictivas del episodio, el relato justifica esta situación por vías diferentes. Por un lado, extiende las razones de la incomunicabilidad más allá de las presuntas deficiencias occidentales: el propio Tagore se muestra impedido de apreciar la música moderna y el poema de Baudelaire. Por otro, apela directamente a los gustos compartidos por ambos: la pasión por Shakespeare, que los dos conocieron en su primera juventud, y la afición por la naturaleza, por los árboles y las flores del jardín. A diferencia de lo que sucede con Keyserling, y a pesar de todos los caprichos, las arbitrariedades y los súbitos cambios de humor que la autobiografía le atribuye, los desacuerdos con Tagore no resienten la devoción que Ocampo le profesa. Más allá de las discrepancias y obstáculos, él seguirá siendo, junto con Gandhi, el maestro que la guíe en el cumplimiento del recóndito sentido de su vida.³⁹ El interés en preservar intacta una admiración que el propio relato ha revelado excesiva, en sostener sin reparos un fervor sobredimensionado, obedece a la decisión de resaltar los esfuerzos comprometidos en una tarea que, lejos de remitir a los costados más frívolos y superficiales de la protagonista, tal como le imputan sus adversarios intelectuales, Ocampo presenta como una labor con fines espirituales trascendentes. En el interior del espacio autobiográfico, el contacto directo con los autores suple o compensa las carencias de formación que, dadas las restricciones que su clase le impone a la educación de las mujeres, la protagonista padece desde muy joven.

Presentados bajo el signo de lo irreparable, de lo verdaderamente intolerable, los desencuentros con Keyserling, a los que la narración autobiográfica les dedica el desarrollo más extenso y minucioso, se fundan en una prolongada cadena de equívocos. Admiradora entusiasta de los ensayos del filósofo, hacia 1927, Ocampo lo invita a dictar una serie de conferencias en Sudamérica. Durante dos años, intercambian una correspondencia vehemente y sostenida, que el conde interpreta como anticipo de una pasión que trasciende lo puramente intelectual. A partir del encuentro en Versalles, las divergencias adquieren, como señala Sarlo, una abierta connotación sexual, que dota a la relación de un costado cómico, de *vaudeville*. Es cierto, como dice Sarlo, que Ocampo no llega a percibir el matiz ridículo de la situación ni siquiera veinte años después, cuando escribe su versión de los hechos en **El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias**. De haberlo notado le hubiese resultado difícil otorgar al “asunto Keyserling” la significativa funcionalidad que adquiere en el diagramación general de su historia. Mientras el contacto con Tagore pone en escena los aspectos más devotos de su relación con los autores, la relación con Keyserling sobreactúa el ángulo previsiblemente deceptivo de ese vínculo, remitiéndolo a la incapacidad del filósofo para comprender la naturaleza espiritual de la condición femenina. El contacto con Keyserling es en este sentido el complemento negativo del encuentro anterior. Contrario al aspecto patriarcal de Tagore, a su aristocracia de modales, el fundador de la Escuela de la Sabiduría es recordado como un Gengis Khan, un conquistador bárbaro y primitivo, ávido de lanzarse sobre una presa indefensa y desprevenida. Ocampo compara su primera visita a Versalles con el encuentro de Caperucita Roja y el lobo, con la “emboscada” que el lobo le tiende a la niña. La desproporción que pauta la analogía, una analogía que no se incluye en el libro sobre Keyserling y sólo aparece en la **Autobiografía**, además de transmitir la inquietud que la situación todavía le provoca en el momento en que escribe sus memorias, advierte sobre los propósitos que orientan la inclusión del episodio en el desarrollo general del relato.

El hecho es que me presenté en el *Hotel des Réservoirs* con mi “torta” [...] y mi pote de manteca para mi abuela, siguiendo la tradición de Caperucita Roja. Y me encontré de buenas a primeras frente a un carnívoro que reclamaba una comida más sustanciosa. ¡Ridículas mis inocentes provisiones!⁴⁰

37 Beatriz Sarlo, “Victoria Ocampo o el amor de la cita” en **La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas**, Buenos Aires, Ariel, 1998, pp. 94-194.

38 La relación con las lenguas extranjeras es un tópico central de la obra de Victoria Ocampo, extensamente estudiado por la crítica. Para este punto, es ineludible consultar: Beatriz Sarlo, “Victoria Ocampo: la mujer-sabia” en **Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, pp. 85-9; Beatriz Sarlo, “Victoria Ocampo o el amor de la cita”, *op. cit.*; y Sylvia Molloy, *op. cit.* Sobre el problema de la traducción, ver también Patricia Willson, “Victoria Ocampo, la traductora romántica” en **La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 75-109.

39 Victoria Ocampo, **Tagore en las barrancas de San Isidro**, Buenos Aires, Ediciones Fundación Sur, 1983, p. 100.

40 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 23.

Muy distinta y hasta opuesta a la imagen de la Penthesilea de Kleist, con quien la autobiógrafa se identifica en la versión de esta visita que propone en **El viajero y una de sus sombras**, la imagen de la Caperucita, el estado de inocencia e indefensión, pródigo de buenas intenciones y propósitos nobles, que en la lectura ingenua de Ocampo evoca este personaje actúa hasta la parodia el sentimiento de pérdida y desencanto que le deparan estas circunstancias. “Había perdido mi ‘estado de gracia’. Los ídolos de mi juventud [...] ya no eran dioses inaccesibles. Ya no eran dioses”.⁴¹ Quebrada su incondicionalidad hacia los autores, la protagonista se encuentra sola y librada a sí misma, *tête à tête* con ese “yo” oscuro y desconocido, del que desconfía y con el que no se identifica.⁴² El desamparo y la decepción la obligan a un profundo “examen de conciencia” del que, luego de analizar sus faltas y debilidades, retorna fortalecida y segura de sus propias convicciones. Paradójicamente, la lectura de los ensayos de Keyserling le proporciona una suerte de pseudoteoría compensatoria con la que interpretar sus errores y carencias y usufructuar de ellos para componer la imagen pública que se define en sus memorias. La idea de “la fecundidad de lo insuficiente”, que Keyserling toma de Goethe, le otorga los pocos argumentos necesarios para transformar su desilusión y escepticismo en autoconfianza y voluntad de superación.⁴³ La decisión de enfrentar sola sus nuevas relaciones intelectuales, de negarse a utilizar las cartas de presentación que Keyserling le deja para varios escritores europeos, es no sólo la oportunidad de manifestar el ánimo afirmativo en que deriva su desencanto (el personaje de la Caperucita cede entonces su lugar a otro estereotipo femenino, igualmente exagerado e inverosímil: el de la mujer indócil, dispuesta a rebelarse ante los caprichos de un falso dios) sino que es también la ocasión de definirse sí misma a partir de las fecundas credenciales de su insuficiencia personal. “Yo deseaba ir hacia ellos como lo que era: una autodidacta, una oscura sudamericana amante de las ‘bellas letras’, de Europa, y bastante joven como para resultar grata a la vista”.⁴⁴

Autodidacta, sudamericana y mujer: una síntesis arbitraria e interesada de los rasgos que definen su subjetividad, la suma de faltas y desventajas que la relectura de su vida, su interés por dejar establecido cómo llegó a ser la directora de **Sur**, transforma en cualidades singulares.⁴⁵ La inquietud que la inminencia del porvenir provoca en el presente, antes que la restitución o la conservación del pasado, es el tiempo ineludible de la autobiografía. La imagen de sí que Ocampo compone a partir de estos rasgos constituye una respuesta indirecta a las interpretaciones que la identifican plenamente con los gustos e intereses de su clase y reducen el proyecto de la revista y su lugar de directora a las ventajas y posibilidades que le brinda su fortuna personal.⁴⁶ El armado de la genealogía familiar con que se abre el primer volumen de la **Autobiografía** anticipa en cierto sentido su réplica a estas acusaciones, cuando, sin renunciar a ser una heredera directa de las familias patricias, la autobiógrafa postula la profesión de fe iluminista que la alentará a transformarse en quien es. “Siempre he pensado que, prescindiendo del medio y de la herencia, factores en que no interviene nuestra voluntad o nuestra elección [...] los hombres y las mujeres son exclusivamente hijos de sus obras y por ellas valen o se condenan”.⁴⁷ En cierto sentido, Ocampo escribe sus memorias para instaurarse como una heroína autodidacta capaz de superar por sus propios esfuerzos las limitaciones y tabúes de los miembros de su clase. Alejada de los prejuicios y las reconvenciones familiares, decepcionada de sus entusiasmos intelectuales, extenuada su pasión por Martínez e insatisfecha en su relación con Drieu La Rochelle, Ocampo subraya con evidente redundancia el estado de desamparo y soledad, espiritual e intelectual, que precede al momento de su encuentro con Waldo Frank.

41 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 61.

42 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 62.

43 “La religión cristiana enseña al pecador que su pecado, por grave que sea ese pecado que lo proscribiera de la sociedad, podrá ser redimido por el redentor si el pecador tiene conciencia de su culpa. *Mutatis mutandis*, para Keyserling la insuficiencia puede no ser signo negativo y se transforma en la mejor ocasión, en el más potente aguijón para superarse. Se sabe hasta qué punto el oído y el tacto se desarrollan y afinan en el ciego como para compensar el terrible *handicap* que soporta el organismo. La fecundidad de lo insuficiente actúa un poco de la misma forma. Ciertas deficiencias, ciertas decepciones, ciertas desgracias, incluso ciertas catástrofes de nuestra vida, pueden ser ‘blessings in disguise’ (bendiciones disfrazadas). Acaban por enriquecernos más, espiritualmente, que una serie de éxitos y de venturas, si somos capaces de digerirlas moralmente” (Victoria Ocampo, **El viajero y sus sombras. Keyserling en mis memorias**, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, p. 127).

44 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 61.

45 La crítica se ocupó de analizar e interpretar el sentido y la eficacia que tienen estos rasgos en la composición de sus autofiguras públicas. Sobre el autodidactismo de Ocampo y su relación con los libros, es ineludible consultar: Sylvia Molloy, *op. cit.* Sobre la representación de su yo femenino, ver: Beatriz Sarlo, “Victoria Ocampo: la mujer-sabia”, *op. cit.* y Francine Masiello, *op. cit.* Sobre su imagen de intelectual sudamericana, periférica, ver: María Celia Vázquez, “Identidad, exotismo y extranjería en algunos testimonios de Victoria Ocampo”, en Adriana Bocchino (comp.), **V.O.** Mar del Plata, Estanislao Balder, 2006, p. 51-72.

46 En líneas generales, hasta comienzo de los años ochenta en que los miembros de **Punto de vista** (especialmente, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio y Jorge Warley), iniciaron una revisión crítica de la revista y de la figura de su directora, las lecturas que propusieron los intelectuales provenientes del nacionalismo popular y de sus vertientes de izquierda no se apartaron de la ecuación que reconocía en Victoria Ocampo un miembro de la oligarquía terrateniente y hacía de su revista el órgano de expresión de esa clase.

47 Victoria Ocampo, **Autobiografía I**, *op. cit.*, p. 48.



Y salía nuevamente al frío de la calle, condenada a las intemperies de una existencia no-abrigada. Descendía todos los días a una arena donde debía combatir sola [...] Así como había estado huérfana de mis padres [...] porque no podía confiarles mi verdadero pensamiento, iba a convertirme en huérfana de otros seres a quienes amaba, por un motivo análogo. En realidad yo estaba sola, *fabulosamente* sola. No se puede permanecer sino un tiempo en la matriz de la pasión amorosa. Después es necesario *nacer*, se quiera o no, llegar a un nacimiento doloroso como la agonía. Ese es el pasaje más doloroso de la vida.⁴⁸

Sin desprenderse de la retórica del sufrimiento y el esfuerzo que moviliza la narración autobiográfica, el fragmento introduce y destaca la ambivalencia que el sentimiento de orfandad, sin dudas, uno de los tópicos espirituales mejor contruidos de la obra, presenta siempre en el relato ocampiano. La soledad es a la vez un estado doloroso, angustiante, proclive a las vacilaciones y la desorientación, y un momento auspicioso, vital, favorable al cambio y los renacimientos. *Huérfana* y *sola*, con las renunciaciones y sacrificios que le impone esa situación, pero también con la sensación de independencia y libertad que le otorga, Ocampo se imagina en condiciones inmejorables para realizar el pasaje más doloroso, pero también más importante y oportuno, de su vida. En la carta que le escribe a Tagore para explicarle el propósito del viaje a los Estados Unidos en que va a encontrarse con Frank, la autobiografía proyecta a escala continental esa sensación de orfandad y las posibilidades renovadoras que le despierta: huérfanos de Europa se disponen a fundar una revista bilingüe que conecte ambas Américas entre sí y con el viejo continente.⁴⁹ La fundación de **Sur** certifica su ingreso definitivo al codiciado escenario de las Artes y las Letras. Como señala Sarlo,⁵⁰ Ocampo elige la nobleza de toga frente a la nobleza de renta de la que provenía. Se desplaza, no fácil ni definitivamente, de una élite a otra. Su historia es la de quien busca hacerse un nombre propio, sin identificarse ni apartarse plenamente del apellido familiar. De allí que resulte significativo que en el relato autobiográfico la muerte del padre se articule siempre con el nacimiento de la revista: “Murió [...] en 1931, año en que aparecería **Sur**”.⁵¹

Como si pusiera en escena la propia definición del género (El tema profundo de la autobiografía —afirma Lejeune— es el nombre propio), el relato hace coincidir la desaparición del padre con el momento en el que la protagonista se apropia de su nombre para rubricar la obra que justificará toda su vida. Ocampo cifra en la fundación de **Sur**, como más tarde en la escritura de su **Autobiografía**, la posibilidad de “nacer de mí misma”.⁵² Como si la muerte del padre autorizara o habilitara el nacimiento de la hija, o mejor aún, como si la orfandad paterna determinara en forma providencial el derecho al propio engendramiento, la articulación de estos sucesos sostiene el efecto de continuidad que anticipan las escenas del reencuentro y la reconciliación con que se abre el último tomo.⁵³ La procedencia se figura de este modo como una sucesión armónica, en la que las discordias y tensiones se disipan o reacomodan apelando a una versión idealizada y poco creíble del amor filial. Sin embargo, tal como ocurre en los momentos más sugerentes de la escritura de Ocampo, el énfasis imprevisto con que la narración subraya algún detalle o comentario reinscribe inadvertidamente lo que el imaginario autobiográfico se esfuerza en sustraer. Las

48 Victoria Ocampo, **Autobiografía V**, *op. cit.*, p. 90.

49 Victoria Ocampo, **Autobiografía IV**, *op. cit.*, p. 38.

50 Beatriz Sarlo, “Victoria Ocampo o el amor de la cita”, *op. cit.*, p. 95.

51 Victoria Ocampo, “They are fighting in the center. Contesto a **La Opinión**” en **Testimonios**. Décima serie (1975-1977), Buenos Aires, Sur, 1977, p. 287.

52 Victoria Ocampo, **Autobiografía VI**, *op. cit.*, p. 13.

53 Presentado como una vuelta al hogar, como un esperado regreso a la casa paterna, el retorno del viaje a Europa que la protagonista realiza en 1929, cifra el reencuentro con los suyos en el cambio de posición que se produce en el vínculo con el padre. Cuando el día de la llegada él la invita a sentarse a su lado durante la cena, la protagonista siente que ese gesto de acercamiento los compensa de los malentendidos y hostilidades que desde hace años ponen distancia entre ambos. La escena, que se describe como el término de una ansiada reconciliación — “Recuerdo ese instante como una cima alcanzada después de un largo ascenso” (Victoria Ocampo, **Autobiografía IV**, *op. cit.*, p. 15) —, constituye además el preludio de un diferido reconocimiento paterno: “No te sabía tan valiente” son las últimas palabras que, poco tiempo después, Ocampo le escucha decir a su padre mientras lo acompaña en el lecho de muerte. No sólo porque el enunciado contrarresta la severidad del vaticinio que le había dirigido antes, cuando ella le cuenta la idea de **Sur**: “Te vas a fundir con la revista. Te conozco” (Victoria Ocampo, “They are fighting in the center. Contesto a **La Opinión**”, *op. cit.* p. 287), sino también porque es difícil no pensar que la hija escuchara en el reconocimiento de su valentía una invitación a desafiar el mal augurio, la situación representa el modo de relación con sus mayores que la autobiografía ha establecido en el comienzo. “No me siento obligada a seguirlos, sino cuando acepto su credo, y en la medida en que lo acepto. *Nous aurons le sublime orgueil/ Des les venger ou de le suivre. ¿Por qué? Ni vengarlos, ni seguirlos; continuarlos a nuestra manera, que no puede ser la de ellos: la circunstancia ha cambiado*” (Victoria Ocampo, **Autobiografía I**, *op. cit.*, p.14). “Continuarlos a [mi] manera”, podría decirse, es la fórmula que la narración autobiográfica propone para atenuar los aspectos conflictivos de una relación que se caracteriza pródiga en tensiones y ambivalencias. Emblema de la ley a lo largo de la obra, la figura paterna concentra a su cargo la administración de los deberes y las prohibiciones familiares.

reflexiones de la hija que cierran la descripción de la muerte del padre transmiten, amplificado por la ambigüedad que las recorre, el fondo de disputa sobre el que se trama el vínculo entre ambos.

[era] la primera vez que veía morir a alguien como si se lo matara. Estuve obsesionada durante meses, durante años. Pero otra obsesión me abandonaba o quizás iba a abandonarme (porque esos pliegues se borran lentamente): la de causar pena o disgustar. Yo pensaba: “Mi vida no puede ya herirlo”. Ahora estoy pagando ese consuelo de su muerte.⁵⁴

La idea de la muerte del padre como un consuelo, como el costo que la hija paga para ya no disgustarlo, entredice el deseo inconfesado de que alguno de esos disgustos lo matara por fin, para terminar de una vez con la culpa (o el reproche paterno) de estar matándolo de a poco. “Yo no tenía la impresión de que se moría, sino de que algo lo mataba. Que se lo mataba”.⁵⁵ Transfigurada en una ejecución, la muerte reintroduce la rivalidad y la violencia de un vínculo que se resuelve menos como un legado o una autorización que como una apropiación: la del *nombre familiar* transformado en *nombre de autor*. Fue necesario que la hija desplazara la potestad del apellido a un ámbito en el que ni el padre ni sus antecesores acreditaban ninguna distinción para que Ocampo se convirtiese definitivamente en un atributo de Victoria. “En el verano de 1931 nació **Sur**. A partir de ese momento mi historia personal se confunde con la historia de la revista”.⁵⁶ Desde entonces y para siempre Victoria será el nombre de la directora de **Sur y Sur**, la revista de Victoria. Tal vez menos, la revista que le hubiese gustado leer de joven (es difícil situar en qué momento Victoria comenzó a parecerse a sí misma), que la que necesitó fundar para transformarse definitivamente en quien quería. El final de la **Autobiografía** se aparta de la elaborada genealogía familiar que propuso en el comienzo, para mostrar realizada esa fantasía infantil en que la nena juega a volver la cabeza detrás de sí y, entre temerosa y atraída, encuentra que atrás suyo hay N A D A. Como si hiciese falta aclararlo: “Uno no se cura nunca de su infancia” remata la autobiografía.⁵⁷

54 Victoria Ocampo, **Autobiografía VI**, *op. cit.*, p. 16.

55 *Ídem*, p. 15.

56 *Ídem*, p. 86.

57 *Ídem*, p. 68.

Perry Anderson, "La era de EJI",
en **Políticas de la Memoria**, n° 4,
Buenos Aires, 2004,
pp. 33-44.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234



Clement Moreau

La era de E.J.H.

Perry Anderson

Con la agudeza crítica que lo caracteriza, el actual editor en jefe de la *New Left Review* realiza una penetrante lectura de lo que denomina “el quinto volumen” de una misma obra ininterrumpida. *Años Interesantes. Una vida en el siglo XX*, (Buenos Aires, Crítica, 2003), las memorias de Eric Hobsbawm son así presentadas como el último eslabón, en un registro más personal, de la saga que parecía culminar con *La era de los extremos*. Igualmente atento a la calidad literaria como a la endeblez de la argumentación política, un incisivo Perry Anderson se interna en el texto en busca del interlocutor implícito al que rendiría tributo la necesidad del gran historiador británico de explicar el significado de su vida comunista. Búsqueda que se va hilvanando a partir del reconocimiento de las zonas sorprendentemente silenciadas en la obra (y lo que por ello se revela), no menos que con la oportuna discusión de las opciones políticas que encontraron a estos dos intelectuales británicos en proyectos divergentes al interior del campo de debate marxista.

¿Quiénes serían más aptos que los historiadores para practicar la autobiografía? Entrenados para examinar al pasado con una mirada imparcial, alertas a las peculiaridades del contexto y los artificios de la narrativa, aparecerían como los candidatos ideales para la difícil tarea de la autodescripción de una vida. Sin embargo, y extrañamente, han sido los filósofos quienes han sobresalido en el género, por no decir que lo han inventado. En principio, la autobiografía es la más íntimamente particular de todas las formas de escritura, mientras que la filosofía es la más abstracta e impersonal. Deberían ser como el agua y el aceite. Pero fueron San Agustín y Rousseau quienes nos han dejado sus confesiones personales y sexuales y Descartes quien nos ha legado la primera “historia de mi mente”. En los tiempos modernos, Mill y Nietzsche, Collingwood y Russell, Sartre y Quine, todos han dejado registros de sí mismos mucho más memorables que cualquier cosa escrita sobre ellos. El número de historiadores que han producido autobiografías de cierto nivel, por otro lado, es remarcablemente escaso. En el siglo XIX, las memorias de Guizot y Tocqueville, muy poco consultadas en nuestros días, son de interés principalmente en tanto testimonios de evasión política. Más cercano, el Marc Bloch póstumo de 1940, con su mezcla de reporte personal e interpelación general, es un conmovedor documento, pero demasiado circunscripto como para ofrecer más que unos pocos momentos de auto-revelación. Más recientemente, tenemos el excéntrico camafeo de Richard Cobb y las *causeries* de A.J.P. Taylor, de las cuales él mismo ha dicho que eran evidencia de que se había apartado de las temáticas históricas. En suma, en el género para el cual parecería estar bien diseñada, la habilidad de los historiadores ha producido, quizá, sólo dos clásicos: el magnífico retrato de Gibbon a fines del siglo XVIII y el fantástico *Wunderkammer* de Henry Adams a principios del XX.

Eric Hobsbawm se ha sumado a este campo generalmente decepcionante con un trabajo que él nos invita a leer como si se tratara del “Lado B” de *La Era de los Extremos*, su magnífica historia del siglo XX: “las experiencias de un individuo no ilustran la historia mundial, pero la historia mundial configura esa experiencia”, y las opciones de vida que le ofreció. Publicado a los 85 años, por su energía y su agudeza *Años interesantes* pudo haber sido escrita a los 40. Sus cualidades son tantas, de hecho, que es casi imposible leerlo sin sentirse retrotraído a su trabajo de historiador: tantas son las perspectivas que se ofrecen, casual o deliberadamente, de eso que Hobsbawm concibe como una unidad. Estamos lidiando con una suerte de quinto volu-

men, en un registro más personal, de un proyecto ininterrumpido. Este volumen puede ser llamado, sencillamente, “La era de EJJH”.

Como tal, ofrece una autobiografía compuesta de tres partes distintas. La primera, que cubre los primeros años del autor hasta su llegada a la universidad, tiene muchas virtudes como para ser considerada una de las más delicadas piezas que este reconocido estilista haya escrito jamás. Con delicadeza y prudencia, e incluso con cierto tenso candor, Hobsbawm nos lleva desde su accidental nacimiento en Alejandría hasta su precaria infancia en la Viena de postguerra; su breve pero exaltada adolescencia en la Berlín de Weimar; su huida del nazismo hacia Inglaterra y su final llegada a Cambridge, en las vísperas de la Guerra Civil Española. Partiendo de los retratos de sus padres —un desafortunado inglés y una frágil austríaca que murieron cuando Eric tenía 14 años— se va dibujando el trasfondo psicológico de un descendiente de judíos por ambas partes, que vivió su juventud en la ciudad más antisemita de Europa. Él explica el tipo de lealtad a sus orígenes familiares que aprendió de su madre, y su actual “falta de obligación emocional respecto del pequeño, militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresivo Estadonación que requiere mi solidaridad en función de bases raciales”.¹

Mudado a Berlín, donde un tío (del lado inglés) estaba trabajando en la industria del cine, Hobsbawm describe su descubrimiento del comunismo a los 15 años, en un tradicional *Gymnasium* prusiano, con Hitler a las puertas del poder. Deben haber muy pocas evocaciones tan vívidas de la atmósfera eléctrica de la izquierda revolucionaria en Alemania durante aquellos meses. No es extraño que los recuerdos de los destellos finales del condenado Partido Comunista Alemán en medio del crepúsculo de Berlín puedan haberlo marcado más que los días inmóviles del Londres durante el Gobierno Nacional. De su posterior experiencia en St. Marylebone Grammar School escribe con afectado buen humor (“Tomé tantos exámenes como helados”). En la composición de estos escenarios en contraste, la inteligencia del historiador está siempre funcionando, ubicando los accidentes de una vida individual en un cruce de tendencias en un espacio y tiempo gráficamente delineados. La imagen que emerge, con considerable habilidad, es la de un muchacho que contrasta con las imágenes del hombre: solitario, inicialmente inclinado a la naturaleza más que a la política, algo abstraído e introspectivo, gradualmente más confiado en sus cualidades. El tono del autorretrato con el cual él sintetiza su ado-

lescencia contiene algo de lo que el horóscopo de Kepler hubiera dicho de él:

“Eric John Ernest Hobsbawm, de dieciocho años y medio, rubio, de estatura elevada, desgarbado, poco agraciado, de rasgos angulosos, rápido para cazar las cosas, con un considerable aunque superficial bagaje de conocimiento general y un montón de ideas originales, generales y teóricas. Un incorregible aficionado a tomar poses, lo cual es a la vez peligroso y efectivo, mientras se convence a sí mismo de creer en ellas... No tiene sentido de la moral, es totalmente egoísta. Algunos lo encuentran extremadamente desagradable, otros agradable, aunque otros (la mayoría) solamente ridículo. Es vanidoso y engreído. Ama profundamente la naturaleza. Y se está olvidando del idioma alemán.”

Así termina la primera parte de *Años interesantes*. Desde un punto de vista literario, bien podría haber parado acá. Hubiéramos tenido algo cercano a aquellas obras maestras de los desplazamientos calmos, movilizantes y provocativas en igual medida, como las que nos han dejado Constant o Sartre: viajes a la edad de la razón, o de la pasión, que nos llevan justo hasta ese umbral. Si este pensamiento no es incongruente es porque, antes que preparar el camino para un retrato del historiador como un hombre joven, el pasaje citado arriba más bien cierra la puerta a futuras exploraciones por el estilo del “personaje”. Profundamente sentida, la imaginativa recreación del joven que alguna vez fue da paso a otra clase de empresa. Nunca más vislumbraremos el mismo paisaje interior. Sin dar cuenta de un cambio de marcha, el próximo capítulo nos lleva a la segunda parte de *Años interesantes*, que cubre la membresía de Hobsbawm en el Partido Comunista Británico (PCB) desde finales de los '30 hasta su disolución al principio de los '90. Aquí cuenta sus tiempos en Cambridge, en el cenit de su comunismo estudiantil; su parate durante la guerra por ser sospechoso ante las autoridades; su crecimiento como miembro del partido y su semi-marginalidad como académico durante la Guerra Fría; sus reacciones ante la crisis en la que se sumió el movimiento comunista tras las revelaciones de Kruschew y la revuelta húngara de 1956; las razones de su permanencia en el PCB después que la mayoría de sus compañeros historiadores marxistas se hubieran ido y su convencimiento de que su opción era mucho más fructífera que la de ellos; cómo eventualmente colaboró, en su propia mirada, en salvar al Partido Laborista, incluso cuando el PCB se estaba hundiendo.

Estos capítulos marcan una completa alteración en el registro. La diferencia empieza desde la mismísima primera página, en la cual –antes incluso de intentar describir su propia experiencia en Cambridge– Hobsbawm se siente obligado a explicar cuán mínimo era su acuerdo con Burgess y Maclean, Philby y Blunt, y todos aquellos que precedieron su época en la universidad.² Honorablemente, agrega que si más adelante se le hubiera pedido llevar adelante el mismo tipo de misión³ él hubiera accedido. Pero permanece una sensación de incomodidad, como si otra clase de lector estuviera hurgando en el trasfondo de la narrativa. La descripción de Cambridge que sigue ofrece ricas anécdotas del arcaísmo de los tutores y de las instituciones, y también de las características y motivaciones de los estudiantes radicalizados. Puntualizando que la izquierda, en su pico más alto, no contaba sino con el 5% de los estudiantes de grado, de los cuales el contingente comunista no representaba más que un 10%, Hobsbawm asegura que, de todas maneras, la influencia informal del PCB era más extensa, como producto de su enérgica campaña de búsqueda de compromiso con el éxito académico y del optimismo de sus prometedores activistas. La escena, presentada de esa manera, es convincente pero esencialmente genérica. Muy poco se dice del sendero personal de Hobsbawm a través de ella: absolutamente nada de su desarrollo intelectual, virtualmente nada de su vida emocional, escasamente un fresco de sus ideas políticas. El pronombre persistente es, ahora, el anónimo e impersonal “nosotros”. La primera persona del singular se reserva para momentos menos cargados, como cuando es reseñado un *cursum* más convencional: “Mi último período de clases, mayo-junio de 1939, fue muy bueno. Edité *Granta*, fui elegido miembro de los Apóstoles y obtuve una matrícula de honor en el Tripos, que también me dio la posibilidad de una beca en el King's College”.⁴

Lo engañoso de la supresión de una subjetividad puede ser visto desde el curioso desplazamiento de episodios decisivos de la vida del autor en esta fase hacia capítulos mucho más adelante, separados por cientos de páginas del racconto de estos años de estudiante. Hacia el final de su capítulo sobre Cambridge se cuentan unas vacaciones de verano pasadas en París, trabajando con James Klugmann para una organización de masas del Comintern, y la futura historiadora Margot Heineremann es casualmente mencionada. Del primero, Hobsbawm remarca: “¿Qué sabíamos de él? Prácticamente nada”; de la segunda, dice simplemente: “posiblemente ella tuvo más influencia sobre mí que cualquier otra persona

que haya conocido”, y después de este tributo, ella no aparece más. No es hasta que uno alcanza un conjunto de concluyentes reminiscencias de las diferentes partes del mundo visitadas por Hobsbawm, bien al final del libro, que –bajo la preeminencia objetiva de Francia y España– uno comienza a encontrar el sentido que se desliza en torno a los sentimientos privados que permanecían detrás de tan lacónicas frases.

Pero nada en su relato de Cambridge es comparable a la pasión que denota su descripción del Día de la Toma de la Bastilla en el primer año del Frente Popular, cuando él condujo por una París en festejos un camión de un equipo de documentalistas del Partido Socialista Francés –“Fue uno de esos extraños días en los que mi mente estaba en piloto automático. Sólo sentí y experimenté”– y luego bebieron y bailaron hasta el amanecer: una situación muy diferente a la marcha fúnebre en Berlín. Hubiera sido extraño que esas estadías en París, trabajando como traductor en lo que era el centro neurálgico de todas las redes del Comintern en Europa, no significaran para él más que las reuniones del partido en el Club Socialista de Cambridge. Quizá por alguna asociación inconsciente, en esta otra locación él incluso –en una memoria de otra manera rigurosamente silenciosa en algunos aspectos– confía su iniciación sexual, “en una cama rodeada de espejos”, en un burdel cerca del boulevard Sébastopol. Antes, al aventurarse en una entrada ilegal a España apenas comenzada la Guerra Civil, en el mismo momento que John Conford se enrolaba en Barcelona, ¿consideró tomar las armas por la República? Nuevamente, la página en la que se interroga retrospectivamente sobre esa posible encrucijada tiene una enigmática profundidad y una belleza que nos para frente a la monótona historia inglesa. Lo perdido –y deliberadamente advertido– es un intento de juntar esos elementos dispersos de una juventud revolucionaria con cualquier síntesis interior. Tanto como prosigue la narrativa, el costo de la creciente externalidad es la dispersión.

Cronológicamente, después de Cambridge viene la guerra: una experiencia relativamente vacía para Hobsbawm, como cuenta con legítima amargura. La Oficina de Guerra lo confinó a un remoto regimiento hasta que fue enviado a Singapur y después a actividades administrativas en los Cuerpos de Educación, posiblemente tanto porque venía de Austria como porque era comunista. Pero desde ese período con los Ingenieros aprendió a apreciar de primera mano las cualidades tradicionales de los trabajadores ingleses, sobre quienes se formó una “permanente, si no exasperante admiración”, el

comienzo de una simpatía imaginativa que ha marcado todo lo que, desde allí, ha escrito sobre las clases populares. La agudísima inseguridad económica, de vez en cuando cercana a la penuria, de su propio pasado en Viena, lo habría acercado a la experiencia proletaria mucho más que a otros intelectuales de su generación. También fue durante la guerra que se casó por primera vez con una compañera comunista, funcionaria, acerca de quien dice casi nada. Una vez que, tardíamente, fue desmovilizado, comenzó a trabajar como historiador y pronto consiguió un puesto en Birkbeck. Aunque se encontró ante lo que podría haber sido una brillante carrera –después de un comienzo con buenos augurios en el King’s College–, ésta se desvió de su curso natural por la Guerra Fría, cuando a los comunistas se les congeló cualquier tipo de ascenso. Hobsbawm explica, muy dignamente, las heridas que le causó el hecho de no poder acceder a puestos permanentes, de acuerdo a las expectativas que se había creado en Cambridge.

Pero leyendo entre líneas, su recuento de ese desvío en su carrera encierra algunos misterios. Él mismo revela que no sólo formó parte de la reconstitución de los Apóstoles –un grupito de iniciados, si es que alguna vez existió uno– después de la guerra, sino que incluso actuó como organizador de esa sociedad, y continuó reclutando estudiantes de grado hasta mediados de los ‘50. ¿Hubo alguna relación entre ese rol y la beca que le fue asignada en King’s College en 1949, no antes pero en los inicios de la Guerra Fría, o el trámite por el cual le fue concedida una pensión completa cuando su matrimonio se rompió? Un indicio de que debe haber mucho más en esta historia que lo que aparece sugerido es dado por una ausencia enigmática: el nombre de Noel Annan, compañero y luego presbítero de King’s College, un amigo íntimo, que no figura en el relato.

Si en principio este tipo de cuestiones tiene lugar en algunas autobiografías, son de escasa relevancia en las de otro tipo. La mayor significación del tratamiento que hace Hobsbawm de esos años es política. Tres capítulos sustanciales están dedicados a qué significaba ser comunista en esa época, fuera o dentro del poder; a qué problemas se enfrentaron los comunistas británicos por la evolución del sistema soviético durante la Guerra Fría; y cómo la desestalinización detonó en el PCB y lo dejó como a uno de los pocos intelectuales que permanecieron en el partido. Permanentemente, vuelve a la pregunta de por qué se quedó hasta el mismísimo final. El efecto de esas vastas reflexiones es ambiguo. Mirando la opción por el comunismo desde un nivel muy general, desde la Revolución Rusa hasta el fin de la guerra,



Frans Masereel

Hobsbawm ofrece una elocuente defensa e ilustración de qué significaba para aquellos que lo hicieron, alternando la observación social con los ejemplos individuales, ya fueran heroicos o mediocres. Su énfasis se posa en un *ethos* de obediencia desinteresada y “sentido práctico” –“eficiencia en los negocios”, como él mismo lo dice– en tanto sello real de la Tercera Internacional:

“Los partidos comunistas no eran para románticos. Por el contrario, estaban hechos para la organización y la rutina... El secreto del partido leninista no residía en soñar con erigirse sobre barricadas ni aún en la teoría marxista. Puede sintetizarse en dos frases: ‘las decisiones deben ser verificadas’ y ‘disciplina del Partido’. La seducción del partido estaba en que allí las cosas se hacían, mientras en otros no sucedía lo mismo.”

Históricamente, debe ser dicho, esta imagen se presenta como extrañamente desequilibrada. Un movimiento que contó con revolucionarios como Serge o Trotsky, Roy o Mariátegui, Sneevliet o Sorge, ¿no era para románticos? ¿Por qué razón fue Mao, nos guste o no, una figura tanto o más importante en el comunismo que muchos de los leales funcionarios o militantes europeos a quienes se nos presenta aquí? En otro lugar, incluso, Hobsbawm se define a sí mismo como “romántico”. La realidad es que la contraposición de barricadas y teoría, al eficientismo y el “hacer” constituye una retórica *ex post facto* que, como mucho, indica algo de la imagen de los estalinizados partidos comunistas europeos tras 1926, en los cuales el mismo Hobsbawm fue formado, pero no captura nada de sus ambigüedades. El culto a la rutina y al “sentido práctico”, como se expresa aquí, fue con frecuencia sólo otra forma de romanticismo, y de ninguna manera la más efectiva. Afortunadamente, el mismo Hobsbawm pareciera desdecirse de sus afirmaciones, como pone en claro su acalorado retrato del revolucionario austríaco Franz Marek, la pieza central moral de sus reflexiones sobre el “ser comunista”.

¿Qué hay de sus propias convicciones como individuo, no ya en el período del Comintern, disuelto en 1943, sino en el del Cominform, fundado por Zhdanov en 1947 para hacer frente a la Guerra Fría? No es fácil de decir. En parte, porque *Años interesantes* evita cualquier cronología meticulosa de la discusión de su propio comunismo. Su reflexión general sobre la experiencia comunista, que se extiende más o menos desde Lenin hasta Gorbachov, se ubica inmediatamente después de sus recuerdos de Cambridge, antes incluso que la guerra. Cuando vuelve a ese tema en su historia personal, es para evocar la actitud de los intelectuales del

PCB ante los desarrollos del Cominform que los preocupaban: el apartamiento de Tito, los ensayos de Kostov, Rajk y Slansky. Aquí también la referencia es insistentemente colectiva: “¿qué pensábamos?”; “ninguno de nosotros creía que”; “claramente subestimamos”; “la gente como yo”; “también reconocíamos”.

Sabemos poco de las opiniones personales de Hobsbawm, más allá del hecho que era escéptico de que Basil Davidson pudiera haber sido un agente británico aliado con Rajk desde que su carrera había comenzado a resentirse con la Guerra Fría. No hay pistas sobre su opinión de los Procesos de Moscú, que destruyeron a los viejos bolcheviques y sentaron la pauta para su continuación en Budapest, Sofía y Praga después de la guerra. Nunca hace referencia a lectura alguna de la abundante literatura en torno a esos sucesos. El núcleo del relato es que los comunistas británicos, o al menos los intelectuales del partido, no creyeron las versiones oficiales. No es lo mismo que decir que eran una sarta de mentiras, desde el momento que versiones no oficiales también circulaban. Cuando Kruschev finalmente descubrió los fundamentos del grotesco edificio de confesiones en las cámaras de torturas de Stalin, Hobsbawm subraya el shock que esas revelaciones –conteniendo, por supuesto, poco que no fuera ampliamente conocido– causaron en el movimiento comunista internacional. “La razón”, escribe, “es obvia. No se nos había dicho la verdad sobre algo que tenía que afectar la misma naturaleza de nuestra creencia comunista”. Incluso si, una vez más, el pronombre deja un margen de ambigüedad, la implicación debe ser que Hobsbawm mismo había continuado, de alguna manera, creyendo en el honor de Stalin. ¿En qué modo? La construcción de la narrativa nos hace difícil suponerlo. Es claro que, sin comprobarlo aunque sea críticamente con fuentes independientes, estaba esperando que una voz de autoridad distribuyera la verdad. A todas luces, el militante y el historiador constituían identidades separadas.

La crisis que el discurso de Kruschev hizo estallar en el PCB en abril de 1956 –a lo cual se le sumó, a los pocos meses, la revuelta húngara– es descrita por Hobsbawm con una imagen de agitada emoción. “Por más de un año, los comunistas británicos vivieron en la cornisa del equivalente político de un colapso nervioso colectivo”. El Grupo de Historiadores del Partido, del cual Hobsbawm era director, se convirtió en el epicentro de la oposición al oficialismo y virtualmente todos sus miembros, con excepción de Hobsbawm, habían dejado el partido en el verano de 1957. ¿Por qué él se quedó? Ofrece dos respuestas y una apostilla. “No ingresé al

comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo durante el colapso de la República de Weimar. Y entré cuando ser un comunista no era sólo pelear contra el fascismo, sino también por la revolución mundial. Todavía pertenezco al coletazo de aquella primera generación de comunistas, de éstos para quienes la Revolución de Octubre era el punto de referencia central en el universo político”. Fue por eso, escribe, que “para alguien que se unió al movimiento donde y cuando yo lo hice, fue simplemente más difícil romper con el partido que para aquéllos que llegaron después y en otros lugares”.

Ésta es seguramente la mera verdad biográfica, bien argumentada. Pero si tanto la emergencia como la esperanza que lo llevaron al movimiento comunista fueron más intensas que las típicas de sus contemporáneos ingleses, es menos claro que el contraste cronológico pueda haber sido más significativo que el geográfico, como parecería sugerir. ¿La Revolución de Octubre fue periférica para Christopher Hill, quien se unió al partido a mediados de los '30, aprendió ruso –mientras Hobsbawm cuenta que nunca lo hizo– y escribió un libro sobre Lenin? De todas maneras, justificando la que para él constituye la mayor diferencia, de tiempo más que de espacio, Hobsbawm ofrece otro rasgo ilustrativo de sí mismo. “Políticamente”, dice, al haberse sumado al Partido Comunista en 1936, pertenece a la era del Frente Popular, comprometido en una alianza entre capital y trabajo, que ha determinado su pensamiento estratégico hasta el día de hoy; “emocionalmente”, sin embargo, como un muchachito converso en la Berlín de 1932 permaneció atado a la agenda revolucionaria original del bolchevismo. Esta es una dicotomía que tiene más de un efecto en el conjunto de su trabajo.

Incluso si ésas fueron las razones por las cuales Hobsbawm permaneció en el Partido Comunista después de 1956, uno podría haber esperado que se incluyeran algunas aseveraciones políticas más ordinarias. Después de todo, la desestalinización no se frenó ese año. Con la derrota de Malenkov y Molotov en el verano de 1957, Kruschchev continuó más vigorosamente que antes en la URSS. Los campos de concentración fueron vaciados, los estándares de vida mejoraron, el debate intelectual se reavivó, la solidaridad se extendió al último capítulo de la revolución mundial en el Caribe. En el XXII Congreso del Partido, en 1961, se discutieron líneas tendientes a “limpiar” el pasado. Tales desarrollos persuadieron a muchos comunistas desconcertados en 1956 de que la Revolución de Octubre, aún con zigzags, estaba siendo gradualmente redimida más que definiti-

vamente abandonada. Sería sorprendente que Hobsbawm nunca haya pensado en estos argumentos, perfectamente entendibles. Pero si lo hizo, aquí no hay rastro. Como en todo su tratamiento de la experiencia comunista, no hay en absoluto alguna discusión sobre la historia política del período, en *stricto sensu*. En cambio, concluye las razones por las cuales se quedó en el partido apelando a una “emoción privada: el orgullo”, explicando que si se hubiera ido hubieran mejorado las perspectivas de su carrera, pero justamente por esa razón se quedó, para “probarme a mí mismo que se podía triunfar siendo un comunista conocido –más allá de lo que signifique ‘triunfar’– y que eso no tenía por qué ser un obstáculo”.

Hobsbawm llama a esta mezcla de lealtad y ambición una forma de egoísmo, a la cual no defiende. La mayoría de la gente vería en ello la evidencia de una excepcional integridad y fuerza de carácter: un coraje para tomar posiciones impopulares, mucho más sorprendentes en alguien para quien el éxito era algo que importaba muchísimo. *Años Interesantes* da cuenta de las diferentes formas –podríamos tomar este paréntesis insustancial como un gesto propiciatorio– que el éxito ha asumido: un espectro mundial de lectores en múltiples idiomas, cátedras simultáneas en tres países, grados honorarios *ad libitum*, infinitas entrevistas y audiencias, homenajes desde estrados. Y todavía hay otras que son omitidas: los lectores ingleses pensarán en la Compañía de Honor, a la que pertenece junto con los Lords Tebbit, Hurd y Howe. Muy rápido en el recorrido por su vida Hobsbawm explica que ha aceptado “al menos alguno de los signos de público reconocimiento” que lo han hecho un “miembro del *establishment* cultural británico” porque nada le hubiera dado más felicidad a su madre en sus últimos años, añadiendo, con una segura sonrisa en sus labios, que diciendo esto “no sería más honesto o deshonesto que Sir Isaiah Berlin quien acostumbraba disculparse por haber aceptado su título de caballero diciendo que lo había aceptado sólo por darle felicidad a *su* madre.”

Los grandes hombres tienen debilidades por las cuales deben ser perdonados, incluso un ocasional error de apreciación sobre dónde reside su grandeza o qué puede disminuirla. En Gran Bretaña, la incapacidad de resistir a las adulaciones oficiales es algo tan común entre los académicos eminentes –los historiadores se destacan especialmente entre ellos– como alguna vez lo fue entre los agentes africanos del tráfico de esclavos. En el caso de Hobsbawm, el interés no reside en disociación alguna, sino en la conexión entre la lealtad política y el

acomodamiento social. Quizá porque permaneció tan leal a una causa aborrecida, su entrada en un mundo de aceptación parece haber adquirido mayor valor. Para sus adentros, cada paso hacia adelante en uno podría haber implicado perder en el otro. Psicológicamente, esos intrincados vaivenes son comunes. Pero tienen algún costo. En el corazón de *Años Interesantes* hay un esfuerzo sostenido por explicar el significado de una vida comunista. Pero, ¿explicárselo a quién?

Si hay algo penoso en esta repetida y nerviosa búsqueda desafortunada es porque —no consistentemente, y sin embargo demasiado seguido como para consolar: desde la primera nota sobre los espías de Cambridge, hasta la última satisfacción de que Health y Heseltine hubieran adornado *Marxism Today*— el inconfeso destinatario es como si fuera un orden establecido al cual el relato de uno mismo se debiera en intercambio. Ésta parece ser la lógica de la ausencia de una profunda discusión política, o cualquier real compromiso intelectual con los problemas que surcaron la trayectoria del comunismo europeo, lo cual conforma la característica inesperada de estas páginas. “Ahora debe ser obvio”, escribe de la Revolución Rusa, que “la equivocación estuvo construida en esta empresa desde el principio”. No ofrece razón alguna para una conclusión tan terminante, al menos no desde su insistencia sobre el “sentido práctico” de la tradición estalinista. Pero, si esa equivocación es tan autoevidente para el lector que tiene en mente, ¿por qué molestarse en explicarla? Para hacer eso se hubiera requerido otro estilo de orientación y un conjunto de referencias distinto, empezando por algunos nombres e ideas clarividentes —Kautsky, Luxemburgo, Trotsky— que esta memoria elige evitar.

Sin embargo, después de que todas estas advertencias y reparos son hechos, la elegía de Hobsbawm a la tradición política a la cual dedicó su vida tiene una dignidad y una pasión que deben provocar el respeto de cualquiera. Su tratamiento de las tradiciones de otros es mucho menos convincente. Aquí, la falta de generosidad desfigura demasiados juicios. El problema empieza en el mismo momento en el que busca explicar por qué no se fue del partido en 1956. Antes de dar cuenta de las razones biográficas de su decisión, y como si fuera una introducción necesaria para justificarse a sí mismo, comienza por despreciar a aquellos que tomaron la opción contraria. Un perfil de Raphael Samuel —“esa vehemente figura vagabunda, la negación absoluta de la eficiencia ejecutiva y administrativa”— lo dedica principalmente a censurar su “proyecto desatinado” de poner un café en Londres, y lamenta su propia indulgencia en ese

“emprendimiento lunático” con una desmesura sin proporciones. Leyendo eso, uno no puede adivinar que Samuel, después de seis años en el PCB, produjo una antropología política del partido, *The Lost World of British Communism*, cuyos logros hacen que las remembranzas de Hobsbawm, quien permaneció ocho veces más de tiempo en el partido, parezcan esqueléticas. De Edward Thompson se nos hace entender que carecía de “impulso constructivo” y que después de escribir *The Making of the English Working Class* —“el trabajo de un genio”, si bien “extremadamente estrecho en el período que abarca”— perdió esencialmente su tiempo, con una “criminal” desviación de energías en disputas teóricas más que en investigación empírica, contra lo cual Hobsbawm lo precavó. Thompson se hubiera sorprendido de encontrarse descrito como “inseguro” en estas páginas. Sin dudas esto puede decirse de cualquier ser humano. Pero podemos estar casi seguros que en este caso hubiera pensado que le adjudica un rasgo propio del mismo Hobsbawm. “En términos prácticos”, continúa Hobsbawm, las varias Nuevas Izquierdas que emergieron tras la crisis de 1956 carecieron de importancia. Peores fueron los estudiantes radicales de Norteamérica o Europa en los ‘60 —para quienes su generación “permanecería extraña”— responsables no sólo de “un torpe intento de hacer una clase de revolución, sino también de la efectiva ratificación de otra: una que abolía la política tradicional y, al final, la política de la izquierda tradicional”. Con respecto a la “ultraizquierda en y fuera de Sudamérica (todos los intentos guevaristas de llevar adelante insurrecciones guerrilleras fueron una gran equivocación)”, inspirada por la Revolución Cubana, “no entendieron ni quisieron entender qué podría haber llevado a los campesinos latinoamericanos a tomar las armas”, a diferencia de las FARC en Colombia o Sendero Luminoso en Perú.

Casi ninguno de los ítems de esta retrospectiva resiste una investigación cuidadosa. La Nueva Izquierda de los últimos ‘50 se dedicó a la Campaña por el Desarme Nuclear, pero ahí no se agotaron sus objetivos y fue bastante más importante que el no reconstruido PCB. Los movimientos estudiantiles en Europa y Estados Unidos no sólo, como recuerda el mismo Hobsbawm en un momento “olvidadizo”, ayudaron a deslegitimar los gobiernos de De Gaulle y Nixon, sino —como Hobsbawm no reconoce— fueron críticos con la Guerra de Vietnam y dieron que hablar tanto o más que la mayoría de las movilizaciones de la clase obrera en Francia e Italia durante la segunda postguerra. En América Latina, la única revolución triunfante, en Nicaragua, no sólo fue

inspirada sino directamente asistida por Cuba. Con respecto a Perú y Colombia, Hobsbawm nos dice que no podría menos que dar la bienvenida al desmantelamiento de Sendero Luminoso por Fujimori. ¿Esperará lo mismo de Uribe respecto a las FARC?

En contraposición a esos ejercicios de futilidad, Hobsbawm da cuenta de otra y —a sus ojos— más fructífera experiencia de comienzos de los '80. Esa fue la campaña que entabló, desde las páginas de *Marxism Today*, para rescatar al Partido Laborista de los riesgos de Bennery. Aquí, la legitimación del orgullo y la fatal desilusión son llamativamente silenciados. Antes de la caída del gobierno de Callaghan, Hobsbawm remarca correctamente que el sindicalismo militante de los '70, más allá de sus éxitos en las huelgas industriales, no estaba acompañado por la expansión de la organización y fuerza de la clase obrera; y después de la llegada al poder de Thatcher, la captura de la debilitada máquina Laborista por la Izquierda no sería suficiente para detener y vencer al nuevo conservadurismo. Pero las conclusiones que saca de estas observaciones correctas son extremadamente estrechas y simples: esencialmente, que la tarea primordial era asegurar la restauración, a cualquier costo, de un liderazgo “moderado” capaz de atraer los votos de la clase media —a pesar del hecho obvio de que fue, precisamente, el agotamiento de esa clase tradicional de Laborismo, demostrado fatal y finalmente en los '60 y '70, lo que condujo al ascenso de la izquierda en primer lugar.

Hobsbawm cuenta con gusto, pero sobreestimándolo, su propio rol en la protesta mediática que remató a Benn y puso a la lastimosa figura de Kinnock en ejercicio. Desde el momento que el conjunto de Fleet Street, desde el *Sun* y el *Mirror* hasta el *Guardian* y el *Telegraph*, estaba clamando por la cabeza de Benn, es dudoso cuánta diferencia puede haber hecho su compromiso personal. Nos asegura que una vez que Kinnock había conducido las purgas necesarias del Partido, “su futuro estaba asegurado”. Sin embargo, una vez que Thatcher estaba fuera de lugar, el nuevo líder mostró ser un fiasco en las elecciones de 1992. “No estoy solo”, escribe melancólicamente Hobsbawm, “en recordar aquella noche de elecciones como la más triste y desesperada de mi experiencia política”. Tanto como marzo de 1933. Tal “inflación” es una medida de la pérdida del contacto con la realidad que su cruzada por “salvar al Partido Laborista” —el viejo eslogan de Gaitskell desempolvado otra vez— parece haber inducido temporariamente al historiador. Pero, por supuesto, lejos de haber sido salvado, en el sentido que él quería, fue transfor-

mado internamente a tal punto de convertirse en lo que él mismo ahora llama “Thatcher con pantalones”.

Remarcando que, desde su operación de rescate del Partido, no existe más una izquierda Laborista, parece incapaz de reconocer que precisamente ésa fue una de las condiciones para el ascenso del Blairismo, que ahora deplora. Es lo suficientemente obvio que, en una escala menor, *Marxism Today* —periodísticamente viva, pero sin capacidad de resistencia política e intelectual (que desapareció en 1991, con el Partido que la sostuvo)— jugó el papel de aprendiz de jugador, papel no menor en la preparación de un culto de Thatcher como modelo de un gobierno radical, del que luego se apoderó el Nuevo Laborismo. Hobsbawm termina por lamentarse que el régimen de Blair “nos llevó afuera de la política real”, y tristemente cita la admonición hacia él de un incondicional de *Marxism Today* ahora encarado en Downing Street, cuya crítica no es suficiente, ya que el Nuevo Laborismo “debe operar en una economía de mercado y llenar sus requerimientos”. A lo cual, lo único que Hobsbawm puede responder es: “es cierto”, añadiendo a tan humilde minimalismo una única protesta sobre que el liderazgo tiene, todavía, una fe excesiva en la ideología neoliberal. Este episodio no es todo Hobsbawm, de ninguna manera. Pero muestra solamente en qué se había convertido ese costado de su experiencia que él dice que ha guiado siempre su pensamiento estratégico. El Frente Popular pudo alguna vez despertar a las masas a la vida política y movilizar un entusiasmo genuino pero, incluso en su punto cúlmine, en Francia y España durante los '30, careció de cualquier cálculo realista de poder y terminó en desastre. La transferencia de su carga de ilusiones sentimentales a las condiciones de posguerra, donde nunca hubo cualquier movilización comparable detrás, tuvo resultados más banales: la desconcertada eyección de un Partido Comunista tras otro de los gobiernos continentales durante 1946-47, el inútil pedido de Compromiso Histórico en la Italia de los '70, finalmente —frías cenizas de las brillantes esperanzas de 1936— el desesperado intento por recomponer el mosaico del Laborismo en los '80.

El último tercio de *Años Interesantes* cambia el registro nuevamente, abandonando cualquier secuencia narrativa por las observaciones profesionales y los viajes de Hobsbawm. Aquí el ritmo se detiene y el libro se torna más convencional, aunque la misma inteligencia aguda relampaguea incluso a través de prolongaciones aduladoras. Da un buen relato de la emergencia de la historia social analítica asociada a los *Annales* y *Past*

and Present, a expensas de las anteriores narrativas políticas, arrepintiéndose de su retroceso con el giro cultural de los '80. Los historiadores que iniciaron el movimiento son descritos como "modernizadores": un término demasiado vago y burocrático, algo apartado de sus otras connotaciones ("las principales vías por donde el tren de la historiografía habría de rodar habían sido construidas") para tener algún uso teórico. Aquí Hobsbawm se "vende" poco. Para ver cuán original ha sido su propio pensamiento sobre el estudio del pasado —más que el de Braudel, por quien dice haber estado, de alguna manera, intimidado— se necesita ver su colección *Sobre la historia*. Esta parte de *Años Interesantes* nos devuelve a la idea de lo poco que ofrece esta autobiografía para comprender el compromiso de Hobsbawm con el mundo de las ideas. Desde el comienzo hasta el final, prácticamente no se menciona alguna obra del pensamiento que haya tenido, seriamente, alguna influencia sobre él. De su marxismo, virtualmente lo único que nos dice es que leyó el *Manifiesto comunista* durante su secundaria en Berlín. Al señalar que la literatura fue el sustituto de la filosofía en los años de formación, se vincula a sí mismo con otros historiadores marxistas británicos en el hecho de haber llegado a la historia a partir de una inicial pasión por el arte. Pero, más allá de decir que St. Marylebone Grammar School lo introdujo a las "sorprendentes maravillas de la poesía y la prosa inglesas", no se nos informa de cuáles fueron esas lecturas. Cuando llega a la política, son citadas líneas de Brecht y Neruda, pero conceptualmente hay un blanco.

Tal vez esta abstención es nada más que un guiño a un público no interesado en esas cuestiones. Los viajes son otra cosa. El libro termina con las experiencias de Hobsbawm en Francia, España, Italia, América Latina y Estados Unidos. De los primeros cuatro escribe con afecto sincero, pero sin ofrecer una mirada singular sobre ellos. Confiesa, de hecho, que de diferentes maneras se ha sentido desconcertado o disgustado con cada uno, encontrando la política y la cultura de la Quinta República incongruente con la Francia de los '30 y '40; tomado por sorpresa por la velocidad con la cual el capitalismo ha transformado a España; sorprendido también por el éxito de Craxi y Berlusconi en Italia y por la caída del movimiento comunista del cual se sintió muy cercano; resignado a la ausencia de cualquier progreso político en América Latina, en medio de significativos cambios sociales. Por otra parte, estos capítulos están compuestos por agradables recuerdos de placeres y amistades en sociedades donde estuvo.

Los Estados Unidos, donde Hobsbawm estuvo más tiempo que en los otros países sumados, son otro asunto. A excepción de Manhattan, por su propio relato dice que aprendió más de ese país mediante una exploración de la escena del jazz en los '60 que en una docena de años de enseñanza estacional en los '80 y '90. Éstos parecen haber reforzado —si eso fuera posible— un sentido de distancia respecto a Estados Unidos, una antipatía sin la usual cuota de curiosidad. Más allá de lo impresionante de sus logros, escribe, la inequidad social y la parálisis política norteamericana, el individualismo y la megalomanía constituyen rasgos que lo hacen sentirse feliz de pertenecer a otra cultura. La observación es un recordatorio de que el país que más ha significado para Hobsbawm no figura en esta examinación. Después de describir sus impresiones adolescentes, *Años Interesantes* —aunque contenga un breve *intermezzo* sobre unas vacaciones en Gales— nunca retorna a Inglaterra. No es, ciertamente, un signo de indiferencia. Es claro para sus contemporáneos que, una vez en Cambridge, se sintió más británico de lo que esperaba, patrióticos sentimientos que luego encontraron su expresión en la fuerte defensa de la integridad del Reino Unido y, tal vez, sentimientos mezclados respecto a la Guerra de las Falklands. Su relación con su legalmente nativo, pero culturalmente adoptado, país es un área complicada que deja a un costado en su autorretrato.

Años Interesantes llega a su final con una magnífica coda sobre el 11 de septiembre y su explotación política —sobre todo, la "descarada desfachatez de presentar el establecimiento de un imperio global norteamericano como la reacción defensiva de una civilización frente a la expansión de los llamados horrores bárbaros, a menos que se destruya al 'terrorismo internacional'". Desde una perspectiva histórica, observa, el nuevo imperio americano será más peligroso que el inglés, ya que busca un poder mucho más grande. Pero no cree que llegue a tanto. El capitalismo mismo, sugiere Hobsbawm, se está ganando nuevamente la desconfianza de los jóvenes, tanto como de vastas fuerzas de cambio social que llevarán al mundo más allá de los horizontes conocidos. Definiéndose a sí mismo como un historiador que se benefició con el hecho de no haber pertenecido enteramente a ninguna comunidad, cuyo ideal es "un pájaro migrante, en casa en el ártico o en el trópico, sobrevolando medio globo", llama a las nuevas generaciones a esquivar los fetiches de la identidad y a hacer causa común con los pobres y los débiles. "No nos desarmemos, incluso en tiempos que no son satisfactorios.

La injusticia social todavía debe ser denunciada y combatida. El mundo no será mejor por sí mismo”.

Para concluir, por todas las diferencias de registro en tanto memoria, y las diversas reflexiones que sugiere, la impresión más perdurable de estas páginas es la de la grandeza de esta mente y la complejidad de la vida que reporta. Ellas son el adecuado complemento de sus logros como historiador. Una brusca vitalidad que ha desafiado los años.

[Traducción: Valeria Manzano, del artículo publicado en *London Review of Books*, Vol. 24 Nº 19, 3 de octubre del 2002 (www.lrb.co.uk/v24/n19/ande01_.html)/

Revisión técnica: Laura Ehrlich / Roberto Pittaluga]

- 1 La referencia, aquí, es Israel. Ver: *Años interesantes...*, p. 33. [N. de T.]
- 2 Estos cuatro personajes, a los cuales debería de agregarse el nombre de Cairncross, eran los “cinco pesos pesados” del movimiento estudiantil de Cambridge previo a la llegada de Hobsbawm. Ninguno de ellos hizo pública su pertenencia al Partido Comunista y todos, al parecer, hicieron trabajos para el servicio secreto soviético, recibiendo luego el nombre de “espías” en un proceso emprendido en su contra. *Años interesantes...* pp. 101-102 [N. de T.]
- 3 Esto es, el “espionaje” [N. de T.]
- 4 Hobsbawm describe así la entidad de la, por entonces, sociedad secreta llamada “los Apóstoles”: “era y sigue siendo una pequeña comunidad formada fundamentalmente por estudiantes o recién licenciados brillantes, en la que se entraba por cooptación y cuya finalidad era leer y discutir los artículos escritos por sus miembros en las reuniones celebradas semanalmente”. *Años interesantes*, p. 178. El Tripos, por otro lado, es el examen final para obtener una Licenciatura [N. de T.]
- 5 John Cornford fue un militante estudiantil comunista de Cambridge que murió en la Guerra Civil Española a los 21 años [N. de T.] .

Horacio Tarcus, "¿Un marxismo sin sujeto?. El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890", en **Políticas de la Memoria**, n° 4, Buenos Aires, 2004, pp. 71-90.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234



¿Un marxismo sin sujeto?

**El naturalista
Germán Avé-Lallemant
y su recepción de Karl Marx
en la década de 1890**

Horacio Tarcus

La recepción del marxismo por parte de Germán Avé-Lallemant marca un corte significativo con el socialismo de corte lassalleano que campeó en el incipiente movimiento obrero argentino impulsado por los exiliados alemanes del *Verein Vorwärts* en la década de 1880. Hasta fines de 1890 no sólo en el semanario *Vorwärts* que editaba dicho club alemán, sino en los dos Manifiestos que había lanzado el Comité Obrero Internacional, respectivamente en marzo y abril de 1890, convocando a los trabajadores de la Argentina a celebrar por primera vez la jornada internacional del proletariado del 1° de Mayo, se sobreimprimía la nueva orientación de la socialdemocracia internacional (recién fundada en 1889) sobre el fondo del socialismo lassalleano que habían traído consigo los emigrados alemanes a Buenos Aires. El principal responsable del semanario en aquellos años así como de los manifiestos de 1890 había sido uno de los animadores del *Vorwärts*, a quien el obrero emigrado alemán Augusto Kühn, una vez enrolado en el marxismo, reconocía méritos de pionero sin dejar de señalar los límites de su socialismo “pre-marxista”: “el único intelectual que al principio contamos entre nosotros, el literato suizo José Winiger, no era la persona que hubiera podido sembrar ideas más claras sobre el socialismo. Sin querer desconocerle los méritos adquiridos con la buena voluntad de que dio pruebas abundantes, hay que decir, en honor a la verdad, que del socialismo tenía ideas bastante confusas. Testimonio de ello es el primer manifiesto del Comité Internacional, que es obra exclusiva de Winiger” (Kühn, 1916, 6: 102).

El introductor del “socialismo científico” en la Argentina, en cambio, no es un periodista o “literato” —como escribe Kühn con apenas disimulado desdén— sino un científico: más precisamente, un naturalista alemán que se ha radicado en la remota San Luis. Si bien se encuadra (como Winiger) en la doctrina de la socialdemocracia europea, Lallemant introducirá entre obreros e intelectuales de la Argentina un socialismo marxista, científico, moderno, “a la altura de los tiempos”, con fuertes puntos de contacto con el que, desde Alemania, desplegaba un Karl Kautsky.

Paradoja de paradojas, desde una lejana provincia de un país de la periferia capitalista, un naturalista alemán ha devenido afanoso lector de *El Capital* de Karl Marx y un intenso difusor de esta

teoría elaborada por otro emigrado alemán, pero desde Inglaterra, cuna del capitalismo moderno. Lallemant busca en la obra de Marx claves para descifrar el atraso argentino y sus perspectivas de desarrollo futuro, volcando los resultados de sus estudios y reflexiones en diversos semanarios porteños como el *Vorwärts*, *El Obrero* (1890-1892) y *La Agricultura* (1894-1899). Y si bien su rol de difusor de Marx y el marxismo fue clave en la década de 1890, su colocación dentro del emergente campo socialista será conflictiva e incluso efímera. Sus temporadas en Buenos Aires, epicentro de la política nacional y cuna del proletariado moderno, serán siempre breves: Lallemant retornará una y otra vez a San Luis, cerca de la naturaleza, lejos de la política, donde lo sorprenderá la muerte, en plena labor, en 1910.

En las páginas que siguen exploraremos algunos temas de su trayectoria intelectual, intentando evaluar los alcances y límites de su marxismo no sólo a través un análisis intrínseco de sus textos sino considerando este lugar en tantos sentidos excéntrico de Germán Avé-Lallemant.

Un sabio socialista en el desierto puntano

No es casual que el introductor del “socialismo científico” entre los obreros e intelectuales de la Argentina de 1890 sea un naturalista. Hermann Avé-Lallemant (Lübeck, 1835 ó 1836- San Luis, 1910) no llegó a la Argentina con la generación de los emigrados del *Verein Vorwärts* a causa de las “leyes antisocialistas” de Bismarck, sino quince años antes (hacia 1868), con la generación de los científicos germanos, que arribaban en la segunda mitad del siglo XIX contratados por el gobierno o la universidad. El más destacado de todos ellos, Hermann Burmeister (1807-1892), discípulo de Alexander Von Humboldt y amigo del padre de Lallemant, habría convocado a la Argentina y apadrinado al joven ingeniero en minas (García Costa, 1985; Ferrari, 1993).

Instalado en San Luis desde 1870, desplegó desde allí una labor polifacética como sabio naturalista, explorador, ingeniero, agrimensor, cartógrafo, arqueólogo, educador y periodista. Formado en un medio protestante, se combinaban en su persona una moral puritana, emprendedora, ascética, voluntarista, con la pasión del naturalis-

ta por la ciencia (no la ciencia especulativa, sino “aplicada”). Extraña mezcla de sabio y de *pioneer*, poseía el temple necesario para llevar adelante, empecinadamente, en medio del aislamiento del desierto puntano, sus emprendimientos de precursor, bregando contra la desidia de la burocracia provincial, la resistencia oscurantista del clero y la estrechez de miras del proyecto de país de la élite oligárquica.

En 1882, redactó una *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* para un concurso oficial que desestimó la obra. A pesar de los desinteresados servicios —científicos, técnicos, económicos, culturales— que Lallemand prestaba a un país en formación, su “absoluta independencia de toda influencia oficial” —según propias palabras— le había jugado una mala pasada. Es que a pesar del carácter técnico del estudio —para el cual Lallemand ha debido recabar una ingente masa de información hasta entonces dispersa a lo largo de toda la provincia y producir otra cantidad, elaborando incluso sus propias estadísticas—, vuelca por aquí y por allá opiniones y consejos para modernizar diversos aspectos de la vida económica y social de San Luis que seguramente no fueron del agrado de los evaluadores de la élite. Lallemand publica por su cuenta la *Memoria* algunos años después, en 1888, antecediéndola de una “Advertencia” en la que se hace visible un cambio de registro: apelando a un léxico ostensiblemente marxista, nos explica que en los seis años transcurridos desde que el texto fue redactado, la Argentina había avanzado en el “camino del desarrollo de la organización capitalista de la producción”.

La “Advertencia” constituye, seguramente, el primer esbozo de una interpretación marxista de la formación social argentina. Lallemand está glorificando, desde la ciudad de San Luis, en el año 1888, el célebre capítulo XXIV de *El Capital*, “La llamada acumulación originaria”, donde Marx explicaba cómo a través de la violencia extraeconómica se “abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades” (Marx, 1867/1946: 624). La apropiación de los bienes públicos y de las tierras comunales, así como la expropiación de los bienes eclesiásticos —había mostrado Marx— eran “la

base de esos dominios principescos que hoy posee la oligarquía inglesa”, esto es, los *landlords*. “Los capitalistas burgueses favorecieron esta operación, entre otras cosas, para convertir el suelo en un artículo puramente comercial, extender la zona de las grandes explotaciones agrícolas, hacer que aumentase la afluencia a la ciudad de proletarios libres y necesitados del campo, etc. Además, la nueva aristocracia de la tierra era la aliada natural de la nueva *bancocracia*, de la alta finanza, que acababa de dejar el cascarón, y de los grandes manufactureros, atrincherados por aquel entonces detrás del proteccionismo estatal” (*Ibid.*: 616).

Lallemand, sobre la base de su lectura de Marx, entiende que por entonces (1888) se ha consumado en la Argentina el momento de la “acumulación originaria”: “al fisco, a la comunidad, ya no queda nada”, las tierras han sido apropiadas por los *landlords* argentinos (la oligarquía), pero no como propiedad feudal sino como “capital constante”. Según el ingeniero alemán que leía a Marx desde la remota San Luis, la Argentina de la década de 1880 había ingresado a un segundo momento: el de “la producción agrícola capitalista por medio de la *Bancocracia*, la deuda pública sin límites, el sistema proteccionista” que despojaba de sus medios de vida y de producción a los más y generaba una extraordinaria acumulación de medios de producción en manos de unos pocos. Este sistema de producción traía como “su consecuencia infalible” la división de la sociedad entre, de un lado, el “*lauboring pauper*”, esto es, el proletariado, y del otro, “la acumulación gigantesca de los medios de trabajo... en manos del capitalista”. De un lado el capital variable, del otro, el capital constante.

¿Cómo tomó contacto un ingeniero alemán, desde la ciudad de San Luis, con las obras de Marx y Engels? Fermín Chávez afirma que Lallemand arribó en 1868 a la Argentina luego de “participar en la lucha que el socialismo alemán entablara con Bismarck” (1993: 49) y García Costa sostuvo que “la formación ideológica marxista de Lallemand se había producido en Europa” (1985: 33, n. 9). Ninguno respalda su afirmación en fuentes: se trata sin duda de conjeturas, ambas poco plausibles. Para mediados de la década de 1860 el socialismo estaba en sus albores en Alemania. El partido de los “eisenachianos” (de Be-

bel y de Liebknecht) recién se iba a fundar en 1869, un año después que Lallemant arribara a la Argentina. El “marxismo” virtualmente no existía entonces en tanto que “concepción materialista de la historia” o que “socialismo científico”, sino que es construido como doctrina en gran medida por Kautsky en la década de 1880, con el padrinazgo de Engels (Andreucci, Haupt). Ahora bien, si no llegó a la Argentina como marxista, ¿habrá formado parte el joven Lallemant, poco antes de partir para el Brasil, del auditorio de las animadas conferencias de Ferdinand Lassalle que dieron origen en 1863 a la ADAV (*Allgemeiner deutscher Arbeiterverein*)? Es poco probable. Las primeras referencias de Lallemant a conceptos socialistas o marxistas aparecen, como vimos, en 1888 y su primera “profesión de fe” marxista data de 1890, en *El Obrero*. Como se ha señalado, no hay ningún testimonio escrito de sus ideas socialistas o marxistas entre 1868 y 1888, y resulta poco verosímil una “hibernación” de las mismas durante 20 años (Díaz, 1997: 131).¹ En 1873, por ejemplo, su concepción de la “civilización” no difiere de la de Sarmiento y los hombres de la élite: “En el Río Quinto vive en los fortines la guarnición. Salvo ella no se ve ninguna casa. Lo que antes estaba vivo lo mataron los indios con sus malones o lo apresaron y lo llevaron a sus tolderías del sur. Los indios juegan un molesto rol en la seguridad diaria argentina. Atacan con sus tacuaras a los *winca* (cristianos), suben a las mujeres a los caballos y huyen hacia el sur para entregar las muchachas y los animales a los caciques. El indio es cobarde y artero, falso y pérfido... ¿Ofrecerle la mano al indio y cerrar contratos con ellos? La historia de las colonias españolas tiene casi 400 años y dice claramente que no hay que hacerse ilusiones y sueños, y también en el Río Quinto la colonia alemana se expandirá y progresará, sólo producirá seguridad el plomo y la pólvora”.²

No sólo no están presentes en éste y en los otros textos de estos años los términos que Lallemant incorpora a partir de 1888 —fuerzas productivas, relaciones de producción, clases sociales, acumulación del capital, etc.—, sino que a partir de entonces su concepción de la formación de la Argentina moderna se invertirá: la acción “civilizadora” de la élite aparecerá entonces como resultado de la expansión del capital y la concentración capitalista de las tierras, realizada a ex-

puestas de las comunidades aborígenes que son consideradas ahora como víctimas de este proceso, antes que amenaza de “barbarie”.

Además, el contraste entre el tenor del texto de la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* redactado en 1882 y el del prólogo “marxista” de 1888, permite inferir que el encuentro de Lallemant con Marx se produjo dentro de ese lustro. Esto es, coincide con la instalación del *Verein Vorwärts* en la Argentina (enero de 1882) y su intensa difusión de literatura socialista y marxista (Klima, 1974), aunque no puede descartarse que Lallemant mantuviese correspondencia directa con Alemania y hubiese recibido por esta vía independiente obras de Marx y Engels.

Germán Avé-Lallemant y la experiencia del periódico El Obrero

Cuando en abril de 1890 los miembros del Comité Internacional Obrero deciden, entre otras medidas, “Editar un periódico para la defensa de la clase obrera”, acuden a ese sabio alemán. “Ignorado de los militantes, y lejos de la Capital Federal, había un intelectual que conocía a fondo las teorías socialistas y que con interés creciente observaba las tentativas de organización proletaria” (Kühn, 1916: 102). En efecto, Lallemant es un “ignorado de los militantes”, pero para entonces se ha transformado en el principal colaborador del semanario *Vorwärts*: es prácticamente el único que firma sus notas, sea con su nombre o sus innumerables seudónimos. Aborda en sus páginas, durante más de una década, los temas más variados: científicos, económicos, sociales, culturales, políticos, unas veces en un tenor más teórico y abstracto, otras veces, en el tono más coloquial y descriptivo de un corresponsal. Es probable que se deban también a la iniciativa de Lallemant los pocos artículos que este semanario socialdemócrata de Buenos Aires de inspiración lassalleana, consagrara a Marx y a Engels. A fines de la década de 1880 y principios de la década de 1890 es probablemente la única persona en el país familiarizada con su obra.

El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria hizo su aparición el 12 de diciembre de 1890. Sobre el título se estampaba la divisa del *Manifiesto*: “Proletarios de todos los países,

Uníos!". El autor de la mayoría de los artículos sigue siendo Lallemand, aún después de que abandona la dirección del periódico porque debe retornar a San Luis (febrero de 1891). Las notas, salvo excepciones (como algunas correspondencias), no aparecen firmadas, pero sabemos que sus colaboradores fueron Augusto Kühn, Domingo Riso (Italia, 1863- Mar del Plata, 1923), Carlos Maulli (El Tirol, 1852- Buenos Aires, 1923), Pedro Burgos y Leoncio Bagés. El tipógrafo Esteban Jiménez (Málaga, 1869- Buenos Aires, 1929) se incorporó en los últimos seis meses de vida del semanario, y lo relanzará en 1893.

Kühn lo destacó tempranamente: "Las teorías de Marx tuvieron en este periódico su primera tribuna" (Kühn, 1916, 5:125). Y, en efecto, ya en el editorial del primer número, "Nuestro Programa", se señala con toda claridad: "Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos de esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase, que inspirada por la sublime doctrina del Socialismo Científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son: la concepción materialista de la Historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente" (n° 1, 12/12/1890: 1).

El editorial es obra, sin duda alguna, de Lallemand. Si bien comienza recuperando el discurso establecido primero por el *Vorwärts* y luego por el Comité Internacional Obrero acerca del Congreso Obrero de París, la celebración del 1° de Mayo de 1890 en el Prado Español y la lucha obrera por su emancipación, Lallemand lo re-escribe en términos del marxismo de la Segunda Internacional, introduciendo en el léxico político argentino conceptos que tendrán una larga historia: sistema capitalista y acumulación del capital, clases sociales y lucha de clases, terratenientes, burgueses y proletarios, trabajo asalariado y plusvalor (que Lallemand traduce "supervalía"), etc.

El semanario —promete— será "un campeón de los intereses de la clase de los trabajadores asalariados". El Comité Internacional es presentado en términos de "centro de unión de todas las sociedades de obreros que, conscientes de la

magnitud de la misión que en la historia de la cultura humana está llamada a llevar la clase proletaria, se coaligaron, animados por el espíritu de solidaridad más amplia, con el fin de prestarse mutuamente auxilios y robustecer la acción común, por un lado para luchar en fila cerrada por el mejoramiento de las condiciones de existencia, o sea para mejorar en cuanto posible fuera los salarios y disminuir las horas diarias de trabajo, y por otro lado para contribuir a la gran obra de la emancipación de la clase obrera, y cuyo acto liberador lo comprende la misión histórica del Proletariado" (*Ibid.*).

El tono reivindicativo de los manifiestos obreros de 1890 en pos de la jornada de trabajo de 8 horas y el conjunto de la legislación obrera ha pasado en *El Obrero*, sin desaparecer, a un segundo plano: el nuevo discurso es el de una Filosofía de la Historia en la cual el Proletariado, en sintonía con el marxismo de la Segunda internacional, al luchar por su emancipación social, ha de cumplir la "misión histórica" de emancipar a toda la sociedad. La Ciencia no es concebida ya como el manantial de la Verdad adonde podrán abreviar su conocimiento los obreros que han logrado reducir la jornada de trabajo, sino que es el garante último de la redención de la humanidad por el Proletariado, ahora que las condiciones histórico-materiales han hecho que el socialismo, que hasta ayer era necesariamente utópico, adquiera con Marx y Engels, un estatuto científico. En palabras del Editorial de Lallemand: "Queremos... ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico moderno, que enseña al proletario cómo él está llamado a ser el poderoso agente, por cuya acción la Humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible, haciéndose dueña de la Naturaleza, y en este sentido siempre levantaremos la voz para gritarle a la clase de los obreros y trabajadores asalariados: Proletarios de todos los países, ¡uníos!" (*Ibid.*).

Dos aportes de Lallemand, presentes en este editorial programático y en toda la trayectoria de *El Obrero*, serán la caracterización del sistema económico-social argentino desde el prisma marxista (lo que Lenin, recuperando un concepto de Marx, definirá como "formación económico-social") y el análisis crítico de la coyuntura argentina —crisis y revolución del '90, políticas del gobierno y de la oposición radical, etc.— congruen-



te con aquella caracterización y según las categorías marxistas.

En relación al primer punto, Lallemand desplegará la caracterización de la formación social argentina que había avanzado en el prólogo a la *Memoria descriptiva de la Provincia de San Luis* y en los artículos del *Vorwärts*. Entiende que el territorio de lo que es entonces la Argentina estuvo dominado, durante casi cuatro siglos, desde la Conquista hasta tiempo reciente, por una forma de despotismo fundada en el trabajo servil o incluso esclavo de los indios. El “Caudillismo” era la forma política que correspondía a dicho modo de organización y explotación del trabajo. La Revolución de 1810 abolió de derecho, pero no de hecho, las formas serviles/esclavistas: sólo la penetración de la “civilización” a través del capital extranjero viene a completar “por abajo” el trabajo que la Revolución de Mayo inició “por arriba”. La Constitución Nacional de 1853, así como las constituciones provinciales, a pesar de su declarado liberalismo, no afectaron al caudillismo político, que alimentado por el “sistema de la política electoral”, llegó a su expresión máxima bajo el “unicato” de Juárez Celman, que acababa de derrocar la Revolución de Julio del '90.

“El capitalismo internacional en busca siempre de mercados nuevos para sus mercaderías, pero de mercados solventes, ha mucho que se fijó en la feracidad y habitabilidad de estas comarcas. Fue él quien inició y llevó adelante la obra de civilización aquí, echando sus capitales sobrantes a este país, tras de cuyos capitales han venido siguiendo muchos miles de obreros y trabajadores en busca del mercado en que podían vender su fuerza de trabajo.

Pero *civilizar* quiere decir organizar la producción y el trabajo conforme con las leyes del capitalismo, cuyas leyes surgen frente a cada individuo como leyes compulsoras de la libre concurrencia, y realiza en el orden social, las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo posible de la libre concurrencia o competencia” (*Ibid.*).

En suma, Lallemand viene a decir que aunque el excedente de capital en los países centrales viene en busca de inversión rentable en estas tierras, fértiles y habitables, su penetración en paí-

ses de la periferia capitalista como la Argentina es, objetivamente, un motor de civilización, aunque, por supuesto de *civilización capitalista*: el capital extranjero disuelve las relaciones serviles o esclavistas al mismo tiempo que introduce vínculos mercantiles entre los hombres, compeliéndolos a aceptar las leyes de la compra y venta de mercancías (por ejemplo, los indios desalojados de sus tierras, los gauchos despojados de sus medios de vida y, finalmente los inmigrantes, se han visto compelidos a vender su fuerza de trabajo en el mercado, dando origen a un naciente sistema asalariado). La penetración de capitales extranjeros promueve, en el orden político, instituciones democrático-liberales, las únicas “adecuadas” al capitalismo de libre competencia.

Sin embargo, si bien el capital extranjero está interesado en instaurar un régimen burgués puro, “se ha sabido valer de la oligarquía del caudillaje para sentar sus reales en el país, e *inter* este último bien remunerado, se portó obediente y dócilmente, ambos marcharon de acuerdo”. Pero cuando la oligarquía lleva su unicato estatista más allá de lo tolerable por la lógica del capital, vulnerando la libre concurrencia, la sociedad entre ambos se rompe y estalla la crisis: “resultó que la oligarquía caudillera, abusando más y más del poder del Estado para garantizar a sus propios miembros de las consecuencias de la ley sobre libre competencia que determinan las relaciones entre los capitales individuales entre sí, infringió arbitrariamente las leyes capitalistas, o sea de la sociedad democrático burguesa, convirtiéndose el unicato incondicional en un absolutismo insufrible y absurdo. Entonces el capital internacional le echó el guante al caudillaje y estalló la guerra” (*Ibid.*).

La Unión Cívica no sería sino un instrumento inconsciente del capitalismo internacional, que busca instaurar el “régimen puro” de la dominación burguesa en la Argentina: “obedeciendo a la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa. Hemos visto cómo la revolución de julio, la revolución burguesa por excelencia, esta última aunque desgraciada en la lucha sobre las barricadas y mal dirigida, derribó el caudillaje en la primer campaña, y si esta último recuperó fuerzas de nuevo, sin embargo, ante la guerra implacable que le hace la Bolsa, guerra inspirada desde el gran cuartel general del capi-

talismo internacional en Lombardstreet de Londres, tendrá que arrear bandera bien pronto definitivamente. Comienza, pues, en este país la era de la dominación pura burguesa, hasta hoy claudicada por tradiciones caudilleras hispano-americanas” (*Ibid.*).

Lallemant considera que esa revolución burguesa constituye un paso histórico progresivo en relación al caudillismo precapitalista y preburgués, y se ampara para ello en el “materialismo dialéctico”: “Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental el materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (*Ibid.*).

Este carácter “progresivo” del dominio burgués, sin embargo, era relativo a la historia y no debía hacer olvidar a los marxistas que inauguraba una nueva era de explotación del trabajo humano: “Pero nosotros sabemos también que la historia no es otra cosa que la lucha de clases; que la era del régimen de la burguesía pura no importa otra cosa, sino una crecida apropiación del trabajo no pagado en forma de supervalía y la explotación más intensiva de la fuerza de trabajo de los obreros. El Capitalista, al tiempo que paga la fuerza-trabajo del obrero con el valor real que como mercancía tiene en el mercado, extrae, no obstante, de ella mucho más valor de aquel que él ha dado en la forma de salario para adquirirla, y que esta supervalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa del capital siempre creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras” (*Ibid.*).

La Argentina no escapará a estas leyes históricas: antes bien, acaba de ingresar al terreno de la moderna lucha de clases: “Con la era de la administración pura burguesa, los capitalistas tratarán de hacer subir más la proporción de la supervalía relativa, de aumentar el grado de explotación del trabajo, tanto más como el país tiene que pagar enormes deudas en el exterior, que solamente pueden satisfacerse por los valores de la producción. La clase de los verdaderos productores, la de

los obreros pues, tendrá ahora que defenderse de un modo tanto más enérgico contra las exigencias crecientes del capitalismo, cuanto la burguesía es la absoluta dueña de los poderes del estado, sobre todo de la legislatura, y estará empeñada en echar todos los cargos e impuestos necesarios para la conservación de la autonomía nacional y provincial sobre los hombres del proletariado” (*Ibid.*).

Comparado con la prensa obrera socialista premarxista —desde *El artesano* de Victory y Suárez (1863) hasta *Le Révolutionnaire* de S. Pourille (1874-1876)—, ya el primer editorial de *El Obrero* comportaba una innovación político-periodística e ideológica extraordinarias: no sólo definía al nuevo semanario como defensor de los intereses de una clase obrera moderna (apenas en formación), sino que vinculaba también la “misión histórica” del proletariado con la doctrina del “socialismo científico”, la caracterización de la formación social argentina con el análisis de un hecho reciente —la crisis del ‘90 y la Revolución de Julio—, abordado en un lenguaje novedoso y en sintonía con los temas de lo más avanzado del socialismo europeo. Los números sucesivos no harán sino desarrollar este editorial programático.

El Marx de Lallemant

Lallemant no deja de transmitir su entusiasmo, en cada página de *El Obrero*, por la obra de su maestro, y particularmente por *El Capital*. Cualquier tema abordado es una buena excusa para recomendar su lectura a los obreros. En un retrato que traza con motivo de un aniversario de su muerte, en la portada de la edición de *El Obrero* del 14 de marzo de 1883, bajo el título “Carlos Marx”, presenta ante todo la figura de un sabio, un economista, un científico, un filósofo. Es interesante constatar qué obras de Marx conoce entonces Lallemant: “Él [Marx] ha publicado además: *Manifiesto del Partido Comunista*, junto con Engels en 1847 [sic: 1848]. El *18 de Brumaire*, un bosquejo histórico-político dirigido en 1857 [sic: 1852] contra Napoleón III. La *Miseria de la Filosofía*, contestación a la filosofía de la miseria de M. Proudhon, aparecido en 1847. *Crítica de la Economía Política*, aparecido en 1859. De su gran obra, *El Capital, una crítica de la economía política*, apareció el primer tomo en 1867. El segundo tomo fue publicado por Engels en 1885 y el terce-

ro debe probablemente publicarse dentro de pocos meses. Además escribió Marx un folletito: *Revelaciones sobre el juicio contra los comunistas de Cologne*, en 1853”.

La referencia precisa sobre la inminente aparición del tercer volumen de *El Capital* es una pauta clara del grado de actualización de Lallemand con la literatura marxista (Engels viene anunciando la edición del manuscrito de Marx hace años, pero recién podrá concluirlo en 1894). Es significativo que mientras la mayor parte de los socialistas contemporáneos ingresaban a la doctrina a través del *Manifiesto Comunista*, del *Anti-Dühring* de Engels o de *La mujer y el socialismo* de Bebel, Lallemand lo haga a través de esta obra compleja. Las citas de *El Capital* son incontables en *El Obrero*, en contraposición a citas aisladas de *El Manifiesto Comunista* o de la *Crítica de la Economía Política*. Significativamente, Lallemand no cita (ni siquiera incluye en su perfil de Marx) *La guerra civil en Francia*, que según Hobsbawm constituía, junto con el *Manifiesto* y *El Capital*, la trilogía de textos de Marx más difundidos y disponibles al público antes de que Engels emprendiera un trabajo de reedición de obras agotadas de Marx (Hobsbawm, 1979/1980: 296).

Lallemand refiere en menor medida a Engels: cita *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, el *Anti-Dühring* y “Socialismo utópico y socialismo científico”, glosada ampliamente en su retrato de Marx. En el último número de *El Obrero* (n° 88, 24/9/1892: 1), en el artículo que titula “Historia de la cultura humana”, resume *El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), introduciendo al movimiento obrero argentino en la terminología de la antropología evolucionista de Lewis Morgan.

También hace dos referencias a la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, una en 1891, pocos meses después de su aparición en *Die Neue Zeit*, y otra vez en 1895 en el *Vorwärts*, en una polémica con el joven Ingenieros. Es muy probable que para fines de la década de 1880 o inicios de la del 1890 Lallemand ya esté suscripto a *Die Neue Zeit*, revista a la que envía sus “correspondencias” desde 1894. Esta colaboración regular ha permitido conjeturar a varios autores que Lallemand mantuvo una relación epistolar con Karl Kautsky, su director.

Se ha insistido reiteradamente en el carácter “marxista ortodoxo” de Lallemand. En gran medida, se trata de una construcción retrospectiva con vistas a ofrecer un marxismo genuino y originario, en contraposición explícita o implícita al “revisionismo” de Juan B. Justo (Ratzer, 1970; Paso, 1974; García Costa, 1985, etc.) o del joven José Ingenieros (Labastí, 1975). Sin duda, Lallemand es un “marxista ortodoxo” no porque lea a Marx mejor o peor que Justo e Ingenieros, sino en tanto y en cuanto lee a Marx según el canon establecido entonces por la ortodoxia marxista alemana, cuyo portavoz era Kautsky. Además, si bien ortodoxos y revisionistas leen a Marx desde su propio prisma, unos y otros se apoyan sobre una plataforma común: la que brindan las concepciones evolucionistas en boga en las últimas tres décadas del siglo XIX. Después de todo, también Kautsky había llegado a Marx después de estudiar ciencias naturales, previo paso por el darwinismo.

No se trata tampoco de que Lallemand fuese “kautskista”, pues uno y otro desarrollan sus respectivas obras en simultáneo. ¿Qué ha leído Lallemand de Kautsky a la hora de redactar *El Obrero*? En verdad, sus principales obras son posteriores a 1892. Puede haber leído *La doctrina económica de Carlos Marx* (1886), pero sobre todo los artículos de Kautsky en *Die Neue Zeit*, donde también pudo conocer textos de figuras de la socialdemocracia europea como Bernstein, Bebel, Liebknecht, Rosa Luxemburg, Lenin, Hilferding, Plejánov, etc. En esta revista se desató el *Bernstein-Debatte*, que seguramente siguió con atención, y probablemente haya recibido y leído la réplica de Kautsky a Bernstein, pero apenas ha dejado ligeras referencias indirectas al debate sobre el revisionismo (Lallemand, 1974). Desde luego, conoció y apreció *La Cuestión Agraria* de Kautsky, que hizo traducir para *La Agricultura* (Díaz, 1997), pero la primera edición alemana de esta obra es de 1899 y Lallemand viene desarrollando sus tesis sobre la “cuestión agraria” argentina a lo largo de toda la década de 1890.

Lallemand, lector de *El Capital*

El Capital no sólo ofrecía un estudio crítico del “régimen capitalista de producción” que tomaba a Inglaterra, “el hogar clásico de este régimen”, como modelo. Marx advertía al lector alemán en el

Prólogo a la primera edición (1867) que las regiones menos desarrolladas industrialmente terminarían, más tarde o más temprano, por sucumbir a las leyes de la producción capitalista, imponiéndose en todo el globo “con férrea necesidad”: *de te fabula narratur!* La obra de Marx no sólo fue acogida por los socialistas del mundo capitalista desarrollado, sino que interesó sobremanera a los del mundo periférico. Los populistas rusos, por ejemplo, la recibieron con beneplácito, pero no dejaron de sentirse conmocionados por el capítulo XXIV consagrado a “la llamada acumulación originaria” y no se demoraron en escribirle a Marx preguntándole si de su concepción debía desprenderse que algún tipo de necesidad histórica obligaba al pueblo ruso a pasar por las horcas caudinas de la acumulación primitiva del capital, con toda su secuela de violencia, miseria y crisis social, para ingresar en la civilización moderna (Shanin, 1984/1990; Tarcus, 2000).

La lectura de *El Capital* ha conmocionado, sin duda, también a Lallemant. La obra de Marx le ha proporcionado no sólo un modelo para comprender la dinámica del capitalismo en Europa Occidental y los Estados Unidos, sino también para reprocesar veinte años de observaciones críticas sobre el atraso argentino. Marx le advertía al lector alemán en el Prólogo a la primera edición que “la realidad alemana es mucho peor todavía que la inglesa, pues falta el contrapeso de las leyes fabriles. En todos los demás campos, nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo padece los males que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también los que supone la falta de desarrollo. Junto con las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*” (Marx, 1867/1946, I: XIV). Lallemant no sólo es un “lector alemán”, consciente del “atraso alemán”. Es, además, un alemán en América Latina, que conoce por partida doble, como alemán y como latinoamericano, cómo se combinan de modo alarmante las miserias que trae, “desde afuera”, el desarrollo, con las que arrastra, “desde adentro”, el propio subdesarrollo (“la falta de desarrollo”), con “todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*”.

La “ortodoxia marxista” también leyó a Marx, y concretamente a su *opera magna*, en clave evolucionista. En palabras de Shanin, el evolucionismo constituía “el arquetipo intelectual de aquellos tiempos, tan prominente en los trabajos de Darwin como en la filosofía de Spencer, en el positivismo de Comte y en el socialismo de Fourier y Saint-Simon. El evolucionismo, es esencialmente, una solución combinada a los problemas de la heterogeneidad y del cambio [...] La fuerza de esta explicación reside en la aceptación del cambio como parte de la realidad. Su debilidad principal es el determinismo optimista y unilineal usualmente implícito en ella: el progreso a través de los estadios significaba también un ascenso universal y necesario a un mundo más agradable para los humanos...” (Shanin, 1984/1990: 15).

Era inevitable que *El Capital* fuese leído desde este prisma por los hombres que —como Kautsky, o como Lallemant— se habían formado en el paradigma cientificista y evolucionista. Marx aparecía ahora, no como el revolucionario de los tiempos de la Internacional (Tarcus, 2002), sino como un sabio, un científico capaz de ofrecer su saber a una causa de redención humana. *El Capital* es leído, ante todo, como una obra científica, equiparable en ese sentido a *El Origen de las especies* de Darwin. El riesgo de esta lectura en clave cientificista —a la que se prestaba la propia insistencia de Marx en el carácter “científico” de su obra, cuyo objeto señalaba en el Prólogo de 1867 no consistía tanto en las “contradicciones sociales” como en “las leyes naturales de la producción capitalista” que se imponían “con férrea necesidad”— es que se desdibujase su tenor crítico-político. La obra tardía de Engels reforzó esta orientación (Mondolfo, 1915/1956). Pero fue Kautsky, finalmente, quien instituyó el marxismo ortodoxo en términos de un monismo evolucionista y naturalista (Salvadori, 1978/1980). De cualquier modo, como ha señalado Andreucci, la vinculación de Darwin, Spencer y Haeckel con Marx “estaba en el espíritu de los tiempos” (1979/1980). Pues bien: como veremos, Lallemant leyó *El Capital* en esta clave cientificista, naturalista y evolucionista, ya sea previamente influido por Kautsky, ya sea por su propia formación de naturalista y por el peso que la ideología evolucionista había adquirido dentro de las élites ilus-

tradas, en el mundo entero y, por supuesto, también en la Argentina (Terán, 2000).

El énfasis puesto por Marx en que el comunismo no era una idea exterior a realizarse en el mundo, ni un modelo ideal a ser aplicado, sino que era un proceso intrínseco al orden capitalista, había entusiasmado a Lallemand. Como muchos socialistas contemporáneos, el sabio naturalista de San Luis interpretó la concepción materialista de la historia en una clave fuertemente evolucionista, donde cada etapa sucesiva representaba un momento necesario y progresivo en relación al anterior: la historia humana como realización del Progreso: “Marx, en su célebre obra *El Capital*, ha demostrado que el método actual de producción se había desarrollado en el curso de la historia del género humano de los métodos anteriores, y que este método actual de producción, el del capitalismo, era una fase lógica y necesaria del grande proceso de transformación progresista, que llevando a la humanidad de un grado de cultura a otro superior, había llegado al actual de la Sociedad Burguesa, o sea, a la civilización moderna...” (“Las Uniones industriales capitalistas”, *EO* n° 11, 7/3/1891, pp. 1-2).

En el mismo sentido, en el citado editorial del primer número de *El Obrero* se leía: “Esta era del régimen burgués puro importa sí un gran progreso, y nosotros que confesamos la ley fundamental del materialismo dialéctico, de que la historia de la humanidad es un desarrollo infinito, en que, de un estado alcanzado se viene desarrollando el subsiguiente, y que sabemos que en el capitalismo y en la sociedad burguesa misma, ya se hallan en vigoroso proceso de desenvolvimiento los gérmenes de la futura sociedad comunista, cuya realización es el objetivo final de nuestros esfuerzos y deseos, nosotros aclamamos la nueva era con satisfacción” (“Nuestro programa”, *EO* n° 1, 12/12/1890: 1).

Asimismo, Lallemand leyó a Marx en clave científico-natural: el marxismo, el Socialismo científico, no sería para él otra cosa que un saber positivo acerca de las leyes que rigen el movimiento de la sociedad, saber que, en el plano del conocimiento, se correspondía con la realización “objetiva” del socialismo en el seno del capitalismo: “Aunque nuestros enemigos lo niegan, el Socialismo es la idea predominante que hoy en día determina toda la marcha del Estado y de la Socie-

dad, de la civilización entera. Naturalmente que así sucede, porque el Socialismo es el hijo de esta civilización, y la Democracia socialista es el producto de condiciones reales existentes, la expresión de condiciones reales concretas, y ha formulado sus exigencias de un modo determinante definido y positivo, fundadas sobre aquellas condiciones reales existentes”. La Ciencia era, pues, el garante de la política: “Estamos absolutamente convencidos de la legalidad que la ciencia otorga a nuestras aspiraciones” (“Nuestra táctica (continuación)”, *EO* n° 23, 1°/6/1891).

Sin embargo, el problema se presentaba cuando el conocimiento de la legalidad capitalista terminaba confundiendo con su implícita aceptación en tanto proceso “objetivo y necesario”. El extraordinario elogio de la modernidad capitalista con que Marx abrió el *Manifiesto Comunista* se complementaba cabalmente con la crítica radical que le seguía a continuación, y que develaba su carácter contradictorio, violento, explotador y mistificador. La modernización capitalista adquiría así, una doble faz, a la vez revolucionaria y opresora. En cambio, como ya se ha indicado, el énfasis puesto por Marx en presentar a *El Capital* como el estudio de las “leyes naturales” que rigen la producción capitalista, el hincapié científico en equiparar leyes sociales con leyes naturales, facilitó la lectura de la *opera magna* de Marx en clave científico-positiva. Durante décadas se olvidó que Marx consideraba a la Economía Política como una ideología y *El Capital* fue leído como una obra de ciencia económica socialista antes que como una crítica de la Economía Política en tanto que tal. Según Lallemand: “La economía política es la ciencia de las leyes generales del trabajo, o de la industria humana. El trabajador pues, ante todo otro ser humano, tiene un interés directo de estudiar esta ciencia e imponerse de sus resultados, con el fin de llegar a darse cuenta conscientemente de su posición, de su importancia, de sus derechos y deberes en la sociedad y para con la especie humana a que pertenece... El estudio de la economía política se ha generalizado en los últimos tiempos. Probablemente porque los hombres han comprendido que esta ciencia les conducirá a la solución teórica de la magna cuestión del día, de la Cuestión Social” (“La economía política”, en *EO*, n° 32, 8/8/1891).

En ese sentido, fenómenos del capitalismo de fin de siglo como los *trusts*, grandes uniones industriales por rama a nivel nacional, con la consecuente ruina de los pequeños y medianos productores era, aunque doloroso, un “progreso necesario”: “Si bien estas Uniones tienen por resultado la brutal destrucción de la pequeña industria, las saludamos como un progreso necesario del sistema moderno de producción”. Ellas operaban, de hecho, una “nacionalización de la industria” que equivalía enteramente a la “socialización de la producción”. De modo que, concluye Lallemant: “estas Uniones son los más enérgicos agentes en el tiempo de propaganda de las teorías y del propósito del Socialismo científico” (*Ibid.*).

Marx, exponiendo “La ley general de la acumulación Capitalista” (cap. XXIII de *El Capital*) había previsto que el límite que alcanzaría el proceso intrínseco de centralización del capital estaría dado por la aglutinación de todos los capitales de una misma rama industrial, en manos de un solo capitalista o una misma sociedad (Marx, 1867/1946, I: 530-531). Engels agregaba una nota al pie de la 4ª edición alemana de 1890: “Los novísimos *trusts* ingleses y norteamericanos aspiran ya a esto, puesto que tienden a unificar, por lo menos todas las grandes empresas de una rama industrial, en una gran sociedad anónima con monopolio efectivo” (*Ibid.*: 531 n.). Pero Engels se limitaba aquí a una simple constatación histórica que confirmaría la previsión de Marx: difícilmente puede ser interpretada como el reconocimiento de una forma progresiva y superior de capitalismo, que aproximaría a la humanidad al socialismo. Incluso su referencia al recurso monopolista desacreditaba cualquier interpretación en ese sentido.

Pero Lallemant, números más adelante, extenderá el radio de las “instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” hasta incluir todas las formas contemporáneas de propiedad estatal, incluso la economía alemana nacionalizada por el canciller Bismarck: “Ya en la forma actual de muchas instituciones sociales y económicas vemos más o menos realizados nuestros principios socialistas, así p. e. en la convención internacional de correos, en los ferrocarriles de propiedad del Estado, etc., etc, y más y más va la idea comunista apoderándose de los ánimos. La reforma social, el imperialismo social alemán, el socialismo

de la pequeña burguesía, el socialismo católico del Cardenal Canning, los *trusts* industriales, las grandes compañías de seguros y de aseguranza mutua, etc., etc. Todas estas instituciones penetradas del espíritu comunista y socialista” (“Nuestra táctica”, *EO* n° 22, 24/5/1891).

Mientras Lallemant escribe estas líneas, Engels prepara una nueva edición de su folleto “Socialismo utópico y socialismo científico” que aparece en Alemania en 1891. Vuelve aquí sobre lo que llama una verdadera “rebelión de las fuerzas productivas, cada vez más imponentes, contra su calidad de capital, esta necesidad cada vez más imperiosa de que se reconozca su carácter social”. Esta extraordinaria socialización de los medios de producción excede al capital individual e impone primero la forma de grandes sociedades anónimas, luego la de los *trusts* e incluso su nacionalización como empresas del Estado, el que, llegado a un cierto punto, tiene que hacerse “cargo del mando de la producción”, en áreas como el correo, el telégrafo y los ferrocarriles. ¿Es “progresivo históricamente” este proceso en términos de Engels, como lo es en Lallemant? En un aspecto, Engels parece coincidir con el optimismo de Lallemant: en los *trusts*, por ejemplo, “la libre concurrencia se trueca en monopolio y la producción sin plan de la sociedad capitalista capitula ante la producción planeada y organizada por la naciente sociedad socialista” (Marx-Engels, 151-152).

Sin embargo, el autor de “Socialismo utópico y socialismo científico” rechaza tajantemente cualquier ilusión “socialista” sobre las nacionalizaciones por parte del Estado: “las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los *trusts* o en propiedad del Estado... el Estado moderno no es tampoco más que una organización creada por la sociedad burguesa para defender las condiciones exteriores generales del modo capitalista de producción contra los atentados, tanto de los obreros como de los capitalistas aislados. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal” (*Ibid.*: 153).

E incluso arremete contra lo que denomina “una especie de falso socialismo, que degenera alguna que otra vez en un tipo especial de socialismo, sumiso y servil, que en todo acto de nacio-

nalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización de la industria del tabaco fuese socialismo —ironiza Engels—, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich” (*Ibid.*: 152, n.).

Engels, en suma, tiende a plantear una dialéctica histórica “objetiva” del desarrollo capitalista entre fuerzas productivas y relaciones de producción articulada con una dialéctica “subjetiva” en términos de luchas de clases, de sujetos históricos, de partidos y política. Kautsky, en el prólogo a un texto que pocos años después Lallemand hará traducir para el semanario *La Agricultura*, dará una vuelta de tuerca a la dialéctica histórica de Engels en un sentido positivo, objetivista, evolucionista e integracionista:

“Engels decía en su *AntiDühring* lo necio que es considerar como elemento del proceso dialéctico una negación destructiva. La evolución por la vía de la negación no significa en modo alguno la negación de todo lo existente; supone más bien la continuidad de aquello que está evolucionando... La evolución sólo es un progreso cuando no se limita a negar ni abolir, sino cuando también conserva; cuando junto a lo existente que merezca desaparecer, mantiene también lo que merece conservarse. La evolución consiste, pues, en acumular los progresos de las fases anteriores de la evolución. El desarrollo de los organismos no sólo se produce por *adaptación* sino también por *herencia*; las luchas de clases que hacen evolucionar, no sólo se orienta a la *destrucción* y la *reproducción*, sino también a la *conquista* y la *conservación* de algo existente; el progreso de la ciencia sería igualmente imposible sin la *transmisión* de sus resultados anteriores como sin su crítica; y el progreso del arte no nace de la *originalidad* del genio, rompiendo con todas las barreras de lo tradicional, sino también de la *comprensión* de las obras maestras de los predecesores” (Kautsky, 1899/1970: CIX).

Lallemand llegará aún más lejos. Es que el “padre del marxismo argentino” es, podría decirse, un “marxista sin sujeto”, no sólo en el sentido de que el proletariado de la Federación Obrera es apenas una clase incipiente en la Argentina, sino en tanto su concepción del marxismo tiende a acen-
tuar el momento objetivo, positivo, de la dialéctica, en desmedro del subjetivo y negativo. Véase,

por ejemplo, cómo su entusiasmo por el desarrollo de las fuerzas productivas y el avance del proceso de socialización de la producción obnubila hasta tal punto la dimensión político-subjetiva de la dialéctica histórica, que tiende a presentar el socialismo como algo inminente... en 1891:

“El socialismo es hijo del mismo capitalismo. En la sociedad burguesa actual misma, se están desarrollando los gérmenes del socialismo. Así como esta sociedad nació del orden social del tiempo colonial español,... así está el socialismo naciendo ahora del orden social vigente y tiende a instalar un orden perfeccionado muy elevado y superior al actual, un orden cuya idea fundamental es la Solidaridad, el Mutualismo, la Comunidad los intereses de todos, la igualdad de la acción, de desarrollo y ventajas de todos al trabajo, y el derecho igual de todos a la educación y a los productos del trabajo. Y la sociedad socialista o comunista está ya casi pronto para nacer; puede decirse que no falta más que romper la cáscara del huevo... El proceso de desarrollo no lo ataja, no lo paraliza nadie... ¡El socialismo es absolutamente invencible!” (“El socialismo y la burguesía argentina”, en *EO* n° 21, 16/5/1891).

Esta lógica parece llegar al paroxismo cuando Lallemand se entusiasma al recibir la noticia del éxito de una experiencia con energía eléctrica realizada en Frankfurt, Alemania. En un artículo titulado “Un grande triunfo del trabajo humano. La transmisión de energía eléctrica, la aliada del socialismo” se complace en anunciar que ha concluido la era del vapor, identificada con el capitalismo, y que ha comenzado la era de la electricidad, que será la del socialismo: “La nueva transmisión de la corriente eléctrica es la poderosa aliada del socialismo a tal grado, que no pasarán ni los 9 años restantes del siglo actual sin que se haya instalado la sociedad socialista y la producción colectivista. Acabóse la época del vapor, del hierro y del carbón. Acabóse con ella el capitalismo. Comenzó la época de la electricidad y del aluminio, y con ella la época de la sociedad socialista”(EO n° 41, 31/10/1891: 1).

Resuena en el aforismo de Lallemand aquella frase del Marx de *Miseria de la Filosofía*, que probablemente conociera a través de la traducción española de J. Mesa: “El molino movido a brazos nos da la sociedad de los señores feudales; al molino de vapor, la sociedad de los capitalistas

industriales” (Marx, 1847/1970: 91). Tal como ha señalado E. P. Thompson, “este aforismo se ha tomado como licencia para basar el determinismo tecnológico: las fuerzas productivas ‘dan lugar a una u otra sociedad’ cuando en verdad forma parte de una argumentación mayor dirigida a refutar el uso ahistórico que hacía Proudhon de las categorías económicas, tal la de división del trabajo. Marx argumentaba, pues, que Proudhon “invertía” el proceso histórico al comenzar por la categoría “división del trabajo”, cuando en verdad es la “máquina” la que históricamente “descubre” la división del trabajo y determina sus formas particulares (Thompson, 1878/1981: 187). Pero sin duda, en la construcción del “marxismo”, el aforismo pervivió aislado como una fórmula que resumía el determinismo económico-tecnológico dominante en el pensamiento de la Segunda Internacional. Además, *Miseria de la Filosofía* pasaba de la crítica de la “objetividad” de la economía política a la dimensión subjetiva, concluyendo con el célebre análisis del proceso de formación de la clase obrera moderna (de la “clase en sí” a la “clase para sí”), dimensión ausente en la perspectiva de Lallemant.

El aforismo de Lallemant tiene, por otra parte, un eco en un proceso histórico posterior: el que pronunció Lenin en noviembre de 1920 a propósito del plan de electrificación de la URSS (GOSPLAN): “el comunismo es el poder soviético más la electrificación del país”. Pero la situación en la Argentina de 1890 es exactamente la inversa a la de Lenin treinta años después: las esperanzas del líder bolchevique venían dadas porque para él la electrificación crearía las condiciones materiales que hasta entonces habían faltado en Rusia para la transición al socialismo, a pesar de que la toma del poder por la vía revolucionaria había tenido lugar tres años antes...

Esta perspectiva “objetivista” lleva a Lallemant a adoptar, en años inmediatamente posteriores, una posición ante el fenómeno emergente del *imperialismo* que, en principio, puede parecer paradójal. Lallemant no sólo no ignora el carácter dependiente del capitalismo argentino, sino que probablemente haya sido el primero en usar esta categoría en un sentido marxista en la Argentina. Por ejemplo, cuando analiza la crisis capitalista de 1883, señala críticamente “que nuestros grandes terratenientes buscaban capital móvil, con

cuyo fin hicieron que el Estado contrajese grandes empréstitos, los cuales han hecho del país un tributario del capital inglés. Se enajenó la Nación. La independencia política nacida en 1816 se vendió, y resultó nuestra dependencia económica actual” (“El carbón de piedra en la República Argentina”, en *La Agricultura*, 1894, transcripto en Ferrari, 1993: 128).

En un artículo que publica en *Die Neue Zeit* de Kautsky, denominado precisamente “Imperialismo europeo en América del Sur”, Lallemant muestra con cifras el endeudamiento argentino en relación a Inglaterra. Entendía que el nuevo imperialismo económico era mucho más eficaz que el colonialismo: “Sin conquistas políticas, sin barcos ni cañones, el capital inglés exprime, pues, de la Argentina, en valor relativo, 17 veces más de lo que extrae a sus súbditos indios”. Lallemant no olvidaba la perspectiva de clase y señalaba que la crisis agravaba aún más la explotación capitalista: “Es, pues, fácil de comprender que la explotación del proletariado prácticamente no conozca límites, que cese la inmigración y que tome cada vez mayor incremento la emigración. Pobreza y miseria crecen hasta el infinito. El país ya no soporta la carga y se hunde bajo el peso del imperialismo británico y de su propia administración irresponsable” (*DNZ*, t. I, 1902-1903, en Lallemant, 1974: 189)

En otro artículo en la misma revista, presenta asimismo un cuadro dramático de la penetración del capital estadounidense en Bolivia. Pero su conclusión, lejos de ser adversa al imperialismo, lo hace aparecer como “progresivo”: “no obstante todas las protestas, es presumible que la bandera estrellada flameará pronto sobre una parte de este continente; los destinos de estas miserables repúblicas que son totalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, serán entonces determinadas por la Casa Blanca en Washington. Cuanto antes esto suceda tanto mejor, porque únicamente de esta manera es posible pensar que Sudamérica pueda alguna vez ser abierta a la cultura y a la civilización” (“La política expansionista de Estados Unidos en América Latina”, *DNZ*, I, 1902-1903, transcripto en Lallemant, 1974: 190 y ss.).

Lallemant adhiere al panamericanismo, como lo había hecho años atrás, a propósito el conflicto limítrofe entre Chile y la Argentina: “A los adversarios del militarismo únicamente se les presenta



Dirk Kerst Koöpmans

una lejana esperanza: la posible intervención de Estados Unidos. El desarrollo liberal burgués de Sudamérica, su liberación del sistema de violencia dominante de las oligarquías que todo lo absorben, será posible únicamente cuando el panamericanismo extienda sus alas en este continente. La oligarquía es un enemigo a muerte del panamericanismo” (“Chile y la Argentina”, en *DNZ*, I, 1895-1896, en Lallemant, 1974: 174-179).

Lallemant critica la violencia, la usura y los innumerables sacrificios que para los pueblos representa el imperialismo, pero lo considera en última instancia, “civilizador” y progresivo (Díaz, 1997: 138-139). En verdad, no podría juzgarse a Lallemant por desconocer el debate marxista sobre el imperialismo, que nacía en Europa inmediatamente después que moría Lallemant.³ La mirada del ingeniero germano-argentino sobre el imperialismo estaba inspirada, aquí también, en la concepción del “marxismo ortodoxo” hegemónico en la Segunda Internacional.

Replica aquí, seguramente sin conocerla en forma directa, la perspectiva planteada por Marx en los artículos del *New York Daily Tribune* a principios de la década de 1850 sobre la penetración del capital británico en la India, perspectiva que se había convertido, repitámoslo, en patrimonio del marxismo de la Segunda Internacional. Marx intenta pensar el problema desde una dialéctica del progreso, articulando al mismo tiempo que una condena moral del colonialismo inglés y de sus efectos destructivos en la India, una justificación histórica de la expansión capitalista en nombre del progreso. Marx no desconoce los horrores de la dominación occidental: “la miseria ocasionada en el Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país”. Lejos de aportar un “progreso” social, la destrucción capitalista del tejido social tradicional ha agravado las condiciones de vida de la población. Sin embargo, en último análisis, a pesar de sus crímenes, Inglaterra ha sido “el instrumento inconsciente de la historia” al introducir las fuerzas de producción capitalistas en la India y provocar una verdadera revolución social en el estado social (estancado) del Asia (Marx, 1853/1973: 24-30).

En un artículo ulterior, “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, Marx explicita

su postura: la conquista inglesa de la India revela, de otro modo, “la profunda hipocresía y la barbarie propias de la civilización burguesa”. Sin embargo, la célebre conclusión de este texto resume perfectamente la grandeza y los límites de esta primera forma de la dialéctica del progreso: “Y sólo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiéndolos a control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado” (*Ibid.*: 71-77).

Como ha señalado Michael Löwy, Marx percibe claramente la naturaleza contradictoria del progreso capitalista y no ignora en absoluto su costado siniestro, su naturaleza de Moloch exigiendo sacrificios humanos; pero él no cree menos en el desarrollo burgués de las fuerzas productivas a escala mundial —promovido por una potencia industrial como Inglaterra— y, en último análisis, históricamente progresista en la medida en que prepara el camino a la “gran revolución social”. Se hace aquí patente la impronta hegeliana, histórico-filosófica, de la concepción marxiana del progreso: la “astucia de la razón” —una verdadera teodicea— permite explicar e integrar todo acontecimiento (aún los peores) en el movimiento irreversible de la Historia hacia la Libertad. Esta forma de dialéctica cerrada —ya predeterminada por un fin— parece considerar el desarrollo de las fuerzas productivas —impulsadas por las grandes metrópolis europeas— como idéntico al progreso, en la medida en que él nos conduce necesariamente al socialismo (Löwy, 1996: 197).

El Prólogo de Marx a la *Crítica de la Economía Política* de 1859 parecía establecer una visión progresista y secuencial de modos de producción sucesivos y *El Capital*, como se ha señalado, parecía confirmarlo, al mostrar cómo los “países industrialmente más desarrollados no han más que poner por delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir” (*El Capital*, 1867/1946, I: XIV). La puesta en cuestión de esta concepción histórico-filosófica fue llevada a cabo por el marxismo crítico a partir de la décadas de 1920 y 1930, de Lukács a Karl Korsch, de Gramsci a Mariátegui, de Benjamin a Adorno. Retomando estas preocupaciones, investigadores

contemporáneos exhumaron nuevos textos y revelaron los esfuerzos de Marx, tras la publicación de *El Capital*, por desautorizar las tentativas de “convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren”. Su método, aclara el propio Marx, consiste en estudiar en su especificidad los diferentes medios históricos para luego compararlos entre sí, y no en la aplicación de la “clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica” (Marx, 1877-78/1980: 63-65). Pero quizás el síntoma más evidente de cierto desajuste existente entre la teoría histórica tal como Marx la concebía y lo que comenzaba a institucionalizarse como Filosofía marxista de la Historia, fue el malestar y el extrañamiento del propio Marx ante los “marxistas” que creían ser fieles a su maestro reduciendo la historia a un relato preconstituido de matriz economicista: “Todo lo que sé es que yo no soy marxista”.

Ahora bien, en 1890 o en 1900, no sólo en el San Luis de Lallemand sino en la Stuttgart de Kautsky, en la Ginebra de Plejánov o en el San Petersburgo de Lenin se ignoraban absolutamente estos esfuerzos de Marx por repensar su concepción de la historia a la luz de un desarrollo desigual y no lineal y expansivo del capitalismo (Tarcus, 2000). Fue aquel razonamiento teleológico y eurocéntrico el que sirvió de base para la llamada doctrina “marxista ortodoxa” de la Segunda Internacional, con su concepción determinista del socialismo como resultado inevitable del desarrollo de las fuerzas productivas (en contradicción creciente con las relaciones capitalistas de producción (Löwy, 1996: 199).

La apelación a la cientificidad, con todo, no estaba necesariamente reñida con una concepción mesiánica de la revolución. El propio Kautsky, en su influyente comentario de *Die Neue Zeit* sobre el Programa de Erfurt, interpretaba el papel de la socialdemocracia como una “iglesia combatiente” y el del socialismo como una “buena nueva” o un “nuevo evangelio”. El triunfo del socialismo aparecía como inevitable: “Lo que no puede ser motivo de duda para quien haya seguido el desarro-

llo económico y político de la sociedad moderna, especialmente durante el último siglo, es la necesidad de la victoria final del proletariado” (“Das Erfurter Program”, *DNZ*, 1891, en Salvadori, 1978/1980).

La semejanza con la perspectiva de Lallemand es enorme: “Es la fuerza inconsciente, que aparece en toda la historia del género humano como una directriz, que determina el rumbo en que debe evolucionar el desarrollo. Somos nosotros los obreros socialistas los primeros portadores conscientes de la idea progresista histórica. En este carácter consiste nuestra absoluta invencibilidad. El Congreso argentino nos oirá, y aunque se oponga el infierno a ello, dictará la ley que solicitamos (“Presentación de la Federación Obrera. Al honorable Congreso (continuación)”, *EO* n° 9, 21/2/1891).

Lallemand: ¿un marxismo sin sujeto?

El 7 de abril de 1894 aparecía el primer número de *La Vanguardia* y como un eco directo de *El Obrero*, se titulaba “periódico socialista científico, defensor de la clase trabajadora”. En la portada, bajo el título de “Nuestros predecesores”, se le rendía homenaje a Lallemand y su periódico: “Debemos un recuerdo honroso a los que nos han precedido aquí en la propaganda socialista. *El Obrero*, semanario que apareció en diciembre de 1890, ha sido el primer periódico de la clase trabajadora argentina. Fue órgano de la Federación Obrera, y contribuyeron muy principalmente a sostenerlo los compañeros Lallemand y Kühn” (*LV* n° 1, 7/4/1894, p. 1).

Pocas semanas después, se publicaba una carta de Lallemand al director de *La Vanguardia* bajo el título “Los obreros en la República Argentina. Una opinión digna de ser escuchada”. El copete indicaba: “El ciudadano Germán A. Lallemand, que ha sido uno de los iniciadores del movimiento socialista entre nosotros como fundador de *El Obrero*, a cuyo sostenimiento contribuyó tanto con su inteligencia como con su dinero, y que ahora es asiduo colaborador del *Vorwärts* y de *La Vanguardia*, nos ha escrito una carta de la cual a continuación damos algunos párrafos. Ellos muestran la conformidad de ideas que tiene con nosotros en lo que se refiere a la necesidad de que también en este país los obreros socialistas

entren en la lucha política” (LV n° 5, 5/5/1894: 1).

La prédica de *El Obrero* había dado, pues, sus frutos. Juan B. Justo lo reconocía como el primer precedente de *La Vanguardia*. Un joven socialista de la nueva generación como José Ingenieros, en su folleto “¿Qué es el socialismo?” (1895), recogía lo sembrado por Lallemant en *El Obrero* y *La Agricultura* y lo citaba como una autoridad científica y ética a la hora de demostrar la pertinencia de la “cuestión social” en la Argentina (Ingenieros, 1895). En la asamblea del Partido Socialista Obrero Argentino del 9 de febrero de 1896 es elegido uno de los cinco candidatos socialistas a diputado para las elecciones parlamentarias de abril de 1896.

Sin embargo, Lallemant no reconocerá paternidad alguna con la generación socialista emergente. No dará continuidad a sus colaboraciones en *La Vanguardia* más allá de estas jornadas iniciales ni volverá a ocupar cargos en el Partido Socialista. Asimismo, su crítica vitriólica al folleto de Ingenieros en las páginas del *Vorwärts*, es un testimonio por demás elocuente de su distanciamiento: “los obreros —escribe Lallemant en 1896— notan en el folleto del señor Ingenieros que a los estudiantes les falta mucho por aprender” (transcripto en Reinhardt, 1974: 100). Paradójicamente, el ingeniero Lallemant se ampara en el carácter obrero del semanario *Vorwärts* desde el cual escribe para construir un imaginario colectivo proletario e impugnar el socialismo “pequeño-burgués” de Ingenieros. Sin embargo, el joven Ingenieros lidera entonces un grupo estudiantil (el Centro Socialista Universitario) que formará parte activa del proceso de constitución del Partido Socialista Obrero Internacional, mientras el *Verein Vorwärts* aparece por momentos replegado a una función de integración cultural y social de la comunidad alemana en la Argentina.⁴

A menudo se ha entendido su distanciamiento del socialismo argentino por sus diferencias con el socialismo “revisionista” de Justo. En efecto, en una corresponsalía de 1896 a *Die Neue Zeit*, aprueba en líneas generales la agitación socialista del partido argentino “en el terreno práctico”, pero censura el eclecticismo de su política editorial, así como la política de traducciones de *La Vanguardia*, por la difusión de autores como Enrico Ferri y Acchille Loria (“El movimiento obrero en la Argentina”, *DNZ* 1895-1896, en Lallemant,

1974: 167). En una corresponsalía de 1908, el distanciamiento crítico ha aumentado: la acción del partido, señala allí, difícilmente puede ser “más tranquila y cautelosa. Los jefes han pasado casi sin excepción al campo de Turati... son ideólogos burgueses que no están dispuestos a cruzar un determinado Rubicón” (Lallemant, 1974: 205).

Sin embargo, si vamos un poco más allá de las enunciaciones doctrinarias y atendemos a la concepción que cada uno se había forjado del socialismo así como de la sociedad argentina y su lugar en el capitalismo internacional, se pone en evidencia que la oposición Justo/Lallemant es una construcción en parte debida a Kühn, pero sobre todo a los comunistas y sus epígonos (Paso, Ratzer, etc.). Es más: puede afirmarse que Justo es el discípulo cabal de Lallemant, aunque éste no reconociese su paternidad político-intelectual. Es indudable que Justo no adscribía al “marxismo ortodoxo” al estilo de un Kautsky o un Lallemant, considerando a Marx dentro de un universo de autores socialistas compartido con un Ferri o un Loria (Aricó, 1999). Esto no impide que ambos adscriban a un socialismo con un fuerte énfasis científicista, objetivista y evolucionista, defiendan como “civilizatoria” la expansión del capitalismo, sostengan para la Argentina una política económica favorable al libre comercio y estén animados por la misma confianza en que el progreso —identificado con el desarrollo tecnológico— colocará al proletariado moderno en los umbrales del socialismo.

Y si alguno de los dos está más próximo a atisbar una salida a este rígido paradigma, ése es Justo y no Lallemant. Es, precisamente, su rol de organizador político y dirigente partidario —ausente en Lallemant— el que lleva a Justo a argumentar brillantemente contra este paradigma cuando precisamente Enrico Ferri, en su célebre conferencia de 1908 en Buenos Aires, la vuelve contra el Partido Socialista. La política ha enriquecido y problematizado el socialismo objetivista y evolucionista de Justo, pero esta es una dimensión ausente —más allá de ciertos enunciados generales— en Lallemant.

Las corresponsalías de Lallemant en *Die Neue Zeit* se fundan, sin duda, en la complicidad doctrinaria (marxista “ortodoxa”) con Kautsky a expensas del “revisionismo”. Pero esta “ortodoxia” paga el precio oneroso del elitismo y el nacionalismo

cuando busca asociar a los obreros inmigrantes alemanes con la cultura y la conciencia socialistas, en franco contraste con la imagen que construye de “los obreros italianos y españoles, que forman la gran mayoría” del proletariado de la Argentina, escasamente ilustrados y politizados. Lallemand sólo se asemeja a Kautsky en dicha identidad doctrinaria; en verdad, no se ajusta a la figura de un marxista clásico: responde más a la imagen de un “sabio” al estilo decimonónico que a la de un político socialista del nuevo siglo. Es acaso, como Kautsky, un teórico marxista, pero con la diferencia crucial de que el autor de *La cuestión agraria* es el tutor doctrinario de un partido político de masas (el Partido Socialdemócrata Alemán), mientras Lallemand —salvo el breve lapso de colaboración con los socialistas argentinos— es un marxista sin sujeto. Tanto más lejos se situaba de la política, tanto más patente se hacía su socialismo objetivista. Un sabio devenido socialista, un alemán en un país periférico, un marxista sin proletariado, un Kautsky sin partido.

¿Era, pues, inevitable su ulterior distanciamiento del socialismo argentino? En modo alguno: de estar animado por una voluntad política, pudo jugar su enorme prestigio político-intelectual ocupando, acaso, un lugar de maestro, como Engels lo fue respecto de Kautsky, Bernstein y tantos otros, cuestionando lo que entendía eran las flaquezas de los jóvenes, pero también orientándolos, aconsejándolos y promovéndolos. Pudo transformar su autoridad intelectual y moral en autoridad política, como lo hizo Justo. E incluso poner su prestigio político-intelectual al servicio de una línea interna anti-revisionista, al estilo de un Kautsky.

Pero esto implicaba, sin duda, su instalación en Buenos Aires, lanzándose de lleno al único terreno que no había rastreado este explorador consumado: el de la política. Su recolocación implicaba una (auto)transformación que Lallemand no supo o no pudo hacer. Es así que aquel sabio germano-argentino de carácter intempestivo, hosco y solitario como un Robinson en su San Luis adoptiva, escogió en cambio el camino de la “crítica científica”, severa, inexorable... Es así que luego de colaborar en los primeros dos años de la experiencia de *La Vanguardia* y de aceptar su candidatura socialista a diputado, se automarginaba de los que iban a poner en movimiento al

Partido Socialista argentino aquel hombre notable que había dado lo mejor de sí para nutrir de una doctrina emancipatoria al naciente proletariado argentino.

Referencias bibliográficas

- Andreucci, Franco (1980), “La difusión y vulgarización del marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 3.
- Aricó, José (1999), *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bauer, Alfredo (1989), *La Asociación Vorwärts y la lucha democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert/Legasa. Introducción de Emilio Corbière.
- Chávez, Fermín (1993), “Un marxista alemán en San Luis”, en *Todo es Historia* n° 310, mayo de 1993.
- Díaz, Hernán (1997), “Germán Avé Lallemand y los orígenes del socialismo argentino”, en *En defensa del marxismo* n° 17, Buenos Aires, Julio de 1997.
- Ferrari, Roberto A. (1993), *Germán Avé-Lallemand. Introducción a la obra científica y técnica de Germán Avé Lallemand (c. 1869-1910)*, San Luis, Instituto Científico y Cultural “El Diario”.
- García Costa, Víctor O. (1985), “Introducción” a: *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Haupt, Georges (1979), “Marx y marxismo”, en *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 2.
- Hobsbawm, Eric (1983) [1974], “La difusión del marxismo (1890-1905)”, en *Marxismo e historia social*, Puebla, UAP.
- Ingegnieros, José (c. 1927), “¿Qué es el socialismo?”, Buenos Aires, 1895. Citamos de la 2° ed: Buenos Aires, Los Pensadores, s/f.
- Klima, Jan (1974), “La Asociación bonaerense Vorwärts en los años ochenta del siglo pasado”, en *Ibero-Americana Pragensia*, a. VIII, Praga.
- Kühn, Augusto (1916), “Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina”, en *Nuevos Tiempos. Revista de Buenos Aires*, n° 1-6, Buenos Aires.
- Labastíe de Reinhardt, María Rosa (1975), “Una polémica poco conocida. Germán Avé Lallemand-José Ingenieros (1895-1896)”, en *Nuestra Historia* n° 14, Buenos Aires, abril de 1975.
- Lallemand, Germán-Avé (1888), *Memoria descriptiva de San Luis. Presentada al Concurso de la Exposición Conti-*

mental de 1882, San Luis, Imprenta de "El Destino", 1888.

——— *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (1974), Buenos Aires, Testimonios, sel. de textos de L. Paso.

- Löwy, Michael (1996), "La dialectique marxiste du progrès et l'enjeu actuel des mouvements sociaux", en *Congrès Marx International. Cent ans de marxisme. Bilan Critique et prospectives*, Paris, Actuel Marx Confrontation/PUF.
- Marx, Carlos (1847), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires, Signos, 1970.
- (1867, 1885, 1894), *El Capital. Crítica de la Economía Política* (1946), México, FCE, 3 vols.
- (c. 1877), "Carta a la redacción de *Otiéchestvienné Zapiski*", en Marx/Engels, *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*, México, PyP, 1980.
- Mondolfo, Rodolfo (1915), *El materialismo histórico en F. Engels y otros ensayos*, Buenos Aires, Raigal, 1956.
- Paso, Leonardo (1974), Introducción a: *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina*, Buenos Aires, Testimonios.
- Ratzer, José (1970), *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.
- Salvadori, Massimo (1978), "Kautsky entre ortodoxia y revisionismo", en Hobsbawm y otros (eds.), *Historia del marxismo*, Barcelona, Bruguera, vol. 4, 1980.
- Shanin, Teodor (ed.) (1984), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*, Madrid, Revolución, 1990.
- Tarcus, Horacio (2000), "¿Es el marxismo una Filosofía de la Historia? Marx, la teoría del progreso y la 'cuestión rusa'", en *Realidad Económica*, n° 174, Buenos Aires, agosto/setiembre 2000.
- Terán, Oscar (2000), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE.
- Thompson, E. P. (1978), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, LAIA, 1981, 3 vols.

- 1 El tema no está agotado. Un rastreo exhaustivo de los cientos de artículos de Lallemant dispersos en una docena de publicaciones periódicas, especialmente el *Vorwärts*, quizás permita hallar referencias del propio autor a su autobiografía político-intelectual. Se ha señalado reiteradamente que Lallemant mantuvo correspondencia con Engels y con Kautsky. Hasta el presente no se ha hallado ninguna de sus cartas en los archivos europeos que albergan los Fondos de estas dos figuras, cartas que, de existir, sin duda arrojarían nueva luz sobre la recepción del marxismo por Lallemant.
- 2 "Aus der Pampa" en *La Plata Monatschrift*, 1873, transcrito y traducido en: Ferrari, 1993: 110-111
- 3 Por citar los primeros hitos de este debate: *El Capital Financiero* de R. Hilferding apareció en Viena en 1910, *La acumulación del capital* de R. Luxemburg es de 1913 y el clásico folleto de Lenin, "El imperialismo, etapa superior del capitalismo", de 1915.
- 4 Cuando en abril de 1894 tres agrupamientos socialistas — *Les Egaux*, *Fascio del Laboratori* y la Agrupación Socialista— constituyen el Partido Socialista Obrero Internacional, el *Verein Vorwärts* se abstiene de participar. Pocos meses después, pidió su adhesión.

Publicaciones periódicas

- *Vorwärts. Organ für die Interessen des arbeitenden Volkes* (Buenos Aires, 1886-1901). Varios directores sucesivos. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.
- *El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria. Órgano de la Federación Obrera* (Buenos Aires, 1890-1892). Dir.: Germán Avé-Lallemant, luego a cargo de Augusto Kühn. Colección microfilmada en la biblioteca Central de la UNLP y en el CeDInCI.

David Schidlowky, "Extractos de un *racconto* biográfico.
El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966",
en **Políticas de la Memoria**, n° 15, Buenos Aires, 2015,
pp. 205-213.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234

Extractos de un *racconto* biográfico

El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966

David Schidlowsky*

Pablo Neruda es, sin lugar a dudas, uno de los poetas más importantes de la literatura universal del siglo XX, siglo de luces y de enormes sombras. Su obra y su vida han tenido y siguen teniendo una enorme influencia literaria y política que sobrepasa los márgenes de su país o los del continente americano. Una de las incógnitas más grandes de la vida de este artista es su relación con el mundo comunista, en todas sus facetas y desarrollos. Este artículo busca centralizar en lo posible su *racconto* biográfico y posibilitar una visión amplia de esta relación, buscando su origen y desarrollo.

La biografía del poeta chileno muestra que su transformación en un intelectual con posiciones políticas definidas solo se logró en Europa. Contrariamente a la mayoría de los miembros “normales” del comunismo chileno, Neruda no ingresó al partido comunista de su tierra natal y no escaló desde ahí los peldaños de la jerarquía comunista. El motivo de su acercamiento y de su ascensión a ser uno de sus intelectuales más conocidos del mundo comunista, fue la consecuencia natural de una combinación de factores externos: su encuentro con los intelectuales españoles durante la Segunda República, cuando ocupó diversos cargos consulares en Barcelona y Madrid entre mayo de 1934 y noviembre de 1936, el comienzo de su relación con la comunista argentina Delia del Carril, el impacto de la Guerra Civil Española y el asesinato de Federico García Lorca, como también su trabajo para el II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura.

Neruda ingresó oficialmente al Partido Comunista de Chile (PCCH) en 1945, pero su acercamiento al movimiento fue anterior. Pocos meses después del comienzo de la Guerra Civil Española, sale de Madrid y viaja, a comienzos de 1937, a París. Se separa de su mujer e hija y pasa a vivir junto a la artista argentina Delia del Carril, quien le presenta a intelectuales que viven en la capital francesa, como Louis Aragon y Paul Eluard. Como Neruda no recibía salario del Ministerio, ya que no tenía un puesto consular, y sin otras entradas monetarias, comienza a trabajar en la Asociación Internacional de Defensa de la Cultura, dirigida por Aragón. Pasa entonces a ser uno de los organizadores para América Latina del II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura. En nombre de esta Asociación invita a organizaciones y personalidades del continente,

deseando, en cartas que envía a Juan Marinello, Nicolás Guillén u Octavio Paz, que la representación de “nuestra América sea las más importante”.¹ Paralelo a este trabajo, Neruda publica junto con la poeta, publicista y editora inglesa Nancy Cunard, también simpatizante comunista, la revista **Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español** (también bajo el nombre **Les Poètes du Monde Défendent le Peuple Espagnol**). En los seis números que tuvo la revista, se publicaron mayoritariamente autores comunistas o simpatizantes, como Rafael Alberti, Raúl González Tuñón, Nicolás Guillén o Randall Swingler.² Los poemas publicados se encontraban a su vez dentro de los márgenes de las propuestas ideológicas de la Tercera Internacional (Komintern), particularmente en cuanto al énfasis en la lucha antifascista y la creación de Frentes Populares.

La cúspide de este proceso de acercamiento de Neruda al movimiento comunista y de su aceptación como uno de los “nuestros”, es su participación en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, efectuado en julio de 1937 en París, Valencia, Madrid y Barcelona. En este congreso, que reunió a delegaciones de veinte y siete países que viajaban de una ciudad a la otra, Pablo Neruda es nombrado miembro de la Presidencia, junto con André Malraux, Julien Benda, Ludwig Renn, Mikhail Koltzov, Alexis Tolstói, Martin Andersen Nexø, Wystan Hugh Auden, Antonio Machado y José Bergamín.³ En ese tiempo, la mayoría eran autoproclamados marxistas o cercanos al movimiento comunista y la Tercera Internacional. Para Neruda esta participación es de gran importancia. Por primera vez es miembro de la Presidencia en un congreso mundial. Entra en contacto con una organización ideológica que lo respalda y apoya. Su papel no es ideológico, pero pertenece a gremios donde se toman medidas para la lucha. Se encuentra próximo al movimiento comunista que lo trata como uno de los suyos. Es a su vez elegido como miembro del *bureau* de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, decisión adoptada a fines del Congreso. No olvidemos, todo esto siendo Neruda aún Cónsul, sin puesto fijo, pero ofi-

* Investigador independiente, Berlín, Alemania.

¹ Ángel Augier, **Pablo Neruda en Cuba y Cuba en Pablo Neruda**, La Habana, Unión, 2005, pp. 18-19.

² Rafael Osuna, **Pablo Neruda y Nancy Cunard: Les Poètes du Monde Défendent le Peuple Espagnol**, Madrid, Orígenes, 1987, pp. 21-39 y 80.

³ Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider (eds.), **II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura**, Valencia, Conselleria de Cultura, 1987.

cialmente dependiendo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, que le pedía mantener neutralidad política.

Con esta experiencia, sumada a su lograda fama y prestigio internacional, vuelve a Chile a fines de 1937, y desde entonces es considerado por el PCCH como uno de los suyos, aun cuando tanto él como el partido negarán una pertenencia oficial. Para los comunistas chilenos, entonces aislados políticamente, esta táctica era valiosa en tanto facilitaba que a través de Neruda se acercaran al partido una serie de intelectuales amigos. Neruda vuelve a Chile como el “comunicador de una epopeya, el portavoz de un drama universal, el anunciador de un peligro *ad portas*”, como lo describirá años más tarde el miembro del PCCH y futuro secretario general, Volodia Teitelboim.⁴

Después de participar en la política local apoyando al candidato del Frente Popular con participación del PCCH, Pedro Aguirre Cerda, quien asume su puesto a fines de 1938, Neruda es nombrado en 1939 Cónsul Particular para la Emigración Española en París. Con este cargo logra llevar a Chile cerca de 2000 refugiados, en su mayoría comunistas, quienes lograron con su ayuda huir de Europa cuatro semanas antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Esta hazaña ayudará a fomentar la fama de Neruda en su país y dentro del movimiento comunista mundial. Después de un breve intermedio en Chile, es nombrado, en junio de 1940, Cónsul General de Chile en Ciudad de México, asumiendo su puesto en agosto del mismo año.

México

Durante la estadía en México entre 1940 y 1943, Neruda tendrá una actuación pública que siempre se mantendrá dentro de los márgenes de la política soviética, a pesar de que su cargo consular lo obligaba a mantener una actuación neutral.⁵ Esto puede percibirse tanto en su actuación política como en su programa literario. Ejemplos de lo primero es la ayuda que Neruda prestó al muralista mexicano David Alfaro Siqueiros a salir de la cárcel y viajar a Chile. Siqueiros estaba preso por haber participado en mayo de 1940, junto a un grupo de ex combatientes de la Guerra Civil Española, en el primer atentado a León Trotsky. El propio Siqueiros disparó contra el lecho donde supuestamente dormían Trotsky y su esposa, sin lograr asesinarlo. Trotsky morirá después de un segundo atentado, el mismo día que Neruda asume sus funciones. Debido a la ayuda prestada a Siqueiros, Neruda es suspendido de su cargo por un mes, bajo la argumentación de haber reincidido en una falta administrativa al visar el pasaporte de Siqueiros sin autorización ministerial.⁶ En el mismo sentido pueden considerarse sus caracterizaciones sobre la Segunda Guerra Mundial. Si en 1939 Neruda definía el comienzo de gue-

rra europea como promovida por los comerciantes e imperialistas que impedían al pueblo obtener sus libertades y a su vez justificaba las medidas “defensivas” de la URSS (el Pacto Ribbentrop-Molotov sobre la partición de Polonia y la declaración de la países bálticos como zonas de interés soviético),⁷ con el comienzo de la Operación Barbaroja y la invasión de la Alemania nazi a la URSS, se convierte en portavoz de una campaña de apoyo y solidaridad que pone fin a su silencio sobre lo que ocurría en Europa.

En estos años, Neruda vuelve a escribir poemas y artículos combatientes y políticos, como había ocurrido durante la Guerra Civil Española, que se publicarán en México, Chile y otros países del continente americano. “7 de noviembre. Oda a un día de victoria”, “Canto a Stalingrado” y “Nuevo canto de amor a Stalingrado” son ejemplares en este sentido. También lo es el artículo “Zweig y Petrov”, donde resalta la heroica lucha soviética contra los nazis, contraponiendo el escritor Jewgeni Petrov, que muere como corresponsal de guerra, a la “cobardía” de Stefan Zweig, cuyo suicidio, afirma Neruda, personifica la “muerte de un hombre que no tiene qué hacer sobre la tierra en momentos de grandes tareas”.⁸ Al mismo tiempo, su paso por México y la intensificación de la lucha política aceleran un proceso de toma conciencia de América, cuyo mayor ejemplo es el poema “América no invoco tu nombre en vano”, el último escrito antes de salir de México, que luego formará parte de **Canto General**, el libro cúspide de este proceso.

Chile

Con el término, en 1943, de su cargo consular en México, Neruda manifiesta en varias ocasiones su deseo de dedicarse a la política. Así lo hace en Chile, donde pronuncia discursos y participa en manifestaciones hasta ser elegido senador de la República en marzo de 1945, y finalmente, ingresar oficialmente al PCCH en julio del mismo año. En su trabajo parlamentario, Neruda se integra a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, dedicándose a temas como el fascismo, las relaciones con la URSS y la situación en Europa. Con el comienzo de la Guerra Fría y merced a su influencia en la vida política de Chile, Neruda se transforma en uno de los más fuertes adversarios del Presidente chileno Gabriel González Videla. Como en toda su vida política, también en esta época pone su discurso al servicio de la causa del PCCH y la URSS y asume públicamente sus, en ocasiones polémicas, posiciones en la Guerra Fría.⁹ La confrontación de Neruda con González Videla, acentuada por tres discursos del poeta en el Senado y un artículo publicado en Caracas (la cono-

⁴ Volodia Teitelboim, *Antes del olvido. Un muchacho del siglo XX*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1997, p. 369; David Schidlowky, *Pablo Neruda y su tiempo. Las furias y las penas*, 2 tomos, Santiago de Chile, RIL, 2008, pp. 351-2.

⁵ Schidlowky, *ibid.*, pp. 470-574.

⁶ *Ibid.*, pp. 476-533

⁷ *Ibid.*, p. 455

⁸ Pablo Neruda, “Zweig y Petrov”, en *Repertorio Americano*, año XXIII, n° 964, San José de Costa Rica, 12 de septiembre de 1942.

⁹ Un ejemplo: al romper Chile relaciones con la URSS el ex embajador chileno no recibe los salvoconductos para que su familia pueda salir de Moscú, debido a que su hijo estaba casado con una ciudadana soviética y las leyes soviéticas prohíben a sus ciudadanos casarse con extranjeros y abandonar el país. Para Neruda, el hijo del embajador chileno estaba obligado a conocer, respetar y cumplir la legislación interna soviética. Por lo tanto la nuerca del embajador no podía obtener ciudadanía chilena ni optar por fuero diplomático. Cfr. Schidlowky 2008, *op. cit.*, p. 715

cida “Carta íntima para millones de hombres”),¹⁰ lleva a que el gobierno chileno eleve a la justicia una petición de desafuero por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado e injuriar al Presidente y por denigrar a Chile en el exterior. El miedo a que fuera tomado preso obliga a que el PCCH ayude a Neruda a vivir en la clandestinidad a partir de febrero de 1948. Más tarde, el partido mismo será declarado ilegal (30 de septiembre de 1948). La noticia divulgada por el mundo sobre un poeta perseguido por el Gobierno chileno fomenta la fama de Neruda, tanto en la izquierda comunista del mundo occidental como en los países comunistas. En marzo de 1949 logra huir a Buenos Aires y después a París.

Exilio

El exilio del poeta chileno comienza con su imprevista aparición en el Congreso Mundial de la Paz efectuado en la capital francesa en abril de 1949, mientras en Chile seguía siendo buscado por la policía local. El Congreso Mundial de la Paz fue organizado por el Consejo Mundial por la Paz, una organización financiada por el bloque soviético y de la que Neruda será nombrado miembro en ese momento. Este exilio, que duró hasta 1952, se caracterizó por su obligado distanciamiento de la vida cotidiana chilena, el regreso a una intensa vida literaria, viajes por el mundo, el conocimiento de los países socialistas y el apoyo público a su política. Es entonces cuando Neruda se convierte en uno de los más importantes intelectuales comunistas, aun cuando conocía de cerca lo que acontecía en la URSS en esos mismos años.

Los viajes y estadias en los países socialistas se multiplican, así como los poemas y las declaraciones de apoyo a la política de Stalin. Por esa época, además, recibe los dos premios más importantes del mundo comunista. El primero en noviembre de 1950, el “Premio Internacional de la Paz” —anunciado en Varsovia durante el Segundo Congreso Mundial de la Paz— le es otorgado por el poema “Que despierte el leñador”. Publicado en 1948 (más tarde, con pequeñas modificaciones, formará parte de *Canto General*), el poema es un homenaje a Stalin en el plena Guerra Fría, ataca la política norteamericana y la contraponen a Abraham Lincoln, un ejemplo para la esperanza de un “despertar” pacífico de los Estados Unidos.¹¹

El segundo, el “Premio Stalin por el Fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos”, le fue concedido en 1953, cuando ya había terminado su exilio. Neruda relata en sus memorias que Stalin mismo, poco antes de su muerte, lo ayudó a recibir este premio, ya que en 1952, enterado del nombre de los galardonados, preguntó por qué Neruda, que pertenecía al jurado, no estaba entre los premiados. Alertado sobre esta inquietud, Neruda no asiste a las

sesiones del Jurado para el año 1953 “debido a haberse encontrado con su salud resentida”.¹²

En sus viajes, Neruda asume en diversas ocasiones la política y propaganda soviética. En septiembre de 1949 participa en México del Congreso Continental Americano por la Paz, junto a 1500 delegados de casi todos los países americanos. Su discurso es uno de los puntos culminantes del encuentro y será traducido y difundido en cerca 20 países. Por el lado político, allí acepta que hay dos fuerzas principales que operan en la política mundial, el imperialismo antidemocrático bajo la tutela de los Estados Unidos y las fuerzas anti-imperialistas y democráticas encabezadas por la URSS, dejando en claro su posición en favor de esta última. Por el lado cultural, muestra su acercamiento a la hegemonía cultural zhdanovista y al “realismo socialista”, lo que lo lleva a rechazar partes importantes de su propia obra temprana. Tampoco faltan las críticas a Jean-Paul Sartre, al “silencio cómplice” de John Steinbeck y Ernest Hemingway y a la novela *Los días terrenales*, del escritor mexicano José Revueltas (quién se había retirado del PC mexicano por su esquematismo y oportunismo), un libro que, según Neruda, contenía un “misticismo destructor que conduce a la nada y la muerte”, esto a pesar de que en los años 40 él mismo consideraba a Revueltas como una de las figuras literarias más importantes de México.¹³

Una visita a Guatemala, en abril de 1950, le sirve a Neruda para volver a demostrar su acuerdo con las medidas soviéticas dentro de los parámetros del zhdanovismo: su aprobación de la crítica al compositor soviético Dmitri Shostakóvich o del destierro cultural de Boris Pasternak, la necesidad de un realismo en la cultura o de utilizar los parámetros del “realismo socialista”. A su

¹⁰ La carta se publicó originalmente bajo otro nombre. Cfr. Pablo Neruda, “La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente”, en *El Nacional*, Caracas, 27 de noviembre de 1947. Al difundirse por el continente americano se tituló “Carta íntima para millones de hombres”.

¹¹ Schidlowsky 2008, *op. cit.*, p. 751.

¹² El culto a la persona de Stalin llegará a su cúspide con la muerte del dictador soviético en 1953. Neruda le dedica un extenso poema, “En su muerte”, que será parte de su libro *Las uvas y el viento*. Contrariamente a lo que afirma el poeta chileno en *Confieso que he vivido* (“dediqué uno sólo de mis poemas a esa poderosa personalidad” (Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1994 [1974], p. 415), al analizar la poesía política nerudiana queda claro que desde sus comienzos Stalin es un motivo importante en su poemas y está presente en los libros *Tercera residencia*, *Canto General* y *Las uvas y el viento*. [Cfr. Schidlowsky, *op. cit.*, 878-80]. Al recibir el Premio Stalin por la Paz en 1953, después de la muerte del dictador soviético, declara en una entrevista al diario *El Siglo*: “No puedo olvidar que esta recompensa por la paz lleva el nombre de Stalin, lo que es una responsabilidad nacional e internacional” (Cfr. “Premio a Neruda honra a Chile”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 22 de diciembre de 1953. Durante el homenaje oficial del PCCH por el premio, Neruda contesta con un discurso reviviendo y mostrando su admiración por la figura de Stalin, “el hombre sencillo que contemplaba el desfile de su pueblo” (Cfr. “Neruda dijo: Los mensajes de la poesía y la paz son los que pueden alcanzar más profundamente a la humanidad”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 18 de enero de 1954).

¹³ Tanto la crítica de Neruda como la de otros marxistas llevó a que Revueltas retirara su obra de las librerías de su país. Años más tarde, después de visitar los Estados Unidos para participar en las reuniones del PEN Club, Neruda visita Cuidad de México y se reencuentra con Revueltas. En casa del periodista y escritor Javier Wimer, el poeta Eduardo Lizalde y Revueltas mantienen una conversación con Neruda, de camarada a camarada, donde tratan de convencerlo de no “seguir engañándose y engañando, conociendo muy bien como estaba la URSS y que debía, basado en su gran prestigio intelectual y moral, denunciar la existencia criminal de los gulags, de la persecución sin fondo de los disidentes, de la falta asfixiante de libertades y de la economía maltrecha de las repúblicas”. Pero Neruda no acepta las razones y seguirá manteniendo su posición pública de apoyo incondicional a la Unión Soviética hasta el resto de sus días. Cfr. Schidlowsky 2008, *op. cit.*, pp. 563; Marco Antonio Campos, “Los días terrenales de Revueltas”, en *La Jornada Semanal*, México, 11 de junio de 2000.

vez acusa a André Malraux y Arthur Koestler de haberse “vendido” al oro de *Reader Digest*.¹⁴

En marzo de 1951, Neruda viaja a la URSS para participar en las reuniones del jurado del “Premio Stalin por la Consolidación de la Paz entre los Pueblos” y junto a Delia del Carril, visitan diversos puntos del país. En Moscú tiene lugar una conversación confidencial. Jorge Amado y su esposa Zelia Gattai, junto a Neruda y su mujer, mantienen un diálogo con un ex general español republicano que vivía en Checoslovaquia. Este se encontraba de visita en la URSS y les narra a puerta cerrada los rumores que corrían en Praga sobre la detención de altos dirigentes del Partido Comunista local y de ministros de Estado.¹⁵ Entre los presos se encontraban Artur London, amigo común de Neruda y Amado, y André Simonem que estuvo exiliado durante la II Guerra Mundial en México, donde conoció a Neruda. Es el comienzo de lo que pasará a la historia como “Proceso de Praga” o “Proceso Slánski”. Estas farsas judiciales, utilizadas ya por Stalin en la URSS desde los años 30 contra toda oposición a su gobierno, se utilizarán después de la Segunda Guerra Mundial en varios países del hemisferio comunista contra comunistas con un pasado antifascista y luchadores en países occidentales o en la Guerra Civil española. Los procesos eran parte de la política estaliniana de limpiar los regímenes de elementos “no leales” y de hacer una purga en los partidos comunistas de aquellos que venían de familias judías. Para muchos observadores quedó claro el carácter antisemita de los procesos, donde las acusaciones eran de hacer espionaje en beneficio del occidente, ser traidoreros, trotskistas y sionistas. De los catorce acusados en Praga, once son condenados a pena de muerte y asesinados.¹⁶ Neruda nunca se refirió a estas experiencias en sus memorias, donde solo menciona que los crímenes de Stalin fueron “revelados implacablemente en el XX Congreso”.¹⁷ En conversaciones privadas, sin embargo, se refirió a aquella época evadiendo el silencio que mantuvo públicamente, tal como lo recuerda el escritor chileno Jorge Edwards, quién sostiene que Neruda le narró que muchos de sus amigos en esos tiempos, poetas, escritores, y artistas, al divisarlo en la calle “cruzaban con paso rápido a la vereda de enfrente y desaparecían. El contacto con una persona que venía del extranjero era demasiado peligroso”.¹⁸

¹⁴ Conferencia publicada en 1955 (Cfr. Pablo Neruda, *Viajes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1955, p.174-199). Cuando en 1958 la Academia Sueca le otorgue a Pasternak el Premio Nobel, y éste lo acepta mediante una carta de agradecimiento, Neruda declara rápidamente en una entrevista que el premio “ponía fin a una ingrata discriminación internacional y premiaba a uno de los grandes valores de la poesía universal”. (citado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 28 de octubre de 1958). Días más tarde, Pasternak fue obligado por el régimen soviético a enviar una segunda carta, esta vez rechazando el premio debido “al significado que este premio ha tomado en la sociedad a la que pertenezco”. Cuando se conoce en Chile la reacción soviética, Neruda cambia de opinión sobre el premio a Pasternak y sostiene que no es justo “que la Academia Sueca premie su discutible novela por razones políticas y no se base en su poesía de preciosa estirpe” (Cfr. Pablo Neruda, “El socialismo puebla de creaciones los nuevos países”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 9 de noviembre de 1958. Si alguien hasta entonces dudaba si las posiciones públicas de Neruda eran propias, este cambio tan brusco justificó a aquellos que sostenían que solo opinaba según las directivas soviéticas. Obviamente le costará años al poeta liberarse de esta impresión y mejorar su reputación, sobre todo en los países occidentales.

¹⁵ Zelia Gattai, *Jardín de Inverno*, Companhia das Letras, 1988, pp. 112-114

¹⁶ Schidlowsky 2008, *op. cit.*, pp. 826-27.

¹⁷ Neruda, *Confieso que he vivido*, *op. cit.*, pp. 411-415.

¹⁸ Jorge Edwards, *Adiós, poeta*, Barcelona, Tustquets, 1990, p. 230; Schidlowsky, *op. cit.*, p. 828.

Durante una visita a Berlín Oriental en agosto de 1951 para participar en el Festival de la Juventud, nuevamente demostrará Neruda su admiración por la literatura soviética y el realismo socialista. En una conferencia ensaya una comparación con la literatura de los Estados Unidos, la que, según Neruda, “en su germen contiene un carácter criminal como expresión del crimen y del sufrimiento en el imperialismo”, mientras que la literatura soviética muestra el “cuadro de seres humanos felices con una fuerte confianza en el futuro”.¹⁹

Chile

A mediados de septiembre de 1952 Neruda vuelve a Chile, después de que el presidente Gabriel González Videla indultara a las personas que, como él, se hallaban procesadas por delitos políticos. Su vuelta a Chile y la fama que le ha otorgado el mundo comunista durante su exilio, es el crédito moral que tiene para difundir sus posiciones políticas, o las de su partido, sin la necesidad de ser un miembro activo en la lucha cotidiana, como en los años 40. Como en su vuelta de 1937, ayuda a su partido a salir del aislamiento político en que se encontraba desde su prohibición en 1948. La cultura es el arma de influencia más poderosa que tiene el PCCH y Neruda está en su centro. Participa en la campaña para las elecciones presidenciales apoyando la candidatura de Salvador Allende, la primera de sus diversas postulaciones antes de las elecciones en 1970.

También en esta época Neruda continuará la política del PCCH de apoyo público e incondicional a las decisiones de la URSS. En una entrevista (efectuada el 11 de octubre de 1952), muestra su profundo compromiso con lo que sucede en la URSS, ya sea en la política como en el arte. Acusa al arte moderno de ser cosmopolita y de no contribuir a la formación y construcción del porvenir. Justificando su posición, ataca a escritores como William Faulkner (uno de los novelistas “llenos de perversidad”) y T. S. Eliot (“falso místico reaccionario que dispone de un cielo particular para la nobleza británica”), a su vez polemiza contra al premio Nobel (“coronación y premio que da una sociedad agonizante a sus propios enterradores”) —el mismo que le será entregado en 1971— y alaba a los compositores soviéticos que se distancian de las nuevas tendencias musicales europeas (“La música atravesó por una crisis, también en la URSS, tendió a hacerse jergológica, atonal, disonante, hermética, difícil y antipopular. Esto venía de la influencia cosmopolita de los maestros europeos, que están matando la música... Los grandes compositores [soviéticos] entregan ahora la totalidad de su esfuerzo a una música ligada con la tradición rusa y con el porvenir de la tierra soviética”).²⁰

¹⁹ Discurso encontrado en Stiftung der Akademie de Künste (SAdK), Berlín Alemania, Archiv des Schriftstellerverbandes (SV), Signatura 210 (neue), Blat, 165-166. Citado en Schidlowsky, *op.cit.* p. 833.

Época del “Deshielo”

A partir del Segundo Congreso de Escritores Soviéticos efectuado en diciembre de 1954, el comienzo de la época titulada “deshielo” (término derivado de la novela de Ilyá Ehrenburg con el mismo nombre), las posiciones políticas y culturales mantenidas por Neruda hasta entonces cambian según las nuevas directivas soviéticas. El poeta, que estuvo presente en Moscú durante las discusiones de aquel congreso, en una entrevista al diario *El Siglo* del 23 de enero de 1955, explica la nueva apertura en las discusiones dentro del partido soviético. En el campo cultural, subraya, Moscú ha reconocido el derecho a una crítica libre y ha condenado un pasado plagado de “esquematismo” y “liquidacionismo”.²¹

Al llegar a Chile, en febrero de 1955, los primeros ejemplares de su nuevo libro *Odas elementales* (publicado en Buenos Aires en julio de 1954), Neruda sostiene que la base del libro es “la existencia de un vasto mundo socialista... [que] ha logrado... un período de mucha mayor amplitud y felicidad que en períodos anteriores...”.²² En abril del mismo año, vuelve a distanciarse de sus propias posiciones zhdanovistas de comienzos de los años 50. En un discurso público resalta los problemas que traía el “realismo socialista” y el culto personal a Stalin, con “el empobrecimiento de los hechos y de las vidas a través de una literatura que sólo tenga como objetivo el halago político o el oportunismo”.²³

Después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la publicación del discurso de Nikita Jruschov sobre los crímenes de Stalin, Neruda fue extensamente criticado por su continuo apoyo a Stalin y su política. La respuesta a estas críticas fue publicada en junio de 1956 en la revista *La Gaceta de Chile* como “Carta a los lectores”. Neruda sostiene que la “crítica [de Jruschov] fue adulterada, tergiversada y explotada por las agencias norteamericanas de noticias, y que conciernen en gran parte a problemas internos de la URSS...”.²⁴

Meses más tarde, con motivo de los cuarenta años de la Revolución de Octubre, Neruda participa en las festividades en Moscú y escribe un poema titulado “Oda a Lenin” (más tarde integrado a su libro *Navegaciones y regresos*). En este, el poeta ya no se centra en Stalin, que había sido “la madurez del hombre y de los pueblos” (de su poema “En su muerte”²⁵), sino en Lenin, que “sostuvo un pacto con la tierra / vio más lejos que nadie”. La influencia de los cambios ocurridos en el mundo comunista después del XX Congreso del PC soviético comienza a dejar también sus huellas

en la poesía nerudiana, aunque no lo llevan a un alejamiento público de la política soviética o la del PCCH.²⁶ Esto queda claro con motivo de la invasión soviética de Hungría en octubre de 1956. Neruda, que se encontraba fuera de Chile durante los acontecimientos, mantuvo un silencio que solo romperá al volver a Chile mostrando públicamente su apoyo a la intervención soviética. En una entrevista de diciembre de 1956, sostendrá que “agentes imperialistas... dieron dinero y armamentos para destruir la obra socialista” y que “el hecho de que las tropas soviéticas hayan intervenido de nuevo para la liberación de un pueblo... es tan natural como la entrada a Chile de las tropas argentinas de San Martín, que terminó con el imperialismo español en nuestra patria”.²⁷

Pero a pesar de esto, y en concordancia con la nueva política cultural de la URSS, se nota un paulatino cambio en las posturas de Neruda. Sigue distanciándose públicamente de sus posiciones anteriores sobre el arte, la literatura e inclusive de sus polémicas contra algunos escritores. Comienza a acentuar en entrevistas que está contra cualquier dogmatismo, fórmula o receta, que cualquier “autor verdadero” no aceptaría. A su vez hace autocrítica: “Yo también fui dogmático... Condené por ejemplo a... Rilke [a quien él mismo había traducido en 1926] y Kafka, sin siquiera conocer su obra... Ahora opino que en las obras de Rilke hay mucho de la más espléndida poesía y que en las obras de Kafka hay mucho de un penetrante y específico realismo. Cometí un error, retrasando la creación artística de artistas a quienes sólo conocía superficialmente”.²⁸

El poeta sigue igualmente siendo un miembro leal del PCCH y polemiza públicamente contra aquellos que después del XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría se alejan del movimiento comunista, como Howard Fast, amigo suyo por casi 20 años, quien había criticado la política soviética en Hungría. Neruda califica públicamente a Fast de “niño asustado” y deja en claro que él nunca “dejará de ser comunista” y como tal, luchará por una “sociedad sin clases”.²⁹

Cuba y la mayor ofensa política que recibió Neruda

La relación de Neruda con Cuba tiene diversas facetas. Entre 1940 y 1944, Batista había gobernado la isla en una coalición con participación comunista. Eran los tiempos de los Frentes Populares propagados por la Tercera Internacional. En marzo de 1942, durante su visita a Cuba, Neruda se encuentra dos veces con Batista. Al terminar su período presidencial, en octubre de 1944, viaja Batista por el continente americano llegando a Chile en el mes de noviembre. Es homenajeado por varias organizaciones ligadas al PCCH y en la Universidad de Chile. En este homenaje Neruda alaba a Batista como el “capitán de su pueblo... Capitán de las Islas, salido como la fibra o la greda de

²⁰ Enrique Bello, “Reportaje a Neruda”, en *Pro Arte*, n° 160, Santiago de Chile, 28 de noviembre de 1952; Schidlowsky, *ibid.*, pp. 865-7.

²¹ “Neruda: no he asistido a Congreso de mayor libertad y espíritu constructivo”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 23 de enero de 1955; Schidlowsky, *ibid.*, p. 930.

²² “El poeta comenta su libro”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 6 de febrero de 1955; Schidlowsky, *ibid.*, p. 931.

²³ “Las lámparas del Congreso”, en *Aurora*, n° 3, Santiago de Chile, abril de 1955; Schidlowsky, *ibid.*, p. 936.

²⁴ “Carta a los lectores”, en *La Gaceta de Chile*, n° 4, Santiago de Chile, junio de 1956; Schidlowsky, *ibid.*, p. 954.

²⁵ Pablo Neruda, *Las uvas y el viento*, Barcelona, Seix Barral, 1981 [1954], p. 150

²⁶ Schidlowsky, *ibid.*, p. 972

²⁷ “Neruda recoge el guante”, en *Ercilla*, n° 1128, Santiago de Chile, 19 de diciembre de 1956; Schidlowsky, *ibid.*, pp. 959-60.

²⁸ “Neruda confiesa sus errores”, en *Vea*, Santiago de Chile, 23 de enero de 1958; Schidlowsky, *ibid.*, p. 978-79.

²⁹ “No dejará de ser comunista, dijo Neruda”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 16 de junio de 1958; Schidlowsky, *ibid.*, p. 984.



las raíces populares, pueblo él mismo, pueblo en su gracia, en su intuición y en su fuerza... lo ponemos en el marco de los americanos totales, al lado de Cárdenas y cerca de nuestro nunca olvidado, heroico y calumniado, sagrado e inmortal Luis Carlos Prestes".³⁰ Cuando Batista se transforma en dictador en noviembre de 1958, Neruda busca mostrar su distanciamiento. En una entrevista dice que "Batista tiene ganas de irse. Seguramente piensa que debe irse cuanto antes. Está preso en la camarilla de policías, usurpadores y aprovechados. Eso le impide irse... Lo conozco bien... Le gusta la popularidad y sé que está mantenido por el terror. No es un demente... Como poeta y no como político tendría que reprocharle a Batista haber hecho del país más alegre del continente un verdadero infierno para su pueblo, de amenazas y de temores perpetuos". A su vez confirma que había sido "su amigo: ya no puedo hacerlo (sic)".³¹ ¿Se encuentra aquí, en este oportunismo político, la explicación de la desconfianza mutua entre Neruda, el PCCH y el régimen de Fidel Castro?

Pablo Neruda visita Venezuela en enero de 1959, poco tiempo después del triunfo de la Revolución Cubana. Fidel Castro, que tenía en ese tiempo el puesto de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, también visita el país para expresar su agradecimiento por la ayuda otorgada por el pueblo venezolano en su lucha contra la dictadura de Batista. El encuentro entre ellos no deja muy buena impresión en el poeta chileno, quien igualmente declara su apoyo incondicional al régimen de Castro. Así, durante su primera y única visita a la isla durante el régimen castrista, a fines de 1960, publica en La Habana su libro **Canción de gesta**, con una oculta crítica al culto a la personalidad de Fidel (poema "A Fidel Castro"). Esto no fue bien recibido por el régimen, aunque oficialmente se mostrase solidaridad y respeto mutuo.³² Al volver a Chile en enero de 1961, en una conferencia de prensa, Neruda declara que lo que sucede en Cuba es grandioso, que el pueblo está defendiendo la revolución y que a pesar del boicot norteamericano no hay escasez de provisiones. Pero las discusiones políticas no dejarán de tener influencia en las relaciones. Por eso, un día después de la conferencia de prensa de Neruda, el PCCH deja en claro que para el partido chileno sigue siendo válida la vía pacífica para la toma del poder, acentuando una frase que Neruda sostuvo frente a los periodistas: "las revoluciones no son exportables".³³ Estas discrepancias sobre las vías revolucionarias afectarán la relación del PCCH y de Neruda con el régimen de Castro y llevarán a la ruptura final del poeta con el régimen cubano.

Cuando Neruda viaja a los Estados Unidos en 1966, se encuentra ya en otra fase de su vida, la de "bonachón" y soberano absoluto, como lo calificó el escritor peruano Mario Vargas Llosa en una entrevista al escritor de este ensayo, donde a Neruda poco le interesaban las diferencias políticas o ideológicas, fuera de las obli-

gatorias declaraciones políticas de acuerdo a la política oficial del PCCH. El poeta chileno se esfuerza por salir de los viejos moldes, romper esquemas y hasta permite que se publiquen sus obras en la España franquista. En 1964 publica sus memorias poéticas **Memorial de Isla Negra**, donde rememora vivencias durante la época de Stalin y menciona el "gran silencio" de su generación frente a sus crímenes, sin perder la esperanza de que el movimiento comunista siga siendo la vanguardia de la humanidad.³⁴ A su vez, Neruda busca el reconocimiento y recibe invitaciones, no solo para los países socialistas sino también para los de occidente: Inglaterra, Alemania Federal, Europa Occidental y los EEUU. En 1965 viaja a Londres, donde recibe el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad de Oxford, visitando a su vez Italia, Finlandia y Yugoslavia, donde participa en las reuniones de PEN Club.³⁵

En junio de 1966 Neruda es invitado a los Estados Unidos para participar en las reuniones del PEN Club en Nueva York. El viaje es exitoso y en las reuniones, con participación de cerca de 600 escritores y poetas de 56 países, Neruda es el centro: "el famoso comunista que entraba a Nueva York... se desplazaba como una especie de divino, con una naturalidad de emperador", como lo calificará Vargas Llosa en la entrevista citada.³⁶ A su vez Neruda, en compañía de su mujer Matilde, visita Washington y San Francisco. Después de una corta visita a México llega al Perú, donde es condecorado por el Presidente Fernando Belaúnde Terry —quien había conocido a Neruda cuando se desempeñó como embajador en Chile en 1938— con la Orden del Sol.³⁷

En esta época, las relaciones ente el PCCH y el gobierno cubano están muy deterioradas. El partido chileno temía un acercamiento cubano a China y, a su vez, el llamamiento abierto de Castro para una lucha armada en América Latina efectuado el 26 de julio en una reunión de partidos y movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina complicó aún más las relaciones.³⁸ Esta era una ofensa pública a la política del PCCH y podía tener graves consecuencias en la política interna chilena, sobre todo para la relación entre los partidos socialistas y comunistas y las perspectivas para las elecciones presidenciales de 1970. A esta campaña cubana contra el PCCH se agrega la emprendida contra Neruda y su visita a los Estados Unidos.

El primer episodio ocurrió cuando un grupo de chilenos que vivían en Cuba criticaron el viaje del poeta por radio La Habana. Poco después, por orden de altas autoridades cubanas, los escritores Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero y Edmundo Desnoes redactan una "Carta abierta a Pablo Neruda", que fue dada a conocer el 31 de julio de 1966 con la firma de la cúspide intelectual cubana: Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello, José Lezama Lima, Heberto Padilla, Miguel Barnet, para solo nombrar

³⁰ Pablo Neruda, "Saludo a Batista. Palabras de Pablo Neruda en la Universidad de Chile", en *El Siglo*, Santiago de Chile, 27 de noviembre de 1944; Schidlowsky, *ibid.*, p. 612-13.

³¹ "Nuevas conversaciones con Pablo Neruda...", en *El Tiempo*, Bogotá, 23 de noviembre de 1958; Schidlowsky, *ibid.*, pp. 992-93.

³² Schidlowsky, *ibid.*, p. 1031

³³ Dijo Neruda en su conferencia de prensa: "Las revoluciones no son exportables; Chile eligió ya su ruta de liberación", en *El Siglo*, Santiago de Chile, 12 de enero de 1961. Sobre la visita a Cuba véase Schidlowsky, *ibid.*, pp. 1028-33.

³⁴ Pablo Neruda, **Memorial de Isla Negra**, Buenos Aires, Losada, 1972 [1964], pp. 242-43 y 245-47.

³⁵ Schidlowsky, *ibid.*, pp. 1132-33

³⁶ Entrevista concedida al autor de este artículo en Berlín, 11 de mayo de 1998, nunca publicada y citada en partes en *Ibid.*, pp. 1158-9.

³⁷ *Ibid.*, p. 1162.

³⁸ *Ibid.*, pp. 1165-6.

unos pocos. En sus comienzos firmaron la carta cerca de 67 escritores e intelectuales, con la sola excepción del periodista y escritor cubano Enrique Labrador Ruiz y del poeta haitiano exiliado René Depestre, quién había conocido a Neruda en Praga en 1951 y cuya mujer había sufrido en los años 50 las persecuciones antisemitas de la época en la capital checa.³⁹ Depestre fue amenazado por las autoridades cubanas pero se mantuvo en su negativa.⁴⁰

La ofensiva carta, que a comienzos de agosto ya tenía cerca de ciento cincuenta personalidades adheridas, acusa a Neruda indirectamente de traición a la causa revolucionaria y lo califica de lacayo del imperialismo y de que sus actividades no beneficiaban a los revolucionarios del continente sino solo al Departamento de Estado norteamericano. A su vez, critica el encuentro del poeta con el Presidente peruano exactamente en el mismo momento en que su gobierno luchaba contra las guerrillas en las montañas del Perú.⁴¹ Neruda reacciona con un telegrama enviado a Cuba y publicado un día después de la carta cubana, donde busca defender su imagen dañada, dejando en claro que la carta cubana está en realidad dirigida contra su partido, y es parte de la lucha de Castro contra la vía parlamentaria y reformista del PCCH.⁴²

Pero esta ofensa no pasará al olvido. Neruda, quien había escrito un prólogo a un libro de poemas de Javier Heraud, asesinado durante la lucha guerrillera en el Perú, es también el autor de “Canción de gesta”, una de las primeras alabanzas poéticas a la Revolución Cubana. Junto con esto Neruda es quien dictó discursos en defensa de la Revolución y había luchado, publicado y discursado en favor del comunismo. El poeta tomó entonces una resolución personal radical: por un lado mantendrá hasta el final de sus días una posición pública oficial de defensa y solidaridad con la revolución cubana, pero por el otro, no dará nunca más la mano o apoyará a algunos de los que firmaron la carta, “que me sigue pareciendo una infamia”, como escribirá en sus memorias póstumas.⁴³

Dos episodios significativos

El 14 de enero de 1953, *El Siglo* publica con grandes titulares — repitiendo lo publicado un día antes en *Pravda* (órgano oficial del PCUS)—, que se había descubierto que un grupo de médicos, en su mayoría judíos, se habían propuesto asesinar a importantes dirigentes comunistas soviéticos usando tratamientos médicos. Entre las supuestas víctimas, se encontraban Andréi Zhdánov (quién se suponía que había muerto en forma natural en 1948) y varios miembros de la cúpula del partido y el estado soviético. Esta conspiración estaba organizada, según lo publicado en *Pravda*, por el Congreso Judío Mundial y financiada por las CIA. Las marcadas con-

notaciones anti-judías de las acusaciones no podían ser ignoradas. Cuando esta campaña antisemita comienza (con un discurso de Stalin en el Politburó el primero de diciembre de 1952), Neruda, se encontraba en Moscú como jurado del Premio Stalin por la Paz. Al volver a Chile, en una entrevista al diario del PCCH *El Siglo*, el poeta apoya oficialmente la posición soviética sobre lo que él llama “proceso que se sigue en Moscú en contra de algunos médicos sionistas culpables de varios asesinatos” y busca limpiar a la URSS de los cargos de antisemitismo. Neruda continúa que la “supuesta persecución racial... es verdaderamente ridícula... porque... estábamos dando en esos mismos días que se descubrió el complot, el Premio Stalin al gran escritor ruso de origen judío Ilya Ehrenburg”⁴⁴ No se sabe si Neruda sabía que Ehrenburg, exactamente en esa época, se negó a firmar una carta de apoyo al “justo” castigo otorgado a los culpables de la conspiración. Todavía más, Ehrenburg, como lo atestigua en sus *Memorias*, escribió una carta a Stalin donde le exponía el efecto contraproducente que tendría una persecución racial.⁴⁵ Las persecuciones terminarán poco después de la muerte de Stalin en marzo de 1953. *El Siglo* comentará entonces “que se había impuesto la justicia en la URSS”⁴⁶ En general, Neruda siempre mantendrá públicamente frente a la problemática judía una posición enigmática y lateral, siempre en armonía con la política soviética y la del PCCH. Aún anteriormente, cuando era cónsul en España y México, antes y durante su entrada oficial al mundo político, Neruda, al contrario de la poetisa chilena Gabriela Mistral, no protesta públicamente frente a la política discriminatoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile relacionada a judíos. El Ministerio no permitía la entrega de visas de entrada o de tránsito a aquellos judíos que trataban de huir de las persecuciones en Europa.⁴⁷ Extrañamente si observamos la poesía y la actuación pública de Neruda en su totalidad, vale recalcar su silencio hacia el Holocausto judío, una de las mayores tragedias del siglo XX, o su utilización irónica, como en el caso del cónsul alemán Richard Herz en sus memorias *Confieso que he vivido*.⁴⁸ De acuerdo a la política soviética, esta tragedia no es de interés para el miembro del PCCH, a no ser que pueda ser utilizada retóricamente para justificar posiciones y actuaciones políticas.

En febrero de 1954 Neruda publica su poemario *Las uvas y el viento*. Es un libro donde acentúa su “apasionamiento político”, con poemas sobre sus viajes por Europa y Asia, la Alemania dividida o Stalin. Las sombras de la Guerra Fría no pueden dejar de estar presentes. Uno de los poemas, que lleva el título “Titacho”, es un ataque directo a Josip Broz, más conocido como el “mariscal Tito”, jefe de Estado de Yugoslavia desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, “Tito” intentaba encontrar un cami-

³⁹ Sobre el destino de Depestre y su mujer, Edith, ver *ibid.*, pp. 823, 828, 839. *Ibid.*, p. 1167.

⁴⁰ “Carta abierta a Pablo Neruda”, en *Unión*, año 5, n° 3, La Habana, julio-septiembre de 1966; Schidlowky, *ibid.*, pp. 1166-68.

⁴¹ “Cable de Pablo Neruda a escritores cubanos: ‘Nuestra responsabilidad mutua en el mantenimiento de la unidad antiimperialista continental’”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 2 de agosto de 1966; Schidlowky, *ibid.*, pp. 1168-69.

⁴² Pablo Neruda, 1994, *op. cit.*, p. 426

⁴⁴ “Neruda pulveriza las calumnias antisoviéticas. En el mundo socialista no existe persecución ni discriminación racial de ninguna especie”, en *El Siglo*, Santiago de Chile de 1953.

⁴⁵ Ilyá Ehrenburg, *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, Barcelona, Acantilado, 2014.

⁴⁶ Cfr. *El Siglo*, 4 de abril de 1953.

⁴⁷ David Schidlowky, “Gabriela Mistral y Pablo Neruda: dos respuestas diferentes al antisemitismo en la política migratoria en Chile (1933-45)”, en *Judaica Latinoamericana: Estudios históricos, sociales y literarios*, Jerusalén, n° VI, 2009, p. 397-418.

⁴⁸ Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, *op. cit.*, p. 146; Schidlowky, *op. cit.*, pp. 178-9.



no diferente al del comunismo soviético. Planteaba el derecho de cada país de optar soberanamente por su forma de construcción del socialismo y, en la política exterior, buscaba mantenerse al margen de los bloques existentes. La Unión Soviética trató de derrocarlo, pero Tito logró estabilizar su régimen, que se sostuvo hasta su muerte en 1980. En su poema, Neruda asume las críticas soviéticas y acusa a Tito de ser un Trujillo o un Somoza yugoslavo, que defiende “la cultura cristiana / traducida al inglés / precipitadamente, / es decir, traducida / a dólares y dólares / esclavitud, miseria / sótanos de agonía”.⁴⁹ Pocos años más tarde, en 1957, encontrándose Neruda en la India con su futura mujer Matilde Urrutia y en compañía de Jorge Amado y su mujer Zelia Gattai, ve en un diario local una foto del Secretario General del PCUS, Nikita Jruschov, besándose con el mariscal Tito en el aeropuerto de Belgrado. Las relaciones entre Yugoslavia y la URSS habían cambiado después de la muerte de Stalin. Sorprendido, Neruda le cuenta a Amado que había escrito un poema contra Tito y que, rehabilitado el “traidor”, ahora le tocaba a él quedarse con el poema. Amado le recomienda retirarlo del libro, lo que efectivamente sucede. En las siguientes ediciones de *Las uvas y el viento* el caricaturesco poema habrá desaparecido.⁵⁰

Palabras finales: apuntes para un análisis futuro

Después de la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS y el Pacto de Varsovia numerosos especialistas europeos comenzaron a interesarse por la importancia que tuvo el movimiento comunista entre los intelectuales en Europa occidental. Muchas de estas intervenciones posibilitan también un análisis para América Latina.

El historiador italiano Enzo Traverso sostiene que el estalinismo fue un fenómeno histórico complejo, contradictorio, paradójico y una tremenda ilusión.⁵¹ Millones de personas veían en este sistema totalitario la encarnación de la esperanza de la libertad. Aún en su fase más oscura, cuando los mismos líderes de la Revolución de Octubre eran asesinados, cuando se construían campos de concentración, cuando la creación cultural es oprimida y Stalin es declarado casi un dios, la URSS aparecía como una promesa de liberación. Sin duda lo era, sobre todo para aquellos que arriesgaron su vida o su prestigio en la lucha contra el fascismo. La historia del estalinismo como historia de una gran mistificación sólo es comprensible, si se considera, entre otros motivos, el inagotable crédito (moral) con el cual podía contar el régimen pos-revolucionario soviético. La diferencia entre el terror estalinista y el terror nazi se puede ver entonces en el hecho de que el primero no estuvo relacionado necesariamente con el sistema o la ideología soviética, mientras que la exterminación de los judíos, era un objetivo central en la visión del mundo de Hitler y estaba

profundamente arraigado en los objetivos del régimen nazi.⁵² Por eso, para el escritor y químico italiano Primo Levi, Auschwitz es un “hoyo negro” de la historia, un suceso insuperable, mientras que el estalinismo y el Gulag no son el resultado de una ideología racista que separa a los seres humanos entre razas superiores o razas inferiores.⁵³

Para el historiador francés François Furet el nazismo buscaba afirmarse en la nación o la raza, mientras que el marxismo-leninismo en la igualdad, libertad y redención del ser humano. El hombre es entonces casi un sucesor de Dios y puede actuar históricamente sin las inseguridades de la historia.⁵⁴ Para el historiador alemán Thomas Kroll la atracción del comunismo para los intelectuales radica en la “creencia secular” que éste origina. Analizando la biografía de cerca 600 comunistas intelectuales franceses, austríacos e ingleses llega a la conclusión que no existe un tipo uniforme del comunismo intelectual. Cada país tiene su cultura propia, pero independientemente de este hecho, los intelectuales comunistas podrían ser devotos servidores de su partido, como también actores políticos independientes, pero su compromiso con el comunismo tiene un carácter similar al de una “creencia secular”.⁵⁵

El profesor y filósofo ruso Michail Ryklin comparte el análisis de Kroll al considerar al comunismo como una religión secular, desarrollando la definición de Raymond Aron de que el comunismo es el “opio de los intelectuales”, una suerte de ateísmo militante que combina la ideología y un sistema de rituales. Ryklin, siguiendo una propuesta de Jacques Derrida, analiza textos de Bertrand Russell, Walter Benjamin, Arthur Koestler, André Gide, Lion Feuchtwanger y Bertolt Brecht para concluir que el comunismo era la búsqueda de la salvación en la tierra prometida, que los intelectuales declararon como su hogar adoptivo. Una religión a la que cada uno adhería con sus matices personales.⁵⁶

La biografía de Neruda es muy compleja y a primera vista no permite encontrar un concepto central que explique su lealtad incondicional al PCCH y la URSS. Muchos documentos en Rusia aún no están disponibles y otros en Chile se perdieron, lo que perjudica la tarea de encontrar una respuesta. Por eso, el interrogatorio sigue abierto: ¿es Neruda una excepción dentro de los intelectuales comunistas en general y los latinoamericanos en especial? ¿Por qué el compromiso de Neruda con el comunismo soviético es tan incondicional aún cuando esto perjudique su posición pública? ¿Qué diferencia el compromiso nerudiano del de Arthur Koestler, Howard Fast o aun del brasileño Jorge Amado, que desde 1955 no dio declaraciones públicas sobre política? Sin lugar a dudas, existió un muto provecho entre el PCCH y

⁴⁹ Pablo Neruda, *Las uvas y el viento*, op. cit., pp. 393-95.

⁵⁰ Jorge Amado, *Navegação de cabotagem. Apontamentos para um livro de memórias que jamais escreverei*, Rio de Janeiro, Mem Martins, 1992, pp. 371-72; Schidlowky, *ibid.*, p. 965

⁵¹ Enzo Traverso, *Auschwitz denken. Die Intellektuellen und die Shoah*, Hamburg, Hamburger Edition, 2000, p. 137.

⁵² *Ibid.*, p. 292

⁵³ Primo Levi, *Il buco nero di Auschwitz*, en *La Stampa*, 21 de enero de 1976 y Traverso, op. cit., p. 266.

⁵⁴ François Furet, *Das Ende der Illusion. Der Kommunismus im 20. Jahrhundert*, München. Piper Verlag, 1998.

⁵⁵ Thomas Kroll, *Kommunistische Intellektuelle in Westeuropa. Frankreich, Österreich, Italien und Großbritannien im Vergleich (1945-1956)*, Köln, Böhlau, 2007.

⁵⁶ Michail Ryklin, *Kommunismus als Religion. Die Intellektuellen und die Oktoberrevolution*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 2008.

Neruda. De parte del poeta, uno puede arriesgarse sosteniendo que en su compromiso puede haber jugado un papel la necesidad de "seguridad" que formaba parte de su personalidad (no olvidemos que su segunda mujer, Delia del Carril, la comunista apodada "el ojo de Molotov" era 20 años mayor que él y Neruda estuvo relacionado con ella la mayor parte de la época aquí tratada (de 1934 hasta 1955). Por el otro lado, está claro que para el PCCH Neruda era el intelectual chileno más "cómodo", ya que los otros conocidos poetas cercanos al partido no podían ser tomados en cuenta: Vicente Huidobro no pensaba abandonar su libertad, y Pablo de Rokha era muy difícil de tratar.

¿Pero permite ver en esta "comodidad", o en la experiencia de la Guerra Civil española y el asesinato de Federico García Lorca, la posibilidad de una explicación para la lealtad nerudiana? ¿O es que la indefinida "creencia secular" –como Ryklin, Furet y Kroll, cada uno a su manera, suponen que origina el comunismo–, es la única explicación posible? ¿O será que solo en un futuro lejano, cuando se abran finalmente todos los archivos rusos, encontraremos documentos que ayuden a esclarecer la incógnita de la relación de Pablo Neruda con el movimiento comunista soviético? ¿O es que simplemente en Neruda *su vida es su incógnita o mejor: su incógnita es su vida*?

Bruno Groppo, "Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico", en **Políticas de la Memoria**, n° 13, Buenos Aires, 2013, pp. 13-21.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234

Los diccionarios biográficos del movimiento obrero: análisis comparado de un género científico

Bruno Groppo*

A partir de los años 1960, los estudios de biografía colectiva acerca del movimiento obrero tuvieron un importante desarrollo tanto en Francia como en otros países, dando lugar a la elaboración de varios diccionarios y bases de datos biográficos. El ejemplo del **Dictionnaire Biographique du Mouvement Ouvrier Français** (DBMOF)¹, también conocido como “el Maitron” —en alusión a su mentor y iniciador Jean Maitron— es seguramente el más significativo de este género que ha alcanzado un completo estatuto científico y un modo original de abordar la historia de los movimientos sociales: tuvo un rol precursor, al tiempo que se convirtió en referencia insoslayable y fuente de inspiración de otros diccionarios biográficos. Debe destacarse, sin embargo, la existencia de un amplio movimiento esbozado a partir de los años 1960 y más aun en la década siguiente, en numerosos países.² Vinculados al dic-

cionario francés, cabe mencionar, por ejemplo, el diccionario británico en diez volúmenes dirigido por John Saville y James Bellamy,³ el diccionario italiano en cinco volúmenes dirigido por Franco Andreucci y Tommaso Detti⁴, y otros que ha sido publicados o están en preparación en otros países como Bélgica⁵, Países Bajos⁶, España, Estados Unidos, Australia, Brasil⁷, en muchos casos con el propó-

* Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle / CNRS / Université de Paris I Panthéon-Sorbonne

¹ **Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français** (DBMOF), dirigido por Jean Maitron y luego por Claude Pennetier, Paris, Editions ouvrières / Editions de l'Atelier, 1964-1997, 44 vol.

² En Francia, paralelamente al DBMOF, se publicaron nueve volúmenes de un Diccionario biográfico del movimiento obrero internacional. Estos fueron, en orden de aparición: **Austria** (dirigido por Yvon Bourdet, Georges Haupt, Félix Kreissler y Herbert Steiner, Paris, Éditions ouvrières, 1971); **Grande-Bretagne** (dirigido por Joyce Bellamy, David Martin, John Saville, adaptación de François Bédarida, Éditions ouvrières, 2 vols: 1979 et 1986); **Japon** (dirigido por Shiota Shobei, Paris, Éditions ouvrières, 2 vols: A-L, 1978 y M-Z, 1979); **China** (dirigido por Lucien Bianco y Yves Chevrier, Paris, Éditions ouvrières y Presses de la FNSP, 1985); **Allemagne** (bajo la dirección de Jacques Droz, Paris, Éditions ouvrières, 1990); **Maroc** (dirigido por Albert Ayache, Paris, Éditions de l'Atelier, 1998); **Algérie: engagements sociaux et question nationale. De la colonisation à l'indépendance** (dirigido por René Gallissot, Paris, Éditions de l'Atelier, 2006). También pertenecen a esta colección los siguientes dos volúmenes: **Komintern, l'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et à Moscou: 1919-1943** (dirigido por José Gotovitch y Mikhaïl Narinski, Paris, Editions de l'Atelier, 2001); **La Sociale en Amérique. Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux États-Unis, 1848-1922** (dirigido por Michel Cordillot, Paris, Éditions de l'Atelier, 2002). Asimismo, en el marco del Maitron, fueron publicados un diccionario departamental (**Figures militantes en Val-de-Marne 1870-1970**, dirigido por Claude Pennetier, Paris, Editions de l'Atelier, 2009) y diccionarios temáticos: **Gaziers-électriciens**, bajo la dirección de Michel Dreyfus, Paris, Editions de l'Atelier,

1996; **Cheminots et militants. Un siècle de syndicalisme ferroviaire**, bajo la dirección de Marie-Louise Goergen, Paris, Éditions de l'Atelier, 2003; CDrom **Dictionnaire biographique del SGEN (1937-1968)**, por Madeleine Singer, Paris, Éditions de l'Atelier; CDrom + dossier: **Cheminots engagés. 9 500 biographies en mémoire**, dirigido por Marie-Louise Goergen, Paris, Éditions de l'Atelier, 2007.

³ John Saville y James Bellamy (ed.), **Dictionary of Labour Biography**, Londres, MacMillan, 1971-2000, 10 vol. El trabajo continúa, desde 2000, bajo la dirección de un nuevo equipo compuesto por David Howell, Neville Kirk y Keith Gildart. Tres nuevos volúmenes fueron publicados. A diferencia del Maitron, cada volumen del **DLB** contiene entradas que van de la A a la Z. En noviembre de 2001 el **Dictionary of Labour Biography**, en colaboración con el Communist Party Biographical Project de la Universidad de Manchester, organizó la conferencia “Labouring Lives”, en el marco de la Society for the Study of Labour History.

⁴ Franco Andreucci y Tommaso Detti (dir.), **Il movimento operaio italiano. Dizionario biografico**, 5 vols., Rome, Editori Riuniti, 1975-1979. Puede citarse además Maurizio Antonioli et al., **Dizionario biografico degli anarchici italiani**, Pisa, BFS, 2003-2004, 2 vols. A nivel regional, ver por ejemplo, Roberto Giulianelli / Massimo Papini (dir.), **Dizionario biografico del movimento sindacale nelle Marche (1900-1970)**, Rome, Ediesse, 2006.

⁵ **Dictionnaire biographique des militants du mouvement ouvrier en Belgique**. Tomo 1: A-B, Bruxelles, Editions Vie Ouvrière, 1995 (Collection “Histoire du mouvement ouvrier en Belgique” dirigida por Jean Neuville).

⁶ **Biographical Dictionary of Socialism and the Labour Movement in the Netherlands (Biografisch Woordenboek van het Socialisme en de Arbeidersbeweging in Nederland, BWSA)**, ed. by Bob Reinalda et al., 9 vols., 1986-2003. Abarca el período 1848-1940 y posee más de 570 entradas. Se lo puede consultar on-line en el sitio del Institut International d'Histoire Sociale d'Amsterdam. En la actualidad, se está estudiando un proyecto destinado a actualizarlo y completarlo con nuevas biografías.

⁷ En el caso de Estados Unidos, ver **Who's Who in Labor**. 1º ed. New York: Arno Press, 1976 (se trata sólo de biografías de personas que actuaron en los años 70); Fink, Gary M. et al., eds. **Biographical Dictionary of American Labor Leaders**. Westport, CT: Greenwood Press, 1974; Fink, Gary M., ed. **Biographical Dictionary of American Labor**. Westport, CT: Greenwood Press, 1984. En Australia, cf. **The Biographical Register of the Australian Labour Movement, 1788-1975**, a concluirse próximamente y publicado en papel y en CD-Rom, con más de 2.000 reseñas biográficas. Cfr. John Shields et Andrew Moore, “Collective Biography and Labour History: The Case of

sito de abarcar el conjunto del movimiento obrero europeo⁸; así es como ha nacido una verdadera "Internacional de los diccionarios", para retomar el título de un número especial de 1994 de la revista *Matériaux pour l'histoire de notre temps* dedicado a esta problemática⁹. Se trata entonces de un fenómeno científico relevante, que ha movilizado hasta el presente, a un número importante de historiadores. En efecto, un diccionario biográfico de este tipo no puede resultar del trabajo aislado de una sola persona. Para llevarlo a cabo, se necesita la colaboración de muchos especialistas, que comparten no sólo un mismo interés por este campo de investigación sino determinadas líneas y métodos. De modo que la multiplicación de trabajos colectivos de este tipo da cuenta del desarrollo de una nueva sensibilidad histórica. El enfoque socio-biográfico inaugurado por el *Maitron* permitió superar la historiografía tradicional del movimiento obrero que estaba focalizada en las organizaciones, ideologías y dirigentes. Al interesarse por el rol de los militantes desconocidos, dio lugar, entre otras cosas, a la reconstrucción del perfil de las diferentes generaciones del movimiento obrero, sobre la base de los itinerarios individuales.

En este sentido, la perspectiva socio-biográfica no quedó relegada a la historia obrera y social sino que abarcó otros ámbitos más o menos vinculados al movimiento obrero. Ese fue el caso de varios diccionarios o enciclopedias dedicados a la izquierda en general¹⁰ o a algunas de sus corrientes, a las mujeres (que habían quedado subrepresentadas en la mayoría de los diccionarios del movimiento obrero) o a grupos particulares (por ejemplo, los voluntarios de las brigadas internacionales de España). Una parte de las biografías que figuran en estos libros también aparece en los diccionarios biográficos del movimiento obrero, cuando se trata de personas que militaron en varios movimientos. Con respecto a las mujeres, puede mencionarse entre otros, la enciclopedia dirigida por Paula Hyman y Deborah Dash sobre las mujeres judías en Estados Unidos, que incluye también numerosas biografías de otras militantes del movimiento obrero¹¹, el diccionario de las mujeres belgas¹², o el de las mujeres franco-masonas de España.¹³ Por su

parte, Benjamin Stora compiló un diccionario biográfico de los militantes nacionalistas argelinos¹⁴. En cuanto al diccionario biográfico de la emigración de habla alemana durante la dictadura nazi, significó un trabajo socio-biográfico de enorme alcance. En él figuran numerosos militantes de los movimientos obreros alemán y austriaco¹⁵. Por último, quisiera mencionar, como un ejemplo de este enfoque socio-biográfico, aunque no se trate de un diccionario biográfico en sentido estricto, el trabajo de Michael Wildt sobre los cuadros del Reichssicherheitshauptamt (RSHA), el principal organismo represivo del régimen nazi de 1939 a 1945.¹⁶

Si bien no es exhaustiva, esta enumeración muestra claramente que la perspectiva socio-biográfica se ha verdaderamente generalizado durante las últimas décadas, en el marco de un interés cada vez mayor por el individuo, la biografía, la microhistoria, la historia de la vida cotidiana. Más allá de esto, restringiré mi análisis a los diccionarios biográficos del movimiento obrero y a aquellos referidos al movimiento comunista considerado como una de las corrientes del movimiento obrero. En este ámbito, tal como ya lo he observado, el *Maitron* inauguró una línea que luego fue continuada por otros diccionarios: el interés dejó de centrarse exclusivamente en la dirigencia y las figuras salientes del movimiento obrero, para extenderse a los militantes de base y a los responsables intermedios, actores más o menos conocidos de este movimiento.¹⁷ Esta atención puesta en las figuras menos conocidas constituye una característica específica de los diccionarios del movimiento obrero.

La mayoría de los diccionarios adoptó un marco nacional, que se consideró como el más apropiado para estudiar el movimiento. Esto se corresponde con la perspectiva que generalmente tomó hasta hace poco la historiografía del movimiento obrero. Algunos llegaron incluso a elegir un marco geográfico más restringido, como fue el caso del diccionario del movimiento obrero catalán¹⁸, el del movimiento obrero escosés¹⁹, o aquel dedicado al movimiento obrero de Río de Janeiro²⁰. Son pocos los casos en que se optó de entrada por un marco internacional, como el ya citado de Aldo Agosti, o los diccionarios sobre los cuadros del Comintern, al que me referiré más adelante, o el diccionario internacional de

⁸ The Biographical Register of the Australian Labour Movement, 1788-1975" (History in Australian and New Zealand Business Schools: The Proceedings of the First AAHANZBS Conference, The University of Sydney, 14-15 December 2009 / edited by Greg Patmore).

⁸ Cfr. Thomas Lane (ed.), *Biographical Dictionary of European Labor Leaders*, 2 vol., Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1995. Esta publicación de 1204 páginas contiene aproximadamente 1500 biografías.

⁹ *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 34, 1994. Número especial "L'Internationale des dictionnaires".

¹⁰ Aldo Agosti (dir.), *Enciclopedia della sinistra europea nel XX secolo*, Rome, Editori Riuniti, 2000; Mari Jo Buhle, Paul Buhle, and Dan Georgakas (dir.), *Encyclopedia of the American Left*, 2° ed., New York, Oxford University Press, 1998; Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda"*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

¹¹ Por ejemplo Hyman, Paula E. and Moore, Deborah Dash, eds., *Jewish Women in America: An Historical Encyclopedia*. 2 vols. New York: Routledge, 1997. El segundo volumen incluye biografías de mujeres que fueron activas militantes del movimiento obrero.

¹² *Dictionnaire des femmes belges, XIXe et XXe siècles*, dirigido por Eliane Gubin, Catherine Jacques, Valérie Piette y Jean Puissant; con la colaboración de Marie-Sylvie Dupont-Bouchat y Jean-Pierre Nandrin, Bruxelles, Racine, [2006], 637 pp.

¹³ Natividad Ortiz Albear (dir.), *Mujeres masonas en España. Diccionario biográfico (1868-1939)*, Santa Cruz de Tenerife [etc.], Escuadra y Compás, 2007, 469 pp.

¹⁴ Benjamin Stora, *Dictionnaire biographique de militants nationalistes algériens, 1926-1954*, Paris, L'Harmattan, 1985.

¹⁵ *Biographisches Handbuch der deutschsprachigen Emigration nach 1933-1945 / International Biographical Dictionary of Central European Emigrés 1933-1945*, Werner Röder, Herbert A. Strauss (dir.), München-New York-London-Paris, K.G. Saur, 1980.

¹⁶ Michael Wildt, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburg, Hamburger Edition, 2002.

¹⁷ Cabe observar que ciertos dirigentes del movimiento obrero que tuvieron un rol importante en la vida social y/o política de su país, también figuran en diccionarios biográficos nacionales de sus respectivos países.

¹⁸ *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països catalans*, coordinado por María Teresa Martínez de Sans (siglo XIX) y Pelai Pagès Blanch (siglo XX), Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, 1482 pp. El marco incluye tanto la Cataluña española como Valencia y las Baleares.

¹⁹ Knox, William, ed. *Scottish Labour Leaders, 1918-39: A Biographical Dictionary*, Edinburgh, Mainstream Publishing, 1984.

²⁰ Claudio Batalha (dir.), *Dicionário do movimento operário - Rio de Janeiro do século XIX aos anos 1920 - militantes e organizações*, 2. vols., Sao Paulo, Fundação Perseu Abramo, 2009.

los militantes anarquistas²¹. Es evidente que la elección del ámbito nacional responde a exigencias prácticas, pero no deja de implicar ciertas limitaciones: principalmente porque condiciona el examen de los militantes, al no otorgar la atención que merecerían la naturaleza internacional del movimiento obrero, las influencias recíprocas o las transferencias culturales. Por el contrario, el libro de Michel Cordillot **La Sociale en Amérique**²², cuyo subtítulo es “Diccionario del movimiento social francófono en Estados Unidos”, revela la pertinencia de considerar estos aspectos, especialmente en lo referido a los problemas en torno a las migraciones. Esta cuestión fue destacada en varias oportunidades por Georges Haupt, a propósito de la difusión del socialismo²³. Entre los estudios socio-biográficos sobre el movimiento obrero, Francia ocupa una posición particular en la medida en que, en la línea abierta por el **Maitron**, también se realizaron y publicaron diccionarios biográficos dedicados a los movimientos obreros de otros países, tanto dentro como fuera de Europa. Esto da cuenta no sólo del interés por la historia de estos movimientos sino también de una toma conciencia acerca de la importancia de considerar la dimensión internacional del movimiento obrero.

Una de las principales características de los diccionarios biográficos aparecidos a partir de los años 1960 son el respeto de criterios científicos y el hecho de haber sido coordinados y realizados por historiadores profesionales. Las simpatías militantes que podían estar presentes en la mayoría de los autores no redundaron, en términos generales, en una escritura hagiográfica ni discriminatoria. Este giro hacia una historia científica, aunque impulsaba por un ánimo militante, se esbozó a comienzos de los años 1960 en una particular coyuntura política e intelectual. El interés por una perspectiva socio-biográfica está vinculado, en gran medida, a los cambios producidos en aquel momento en torno a la *labour history*, con el pasaje de una historiografía institucional político-ideológica, a una historia social y cultural de los trabajadores y del mundo del trabajo, en especial por influencia de los historiadores marxistas ingleses Edward Thompson y Eric Hobsbawm. Esta transición se vio acompañada por una profesionalización de la disciplina, que comenzó a adquirir reconocimiento y legitimidad académica. La coyuntura histórica incidió fuertemente sobre estos cambios. En muchos países, los años 1960 y 1970 estuvieron marcados por un gran interés acerca de la historia de los trabajadores y sus movimientos como lo muestra, por ejemplo, la multiplicación de revistas aparecidas sobre estos temas. En el plano político, al debilitarse la influencia del estalinismo y de la ortodoxia soviética, surge una nueva izquierda que emprende una relectura de la historia del movimiento obrero. Pese a la aparición de nuevos dogmatismos y ortodoxias, se abre un nuevo espacio intelectual y político que vuelve posible una mirada crítica sobre el pasado y el presente del

movimiento obrero y del socialismo. Se deja atrás el tiempo de las biografías “ejemplares”, de la hagiografía, de la “vida de los santos” del proletariado. En el ámbito historiográfico, los partidos comunistas perdieron la capacidad de poseer el monopolio de la interpretación de su propia historia, como consecuencia de la conmoción interna producida por la desestalinización. En términos generales, puede decirse que se cerraba una época y se iniciaba otra, tanto a nivel político como historiográfico. En este contexto fue que muchos historiadores comenzaron a orientarse hacia la sociobiografía y a emprender proyectos colectivos que derivaron en la preparación de varios diccionarios biográficos sobre el movimiento obrero. Por entonces, tomaron conciencia acerca de la deficiencia de los instrumentos de que disponían para estudiar la historia obrera y a la vez de la necesidad de orientarse no sólo hacia las grandes figuras del pasado sino también hacia los militantes ocultos y la historia “desde abajo”. Así, un reflejo de aquellos tiempos puede verse en el coloquio sobre “el militante obrero” organizado por el Instituto Francés de Historia Social en 1960.²⁴ En Francia, fue decisiva la actuación de Jean Maitron, en tanto consiguió convencer y poner a trabajar conjuntamente a historiadores con convicciones políticas muy diferentes y, en algunos casos, opuestas. Lo hizo además en una época en que las divisiones ideológicas eran aún más fuertes. Es posible que fuera el único capaz de lograr esta suerte de milagro, gracias a su calidez y a su pasado.

Los diccionarios biográficos del movimiento obrero iniciados a partir de los años 1960 no eran, en sí mismos una novedad absoluta; existían antecedentes en Francia y en otros países. En Francia, los doce volúmenes de la **Encyclopédie socialiste, syndicale et coopérative de l'Internationale ouvrière**, publicada de 1912 a 1921 por Adéodat Compère-Morel, ya contenían reseñas biográficas. O también el **Grand dictionnaire socialiste** del mismo autor, editado en 1924,²⁵ el **Dictionnaire du socialisme** de Charles Vérecque, publicado en 1911, y la **Encyclopédie anarchiste**, de 1934 dirigida por Sébastien Faure. Estas iniciativas habían surgido en el seno de las distintas corrientes socialistas y anarquistas de la época. En Estados Unidos, puede mencionarse un **Who is who** del movimiento obrero editado en 1925, aunque sólo incluía a las figuras más salientes²⁶; otro **Who is who**, que comprendía también a Canadá, salió en 1946.²⁷ Resulta interesante observar que a comienzos de los años 1930, la Internacional Obrera Socialista tenía el proyecto de elaborar una “Diccionario (*Handbuch*) del socialismo y el movimiento obrero” con una gran cantidad de biografías. Sin embargo, el proyecto fue abandonado en 1933 luego de la llegada de Hitler al poder y de la destrucción del movimiento obrero alemán.²⁸

²¹ **Dictionnaire international des militants anarchistes**, sólo disponible en internet (<http://militants-anarchistes.info/>).

²² Michel Cordillot, **La Sociale en Amérique. Dictionnaire biographique du mouvement social francophone aux Etats-Unis 1848-1922**, Paris, Editions de l'Atelier, 2002.

²³ Georges Haupt, **L'historien et le mouvement social**, Paris, La Découverte, 1980, *passim*. Ver también el número especial de **Le Mouvement social** dedicado a Georges Haupt (n° 111, abril-junio de 1980).

²⁴ Publicado después en **Le Mouvement social**, n° 33-34, octubre 1960-marzo 1961.

²⁵ El título completo es **Grand dictionnaire socialiste du mouvement politique et économique national et international**, Paris, Publications Sociales, 1924.

²⁶ De Leon, Solon, **The American Labor: Who's Who (for the Labor Movement)**, New York City, Hanford Press, 1925.

²⁷ **Who's Who in Labor: The Authorized Biographies of the Men and Women Who Lead Labor in the United States and Canada**, New York, Dryden Press, 1946. Otro libro de este tipo fue publicado en 1976 (**Who's Who in Labor**, 1° ed. New York: Arno Press, 1976).

²⁸ Cfr. el plan del libro en los archivos de la IOS, en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. (SAI-Archiv 340 Plan 'Handbuch des

Las publicaciones mencionadas se ubicaban en una perspectiva muy distinta de la del **Maitron**. Contienen información útil, bastante fragmentaria, y limitada, por lo general, a las personalidades más conocidas. Frente a éstas, los diccionarios de los años 1960 significaron una verdadera innovación al plantear nuevas preguntas metodológicas y epistemológicas. El trabajo sociobiográfico se vio acompañado por la realización de coloquios y seminarios, muchos de los cuales fueron organizados en torno al **Maitron**. Más allá de Francia, pueden recordarse el seminario internacional sobre los diccionarios biográficos del movimiento obrero organizado en 1984 en Milán por la Fundación Brodolini y la Fundación Feltrinelli²⁹; el coloquio organizado en 2005 en Linz por la International Conference of Labour and Social History³⁰; el taller "Vidas obreras: historia del trabajo y autobiografía / Working Lives: Labour History and Autobiography" desarrollado en el XXe Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Sidney, en 2005. Asimismo, otros coloquios específicos estuvieron dedicados a la sociobiografía de los militantes comunistas.

Considero especialmente significativas dos experiencias de biografía colectiva, realizadas en Alemania y Brasil respectivamente, y distintas entre sí. En Alemania Federal, el abordaje de la historia del movimiento obrero desde la biografía colectiva fue desarrollado principalmente desde fines de los años 1970 en el Zentrum für Historische Sozialforschung (Centro de investigación social histórica) de la Universidad de Colonia, por iniciativa del profesor Wilhelm Heinz Schröder, quien se ocupó principalmente de los militantes social-demócratas anteriores a 1933. Entre los trabajos de Schröder figuran un diccionario biográfico de los diputados y candidatos socialdemócratas al Parlamento del Reich (Reichstag) entre 1898 y 1918,³¹ y una importante base de datos denominada BIOSOP dedicada a los parlamentarios socialdemócratas del Reichstag y de los parlamentos regionales (Landtage) de 1867 a 1933.³² En ambos casos, Schröder investigó un sector bien recortado —los parlamentarios nacionales y regionales— de la Social Democracia, la principal corriente del movimiento obrero alemán de aquella época. No se trata, en sentido estricto, de un diccionario biográfico de la Socialdemocracia alemana ni del movimiento obrero alemán en su conjunto, sino exclusivamente de un segmento de aquel conjunto. Al elegir un corpus estrictamente delimitado, Schröder fue capaz de realizar un relevamiento exhaustivo, tarea obviamente imposible de llevar a cabo en el caso de los diccionarios biográficos generales del movimiento obrero. El trabajo de Schröder da cuenta del itinerario

profesional y político, de la formación y características sociológicas de un conjunto de militantes y cuadros que pertenecieron fundamentalmente a la principal corriente del movimiento obrero alemán. Las reseñas biográficas de la base BIOSOP se presentan en forma de fichas, ofreciendo así la posibilidad de realizar investigaciones cruzadas.

El diccionario biográfico del movimiento obrero de Río de Janeiro dirigido por Claudio Batalha,³³ uno de los principales especialistas brasileños en *labour history*, es un diccionario clásico, inspirado en el **Maitron**. En él se relevan no sólo a los militantes sino también a numerosas organizaciones obreras aparecidas en Río entre 1830 y 1930. Este trabajo es el resultado de un largo proceso iniciado en los años 1980 en París, adonde Claudio Batalha realizaba su doctorado y cursaba el seminario de Robert Paris en la EHESS. Allí colaboró con el proyecto de este investigador de realizar un diccionario biográfico del movimiento obrero en América Latina.³⁴ De regreso en Brasil, comenzó a trabajar en un proyecto de diccionario brasileño, que fue discutido durante un encuentro con alrededor de doce historiadores interesados en el tema, en el congreso nacional de la Asociación de Profesores Universitarios de Historia (ANPUH) de 1997. A raíz de esas discusiones, en el Estado de Rio Grande do Sul, unos historiadores comenzaron a construir bajo la coordinación de Silvia Petersen, una base de datos biográficos de los militantes de dicho Estado.

El proyecto de diccionario conoció un nuevo impulso en 2000, con la creación, en el seno de la ANPUH, de un grupo de trabajo sobre historia obrera y social denominado "Mundos del Trabajo". El diccionario coordinado por Batalha es el primer resultado de la actividad de esta red. Luego fueron apareciendo otros diccionarios. El de Rio Grande do Sul ya está concluido y debería publicarse en breve.³⁵ Otros dos diccionarios, del Estado de Minas Gerais y del Estado de Sao Pablo³⁶ se encuentran en proceso de realización. De este modo, el proyecto de diccionario brasileño ha dado lugar, por el momento, a diccionarios "regionales". En efecto, los historiadores brasileños consideraron que ésa era la vía más apropiada debido a las dimensiones cuasi continentales de su país, que torna difícil la realización de un programa sociobiográfico a nivel nacional. La otra razón, como ha explicado Claudio Batalha, es que desde sus comienzos, el movimiento obrero brasileño se desarrolló sobre la base de organizaciones locales y no alcanzó a cobrar un carácter verdaderamente nacional.³⁷ En cuanto a la elección de las biografías, el criterio adoptado ha sido el de una historia desde abajo: de los militantes poco conocidos pero que dejaron su huella en la historia del mundo del trabajo en Río. Muchas reseñas biográficas dan cuenta del importante rol que tuvieron, en el caso de Brasil, los trabajadores y militantes emigrados desde Europa. Este rasgo ha sido objeto de

Sozialismus und der Arbeiterbewegung', 41 BL).

²⁹ Publicado en Felicia Giagnotti (dir.), **Storie individuali e movimenti collettivi. I dizionari biografici del movimento operaio**, Milan, Angeli, 1988.

³⁰ Bruno Groppo y Berthold Unfried (dir.), **Gesichter in der Menge. Kollektivbiographische Forschungen zur Geschichte der Arbeiterbewegung / Mouvement ouvrier, biographie collective, prosopographie**, Viena, Akademische Verlagsanstalt, 2006.

³¹ Wilhelm Heinz Schröder, **Sozialdemokratische Reichstagsabgeordnete und Reichstagskandidaten 1898-1918. Biographisch-statistisches Handbuch**, Düsseldorf, 1986.

³² Wilhelm Heinz Schröder, **Sozialdemokratische Parlamentarier in den deutschen Reichs- und Landtagen 1867-1933**, Düsseldorf, 1995. La base de datos BIOSOP puede consultarse directamente en internet en el sitio web de dicho Centro en la Universidad de Colonia (biosop.zhsf.uni-koeln.de) o en el de la Fundación Friedrich Ebert (www.fes.de/hfz/arbeiterbewegung/Members/schochr/biosop-online).

³³ Claudio Batalha (dir.), **Dicionário do movimento operário - Rio de Janeiro do século XIX aos anos 1920 - militantes e organizações**, op. cit.

³⁴ Ver Robert Paris, "Biografias e 'Perfil' do Movimento Operário—Algumas reflexões em torno de um dicionário", **Revista brasileira de história**, número spécial "Biografia, biografias", vol. 17, n° 33, 1997, pp. 9-31.

³⁵ Información fue brindada al autor por Silvia Peterson y Benito Bisso Schmidt.

³⁶ Este último está coordinado por Luigi Biondi.

³⁷ Claudio Batalha, "Labour Biography and Labour Biographical Dictionaries in Brazil", ponencia presentada en el Congreso Mundial de Ciencias Históricas (Sidney 2005).

varios estudios, en particular sobre los italianos, como el de Regina Horta Duarte sobre el anarquista italiano Avelino Foscolo³⁸, el de Carlo Romani sobre otro anarquista italiano, Oreste Ristori³⁹, o finalmente, el de Edilene Toledo sobre los sindicalistas revolucionarios italianos en Sao Paulo⁴⁰.

El proyecto de un diccionario biográfico latinoamericano, en el que tanto trabajó Robert Paris, ha quedado inconcluso. Lo mismo sucedió con el proyecto de diccionario biográfico del movimiento obrero argentino al que se abocaron Edgardo Bilsky y Ricardo Falcon. Sin embargo, se está discutiendo en la actualidad un proyecto de diccionario biográfico de la izquierda latinoamericana entre historiadores provenientes de distintos países latinoamericanos (Horacio Tarcus, Olga Ulianova, Gerardo Caetano, Ricardo Melgar Bao, Fernando Texeira da Silva).

Biografías colectivas de militantes y cuadros comunistas: una etapa preliminar

Las biografías colectivas sobre el movimiento y los regímenes comunistas presentan algunas especificidades, vinculadas al estatus particular que tenían la biografía y la autobiografía, dentro de los partidos y de los sistemas políticos comunistas. Puesto que el comunismo ha sido una corriente del movimiento obrero y de la izquierda, una cierta parte de sus militantes figuran ya en los diccionarios biográficos del movimiento obrero y de la izquierda antes mencionados. Existen sin embargo biografías colectivas dedicadas específicamente a los militantes y cuadros comunistas, a las que nos dedicamos en este apartado. Me resulta imposible detenerme aquí en la problemática general de la biografía y del control biográfico dentro del movimiento y de los regímenes comunistas, sobre la que existen numerosos trabajos de Claude Pénnetier, Bernard Pudal, Brigitte Studer, Berthold Unfried, entre otros investigadores⁴¹. Me limitaré a mencionar la doble naturaleza del comunismo en el siglo XX: por un lado, un movimiento político y social, por el otro, un régimen político fundado en el monopolio del poder por parte del partido comunista.

Desde el punto de vista de la biografía colectiva, la coexistencia de ambos aspectos a lo largo de la historia comunista del siglo XX plantea diversos problemas. Por ejemplo, la cuestión de establecer si los burócratas en el poder dentro de los regímenes comunistas deben figurar en un diccionario del movimiento obrero, y en qué medida. Una pregunta similar se plantea respecto de los dirigentes sindicales estrechamente sometidos al Estado, como

sucedía en los sistemas de tipo soviético: ¿deben ser considerados como sindicalistas en el mismo sentido que los representantes de sindicatos independientes? Finalmente, ¿A qué nos referimos con el término de “movimiento obrero” en los sistemas políticos comunistas, que eliminaron la independencia y autonomía de las organizaciones de trabajadores?

En la Unión Soviética, el **Diccionario enciclopédico soviético Granat** publicó de 1927 a 1929, al cumplirse el décimo aniversario de la Revolución de Octubre, una serie de biografías autorizadas referidas a personalidades bolcheviques. Fueron redactadas entre 1924 y 1925 (o sea antes de la victoria de Stalin sobre los demás aspirantes a la sucesión de Lenin y de la eliminación de toda oposición en el interior del partido).⁴² Como ha observado Georges Haupt⁴³, dichas biografías dan cuenta de una gran diversidad ideológica y política en la vieja guardia bolchevique y pueden ser consideradas como el primer esbozo de biografía colectiva de los dirigentes del partido dominante. A medida que se fue consolidando el estalinismo, tanto en la Unión Soviética como en el interior del movimiento comunista, las publicaciones de ese tipo se volvieron imposibles de realizar puesto que para el sistema estalinista los dirigentes que caían en desgracia, eran excluidos del partido o directamente víctimas de la represión, se convertían en “no-personas”; no se podía mencionar sus nombres, excepto en los cargos acusatorios y sentencias condenatorias dictadas por los tribunales soviéticos durante los juicios políticos de amplia difusión (en particular los “Procesos de Moscú” de 1936-1938, que aniquilaron a la vieja guardia bolchevique). La práctica soviética de convertir en “no personas” y de condenar al olvido a los comunistas *caídos en desgracia*, disidentes o heréticos también se institucionalizó en el resto de los partidos comunistas “estalinizados”. Lo mismo ocurrió con otras prácticas también surgidas de la experiencia soviética, como las sesiones de autocritica,⁴⁴ la confesión pública sobre los “desvíos” cometidos, e incluso los juicios políticos.⁴⁵

El comunismo en el poder publicó muy tardíamente diccionarios biográficos⁴⁶. Estos fueron redactados por “colectivos de historiadores” de los Institutos Marxistas-Leninistas —la institución a cargo de la historia y la memoria “oficiales” en los regímenes comunistas— ellos obedecían a los criterios políticos tanto en la selección de nombres como en la escritura de las reseñas. Dado que los partidos comunistas pretendían ser los únicos representantes auténticos del movimiento obrero y del socialismo, “Movimiento obrero” pasó a ser sinónimo de “movimiento comunista” y, más

³⁸ Regina Horta Duarte, **A imagem rebelde. A trajetória libertária de Avelino Foscolo**, Campinas: Pontes/Editora da UNICAMP, 1991.

³⁹ Carlo Romani, **Oreste Ristori: uma aventura anarquista**, São Paulo: FAPESP/Annablume, 2002.

⁴⁰ Edilene Toledo, **Travessias revolucionárias: Idéias e militantes sindicalistas em São Paulo e na Itália (1890-1945)**, Campinas: Editora da UNICAMP, 2004.

⁴¹ Brigitte Studer, Berthold Unfried, **Der stalinistische Parteikader**, Köln/Wien, Böhlau, 2001; Brigitte Studer, Berthold Unfried, Irène Herrmann (dir.), **Parler de soi sous Staline. La construction identitaire dans le communisme des années Trente**, Paris, Editions de la MSH, 2002; Berthold Unfried, **“Ich bekenne” : katholische Beichte und sowjetische Selbstkritik**, Frankfurt/M., Campus, 2006; Claude Pénnetier et Bernard Pudal (dir.), **Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste**, Paris, Belin, 2002; Sheila Fitzpatrick, **Le stalinisme au quotidien. La Russie soviétique dans les années 30**, Paris, Flammarion, 2002; Id., **Tear Off The Masks: Identity and Imposition in Twentieth-Century Russia**, Princeton, Princeton University Press, 2005.

⁴² Enciclopedia Granat, **Deiateli SSSR y Oktiabr'skoi Revoliutsii**, Moscú, 1927-1929. Cfr. la traducción al francés en Georges Haupt, Jean-Jacques Marie, **Les Bolchéviques par eux-mêmes**, Paris, Maspéro, 1969. Ver también el análisis de esas biografías que realizó Werner Mosse, “Makers of the Soviet Union”, **Slavonic and East European Review**, London, n° 46, 1968, pp. 141-154.

⁴³ G. Haupt, J.-J. Marie, *op. cit.*, p. 19.

⁴⁴ C. Pénnetier y B. Pudal (dir.), **Autobiographies, autocritiques, aveux dans le monde communiste**, *op. cit.*; Berthold Unfried, “L'autocritique dans les milieux cominterniens des années 1930”, en C. Pénnetier et B. Pudal, *op. cit.*, pp. 43-62; Id., “Parler de soi au parti. L'autocritique dans les milieux du Komintern en URSS dans les années trente”, en B. Studer, B. Unfried, I. Herrmann (dir.), **Parler de soi sous Staline**, *op. cit.*, pp. 147 y ss.; B. Unfried, **“Ich bekenne”**, *op. cit.*

⁴⁵ Se realizaron “Juicios de Moscú” después de 1945 en varios países comunistas de Europa del Este (el Juicio Rajk en Hungría, el Juicio Kostov en Bulgaria, el Juicio Slansky en Checoslovaquia). Algo semejante se produjo en Francia con el “caso” Marty-Tillon y en Italia con el “caso” Cucchi-Magnani.

⁴⁶ Ver por ejemplo, en la República Democrática Alemana, el Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, **Geschichte der deutschen**



precisamente, del partido comunista y sus precursores. Sobre la base de estos criterios, quedaba excluida la mayoría de las figuras que habían pertenecido a otras corrientes, no comunistas, del movimiento obrero. La selección de las personalidades comunistas dignas de aparecer en el diccionario oficial concebido de este modo también planteaba varios problemas, debido a los constantes retoques que recibía la "historia oficial", en función de las necesidades políticas de la hora: figuras que en un momento habían sido celebradas, más adelante podían haberse alejado de la línea partidaria, de modo tal que resultaba inadmisibles que aparecieran en un diccionario biográfico junto a los "verdaderos" comunistas. Uno de los problemas más delicados, surgido con la denuncia de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS de 1956, fue el de la enorme cantidad de comunistas extranjeros que habían sido víctimas de la represión estalinista durante los años 1930 en la Unión Soviética. Ese fue el caso del Partido Comunista alemán, que tuvo cientos de militantes y cuadros militantes ejecutados por la policía soviética o condenados al Gulag; o del Partido Comunista polaco cuya mayoría de cuadros dirigentes se encontraba en la Unión soviética tras haber sido disuelto el partido por decisión de Stalin, y fueron aniquilados en ese país. Incluir a estos nombres en un diccionario biográfico significaba reconocer que ni el partido comunista ni la Unión Soviética tenían siempre razón. Al mismo tiempo, resultaba difícil dejar de mencionar a aquellos que en un momento dado habían cumplido un rol decisivo en la historia del Partido, y que siempre se habían mantenido dentro de la línea partidaria. Un ejemplo interesante respecto de estos dilemas es el del **Biographisches Lexikon** de 1970 de Alemania Oriental, que incluyó por primera vez las biografías de diez dirigentes comunistas alemanes, víctimas de la represión en la Unión Soviética, mencionando que eran inocentes. Resulta fácil suponer que no se trató de una decisión improvisada sino muy discutida previamente, y a la que se había concedido el *imprimatur* desde las altas esferas. Sin embargo, después de su publicación, el volumen fue retirado de circulación y recién volvió a aparecer en las librerías diez años después.⁴⁷ Así, mientras el partido persistiera en su voluntad de ejercer el monopolio sobre la verdad histórica, la elaboración de cualquier diccionario biográfico podía resultar peligrosa desde el punto de vista político, de modo que resultaba incierta la suerte de este tipo de libros.

En el marco general del comunismo, los historiadores interesados en la biografía se focalizaron principalmente en el Comintern, es decir en las primeras décadas del movimiento. La primera investigación de carácter científico sobre la dimensión biográfico del Comintern fue la del **Biographical Dictionary of the Comintern**, publicado por Branko Lazitch con la colaboración de Milorad Drachkovitch en 1973, en una época en que los archivos de dicha organización se encontraban rigurosamente cerrados. Este constaba de 718 biografías de cuadros comunistas con un rol importante en el seno de la organización.⁴⁸ En el mismo período, el enfoque sociobiográfico se fue consolidando en el campo académico como

⁴⁷ **Arbeiterbewegung. Biographisches Lexikon**, Dietz, Berlin, 1970; en Checoslovaquia, **Priručni Slovník k Dejčinám KSČ** [A Concise Dictionary of the History of the CPC], Praga, Nakl. politické literatury SNPL, 1964.

⁴⁸ H. Weber, "Weisse Flecken" in der Geschichte, *op. cit.*, Berlin 1990, pp. 45-47. Figuran en el mismo volumen, por primera vez, los nombres de ex dirigentes comunistas caídos en desgracia como Paul Levi, Heinrich Brandler, Ruth Fischer, entre otros.

⁴⁹ Branko Lazitch, Milorad Drachkovitch, **Biographical Dictionary of the**

un método original de la historia social, especialmente en la *labour history*.⁴⁹ Otro giro decisivo para las investigaciones sobre el comunismo se produjo con la apertura de los archivos de Moscú, y en particular los del Comintern, con el fin de la Unión Soviética en 1991.

Tras la apertura de los archivos de Moscú

Entre la inmensa cantidad de documentos del Comintern que resultaron accesibles a partir de los años 1990, se encontraba una fuente especialmente interesante desde el punto de vista socio biográfico: los archivos habían conservado las biografías o cuestionarios ("anketi") biográficos de cuadros y militantes comunistas del mundo entero. En efecto, desde los años 1920, una particularidad del movimiento comunista fue la exigencia de que los militantes y cuadros escribieran breves autobiografías dirigidas al Partido (conocidas, en la jerga del Partido Comunista Francés, como "bios") o completaran cuestionarios biográficos detallados en los que debían describir su itinerario político, entorno familiar, nivel de estudios y profesión ejercida, funciones dentro del partido, etc. Muchos de estos documentos biográficos fueron conservados en el archivo del Comintern: al volverse parcialmente accesibles con la apertura de este archivo, significaron una fuente valiosísima para los historiadores que abordaban un enfoque sociobiográfico, como así también para sociólogos y antropólogos. Antes de la apertura de los archivos, los historiadores interesados en la sociobiografía contaban con tres tipos de fuentes: en primer lugar, las biografías y autobiografías "oficiales" de dirigentes comunistas⁵⁰, escritas en una lógica hagiográfica y de legitimación política y construcción identitaria; en segundo lugar, los relatos autobiográficos de ex comunistas, que responden por lo general al registro de la confesión (de errores o ilusiones pasadas) y procuran saldar cuentas con el partido y los antiguos camaradas;⁵¹ finalmente, los documentos conservados en archivos policiales.⁵² A ellos se agregaban en menos casos, ciertas biografías "atípicas" como por ejemplo la biografía de Stalin escrita por Boris Suvarin⁵³ o las de Trotsky y Stalin por Isaac Deutscher⁵⁴. Pero

Comintern, Stanford, Hoover Institution Press, 1973, 458 pp. En 1986 apareció una nueva edición, revisada y aumentada, esta vez con 753 biografías.

⁴⁹ Alexander Gallus, "Biographie und Zeitgeschichte", **Aus Politik und Zeitgeschichte**, (Bonn) 2005, n° 1-2, pp. 40-46.

⁵⁰ Un caso típico es el de la autobiografía del dirigente comunista francés Maurice Thorez, **Fils du peuple**, publicada en 1937. Ver Claude Penetier, Bernard Pudal, "Les autobiographies des 'fils du peuple'. De l'autobiographie édifiante à l'autobiographie auto-analytique", in Claude Penetier, Bernard Pudal, *op. cit.*, pp. 217-246; Bruno Groppo, "Entre autobiographie et histoire. Les récits autobiographiques de communistes italiens publiés après 1945", in Claude Penetier, Bernard Pudal, *op. cit.*, pp. 247-265.

⁵¹ Las autobiografías de ex comunistas constituyen un género literario en sí mismo. Ver Ernst-August Roloff, **Ex-Kommunisten. Abtrünnige des Weltkommunismus. Ihr Leben und ihr Bruch mit der Partei in Selbstdarstellungen**, Mainz, 1968; Hermann Kühn, **Bruch mit dem Kommunismus. Über autobiographische Schriften von Ex-Kommunisten im geteilten Deutschland**, Münster, 1990.

⁵² En el caso italiano están, por ejemplo, los expedientes del Casellario Politico Centrale (Fichero Político Central, en el Archivio Generale dello Stato), que fueron meticulosamente establecidos por el régimen fascista con el propósito de vigilar y reprimir a sus adversarios políticos en Italia y en el exterior.

⁵³ Boris Souvarine, **Staline. Aperçu historique du bolchevisme**, Paris, Plon, 1935.

⁵⁴ Isaac Deutscher, **Trotsky I. Le prophète armé, 1879-1921**, Paris, Éd. Omnibus, 1996 (1° éd.: 1954); Id., **Trotsky II. Le prophète désarmé, 1921-1929**, Paris, Éd. Omnibus, 1996 (1° éd.: 1959); Id., **Trotsky III. Le prophète hors-la-loi, 1929-1940**, Paris, Éd. 10-18, 1998 (1° éd.: 1963); Id., **Staline**, Paris, Gallimard, 1973 (1° éd.: 1949).

en todos los casos, faltaba un elemento clave: la posibilidad de acceder directamente a los archivos de los partidos comunistas y del Comintern. Durante años, la característica obsesión por el secreto propia del movimiento comunista junto a la inaccesibilidad de los documentos obstaculizaron el avance de las investigaciones sobre el comunismo.

La apertura de los archivos de los partidos comunistas en los países ex comunistas de Europa Central y Oriental después de 1989, y más aun, la de los archivos rusos con el fin de la Unión Soviética, modificaron profundamente la situación y perspectivas de investigación en torno al comunismo. Por primera vez, los documentos internos del Comintern y demás organizaciones comunistas se volvían accesibles a los investigadores, quienes podían entonces reconstruir la historia del movimiento comunista sobre la base de fuentes originales. De este modo, llegaba a su fin la práctica del secreto que durante tantos años había estado asociada a los archivos del comunismo y a las relaciones de los partidos comunistas respecto de su propia historia.

Los cambios ocurridos en los archivos de Rusia se insertaron en el proceso general de apertura de archivos en los demás países ex comunistas de Europa Central y Oriental.⁵⁵ Al mismo tiempo, varios partidos comunistas occidentales, algunos de los cuales habían comenzado a abrir parcialmente sus archivos antes de 1989, eliminaron los últimos obstáculos existentes respecto del acceso a los documentos. Así, decidieron darlos en custodia a instituciones públicas (archivos nacionales o departamentales) o a fundaciones, con el propósito de que estuvieran a disposición del público. En Alemania se produjo una situación paradójica: luego de la reunificación, los archivos de la ex RDA y, entre ellos, los del Partido Comunista, estuvieron inmediatamente disponibles desde 1989. Por el contrario, en la parte occidental, siguió vigente el plazo de 30 años requerido para poder acceder a los documentos de la historia contemporánea. Con todo, el destino final de los archivos comunistas significó una vuelta de página definitiva a esa parte de la historia.

No es mi intención ofrecer aquí un balance de las repercusiones que tuvo la “revolución de los archivos” sobre la historiografía del comunismo en general. Me limitaré a evaluar las que están vinculadas a la problemática sociobiográfica.

En primer lugar, debe observarse que la apertura de los archivos rusos no fue completa. Algunas partes, consideradas políticamente delicadas, han permanecido cerradas. Otras fueron abiertas durante algunos años y luego vueltas a cerrar. En el caso de los expedientes individuales de militantes comunistas conservados en los archivos del Comintern, sólo existió una apertura parcial, puesto que contienen documentos sobre la vida privada y, en tanto tales,

están sujetos a las restricciones de protección de la vida privada. Los investigadores pudieron tener acceso a una parte de los documentos incluidos en dichos legajos y específicamente a los cuestionarios biográficos y a las autobiografías del Partido. Este acceso se implementó, por lo general, a través de convenios de cooperación científica entre, por un lado, el RGASPI (Archivos del Estado Ruso de Historia Social y Política) y los historiadores rusos, y por el otro, los historiadores occidentales. Tres proyectos permitieron avanzar considerablemente sobre el conocimiento biográfico de los comunistas que cumplieron roles dentro del Comintern. El más ambicioso estuvo a cargo de la Universidad de Hannover, bajo la dirección de Michael Buckmiller y Klaus Meschkat, y culminó en la creación de una base de datos como así también en la publicación de un volumen titulado “**Manual [o Diccionario] biográfico sobre la historia del Comintern**”.⁵⁶ Un segundo proyecto, más restringido, fue dedicado a los cuadros de habla francesa en el Comintern, y realizado por un equipo de historiadores franceses, belgas, suizos, luxemburgueses y rusos (Claude Penetier, Serge Wolikow, Michel Dreyfus, José Gotovitch, Brigitte Studer, Peter Huber, Henri Wehenkel, Mikhaïl Narinski) en el marco del Centre d’Histoire Sociale du XXe Siècle (Université Paris I / CNRS), en asociación con el Centre d’Histoire et de Sociologie des Gauches (Université Libre de Bruxelles), el Centre de Recherches d’Histoire Contemporaine (Université de Dijon), y el RGASPI de Moscú.⁵⁷ La tercera iniciativa, vinculada al proyecto biográfico de Hannover, dio lugar a un diccionario biográfico publicado en español, sobre el Comintern y América Latina, que fue realizado por dos historiadores rusos (Lazar Jeifets y Victor Jeifets) y un historiador suizo, Peter Huber⁵⁸.

Los tres diccionarios coinciden, en primer lugar, en su objeto de estudio: el Comintern y por lo tanto, las primeras décadas del movimiento comunista. Tal coincidencia no es producto del azar, puesto que fue sobre ese período que se encontraron en Moscú la mayor cantidad de datos. Además, ese período corresponde al momento en que, dentro del movimiento comunista y conforme a un nuevo tipo de militante y de cuadros fomentado por los bolcheviques, se formaron numerosos dirigentes cuyo rol fue decisivo dentro de los partidos comunistas, aun después de la disolución del Comintern. Finalmente, se trata del período en que el comunismo llegó a tener la mayor homogeneidad. Después de

⁵⁵ Se trató de un complejo proceso puesto que fue necesario, entre otras cuestiones, decidir sobre el futuro estatuto de los archivos de los partidos comunistas que acababan de ser desplazados del poder, y a la vez, en un plano más general, sobre todos los archivos en custodia de los Institutos de Marxismo-Leninismo, también condenados a desaparecer. Resulta aquí imposible dar cuenta de este aspecto más en profundidad, por eso me limitaré a señalar que, en general, los archivos de los partidos comunistas fueron transferidos, bajo distintas modalidades, a los archivos nacionales de los respectivos países. Otro aspecto del problema se planteó frente a los archivos de las diversas policías políticas del período comunista.

⁵⁶ Michael Buckmiller, Klaus Meshkat (dir.), **Biographisches Handbuch zur Geschichte der Kommunistischen Internationale**, Berlin, Akademie Verlag, 2007, 484 p. La base de datos se presenta en formato de CD-Rom. El libro contiene las actas de un coloquio realizado en 2005 en la Universidad de Hannover al concluirse el proyecto de investigación.

⁵⁷ José Gotovitch y Mikhaïl Narinski (dir.), **Komintern: l’histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l’Internationale communiste en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et à Moscou (1919-1943)**, Paris, Editions de l’Atelier, 2001, 604 p.

⁵⁸ Lazar Jeifets, Victor Jeifets, Peter Huber, **La Internacional comunista y America Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico**, Moscou/Génève, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las ciencias/Institut pour l’histoire du communisme, 2004. En la base de este diccionario, figura un libro publicado en ruso por Lazar y Victor Jeifets, titulado “América Latina en la órbita del Comintern. Ensayo de diccionario biográfico” (Lazar Jeifets, Victor Jeifets, **Latinskaia Amerika v orbite kominterna. Opyt biograficheskogo slovara**, Mosscou, 2000). El diccionario de Jeifets y Huber contiene 900 biografías de comunistas latinoamericanos o vinculados a América Latina (por ejemplo en calidad de emisarios del Comintern). Pese a cierta ausencia de datos, el libro resulta particularmente útil dada la carencia anterior en el tema. El trabajo fue realizado en el marco del “Proyecto de investigación biográfica sobre el Comintern” desarrollado por el Instituto de Ciencia Política y Sociología de la Universidad de Hannover, dirigido por Michael Buckmiller et Klaus Meshkat.

1945, en efecto, se produce una primera fragmentación del movimiento, producto de la escisión de Yugoslavia, y luego, fundamentalmente, la escisión china (y albanesa), que terminará dividiéndolo de un modo irreversible.

La segunda característica que comparten estas iniciativas está dada por el hecho de que fueron realizadas en colaboración con historiadores y archivistas rusos que trabajaban en el marco del RGASPI, el heredero del Instituto de Marxismo-Leninismo y de sus archivos entre los cuales figuraba el del Comintern. Esa colaboración entre especialistas occidentales y rusos, y motivada por preocupaciones científicas antes que políticas, era impensable en tiempos de la guerra fría y habría sido imposible de realizar antes de que se abrieran los archivos.

Por último, cabe destacar que las tres iniciativas confluyen en algunos aspectos. Los miembros del Comintern de habla francesa y los de América Latina (o que realizaron tareas en ese continente) ya figuraban, en teoría, en la base de datos de Hannover; asimismo, miembros del Comintern francoparlantes como el suizo Jules Humbert-Droz estuvieron estrechamente ligados a cuestiones relativas a América Latina, por lo cual también figuran en el diccionario latinoamericano.

El proyecto germano-ruso de Michael Buckmiller y Klaus Meschkat se había propuesto realizar, en base a los archivos de Moscú y otras fuentes disponibles, un registro lo más exhaustivo posible de los comunistas que habían cumplido un rol de cualquier tipo dentro del Comintern. Eso tuvo como resultado un conjunto de 28.626 nombres registrados y de 15.815 biografías; se trata del más importante, desde el punto de vista de sus dimensiones, realizado hasta el momento. Entre los nombres presentes en esa base de datos, 6.000 eran completamente desconocidos antes de este trabajo. Los datos no se presentan en forma de relato biográfico sino de fichas elaboradas sobre un mismo modelo. Cada una tiene seis secciones en las que figuran todo tipo de datos sobre el militante en cuestión. En una de ellas, se indica si existe un legajo personal del militante en los archivos de Moscú, como así también las referencias de los documentos de archivos utilizados. Esta base de datos no está disponible en papel sino sólo en CD-Rom y en idioma alemán. La publicación que acompaña el CD-Rom contiene las actas de un coloquio internacional realizado en 2004 en la Universidad de Hannover al concluirse el proyecto. Esta incluye las ponencias presentadas durante el coloquio por los principales colaboradores alemanes y rusos del proyecto, como así también por otros especialistas (José Gotovitch, Felx Tych, Hermann Weber). Esta publicación resulta interesante tanto en términos metodológicos como por las reflexiones planteadas en torno a la problemática de la biografía colectiva, y por la información aportada por los archivistas rusos sobre diversos aspectos del archivo del Comintern. El proyecto autobiográfico se inspiró en los trabajos de biografía colectiva realizados en la Universidad de Colonia bajo la dirección del profesor Schröder, en particular del BIOSOP, mencionado más arriba⁵⁹.

⁵⁹ Lamentablemente, la base de datos de Hannover, a diferencia de BIOSOP, no está disponible on-line.

El diccionario biográfico sobre el Comintern y América Latina publicado en 2004, en español, por Peter Huber, Lazar JEIFETS y Victor JEIFETS⁶⁰, fue realizado en gran parte en el marco del proyecto biográfico de Hannover en el que los autores colaboraron. En el año 2000 ya había aparecido en Moscú una primera versión en ruso, sólo a cargo de Lazar JEIFETS, titulada "América Latina en la órbita del Comintern. Ensayo de diccionario biográfico"⁶¹. El diccionario de 2004 contiene 900 reseñas biográficas de comunistas latinoamericanos o relacionados con América Latina (como por ejemplo los emisarios del Comintern). Están presentadas en base a una enumeración de datos fácticos (etapas del itinerario político, funciones ejercidas, etc.), lo que torna áspera la lectura. Pese a esta limitación, y también a algunos errores o imprecisiones —inevitables en este tipo de trabajos—, el libro viene a suplir una carencia y constituye el punto de partida para futuras investigaciones más completas. La dimensión biográfica del comunismo en América Latina ha sido estudiada hasta el momento en forma fragmentaria. Se trata de una difícil y compleja tarea por la carencia de documentos y la precariedad de los archivos del movimiento comunista en la mayoría de los países latinoamericanos. Más allá de esto, últimamente han aparecido valiosas publicaciones para un enfoque biográfico del comunismo latinoamericano. Es el caso, por ejemplo, del diccionario biográfico de la izquierda argentina publicado en 2007 bajo la dirección de Horacio Tarcus⁶². Este trabajo pionero —que se inspira en el **Maitron**— abarca un período de más de un siglo, de 1870 a 1976, y está dedicado sólo en parte a los comunistas, a los que dedica sin embargo un centenar de biografías, a menudo muy detalladas, sobre un total de 500. El interés que tienen estas biografías comunistas va incluso más allá del ámbito argentino puesto que muchas de ellas (por ejemplo, la de Victorio Codovilla, los hermanos Rodolfo y Oreste Ghioldi, o Carlos Dujobne, etc.) contienen datos sobre el funcionamiento de las redes comunistas a nivel latinoamericano, y también sobre las relaciones que existieron entre los distintos partidos comunistas de la región.

El proyecto sobre los miembros del Comintern de habla francesa se planteó un objetivo más restringido que el de Hannover: se trataba de relevar a cuadros y militantes de habla francesa que habían cumplido un rol activo en el interior del Comintern. De este modo, estaba dirigido principalmente a Francia, Bélgica, Suiza y Luxemburgo⁶³. Este proyecto, que también fue realizado en colaboración con especialistas rusos, se inscribió en la línea del **Maitron**, puesto que varios de sus responsables venían trabajando desde hacía tiempo en él. Es más, los volúmenes del **Maitron** relativos al período 1914-1939 también abarcan el comunismo en tanto corriente del movimiento obrero francés⁶⁴. El diccionario biográfico de los miembros del Comintern de habla francesa nació de una red informal de investigadores interesados por incluir

⁶⁰ JEIFETS Lazar; JEIFETS Victor, Peter Huber, **La Internacional comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario biográfico**, Moscou/Génève, Instituto de Latinoamérica de la Academia de las ciencias/Institut pour l'histoire du communisme, 2004.

⁶¹ JEIFETS Lazar; JEIFETS Victor, **Latinskaia Amerika v orbite kominterna**, op. cit.

⁶² Horacio Tarcus (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)**, Buenos Aires, Emecé, 2007.

⁶³ Sobre el nacimiento y desarrollo de este proyecto, ver José Gotovitch, "Zum biographischen Wörterbuch der Kommunistischen Internationale für die französischsprachenden Länder", en M. Buckmiller, K. Meshkat, op. cit., pp. 101-110.

⁶⁴ **DBMOF. Quatrième partie : 1914-1939. De la Première à la Seconde guerre mondiale**, dirigido por Jean Maitron y Claude Penneier, vol. 16-43, Paris, 1981.

un enfoque sociobiográfico en la historia del movimiento obrero y del comunismo, que ya venían trabajando juntos. Siendo franceses, belgas, suizos, luxemburgueses, todos tenían en común una misma lengua, y fue precisamente este rasgo que los llevó a delimitar el proyecto. Este grupo tenía contactos regulares con historiadores y archivistas rusos (Mikhail Narinski, Michel Panteleiev, Marina Smolina), lo que dio lugar finalmente a la elaboración del diccionario. El libro presenta al comienzo una historia del Comintern a cargo de Serge Wolikow, y presenta luego cerca de 500 biografías, redactadas en base al modelo del *Maitron*: se trata de verdaderas historias de vida, detalladas, rigurosamente documentadas y claramente presentadas⁶⁵. Como escribe Claude Pennetier en la presentación, este libro, al que describe como “un ensayo de biografía colectiva”,

“permite descubrir detrás de la imagen rígida del kominterniano, aventurero y al mismo tiempo agente disciplinado, la vida de los actores de la Internacional Comunista en sus distintos períodos. Después de los iniciadores, que en ocasiones fueron desplazados por la propia evolución de la Internacional, vino una generación bolchevique formada en las Escuelas leninistas, encuadrada, “verificada”, disciplinada que forjará las direcciones de los partidos nacionales, no sin dificultades, y exaltará a la vez al “hombre nuevo” (...) Los kominternianos eran ante todo los actores de la vida de las instancias internacionales (congresos, plenarios), como así también eran los emisarios políticos y técnicos en las distintas secciones, o responsables de distintas reparticiones en la sede del Comintern. Lo secundario se fue convirtiendo en lo principal. Al presentar a estos quinientos itinerarios, esperamos que esto lleve a una relectura de la dimensión internacional del comunismo en tiempos del bolchevismo y del estalinismo”⁶⁶.

Ciertos trabajos recientes de biografía colectiva están dedicados más específicamente a algunos partidos comunistas. El más destacable es, en mi opinión, el diccionario biográfico de los comunistas alemanes publicado en 2004 por Hermann Weber y Andreas Herbst, que abarca el período 1918-1945⁶⁷. Este libro es el resultado de una larga serie de trabajos en los cuales Hermann Weber, el mayor especialista en el comunismo alemán, había explorado también la dimensión biográfica de ese movimiento. Su estudio sobre el comunismo alemán durante la República de Weimar, publicado en 1969⁶⁸, que desde entonces se ha convertido en libro de referencia, contenía más de 500 biografías de cuadros comunistas alemanes, escritas a partir de las informaciones disponibles en aquel

momento. Las biografías no se limitaban al período de la República de Weimar (1919-1933), sino que tenían en cuenta la trayectoria política posterior de estos cuadros, durante la dictadura nacional-socialista y después de 1945. En 1989 Weber publicó otro libro sobre los comunistas alemanes víctimas de la represión estalinista⁶⁹. Contenia breves biografías de aproximadamente 400 comunistas alemanes que habían muerto en las cárceles o campos soviéticos o incluso, en algunos casos, en Alemania, al haber sido entregados por la URSS a la Gestapo durante el pacto germano-soviético. La apertura de los archivos comunistas de la ex República Democrática Alemana tras la reunificación, como la de los archivos del Comintern con el fin de la URSS, le permitieron a Hermann Weber ampliar y profundizar, en colaboración con Andreas Herbst, las investigaciones biográficas sobre los comunistas alemanes, dando lugar a lo que verdaderamente puede llamarse una biografía colectiva de los comunistas alemanes hasta 1945.

Este libro, editado en 2004 y reeditado en 2008, contiene las biografías de 1400 cuadros comunistas con responsabilidades en el seno del KPD y otras organizaciones de masas entre 1918 y 1945. No existe, hasta donde yo sé, ningún otro trabajo de semejante amplitud, que esté dedicado a otros partidos comunistas. Puede señalarse al menos, dentro del ámbito sociobiográfico, las investigaciones de Kevin Morgan sobre los comunistas británicos⁷⁰; los trabajos realizados en distintos países sobre los voluntarios de las brigadas internacionales durante la Guerra Civil española⁷¹, o aquellos dedicados a los diversos exiliados políticos en el movimiento obrero, etc.⁷² Todos estos trabajos tuvieron lugar en un contexto académico y cultural favorable al desarrollo del método sociobiográfico.

[Ponencia presentada en el coloquio

“La sociobiographie des militants: autour des chantiers du *Maitron*”, París, 7-8 de diciembre de 2010).

Traducción del francés de Margarita Merbilháa]

1993. La cuarta parte del DBMOF se escribió antes de la apertura de los archivos de Moscú. Cuando éstos se abrieron, se pudieron agregar nuevos nombres que figuran en la nueva edición del *Maitron* en formato de CD-Rom.

⁶⁵ El libro Serge Wolikow *L'Internationale communiste (1919-1943). Le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la révolution* (Paris, Editions de l'Atelier, 2010) contiene un CD-rom con todas esas biografías y otras más.

⁶⁶ Claude Pennetier, “Présentation”, in *Komintern; l'histoire et les homes*, op. cit., p. 8.

⁶⁷ Hermann Weber, Andreas Herbst, *Deutsche Kommunisten. Biographisches Handbuch 1918 bis 1945*, Berlin, Dietz, 2004. Se publicó una nueva edición aumentada y revisada, en 2008.

⁶⁸ Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus; die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik* Frankfurt am Main, Europäische Verlagsanstalt, 1969, 2 vols.

⁶⁹ Hermann Weber, *Weisse Flecken in der Geschichte. Die KPD-Opfer der stalinischen Säuberungen und ihre Rehabilitierung*, Frankfurt am Main, ISP-Verlag, 1989. Una nueva edición ampliada se publicó al año siguiente en Berlín, en la editorial Christoph Links. En 1998 Weber dirigió, junto a Ulrich Mählert, un grueso volumen sobre las purgas estalinistas: ver Hermann WEBER / Ulrich Mählert (dir.), *Terror: Stalinistische Parteisauberungen 1936-1953*, Schöningh, Paderborn, 1998 (nueva edición ampliada en 2001). Sobre el destino trágico de la mayoría de los comunistas alemanes refugiados en la URSS ver también Reinhard Müller, *Menschenfalle Moskau. Exil und stalinistische Verfolgung*, Hamburg, Hamburger Edition HIS Verlag, 2001. (El libro contiene también una lista de las víctimas, con reseñas biográficas).

⁷⁰ Kevin Morgan, Gidon Cohen and Andrew Flynn, *Communists in British Society 1921-1991*, London, Rivers Oram Press, 2006; KEVIN MORGAN and Alan Campbell (ed.), *Party People. Communist Lives*, London, Lawrence & Wishart, 2001.

⁷¹ Rémi Skoutelsky, *L'espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les brigades internationales 1936-1939*, Paris, Grasset, 1998; Alexander Bill, *British Volunteers for Liberty: Spain 1936-1939*, London, 1982; Hans Landauer in Zusammenarbeit mit Erich Hack, *Lexikon der österreichischen Spanienkämpfer 1936-1939*, Wien, 2003; Henri Wehenkel, *D'Espagnekämpfer. Volontaires de la guerre d'Espagne partis du Luxembourg*, Dudelange, 1997; Ulmi Nic et Peter Huber, *Les combattants Suisses en Espagne républicaine (1936-1939)*, Lausanne, Verlag Antipodes, 2001; Gino Gerold Baumann, *Los voluntarios latinoamericanos en la guerra civil española*, San José de Costa Rica, Editorial Guayacán, 1997.

⁷² Ver también los ensayos compilados en Bruno Groppo und Berthold Unfried (dir.), *Gesichter in der Menge*. op. cit.

Michael Heinrich, "¿De qué forma es posible la escritura biográfica hoy?. Para una metodología de una biografía de Marx", en **Políticas de la Memoria**, n° 18, Buenos Aires, 2018, pp. 27-41.
ISSN 1668-4885
ISSNe 2683-7234

¿De qué forma es posible la escritura biográfica hoy?

Para una metodología de una biografía de Marx

Michael Heinrich (Heidelberg, 1957) viene de publicar **Karl Marx o el nacimiento de la sociedad moderna**, el primer tomo de una biografía monumental de Marx que será completada en los próximos años con una extensión prevista de tres o cuatro gruesos volúmenes. La edición original alemana de 2018 fue acompañada por traducciones casi simultáneas al portugués, el inglés y el francés. Editorial Akal de Madrid anuncia para 2019 la aparición de la versión castellana de este primer volumen.

Heinrich visitó recientemente Buenos Aires, invitado por el CeDInCI y la Fundación Rosa Luxemburgo para participar de nuestro evento internacional *Marx 200 años*. Exponente de una corriente alemana conocida mundialmente por postular "una nueva lectura de **El Capital**", miembro del colectivo editor de la revista **PROKLA** y autor de numerosos libros consagrados a la *opera magna* de Karl Marx — **Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx** (2004), **Cómo leer El Capital de Marx** (2012)—, ofreció el pasado 23 de noviembre en nuestro país una conferencia titulada "Nuevos textos y nuevas lecturas de **El Capital** de Marx".

Poco antes de su conferencia del 22 de noviembre, le planteamos la pregunta: ¿Por qué una nueva biografía de Marx?. Heinrich aceptó el desafío, nos propuso como título "Sobre la necesidad de una nueva biografía de Karl Marx" y nos hizo llegar para **Políticas de la memoria** el texto que tenemos el gusto de publicar a continuación, que sirvió de guía a su exposición. Nos apresuramos a traducirlo considerando que sus reflexiones metodológicas sobre la biografía histórica así como sus consideraciones acerca de la hermenéutica de los textos mediada por la recepción dialogaban muy bien con nuestra agenda historiográfica, enriqueciéndola con nuevos desarrollos.

Michael Heinrich

La vida de una persona es algo diferente a su biografía, ya sea la escrita por él mismo o por un otro. Una biografía no es capaz de transmitir más que una imagen incompleta de esa vida, dado que las fuentes disponibles (también una autobiografía necesita fuentes) son más o menos fragmentarias. Además, la representación biográfica nunca es independiente de los intereses de quien escribe, tanto de sus puntos de vista personales como de aquellos condicionados por su época. Y, por encima de esto, siempre ha cambiado lo que en términos históricos se espera de una biografía, aquello que es considerado una biografía buena, o adecuada. De ahí que no tenga nada de trivial la pregunta acerca de la forma en que la escritura biográfica es hoy posible y significativa.

1. Crítica del arte de la biografía tradicional

En la década de 1930, Siegfried Kracauer caracterizó las obras biográficas de aquel entonces como una "forma artística burguesa", expresión de la fuga de la burguesía frente a la disolución del individuo presuntamente autónomo y el resquebrajamiento de su propio sistema social. Mientras la desintegración de los contornos definidos del individuo y la pérdida de confianza en el significado objetivo de un sistema de coordenadas individual habían conducido en la literatura a la "crisis de la novela", el último refugio para la articulación de lo individual se encontraba en la biografía, puesto que la objetividad de la representación quedaba aparentemente garantizada por la importancia histórica del representado. Sin embargo, según Kracauer, no se llegó de ningún modo al final de la escritura biográfica. No sólo destacó en el citado artículo la obra autobiográfica de Trotsky, en tanto en ella, en contraste con el aluvión de las biografías a la moda, no se trata de rehuir la comprensión de la situación presente sino de develarla.¹ Además, Kracauer mismo publicó un par de años más tarde una biografía, **Jacques Offenbach y el París de su tiempo** (1937), una obra que en el prólogo presentó de manera programática como una "biografía social".²

Lo que Kracauer tenía en la mira de su crítica era la proliferante *literatura biográfica*, un género bastante popular incluso hasta el día de hoy. Provista de conocimientos más o menos fundados sobre la persona retratada y la época histórica, traza una imagen enriquecida con algunos esquemas psicológicos que, las más de las veces, pretende develar el "alma" de la persona descrita, así como los motivos de su éxito o fracaso. En verdad, las fuentes disponibles son utilizadas de manera muy selectiva: la imagen presentada, sea ésta positiva o negativa, no debe ser puesta en cuestión con material contradictorio. De buena gana las fuentes utilizadas son completadas mediante la empatía de quien escribe, por medio de su capacidad de "ponerse en el lugar" de la persona retratada. No es infrecuente que la vida interior de la persona retratada sea descrita de manera tan detallada y viva, que da la impresión de que el biógrafo hubiera pasado horas conversando con ella. En consecuencia, muchas de las afirmaciones contenidas en las biografías de este tenor no son para nada comprobables. En muchos casos, se les ahorran a lectoras y lectores, a fin de "facilitarles la lectura", las referencias exactas a las fuentes, y la bibliografía utilizada suele ser indicada meramente como una lista de referencias. Lo que se debe a la empatía del biógrafo y lo que corresponde a la interpretación más o menos plausible de las fuentes, se vuelve imposible de diferenciar.

En lo que sigue se tratará no ya de las formas de la escritura biográfica propias de la literatura de entretenimiento, sino de las biografías *científicas*. En tanto género literario, la biografía existe desde la Antigüedad, pero la biografía fundada sobre fuentes acreditadas y elegidas críticamente se conformó recién a comienzos del siglo XIX. Mientras en la Antigüedad y en

1 Existe una traducción castellana: "La biografía como arte neoburgués", en Siegfried Kracauer, **Estética sin territorio**, Murcia, Colegio oficial de aparejadores y arquitectos técnicos de la región de Murcia, 2006, p. 309-315, traducción de Vicente Jarque. [N. de T.].

2 Siegfried Kracauer, **Jacques Offenbach und das Paris seiner Zeit**, Allert de Lange, 1937. Traducción castellana: **Jacques Offenbach y el París de su tiempo**, Capitán Swing, 2015, trad. de Lolo Ábalos. [N. de T.].

la Edad Media las biografías eran sobre todo colecciones de “acciones” de la persona retratada, y se trataba a las fuentes de manera muy acrítica, esto cambió en la época de la Ilustración. Además de los hechos, entonces, apareció el desarrollo interno de la persona; se trató de clarificar qué cualidades personales habían hecho posibles esos hechos.

Goethe fue un paso más allá, en tanto comprendió la historia del desarrollo de la persona no sólo como subjetiva, sino también como condicionada históricamente. En el prólogo a sus reflexiones autobiográficas **Poesía y verdad** señaló como la “principal tarea de la biografía” el representar al hombre en sus relaciones epocales para mostrar en qué medida la totalidad se opone a él, en qué medida lo favorece, cómo él se fabrica un mundo y una humanidad de todo ello. Y cómo, ya fuere artista, poeta o escritor, los reflejará nuevamente hacia el exterior. De esta dependencia frente a las relaciones epocales concluye Goethe que “cualquiera, sólo con haber nacido diez años antes o después, se habría convertido en alguien muy distinto, en lo que respecta a su propia formación y a su efecto en el exterior”.³

En Alemania el comienzo de la biografía científica coincide con el ascenso de aquellas tendencias historiográficas hoy comprendidas de manera concisa bajo el término “historicismo”. Allí se partió de la base de que las acciones humanas eran determinadas por las ideas, ya fueran ideas establecidas o aceptadas por el individuo. Las ideas eran consideradas como las fuerzas motrices del desenvolvimiento histórico. En este marco, según una célebre frase del historiador Heinrich von Treitschke (1834-1896), aquellos grandes hombres que juegan un rol sobresaliente son los que “hacen la historia”.⁴ Con ello se les concedió a las biografías de estos hombres (y de unas pocas mujeres) un valor considerable, sirviendo también para “comprender” la eficacia de las ideas fundamentales que determinan el accionar de estas personas de gran peso histórico.

Wilhelm Dilthey (1833-1911), que se esforzó por lograr una fundamentación sistemática de las ciencias humanas basada en el historicismo, concedió a la biografía un lugar central en la comprensión histórica. Vio en el curso de una vida la “célula germinal de la historia”.⁵ Dilthey formuló la exigencia hermenéutica a los biógrafos: “revivenciar” las ideas y los estímulos poniéndose —para poder comprender— “en el lugar del otro”. Lo que un individuo puede hacer por sí mismo —volverse consciente del curso de su propia vida, comprendiendo la realización de sus fines, de los cuales surge el propio “plan de vida” [*Lebensplan*]⁶—, debía ser trasladado a la comprensión de existencias extrañas, surgiendo así la biografía como “forma literaria de comprensión de vidas ajenas”.⁷

Una gran parte de la literatura biográfica del siglo XX estuvo marcada en mayor o menor medida por tales representaciones, lo cual no siempre debe haber sido obvio para cada uno de los biógrafos individuales. Esto es también aplicable al oficio de la biografía del movimiento obrero que nace a comienzos del siglo XX: la biografía de Marx de Franz Mehring de 1918 y la biografía de Engels en dos tomos (1919/ 1932) de Gustav Mayer confrontan a los “grandes hombres” de la historiografía burguesa con los “grandes hombres” del movimiento obrero, y se sirven para ello de un instrumental metodológico bastante similar al de los historiadores burgueses.⁸

Este arte de la biografía tradicional experimentó en el siglo XX una crítica fundamental, que abrevó en diversas fuentes. Ya desde los años 1930 se estableció en la historiografía de la Escuela de los Anales (llamada así por la revista homónima

3 Johann Wolfgang Goethe, **Dichtung und Wahrheit**, Tübinga, J. G. Cotta, 1811, p. 9. Reproducido en Goethe, **Werke**, Múnich, Deutscher Taschenbuch, 2000, vol. 9 [Citamos de la versión castellana de Rosa Sala: **Poesía y verdad de mi vida**, Barcelona, Alba, 1999, 2ª ed. N. del Ed.].

4 “Los hombres hacen la historia” (Treitschke, **Deutsche Geschichte im 19. Jahrhundert** [La historia alemana en el siglo XIX], Leipzig, Hirzel, 1879, vol. I, p. 28). Aún de forma más radical lo había formulado cuarenta años antes el historiador británico Thomas Carlyle (1795-1881): “The History of the world is but the Biography of great men” [“La historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres”] (Thomas Carlyle, **On Heroes and Hero Worship and the Heroic in History** [De los héroes y su culto, y lo heroico en la Historia], London, James Fraser, 1841, p. 47) [Existe traducción castellana: **Sobre los héroes. El culto al héroe y lo heroico en la historia**, Sevilla, Ediciones Universitarias Athenaica, 2017, trad. Pedro Umbert].

5 Wilhelm Dilthey, **Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften**, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1970, p. 304 [traducido al castellano por Eugenio Imaz como **EL mundo histórico**, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 271].

6 *Ibid.*, p. 307 [p. 274 de la trad. castellana].

7 *Ibid.*, p. 305 [p. 272 de la trad. castellana].

8 Franz Mehring, **Karl Marx. Geschichte seines Lebens**, Leipzig, Leipziger Buchdruckerei, 1918 [**Carlos Marx. Historia de su vida**, Madrid, Cenit, 1932, trad. de Wenceslao Roces]; Gustav Mayer, **Friedrich Engels in seiner Frühzeit**, Berlín, Verlag von Julius Springer, 1920; **Friedrich Engels und der Aufstieg der Arbeiterbewegung in Europa**, La Haya, Martinus Nijhoff, 1934. [**Friedrich Engels. Una biografía**, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, trad. de Wenceslao Roces].

fundada en 1929 por Lucien Febvre y Marc Bloch), que no sólo se dedicó fuertemente a la historia económica y la historia social y trabajó con métodos cuantitativos, sino que por sobre todas las cosas dirigió su interés a procesos de larga duración. Bajo este horizonte, las biografías perdieron fuertemente su significado. Luego de la Segunda Guerra Mundial se dio un desarrollo parecido en Alemania Occidental. La comprensión de la historia, que aquí por largo tiempo estuvo orientada al historicismo, fue puesta en cuestión cada vez más fuertemente por interpretaciones ajustadas a lo estructural y lo histórico-social. Contra el rol determinante de las grandes personalidades históricas, se insistió en el significado de los factores estructurales. En la Escuela de Bielefeld fundada por Hans-Ulrich Wehler se entendió de manera programática a la historiografía como una "sociología histórica". En vez de partir de la base de que el individuo le otorga sentido a sus acciones de manera autónoma, se tematizó la dependencia de los individuos respecto a su contexto social. Con ello y de manera forzosa, fue también puesto en cuestión el significado de la investigación biográfica. Si bien se siguieron publicando biografías, ya no se les concedió un rol central en la comprensión histórica. Desde los años 1970s y junto a la crisis de la historiografía, en Alemania Occidental se observó una crisis de la biografía.⁹

También en el medio científico de la República Democrática Alemana el género biográfico fue mirado por largo tiempo con escepticismo: fueron las clases sociales, no los individuos, las que se consideraron actores del proceso histórico. En el marxismo-leninismo (no sólo en la RDA) la estructura social y el individuo aislado se pusieron de pronto y la mayor parte de las veces en veredas opuestas. Por un lado, bajo la etiqueta de "materialismo histórico", fue defendido un fuerte determinismo estructural que apenas si dejaba espacio para la acción individual, más allá de los sujetos colectivos "clase" y "partido". Por otro, los padres fundadores Marx, Engels y Lenin fueron considerados figuras carismáticas extraordinarias, cuyo genio individual resplandecía finalmente por sobre todo condicionamiento social.

De manera muy insuficiente, tanto para el caso de la representación de estas figuras carismáticas como para la de sus enemigos, se logró una verdadera transmisión de, por un lado, las estructuras sociales condicionantes y, por el otro, pensamientos y acciones individuales. Ya Jean-Paul Sartre criticó dentro del marxismo la mera traslación retórica de las relaciones sociales al momento de escribir la vida y obra de pensadores y artistas,¹⁰ contraponiendo como alternativa su biografía en cinco tomos del joven Flaubert,¹¹ alternativa extrema en términos de extensión. La ampliamente conocida biografía doble de Marx y Engels que publicó August Cornu (un francés que ejercía la docencia en la RDA) representó al respecto una importante excepción. Sólo llegaba hasta el año 1846 y su continuación no fue intentada por nadie.

De manera paralela a las tendencias crítico-biográficas en la historiografía, se desarrolló un debate en la teoría literaria sobre la "muerte del autor", en concordancia con los trabajos de Roland Barthes¹² y Michel Foucault.¹³ Si en las perspectivas estructuralistas y posestructuralistas, autores y autoras no juegan ya ningún rol especial en la comprensión de sus propias obras, va de suyo que no puede esperarse de las biografías ningún conocimiento importante.

Lo más provocativo fue la crítica fundamental a la posibilidad de la escritura biográfica formulada en 1986 por Pierre Bourdieu en su ensayo "La ilusión biográfica". Bourdieu critica tanto el discurso de un sujeto que se mantendría constituido por algo más que por su propio nombre, así como al discurso de una "historia de vida", para concluir:

Tratar de comprender una vida como una serie única y suficiente en sí de acontecimientos sucesivos sin más vínculo que la asociación a un 'sujeto' cuya constancia no es sin duda más que la de un nombre propio, es más o menos igual de

9 Ver: Jürgens Oelkers, "Biographik: Überlegungen zu einer unschuldigen Gattung" ["Arte de la biografía: reflexiones sobre un género inocente"], en: **Neue Politische Literatur**, a. 19, 1974; Hagen Schulze, "Die Biographie in der Krise der Geschichtswissenschaft" ["La biografía en la 'crisis de la historiografía'"], en: **Geschichte in Wissenschaft und Unterricht**, a. 29, 1978.

10 Jean-Paul Sartre, **Marxismus und Existentialismus. Versuch einer Methodik**, Reinbeck, Rowohlt, 1964, p. 49. [Éste fue el nombre que adoptó en alemán el texto de Sartre titulado en francés **Questions de méthode**, París, Gallimard, 1957. En castellano apareció como una suerte de preámbulo al primer volumen de **Crítica de la razón dialéctica**, Buenos Aires, Losada, 1963, trad. de Manuel Lamana. N. del Ed.].

11 Jean-Paul Sartre, **Der Idiot der Familie, Gustave Flaubert, 1821 bis 1857**, Reinbeck, Rowohlt, 1971 y 1977-1979, 5 vols. [La edición francesa original es de 1971-1972; existe una traducción parcial (dos tomos sobre un plan de 3) como **El idiota de la familia. Gustave Flaubert de 1821 a 1857**, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1975, 2 vols., trad. de Patricio Canto].

12 Roland Barthes, "Der Tod des Autors", en: Fotis Jannidis, Gerhard Lauer, Mathias Martinez y Simone Winko (eds.), **Texte zur Theorie der Autorschaft**, Stuttgart, Reclam, 2000, pp. 185-193 ["La muerte del autor", en: **EL susurro del lenguaje**, Barcelona, Paidós, 1987, trad. de C. Fernández Medrano].

13 Michel Foucault, **Was ist ein Autor?** (1969), en: **Schriften zur Literatur**, Fráncfort del Meno, Fischer, 1988 [**¿Qué es un autor?**, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010, trad. de Silvio Mattoni].

absurdo que tratar de dar razón de un trayecto en el metro sin tener en cuenta la estructura de la red, es decir, la matriz de las relaciones objetivas entre las diferentes estaciones.¹⁴

Con el aporte de Bourdieu alcanza su punto más alto la crítica fundamental a la biografía científica, pero también significa su final. Es evidente que la ignorancia que Bourdieu le atribuía a la literatura biográfica sobre aquella "matriz de relaciones objetivas" era una inmensa exageración. Ya Goethe, en el arriba citado prólogo a **Poesía y verdad**, había aludido a aquella matriz, cuando colocaba al hombre en "sus relaciones epocales". Dilthey había explicado de manera semejante que la "tarea del biógrafo" consistía en "comprender el nexo efectivo en el cual un individuo se halla determinado por su medio y reacciona sobre él".¹⁵ La pregunta es ahora de qué forma están interrelacionados el individuo particular y aquellas "relaciones objetivas", las "relaciones epocales" y los "nexos efectivos".

2. El debate por un "nuevo arte de la biografía"

Desde los años 1980s creció nuevamente el reconocimiento al valor epistemológico de la biografía en la discusión desarrollada en Alemania Occidental. El trasfondo fue el creciente descontento con una historiografía que se ajustaba a lo meramente teórico-estructural o estadístico-cuantitativo. La reducción del comportamiento humano al efecto de determinados factores y posiciones sociales también comenzó a resultar insatisfactoria. Además, se conformaron nuevas líneas de investigación, tales como la historia de la vida privada, que, entre otras cosas, se abocaba a la biografía de la "gente común". Con todo ello, la biografía alcanzó nuevamente una más alta importancia, aunque ahora en tanto empresa que reflexiona epistemológica e histórico-socialmente, que se diferencia expresamente del arte de la biografía tradicional. Jacques Le Goff constató un desarrollo similar para el caso de Francia,¹⁶ y, en la RDA, a más tardar, fue la aparición del primer tomo de la biografía de Bismarck de Ernst Engelberg la que marcó la nueva importancia concedida al arte de la biografía.¹⁷

En los debates que siguieron se acusó al arte de la biografía tradicional el partir de manera irreflexiva de una serie de presupuestos problemáticos.¹⁸ De manera resumida, los criticados presupuestos se dejan desarrollar según cuatro niveles diferentes:

El individuo retratado es comprendido como un yo cerrado en sí mismo, como un "homo clausus", que da sentido a sus acciones en un proceso autónomo;

La comprensión de este proceso dador de sentido es alcanzada por el biógrafo mediante la identificación y la repetición de la vivencia;

La forma de la representación, que, la mayor parte de las veces, sigue el estilo narrativo realista del siglo XIX, atribuye a la biografía mediante un desarrollo lógico una coherencia, y, de manera no infrecuente, una teleología, que, en verdad, es lograda más mediante la narración que por el mero reflejo de la verdadera vida, por el cual, sin embargo, se hace pasar dicha narración;

14 Pierre Bourdieu, "Die biographische Illusion", en: **Praktische Vernunft. Zur Theorie des Handelns**. Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1998, p. 82 [incluido en el volumen **Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción**, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 74-83, trad. de Thomas Kauf. El párrafo citado está en la p. 82].

15 Wilhelm Dilthey, **Der Aufbau...**, *op. cit.*, p. 304 [p. 271 de la edición castellana citada].

16 Jacques Le Goff, "Wie schreibt man eine Biographie?" ["¿Cómo se escribe una biografía?"], en: Fernand Braudel et al., **Der Historiker als Menschenfresser. Über den Beruf des Geschichtsschreibers** [El historiador como devorador de hombres. Sobre el oficio del que escribe historia], Berlín, Wagenbach, 1998, pp. 103-112. [La versión francesa original está disponible en línea: "Comment écrire une biographie historique aujourd'hui", en **Le Débat** n°54, París, 1989, pp. 48-53, N. de T.].

17 Ernst Engelberg, **Bismarck. Urpreuße und Reichsgründer** [Bismarck. auténtico prusiano y fundador del Reich], Berlín, Akademie-Verlag, 1985.

18 Ver al respecto, entre otros: Andrea Gestrich, "Einleitung: Sozialhistorische Biographieforschung" ["Introducción: Investigación biográfica socio-histórica"], en: Andreas Gestrich et al. (Eds.), **Biographie: sozialgeschichtlich. Sieben Beiträge** [Biografía: en términos socio-históricos. Siete aportes], Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1988, pp. 5-29; Ernst Engelberg y Hans Schleier, "Zu Geschichte und Theorie der historischen Biographie" ["Sobre la historia y la teoría de la biografía histórica"], en: **Zeitschrift für Geschichtsforschung**, a. 38, 1990, pp. 195-217; Christian Klein (ed.), **Grundlagen der Biographik: Theorie und Praxis des biographischen Schreibens** [Fundamentos del arte de la biografía. Teoría y praxis de la escritura biográfica], Stuttgart, J. B. Metzler, 2002; Hans Erich Bödeker, "Biographie: Annäherungen an den gegenwärtigen Forschungs- und Diskussionsstand" ["Biografía: aproximaciones al estado de la investigación y la discusión actuales"], en: **Biographie schreiben** [Escribir biografía], Gotinga, Wallstein, 2003, pp. 9-63.

El biógrafo toma la posición de un narrador omnisciente que conoce la verdad y desea presentarla, sin tener él mismo intereses específicos y perspectivas que pudieran repercutir en la representación.

Contra ello, se sostuvo que un arte de la biografía enterado de las ciencias sociales y la teoría de la comunicación debía partir de unos presupuestos radicalmente diferentes:

Los individuos no deben ser comprendidos como sujetos cerrados y autónomos, se los debe ir a buscar en la sociedad, se los debe observar en sus relaciones sociales;¹⁹

El proceso dador de sentido no es un acto autónomo, sino el resultado de un proceso de comunicación. No son la identificación y la repetición de la vivencia las que conducen a la comprensión de este sentido, sino el análisis exacto de las condiciones de este proceso de comunicación;

La representación no debe atribuir a la biografía, mediante la forma narrativa, coherencia ni teleología. Se deberían colocar en el centro las diferentes acciones posibles que, en la trama de una vida, habrían podido emprenderse, así como, ante todo, los puntos de ruptura de la biografía. El biógrafo (o la biógrafa) escribe siempre desde una perspectiva determinada y tiene, en tanto elige y ordena desde dicha perspectiva, una participación en la construcción de aquello que es representado.

Antes de que en el próximo apartado retome estas objeciones y discuta su significado para una biografía de Marx, se deberán tratar las réplicas de los defensores del arte de la biografía tradicional. Esta anticrítica no fue solamente formulada explícitamente en distintos trabajos, a los que me referiré inmediatamente, sino que también el extenso estudio de Olaf Hähner²⁰ sobre el desarrollo histórico de la biografía se deja leer como una defensa implícita de una parte del arte de la biografía propia del historicismo.²¹

Hähner diferencia para el caso de la biografía histórica entre una "sintagmática" —en la cual el efecto de un (la mayor parte de las veces) célebre personaje sobre su contexto social es puesto en primer plano— y una "paradigmática" —en la cual una persona (frecuentemente menos conocida) representa las relaciones epocales. Si bien con esta diferenciación se da cuenta de las diferentes intenciones de los biógrafos, cabe preguntarse en qué medida se sostiene si se considera que también en el personaje célebre se reflejan las relaciones epocales.

Hähner divide el arte de la biografía del historicismo alemán en tres fases, que al mismo tiempo habrían producido determinados tipos de biografías. Así, desarrolla un "historicismo idealista" para la primera mitad del siglo XIX. Lo describe como "idealista" debido a la influencia de la filosofía de la historia idealista: la historia es comprendida como el efecto de las fuerzas motrices del Espíritu.²² Johann Gustav Droysen (1808-1884), que había sido alumno de Hegel, llega a la conclusión de que el devenir de la persona representada debería ser en parte ignorado —por un lado, porque el historiador no posee la competencia para exponerlo, por el otro, porque no se llega absolutamente a nada. Lo decisivo para los historiadores no es cómo se habrían desarrollado determinados conceptos en el individuo sino cómo el individuo, partiendo de esas ideas, se vuelve activo e influye en el curso de la Historia.²³ También Leopold von Ranke (1795-1886) vio al individuo como una suerte de ejecutor de las grandes ideas históricas, si bien enfatizó más fuertemente que Droysen su fuerza individual y capacidad propia, en tanto desarrolló un interés más fuerte por la historia de la formación del individuo. Para Ranke, lo personal no

19 La denominación de "homo clausus" que utilizan los críticos se remonta a Norbert Elias, que la utilizó no obstante en un contexto algo diferente en **Über den Prozeß der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen** (1939). [Existe traducción al castellano: **El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas**, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, trad. de Ramón García Cotarelo. N. de T.].

20 Olaf Hähner, **Historische Biographik. Die Entwicklung eines geschichtswissenschaftlichen Darstellungsform von der Antike bis ins 20. Jahrhundert** [Sobre el arte de la biografía histórica. El desarrollo de una forma de representación historiográfica desde la Antigüedad hasta el siglo XX], Fráncfort del Meno/ Nueva York, Peter Lang, 1999.

21 El estudio publicado por Helmut Scheuer —**Biographie. Studien zur Funktion und zum Wandel einer literarischen Gattung vom 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart** [Biografía. Estudios sobre la función y la transformación de un género literario desde el s. XVIII hasta el presente] (Stuttgart, J. B. Metzler, 1979)— sobre la historia del arte de la biografía del historicismo es para la discusión sobre un nuevo arte de la biografía no tan fructífero: publicado previamente al debate que se inicia en los años 1980s, tiene como objetivo, por medio de la biografía, tanto el discutir la relación entre arte y ciencia como el definir las potencialidades y límites de la biografía histórica.

22 *Ibid.*, p. 108.

23 *Ibid.*, p. 112 y ss.

se transforma en importante por propia voluntad, sino en tanto momento de la Historia. Hähner reconstruye, partiendo de las declaraciones dispersas de Ranke, el "plan maestro" de una biografía histórica "integrativa":

Ella tiene dos prehistorias para contar, a saber: el desarrollo del individuo, que en lo que sigue se llamará *prehistoria biográfica*, y el desarrollo de las relaciones históricas universales (*prehistoria monográfica*). Ambas prehistorias convergen en un punto, "en el cual la fuerza individual" se encuentra con "la circunstancia del mundo" y el individuo realiza por primera vez una actuación significativa en términos históricos (*punto de integración*). Acá se fusionan en cierto modo las dos magnitudes, y la biografía se amplifica hacia la Historia (*historia de la actuación bio-monográfica*), en tanto con las actuaciones más cruciales del individuo se cuenta al mismo tiempo la historia individual y la historia universal".²⁴

Entre la revolución de 1848/49 y el *Reichsgründung* alemán de 1871, Hähner establece la segunda fase, el "historicismo político". Una parte considerable de la historiografía alemana se politiza y se aboca a "la tarea de la Prusia alemana", esto es: a una unión de Alemania inducida por Prusia. Treitschke y nuevamente Droysen son los representantes de esta línea. Las biografías tienen ahora un objetivo político inmediato: deben presentar a las personas retratadas como modelos morales y políticos, que en las situaciones críticas hicieron lo correcto. Con esta nueva orientación hacia el carácter de la persona aumenta el interés por su derrotero individual.

Con el *Reichsgründung* fueron completados los objetivos del historicismo político. Ahora se ha vuelto superfluo, y le hace lugar, según Hähner, a un "historicismo científico", que lidera las controversias fundamentales sobre la comprensión de la ciencia. Entre otras cosas, ahora se le adjudica un lugar central dentro de la Historiografía a la "comprensión", para contraponerla a las "explicaciones" de tipo causal de las ciencias naturales. En esta fase, la biografía no sólo se vuelve central para la escritura de la historia, sino que también ocurre, siempre según Hähner, la plena realización de la biografía integrativa de tipo histórico: se considera tanto más fuertemente el curso histórico universal (lo que con frecuencia conduce a mamotreos que se proponen abarcarlo todo), como lo individual, que tiene lugar por sobre todas las cosas mediante la comprensión por identificación. Finalmente, Wilhelm Dilthey coloca entonces en el centro de sus reflexiones a la biografía, lo que ya hemos abordado arriba. Queda claro a partir de su exposición que Hähner ve en la "biografía integrativa histórica" de Dilthey una forma ideal de la biografía, aún hoy vigente.

Las reflexiones de Dilthey sobre el arte de la biografía, ferozmente criticadas en los debates más recientes, fueron explícitamente defendidas por Hans-Christof Kraus.²⁵ La idea de que Dilthey y el arte de la biografía partían de un "homo clausus" sería para Kraus una caricatura totalmente exagerada. Más allá de estas exageraciones, según Kraus, el "nuevo" arte de la biografía traería escasa novedad. También Dilthey y el arte de la biografía tradicional habrían indagado las relaciones recíprocas entre la persona retratada y el contexto social: lo problemático habría sido la tendencia a ocultar los quiebres en la historia de vida, aquello que había sido abordado con el concepto de Dilthey de "plan de vida". Por otra parte, serían repudiables las tendencias hagiográficas. Kraus plantea cuatro demandas a una biografía moderna de tipo político.²⁶

Primero: la vida individual debe ser colocada en los respectivos nexos efectivos, deben ser registradas tanto las "marcas" de la sociedad en el individuo como las "repercusiones" de su accionar. *Segundo*: la dirección de esa vida, configurada de manera individual, debe ser reconstruida y analizada. *Tercero*: de manera paralela a las líneas de sutura de esa biografía, deben ser analizados sus quiebres; las racionalizaciones llevadas a cabo por los sujetos mismos así como las leyendas históricas deben ser puestas al descubierto. *Cuarto*: precisamente en una biografía política, se deben tratar de indagar exactamente los correspondientes márgenes político-históricos de la acción, los motivos e intereses latentes deben ser puestos en su lugar en el nexo efectivo del proceso histórico.

24 *Ibid.*, p. 125.

25 Hans-Christof Kraus, "Geschichte als Lebensgeschichte: Gegenwart und Zukunft der politischen Biographie" ["Historia como historia de vida. Presente y futuro de la biografía política"], en: Hans-Christof Kraus y Thomas Nicklas (eds.): **Geschichte der Politik-Alte und neue Wege** [Historia de la política-Viejos y nuevos caminos], **Historische Zeitschrift**, suplemento 44, Múnich, 2007, pp. 311-332.

26 *Ibid.*, p. 328 y ss.

Con el aporte de Kraus parece haber llegado a su fin la fase de enconados debates. En la discusión, predominan desde entonces las síntesis, que introducen en el listado un sinnúmero de aspectos a ser tomados en cuenta. En esta dirección hacia la síntesis se incluyen los aportes de Ullrich (2007)²⁷ y Lässig (2009),²⁸ que igualmente tratan de resumir en unos pocos puntos qué constituye una buena biografía. Mientras que en el caso de Kraus todavía predomina una perspectiva muy objetiva sobre la persona retratada, Ullrich y Lässig van más allá. Ambos enfatizan que en la biografía también deben ser tenidas en cuenta la historia de la transmisión y la historia de la recepción de la persona retratada, y que deben ser explicitados el lugar y la perspectiva del biógrafo. Con ello se reconoce al fin y al cabo que el acceso a la persona tratada no es independiente de la historia de su transmisión y mucho menos lo es de los intereses y perspectivas del que escribe.²⁹

3. Consecuencias para una biografía de Marx

De los debates esbozados hasta aquí se desprenden reflexiones de cada uno de los cuatro niveles señalados arriba mediante las letras "a", "b", "c" y "d", que son relevantes para la escritura biográfica y, especialmente, para una biografía de Marx.

Persona y sociedad

Ya Dilthey había enfatizado que el curso de vida de una personalidad histórica es un "nexo efectivo" [Wirkungszusammenhang] en el cual el individuo recibe las acciones del mundo histórico, se va constituyendo bajo ellas y reacciona a su vez ante ese mundo histórico,³⁰ de modo que la tarea del biógrafo es comprender ese "nexo efectivo".³¹ Aún cuando aquel "homo clausus" atribuido falsamente a la concepción de Dilthey es una caricatura, se presentan no obstante dos objeciones fundamentales contra sus concepciones.

Primero: los canales de las influencias sobre el individuo y su repercusión en la sociedad son para Dilthey, en primer lugar, de tipo espiritual: "religión, arte, estado"; también pone de relieve la "ciencia".³² La constitución de la persona comienza empero ya en la edad infantil y transcurre no solamente por caminos puramente cognitivos. Las relaciones familiares, las experiencias escolares (más allá de la mera transmisión de conocimiento), las experiencias en el espacio social juegan un rol igualmente importante. Eso significa para una biografía de Marx que no es suficiente tomar la correspondiente situación política y económica como trasfondo para luego observar las influencias intelectuales de la filosofía y de la teoría económica y social, y especificar cómo estas influencias se plasman en el pensamiento teórico propio y en la praxis. Las circunstancias de vida deben ser examinadas en un sentido amplio, tanto en el sentido de lo que restringen como en el sentido de lo que posibilitan, para tener una idea de cómo pudieron ser asimiladas tanto las experiencias sociales como las cognitivas; qué está marcado por lo social, cómo y hasta qué punto un yo individual pudo a fin de cuentas ser desarrollado y cómo fue desarrollado.

La constitución de la persona aquí abordada no debe ser confundida con un estudio de psicología profunda acerca del carácter. Independientemente de los problemas internos de la conformación de la teoría psicoanalítica, bajo ningún aspecto va de suyo su utilización transhistórica. Aunque hay algunos intentos interesantes, como el análisis de Erik Erikson (1958) sobre la crisis identitaria del joven Martin Lutero.³³ También en el caso de Karl Marx podría quizá interpretarse la crisis personal

27 Volker Ullrich, "Die schwierige Königsdisziplin" ["La dura disciplina del rey"], en *Die Zeit*, n° 15, 4 de abril de 2007.

28 Simone Lässig, "Die historische Biographie auf neuen Wegen?" ["¿La biografía histórica sobre nuevos senderos?"], en: *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, a. 60, 2009, pp. 540-553.

29 Que el debate ha tomado un cariz ante todo compilatorio se vuelve claro en dos publicaciones más del año 2009: el *Handbuch Biographie. Methoden, Traditionen, Theorien* [Manual de la biografía. Métodos, tradiciones, teorías], de Christian Klein (Stuttgart, Metzler, 2009) y el tomo publicado por Bernhard Fetz *Die Biographie. Zur Grundlegung ihrer Theorie* [La biografía. Sobre la fundamentación de su teoría] (Berlín, Walter de Gruyter, 2009), que, en contra de lo anunciado en el título, no transmite ninguna teoría, sino que primeramente antologiza qué posibilidades y problemas han aparecido en la bibliografía de tipo biográfico.

30 Dilthey, *op. cit.*, p. 306 [p. 273 de la ed. castellana].

31 *Ibid.*, p. 304 [p. 271 de la ed. castellana].

32 *Ibid.*, pp. 304, 306 [p. 271 y 273 de la ed. castellana].

33 Erik H. Erikson, *Der junge Mann Luther. Eine psychoanalytische und historische Studie* [El joven Lutero. Un estudio psicoanalítico e

del año 1837 como una crisis identitaria semejante. Sin embargo, conocemos demasiado poco de las condiciones de vida de Marx y del desarrollo temprano de su personalidad como para poder realmente fundamentar una suposición semejante. Un primero, aún en cierto modo cauteloso, intento de integrar un análisis de gran profundidad psicológica en la biografía de Marx había sido emprendido por Otto Rühle, que aún estaba fuertemente influenciado por la psicología individual de Alfred Adler.³⁴ Sin embargo, aquí se muestra en qué medida una empresa tal depende de la mera especulación, puesto que sencillamente desconocemos varios detalles de la situación vital de Marx. Un ejemplo verdaderamente alarmante de interpretación psicológica es la "psico-grafía" de Karl Marx de Künzli.³⁵ De manera harto ligera, se formulan hipótesis fuertes sobre la psiquis de Marx. En vez de intentar presentar pruebas sólidas para dichas tesis, Künzli trabaja siempre con preguntas sugestivas, del tipo: "¿podemos imaginarnos que este acontecimiento no haya tenido ninguna influencia?". Lo que es formulado al principio como suposición por medio de una pregunta de ese tenor, aparece en el próximo capítulo como un hecho verdadero, que se transforma en fundamento para más suposiciones, que pronto son igualmente tratadas como hechos. De una manera similar son también amontonadas una tras otra las más salvajes especulaciones por parte de Pilgrim (1990).³⁶ De manera más cuidadosa argumenta Seigel (1978) en su búsqueda de un "Marx's Fate" [El destino de Marx].³⁷ Contra ello, el intento de Andreas Wildt de caracterizar la personalidad de Marx desde el repertorio de imágenes presentes en la carta a su padre de 1837 y los poemas tempranos me parece que dice más de la capacidad de asociación del autor que del mismo Marx.³⁸

Segundo: sin mayor problematización, Dilthey pone el "mundo histórico" de un lado y al "individuo" del otro, y deja que, recíprocamente, uno "actúe" sobre el otro y "repercuta". Sin embargo, los términos de estas relaciones no se dejan diferenciar tan claramente, acontece previamente un proceso de constitución recíproco. El "mundo histórico" colabora considerablemente en la constitución de los individuos, quienes sólo pueden experimentar esta constitución en sus acciones, comunicaciones, relaciones, al mismo tiempo que también con ello constituyen el "mundo histórico". Esto significa: el "asimilar efectos" y "tener repercusión" toma lugar en la mayoría de los casos de manera simultánea, aunque también en tiempos diferentes y con una escala variable de consecuencias. En muchas biografías este "tener efectos" sobre el individuo y su "tener repercusión" sobre la sociedad se separan temporalmente. En primer lugar, la persona es formada por influencias externas, luego esta persona ya formada actúa sobre el afuera, conoce éxitos y fracasos.

En el caso de Hähner, incluso, esta separación es elevada a principio estructurante de la biografía: a la "historia pre-biográfica" le sigue el "punto de integración", esto es: el punto en que el efecto del individuo sobre el proceso histórico comienza. La cuestión es, no obstante, cuál es el patrón que permite definir cuándo comienza este punto de integración. En el caso de Hähner parece ser la percepción pública de la persona retratada, en cuyo caso no se trata necesariamente de la percepción contemporánea sino más bien de la percepción más tardía producto de las consecuencias que trajeron las acciones de la persona descrita hasta el día presente. En la biografía de Marx de Sperber dicho punto parece ser el año 1848. Según la tabla de contenidos, el forjamiento de su personalidad [Prägung] dura hasta 1847, la "batalla" comienza en 1848, sin que se haya ensayado un intento de justificar de alguna manera la datación de esta diferencia. Si uno además echa un vistazo rápido a la biografía de Marx, entonces se vuelve rápidamente claro que es bastante difícil determinar un punto de integración semejante. En el caso de Marx, encontramos, por una parte, desde su colaboración en el **Rheinische Zeitung** hasta su liderazgo de hecho en la Primera Internacional, pasando por el **Neue Rheinische Zeitung**, un crecimiento constante de su percepción pública y vigencia, interrumpido, por otra parte, una y otra vez por períodos de no percepción pública. Su hasta el día de hoy obra más conocida, el **Manifiesto Comunista** de 1848 y el primer tomo de **El Capital** aparecido en 1867 encontraron escaso eco en el momento de su publicación. Su recepción (y fama) se impuso más tardíamente. En Europa Marx se hizo realmente conocido recién en 1871 gracias a "La guerra civil en Francia", su análisis de la Comuna de París.

histórico], Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2016. Para los fundamentos teóricos, véase Erik H. Erikson, **Identität und Lebenszyklus** [Identidad y ciclo vital], Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1966.

34 Otto Rühle, **Karl Marx. Leben und Werk** [Karl Marx. Vida y obra], Dresden, Avalun-Verlag, 1928 [Carlos Marx, Santiago de Chile, Ercilla, 1934, trad. de Raúl Silva Castro].

35 Arnold Künzli, **Karl Marx. Eine Psychographie** [Karl Marx. Una psico-grafía], Viena, Europa Verlag, 1966.

36 Volker Ellis Pilgrim, **Adieu Marx. Gewalt und Ausbeutung im Hause des Wortführers** [Adieu Marx. Violencia y explotación en la casa del portavoz], Reinbek, Rowohlt, 1990.

37 Jerrold Seigel, **Marx's Fate: The Shape of a Life**, Princeton, Princeton University Press, 1978.

38 Andreas Wildt, "Marx' Persönlichkeit, seine frühesten Texte und die Moral der Militanz" ["La personalidad de Marx, sus textos tempranos y la moral militante"], en: **Deutsche Zeitschrift für Philosophie**, n. 50, 2002, pp. 693–711.

En el caso de Marx no constituye el único problema el que sea extremadamente difícil determinar exactamente un "punto de integración" en el proceso histórico. De igual manera se hace difícil decir cuándo está cerrado el "forjamiento de la personalidad" por parte del individuo. ¿Con el final de los años de estudio universitario en Berlín? ¿O con la prohibición de la **Rheinische Zeitung** y el intento de Marx en Kreuznach de entender el fracaso de sus conceptos políticos tempranos? ¿Con el exilio en París y Bruselas, y con la aspiración —y el logro de un rol central— en la Liga de los Comunistas? ¿O este forjamiento de la personalidad recién se lograría a comienzos de 1850s, cuando Marx asimila la derrota de las revoluciones de 1848/49, se despide de las camarillas de exiliados y comienza a darse cuenta de qué enorme trabajo de investigación le demandará la "crítica de la economía política" que él pretende? Las condiciones vitales de Marx, así como las posibilidades de su intervención política y científica cambiaron radicalmente una y otra vez a lo largo de su vida. Marx reaccionó frente a ello con una enorme predisposición a aprender y a poner en cuestión las ideas alcanzadas hasta el momento. En el caso de Marx el forjamiento de la personalidad y su efecto sobre el proceso histórico no se dejan separar temporalmente ni, en determinados intervalos de tiempo, delimitar.

Que nosotros tengamos por costumbre pretender aferrarnos a la "persona" no significa que sea una unidad simple, claramente delimitada, ni tampoco una mera ilusión: es el resultado de una continua red de efectos. Estos efectos no son solamente variables a lo largo del tiempo: por lo menos una parte de ellos son resultado de las acciones de la persona considerada. Los resultados de estos efectos constitutivos de la persona pueden, en el caso de muchos hombres, verificarse a lo largo del tiempo, por lo que uno puede tener la impresión de que la persona en cuestión está plenamente formada a partir de determinado momento. Si —y hasta qué punto— este proceso de constitución encuentra un final debería no obstante ser parte de la investigación —y no en lo posible conforme a una determinada edad— una mera suposición por parte de los biógrafos. Quizá la persona "Marx" se debe así como un proceso de constitución permanente e inacabado.

Vida y obra. Significados y márgenes de acción

En los últimos 150 años Marx ha sido una de las figuras de mayor gravitación política en el mundo. Esta influencia la logró no mediante su rol en las barricadas o por medio de subyugantes discursos; Marx no fue nunca miembro del Parlamento o funcionario de Estado. Su influencia la ganó por sobre todas las cosas gracias a sus escritos: ya en vida (y luego) fue considerado en primer lugar como autor. Precisamente por ello es problemático cuando en la mayoría de las biografías de Marx se aborda su obra de manera muy superficial. Los contenidos de esta obra tuvieron en vida de Marx una importancia decisiva: frecuentemente contribuyeron a nuevas comprensiones, que alejaron a Marx de viejos amigos y lo hicieron buscar nuevas alianzas. Sin el desarrollo de la obra no se pueden comprender muchos aspectos de la vida de Marx. Inversamente, las interrupciones y recomienzos que una y otra vez toman lugar en la obra no se comprenden por completo sin los virajes de la vida de Marx.

En la indagación tanto del accionar político como del resultado del trabajo teórico debe tenerse en cuenta que su "sentido" no sólo está determinado por el agente o el que escribe, sino que es el resultado de un proceso comunicativo que se da en la interacción social. La consideración de la obra no puede limitarse a la enumeración de resultados importantes o al resumen de contenidos, sino que debe tratar del —siempre sujeto a interrupción e interrumpido— *proceso de producción* así como del *impacto* de esa obra, tanto del proyectado como del efectivamente alcanzado. En ello debe diferenciarse el efecto de antaño del actual: algunas de las obras más famosas de Marx (como los "escritos de juventud" o los *Grundrisse*) se publicaron luego de décadas de su muerte, mientras que, de manera inversa, sus trabajos como periodista, algunos de los cuales levantaron gran polvareda, hoy apenas son conocidos. Pero también algunos escritos publicados en vida, como el **Manifiesto Comunista** o el **XVIII Brumario de Luis Bonaparte** permanecieron por largo tiempo desconocidos.

El historiador británico Quentin Skinner ha enfatizado una diferencia muy útil para analizar el impacto de los textos marxianos.³⁹ Contra la interpretación tradicional, Skinner no considera las obras clásicas de filosofía política como aportes a un

39 Quentin Skinner, **Visionen des Politischen** [Visiones de lo político], Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2009 [la versión castellana de Cristina Fangmann se tituló **Lenguaje, política e historia**, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007].

discurso atemporal sobre las ideas políticas fundamentales, sino como intervenciones en conflictos específicos y en debates, que en primer lugar deben reconstruirse. Skinner diferenciaba por lo mismo entre el *significado semántico* de un texto (en otras palabras: el contenido de un texto, sus afirmaciones centrales) y el texto como *acto de habla*, esto es: el texto en tanto acción en una situación determinada.⁴⁰ Skinner enfatizaba que no importa solamente lo que se dice, sino qué acción era llevada a cabo al decir exactamente aquello.

También las obras marxianas son intervenciones en determinados conflictos y situaciones problemáticas, y deben ser analizadas en tanto intervenciones de este tipo. Al hacerlo debemos ir más allá de la concepción de Skinner orientada a la intención del autor. No obstante, Skinner reconoce que un texto —y sobre todo un texto complejo de teoría política o social— tenga probablemente más niveles de significación semántica que los que fueron pretendidos por el autor. En el caso del texto como acto discursivo, él se ciñe a la intención del autor como dimensión decisiva.⁴¹ En el marco de una biografía, si bien la intencionalidad de la persona retratada resulta una dimensión extremadamente importante —siempre y cuando ésta se deje efectivamente constatar, algo que no va de suyo—, no debe pasarse por alto la dimensión de lo no-intencional, tanto al nivel de lo semántico como al nivel del acto discursivo.

También es problemático que Skinner no quiera concederles a las obras analizadas ningún significado que exceda a sus respectivos contextos de intervención:

Las afirmaciones siempre incorporan determinada intención en un contexto determinado, y deben servir a la solución de un problema determinado; por lo mismo, sólo puede aparecer como ingenuo el querer generalizar más allá de esta situación específica. Esto significa que los textos clásicos de ninguna manera se ocupan de nuestras cuestiones, sino solamente de las propias.⁴²

La crítica de Skinner a una concepción de la filosofía política absolutamente atemporal está ciertamente fundada. No obstante, el hecho de que un texto haya sido escrito en una situación determinada no es justificación suficiente para que dicho texto —sin necesidad de reivindicar para él un valor eterno— no pueda ir un paso más allá de la situación de su creación. Esto es especialmente válido cuando, como en el caso de Marx, las condiciones fundamentales bajo las cuales sus textos fueron creados no difieren en lo esencial de nuestras condiciones presentes. Aún cuando todos los textos marxianos surgen de las disputas de su época (sea de manera bastante directa como intervención polémica, sea como intervención indirecta), se debe indagar si estos textos van más allá de dicho contexto, y, en caso de que así fuera, en qué medida lo hacen.

A propósito: la intencionalidad enfatizada por Skinner, incluso en el caso de que fuera comprobable, debe ser analizada de manera más crítica. En sus indagaciones sobre la **Arqueología del saber** (1969), Michel Foucault ha subrayado que los objetos de estudio de la ciencia no están dados de ninguna manera, sino que son más bien formados discursivamente.⁴³ La intención de querer decir esto o lo otro toma lugar en el seno de una formación discursiva preexistente, que no sólo afecta los objetos, sino también los conceptos, las modalidades de enunciación y las estrategias en la elección de los abordajes teóricos. No obstante, estas formaciones, si bien ante todo están dadas, no son de ningún modo invariables. En estudios posteriores, Foucault indagó la relación entre ciencia, verdad y poder, aquella “política de la verdad”, en la cual no se trata de la veracidad de afirmaciones aisladas, sino de la transformación de los órdenes de “producción” de la verdad, tanto discursivos como no discursivos, en instituciones y prácticas.⁴⁴ Con ello queda trazado un espacio no siempre evidente, en cuyo seno toma lugar toda intencionalidad.

40 *Ibid.*, p. 8 y ss.

41 *Ibid.*, p. 15 y ss.; p. 82 y ss.

42 *Ibid.*, p. 62.

43 Michel Foucault, **Archäologie des Wissens** [1969], Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1973 [Existe versión castellana: **La arqueología del saber**, México, Siglo XXI, 1970, trad. de A. Garzón del Camino].

44 Ver: Michel Foucault, **Die Ordnung des Diskurses**, Fráncfort del Meno, Fischer, 1972, p. 13 y ss. [Existe versión al castellano: Michel Foucault, **El orden del discurso**, México, Tusquets Editores, 1999, trad. de González Troyano.] Michel Foucault, **Dispositive der Macht. Über Sexualität, Wissen und Wahrheit**, Berlín, Merve, 1978, p. 51. [Es posible que se trate de una traducción del francés de entrevistas a Foucault realizadas en 1976/77, también disponibles en castellano: **Sexo, poder, verdad: conversaciones con Michel Foucault**, Barcelona, Cuadernos Materiales, 1978.]

Para analizar las acciones y obras marxianas como intervenciones es necesario indagar las condiciones sociales y políticas, las respectivas posibilidades de articulación y sus regulaciones, los horizontes de sentido de los actores, los márgenes de acción posibles. Para ello, deben además ponerse en la mira aparentes obviedades: ¿qué era en aquella época un "diario" o un "partido"? También deben considerarse las diversas intervenciones en su totalidad. Un texto no sólo está constituido por su contenido, sino también por su estilo, su retórica, para todo lo cual debe diferenciarse qué de ello está condicionado en gran parte por la época, y qué parte corresponde a Marx.

Significados, horizontes de sentido y márgenes de acción que nosotros creemos divisar en situaciones pretéritas, se deben ante todo a una perspectiva *presente*. Sin embargo, es posible que ésta se diferencie de manera considerable de las perspectivas pretéritas. La perspectiva que, por ejemplo, tenía Marx en el año 1840 de la filosofía hegeliana, o en 1845 de la economía política, son bien diferentes a nuestras perspectivas en la actualidad: no sólo sabemos que el pensamiento filosófico o teórico-económico ha continuado desarrollándose, sino que también, gracias a que disponemos de más textos, conocemos más detalles de la conformación de las teorías filosóficas y económicas de entonces, informaciones a las que Marx no podía tener acceso. Y, no en último término, nuestra propia perspectiva está influenciada por el conocimiento del desarrollo posterior de Marx y su discusión con la filosofía y la economía. Tenemos entonces que diferenciar entre lo que sabemos *hoy* sobre Hegel o Ricardo *de lo que Marx sabía o pudo saber*. Con todo eso, la perspectiva marxiana no es para nosotros algo dado de manera inmediata; la carga semántica que la filosofía, la economía, el comunismo, etc. tuvieron para Marx, debe ser previamente elucidada.

Forma de la representación. Quiebres y contingencias de la historia de vida

Una representación orientada cronológicamente siempre va a correr el riesgo de ser leída como una novela de formación, apenas interrumpida con la intercalación de análisis de las condiciones sociales y discursivas. Concebida como novela de formación, esta representación adquiere enseguida una tendencia teleológica. El desarrollo fáctico de los acontecimientos aparece en mayor o menor medida como ineludible: lo que pasó, debió pasar. Que la historia es un proceso abierto es algo que no sólo aplica a la gran historia, sino también a las historias de vida particulares. En vez de narrar la biografía histórica como un proceso orientado hacia una maduración cada vez más plena o como aproximación a un fin (como en aquella variante en que Marx siempre tenía razón en todos los debates), se deberían ante todo determinar las contingencias y las rupturas, que tanto se deben a las condiciones externas como a los diversos márgenes de acción susceptibles de ser aprovechados.

Una variante especial de la representación teleológica consiste en buscar motivos tempranos para desarrollos posteriores. Se insinúa así que sólo ha habido una posibilidad de desarrollo. Así cree Neffe que ya en Tréveris Marx "ha encontrado una misión para su vida"⁴⁵ y que en los años universitarios en Berlín tiene lugar "una opción que tendrá decisivas implicancias futuras"⁴⁶. Marx se topa con la filosofía hegeliana, y, según continúa Neffe: "Sin Hegel no hay Marx".⁴⁷ Sin embargo, los años de Berlín no fueron la única época en que Marx estudió intensamente la obra de Hegel, sino que hay una nueva crítica de Hegel a mediados de los años 1840s y (por lo menos) una renovada recepción de Hegel por parte de Marx a finales de los años 1850s. Por medio del primer encuentro con la filosofía de Hegel no quedó fijada ni la relación de Marx con ésta, ni su propio desarrollo.

El peligro teleológico existe no sólo en relación a Marx, sino también en la representación de las "figuras secundarias": los amigos y rivales de Marx. Especialmente en el caso de los amigos que se volvieron rivales, sus historias se cuentan frecuentemente desde el final: la amistad ocupa muy poco espacio, se enfatizan la ruptura y sus motivos, con frecuencia sólo desde el punto de vista de Marx. Con ello se cargan las tintas sobre la perspectiva tardía de Marx, comprometiendo la totalidad de la representación de la figura en cuestión. La razón por la cual, por ejemplo, Bruno Bauer fue el amigo más cercano de Marx, o el motivo por la cual Marx alguna vez tuvo en la más alta estima a Proudhon, no pueden ser clarificados mediante un proceder semejante.

45 Jürgen Neffe, **Marx. Der Unvollendete** [Marx. El inacabado], Múnich, C. Bertelsmann, 2017, p. 52.

46 *Ibid.*, p. 58.

47 *Ibid.*, p. 73.

Además, es importante no sólo analizar lo que sabemos, sino también aquello que no sabemos. En algunos lugares nos faltan conocimientos exactos no sólo sobre lo que impulsó o lo que limitó a Marx, sino también datos sobre cuándo y dónde hizo lo que hizo. Aunque un no saber tal no sea reemplazado por aquellas ficciones biográficas (de las cuales ya se habló en la introducción del presente trabajo) sino meramente pasado por alto, esto hace aparecer a la representación como más coherente y cerrada que lo que en efecto es y puede ser. Por lo mismo, debe ser expuesto claramente no sólo lo que sabemos sino también lo que ignoramos.

Exactitud histórica y carácter perspectivista de toda biografía

Ya en la introducción se enfatizó la necesidad de un trabajo preciso con las fuentes. Aquello que puede ser deducido de las fuentes debe ser diferenciado claramente de las suposiciones del biógrafo o la biógrafa. Lo que dicen las fuentes puede ser en un determinado caso discutible, pero entonces uno debe advertir sobre este punto litigioso. Sin embargo, bajo ningún aspecto puede someterse a litigio la cuestión de si, por ejemplo, en una carta un determinado nombre propio fue mencionado o si en verdad el biógrafo solamente supone que se trata de una alusión a esa persona a través de una expresión determinada. Diferencias de este tenor deben ser aclaradas en la representación biográfica.

Aún incluso si se lleva a cabo un trabajo tan cuidadoso con cada una de las fuentes y la representación se abstiene de toda ficción biográfica, no resulta aún de ello ninguna descripción "objetiva" de la persona. En la redacción de una biografía se debe elegir una parte de las fuentes disponibles, y ordenar y jerarquizar el material elegido de una manera determinada. Algunas conexiones serán destacadas, otras puestas en segundo plano. Por ello toda biografía tiene un carácter constructivista que depende de la perspectiva del biógrafo. Esta perspectiva no se reduce a la perspectiva política conscientemente adoptada. Si ésta es inequívoca y conduce a una sobrecaracterización positiva o negativa de la persona retratada (lo que ocurre en muchas biografías de Marx), de esto es comparativamente fácil apercebirse en la lectura. Si tomamos la biografía de Marx del historiador británico Edward Hallet Carr, **Karl Marx. A Study in Fanaticism** (1934), ya resulta claro desde el título qué es lo que uno puede esperar.⁴⁸ Resulta más difícil si las preferencias no son expuestas tan claramente (sean éstas positivas o negativas) y el elogio o la crítica se hacen *en passant* en la representación. Entonces se les sugiere a las lectoras y lectores una imparcialidad y objetividad que los lleva a aceptar mucho más fácilmente el juicio del biógrafo, porque ellos no se aperceben para nada que se trata de un juicio de valor, que primeramente debería ser discutido.

A esta perspectiva asumida conscientemente por la biógrafa o el biógrafo se le suma todavía una perspectiva *situada históricamente* (que no conduce, en modo alguno, a las mismas consecuencias para todos aquellos que escriben en la misma situación). Toda biografía se escribe en una época determinada, determinadas experiencias históricas son realizadas —por ejemplo, el ascenso y ocaso de la Unión Soviética—. Si bien esta situación epocal va a conducir a diferentes evaluaciones (así, por ejemplo, se responderá de forma diferente a la pregunta de si la Unión Soviética tiene o no tiene derecho a invocar el nombre de Marx), con la existencia de la historia de la Unión Soviética —así como también de otros acontecimientos y desarrollos— se constituye empero para el año 2018 un ámbito de experiencia muy diferente al de, por ejemplo, el año 1918, en el cual apareció la biografía de Marx de Franz Mehring. A la perspectiva adoptada conscientemente por el biógrafo se le superpone una perspectiva que se debe a la percepción (subjetivamente variable) de la situación histórica correspondiente, y de la que, con frecuencia, el biógrafo o biógrafa no son conscientes en la misma medida: otras plausibilidades se encuentran disponibles, otras preguntas se vuelven relevantes, otras conexiones son establecidas.

48 E. H. Carr, **Karl Marx. A Study in Fanaticism**, London, J.M. Dent & Sons, 1934. Más tarde, también Carr vería esta biografía de manera sumamente crítica: "It was a foolish enterprise and produced a foolish book. I have refused all offers to reprint it as a paperback" ["Fue una empresa idiota y produjo un libro idiota. He rechazado todas las ofertas para reimprimirlo como libro de bolsillo"] (E.H. Carr, "An Autobiography", en Michael Cox (ed.), **E. H. Carr. A Critical Appraisal**, Nueva York, Palgrave, 2000, p. XVII). No obstante, la obra fue extremadamente eficaz y tuvo influencia, entre otras, sobre la biografía de Marx de Isaiah Berlin (Isaiah Berlin, **Karl Marx. His Life and Environment**, Londres, Thornton Butterworth, 1939 [**Karl Marx. Su vida y su entorno**, Buenos Aires, Sur, 1964, trad. de Roberto Bixio]).

La dependencia perspectivista de la representación no se refiere solamente a la persona retratada. Cuando, por ejemplo, se pregunta por la relación del joven Marx con la filosofía de Hegel o la poesía romántica, entonces debe considerarse que la filosofía de Hegel o el romanticismo no son de ninguna manera dimensiones dadas. Las ideas que tenemos hoy de uno y de otro han sido influenciadas por doscientos años de recepción, recepción que no sólo ha variado, sino que ha engendrado posiciones encontradas sobre Hegel o el romanticismo. Si el romanticismo es interpretado como una corriente conservadora anti-ilustrada o, por el contrario, en parte progresista, si Hegel es considerado un filósofo conservador ensalzador de Prusia, o bien como alguien que defendía los ideales liberales y cuya filosofía contiene un potencial subversivo frente al Estado prusiano, todo ello tiene una influencia considerable en cada discusión sobre la relación de Marx con el romanticismo o con la filosofía de Hegel. Sin embargo, por regla general los biógrafos de Marx no reflexionan acerca de que sus propias apreciaciones no se explican por sí solas, sino que son el resultado de un procesamiento determinado de la historia de la recepción y de la transmisión. Por eso mismo, en algunos tramos de mi biografía de Marx he intentado esbozar, aunque más no sea brevemente, la historia de la recepción de obras o de corrientes importantes.⁴⁹

Lo que aquí se dice de la biografía —que no es la reproducción "objetiva" de un acontecimiento dado sino una representación perspectivizada—, es válido en términos generales para todos los temas históricos, lo que se vio reflejado en el debate historiográfico con el historicismo que, a grandes rasgos, parte de la posibilidad de una representación objetiva semejante. La posición quizá más radical fue la defendida por Hayden White (1973), que concibe la escritura de la historia como un acto esencialmente poético: lo que el historiador presenta como explicación está ante todo determinado por su estrategia narrativa, que White desglosa mediante categorías poetológicas, a saber: epopeya, tragedia, comedia y sátira.⁵⁰ Que las estrategias narrativas juegan un rol —aunque en medida variable según los diversos autores— no debería ser impugnado. En los lugares pertinentes de mi estudio biográfico debatiré con White al respecto cuando trate de las interpretaciones sobre Hegel y Marx. La afirmación de que las explicaciones históricas se reducen en esencia a tales estructuras narrativas me parece sin embargo que exagera demasiado el argumento.

Una comprensión más razonable de la inevitable perspectivización de la representación histórica es ofrecida, según mi parecer, por las reflexiones sobre la historia de la tradición, que Hans-Georg Gadamer puso en el centro de su teoría de la comprensión en **Verdad y Método** (1960).⁵¹ Contra Schleiermacher y Dilthey, Gadamer enfatiza que a nuestra comprensión no le sirve de base una intervención directa sobre un texto, sino que cada comprensión está comprometida en determinada tradición. El intérprete siempre tiene una pre-comprensión del objeto (Gadamer habla de "prejuicios", no de manera peyorativa) que nace de la tradición. Con ello Gadamer protesta vehementemente en su discusión con Jürgen Habermas contra la imputación de que él entiende la tradición solamente como cultural; aparece "verdaderamente como absurdo, desde el planteamiento del problema de tipo hermenéutico, que los factores reales, trabajo y dominación, estén fuera de sus fronteras. ¿Qué otra cosa son, sino entonces, los prejuicios sobre los cuales se trata de reflexionar en la apuesta hermenéutica? ¿De qué otra parte sino de allí provendrían?".⁵²

Comprender no es para Gadamer reconstruir un sentido ya existente, sino la inevitable configuración [Gestaltung] de un sentido. Esta configuración no debe confundirse con arbitrariedad o predilección: "La anticipación de sentido que guía nuestra comprensión de un texto no es un acto de la subjetividad, sino que está determinada por la comunidad que nos une con la tradición". Pero ni la "comunidad" ni la "tradición" son algo estático, dado que:

[...] en nuestra relación con la tradición, esta comunidad está sometida a un proceso de continua formación. No es simplemente un presupuesto bajo el que nos encontramos siempre, sino que nosotros mismos la instauramos en cuanto que comprendemos, participamos del acontecer de la tradición y continuamos determinándolo así desde nosotros mismos.⁵³

49 Michael Heinrich, **Karl Marx und die Geburt der modernen Gesellschaft. Biographie und Werkentwicklung**, Stuttgart, Schmetterling, 2018, Band 1. 1818-1841 [Karl Marx y el nacimiento de la sociedad moderna. biografía y desarrollo de su obra. N. de T.].

50 Hayden White, **Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe**, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973 [Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, trad. de Stella Mastrangelo].

51 Hans-Georg Gadamer, **Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik**, Tübinga, J.C.B. Mohr, 1960 [Verdad y Método I. Fundamentos de una hermenéutica filosófica, Salamanca, Sígueme, 1977, trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito].

52 Hans-Georg Gadamer, "Rhetorik, Hermeneutik und Ideologiekritik. Metakritische Erörterungen zu **Wahrheit und Methode**" [1967], Tübinga, Mohr, 1993, p. 242 ["Retórica, hermenéutica y crítica de la ideología. Comentarios metacríticos a **Verdad y Método**", incluido en **Verdad y método II**, Salamanca, Sígueme, 1984, traducción de Manuel Olasagasti].

53 Hans-Georg Gadamer, **Wahrheit und Methode**, 1960, op. cit., p. 298 y ss. [Verdad y Método I. op. cit., p. 363].

No podemos saltar por encima de la tradición, pero nosotros la modificamos y al hacerlo logramos nuevas condiciones bajo las cuales tomará lugar la comprensión venidera.⁵⁴

De manera totalmente independiente del hecho de que se encuentren nuevas fuentes relevantes para una biografía de Marx, tan sólo esta inevitable perspectivización de la representación y la nunca clausurada historia de la recepción y la transmisión hacen que nunca pueda existir algo así como una biografía de Marx válida para siempre. Cada generación desarrollará bajo las cambiantes circunstancias históricas una nueva perspectiva sobre la vida y obra de Marx, lo que también conducirá a una nueva biografía de Marx.

[Traducción de Virginia Castro del original proporcionado por el autor.
Revisión técnica y notas bibliográficas de Horacio Tarcus]

54 En la tercera parte de **Verdad y método**, ejecuta Gadamer un discutible viraje en términos de ontología del lenguaje. Dado que, según Gadamer, toda comprensión (no sólo de textos) está encuadrada en el lenguaje, este no es simplemente imagen de algo preexistente, sino que el "llegar a ser lenguaje" conforma un todo con el sentido; Gadamer llega así a su célebre aforismo: "El ser que puede ser comprendido es lenguaje" (*ibid.*: 478 [p. 567 de **Verdad y método I**, *op. cit.*]). Las ideas arriba esbozadas de la segunda parte de **Verdad y método** son no obstante independientes de esta ontología.